

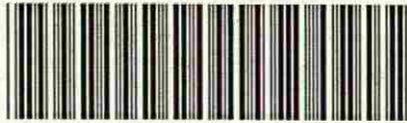
BOURGET

DRAMAS
DE FAMILIA

WESLEYAN UNIVERSITY

WESLEYAN UNIVERSITY

PQ2 199
D78



1020026132



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

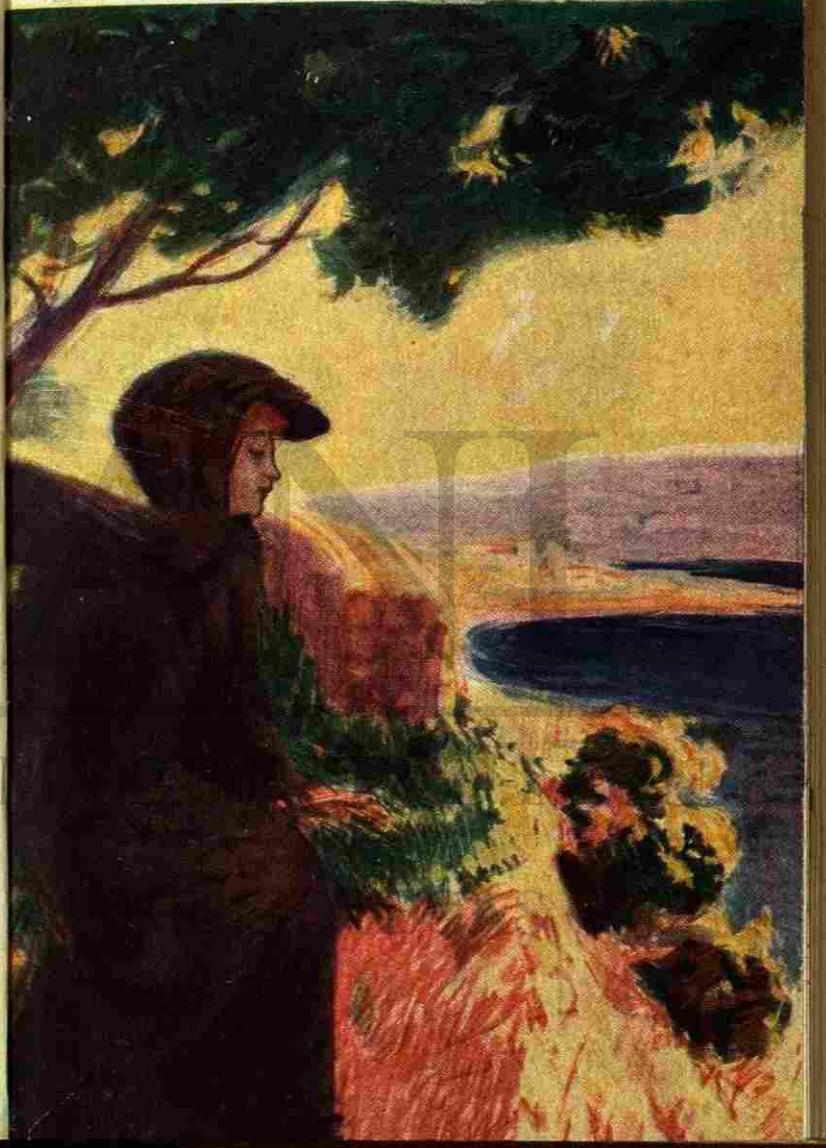
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

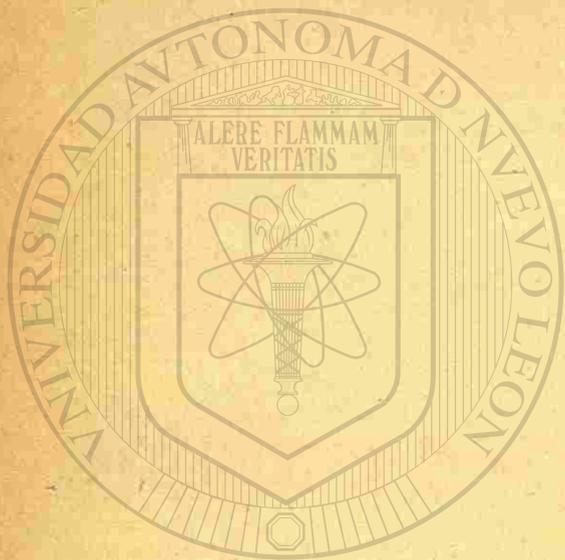


RAMAS DE FAMILIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



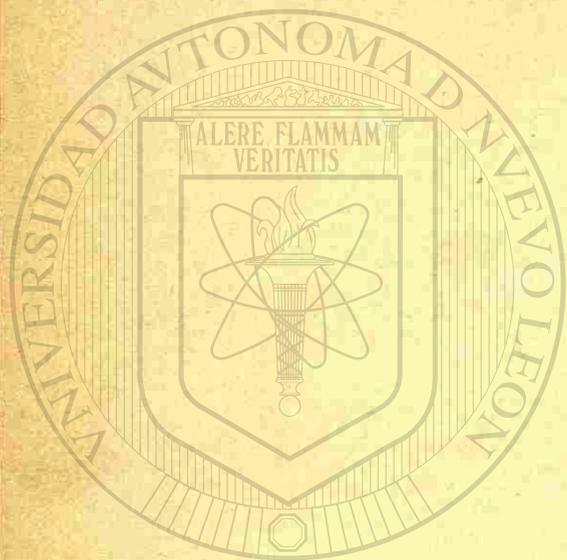


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Dramas de familia

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Clas N
Núm. Autor B7722 d
Núm. Adg. 29791
Procedencia -8- ®
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó [Signature]

EN LA MISMA COLECCIÓN

Publicados :

- Abel HERMANT. — Las Confidencias de una abuela.
Marcel PRÉVOST (de la Academia francesa). — Federica.
Id. — Lea.
Paul BOURGET (de la Academia francesa). — Dramas de familia.

En prensa :

- Maurice BARRÈS (de la Academia francesa). — El jardín de Berenice.
Abel HERMANT. — Los transatlánticos.
Marcel PRÉVOST (de la Academia francesa). — Mi prima Laura.
Id. — Un hogar feliz.
Paul BOURGET (de la Academia francesa). — La Dama que ha perdido su pintor.

Derechos de reproducción reservados en
todos los países.

AUTORES MODERNOS

Paul BOURGET
(de la Academia francesa).

Dramas de familia

NOVELAS

Traducción de Antonio Muñoz PÉREZ

Ilustraciones y cubierta de WIDHOPFF



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

29791

098292

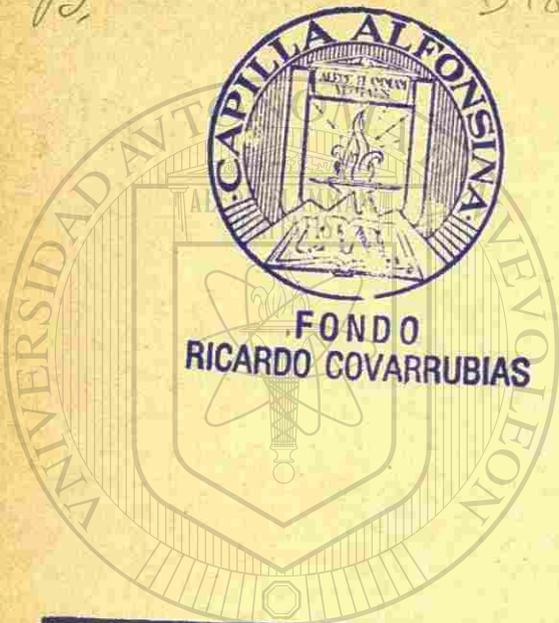
LOUIS-MICHAUD

Editor

168, Boulevard Saint-Germain, 168
PARÍS

843
B.

PQ2199
D78



CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REY"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DRAMAS DE FAMILIA

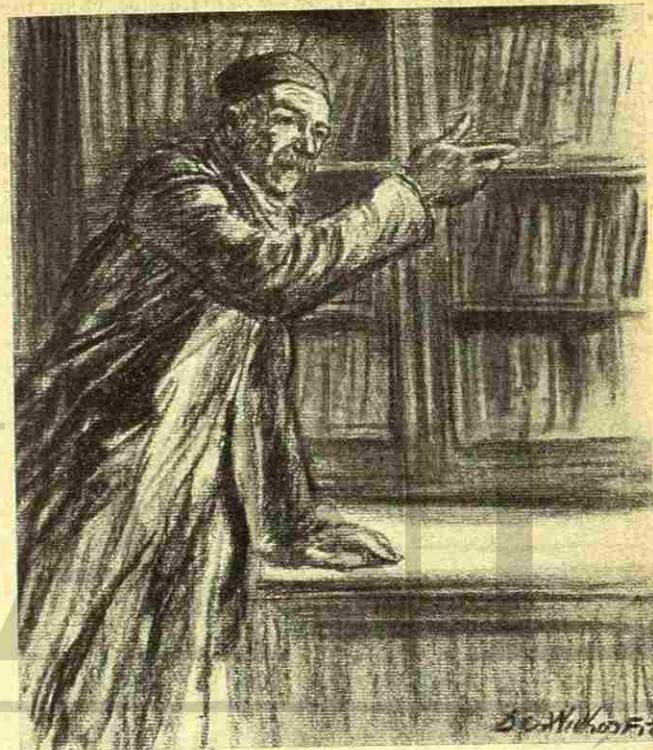


LA EXPIACIÓN

I

UNO de los periodos más difíciles de caracterizar exactamente cuando se escribe una historia de las ideas de Francia durante el siglo XIX, será sin duda alguna el de la generación posterior á la guerra de 1870. En efecto, nunca se vieron influencias más contradictorias actuando sobre la dirección de los espíritus. Los jóvenes que entraban en la vida en esta época, hallaban entre sus compañeros inmediatos el conjunto de las concepciones filosóficas elaboradas bajo el segundo imperio, de las que Taine y Renán eran los dos representantes más ilustres. No es este el lugar á propósito para examinarlas en detalle; sin embargo, bastará recordar que la fe absoluta en la ciencia formaba como la base de estas doctrinas, y que el dogma de la necesidad circulaba de un extremo á otro de la obra de estos maestros, en fórmulas más brutalmente claras en el primero, más sutilmente en-
vueltas en el segundo. Quisieran ó no, su enseñanza conducía al más completo fatalismo. El historiador de la *Literatura inglesa* nos enseñaba á considerar toda civilización como un producto de la raza, del medio y del momento, en tanto que el autor de la *Vida de Jesús* nos presentaba la evolución del pensamiento religioso á través de los siglos como dominado por leyes naturales tan fijas cual las que gobiernan el desarrollo de una

especie animal ó vegetal. Semejantes hipótesis pueden conciliarse, en hombres ya hechos, con los escrúpulos de la moralidad y las energías de la acción, mas, para los jóvenes, sólo entrañaban un principio de negación y de pesimismo precisamente cuando los desastres de la guerra y de la *Commune* acababan de herir tan duramente á la patria y de imponer á nuestras conciencias la evidencia del deber social y la obligación del esfuerzo útil y directo. Á decir verdad, la antítesis era demasiado aguda entre las teorías profesadas por nuestros maestros más admirados, más amados, y las necesidades de acción que el infortunio del país nos imponía á pesar nuestro, y esta antítesis la ha sentido ciertamente uno de los dos grandes escritores que acabo de citar. En efecto, si Taine no hubiera tenido la influencia paralizante de su obra, ¿habría dedicado su edad madura á los enormes trabajos de historia contemporánea que hacen de su último y magnífico libro el breviario político de todo buen francés? Taine ha necesitado una obstinada labor de un cuarto de siglo para operar una reconciliación entre la Creencia y la Ciencia, entre la moral cívica y la psicología, entre las afirmaciones de su filosofía y las realidades nacionales; pero un problema de esta índole no estaba al alcance de nuestros veinte años. De un lado veíamos á Francia herida profundamente; sentíamos la responsabilidad que nos incumbía en su fracaso ó en su resurgimiento próximos; queríamos obrar bajo la impresión de esta crisis y, por otro lado, una doctrina desesperante, impregnada del más nihilista determinismo, nos desalentaba por adelantado. El divorcio entre nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad era completo. Si la mayoría de entre nosotros quisiera dirigir una mirada al pasado, reconocería que la obra de su juventud se limitó á reducir una contradicción de la que sufren algunos todavía — aunque la vida haya ejercido también sobre ellos su inevitable disciplina — que consiste en hacernos aceptar tales antítesis como la condición natural de las almas modernas, antítesis compuestas de elementos demasiado heterogéneos para que puedan nunca simplificarse por completo.



... El padre me indicaba los lomos de una hilera de libros... (pág. 18.)

¡Extraña juventud cuyos más vivos placeres eran las discusiones de ideas abstractas! En el momento crítico de relacionar á ellas un episodio, me ha parecido que era necesario darle su tonalidad moral por medio de este recuerdo de las condiciones de ansiedad intelectual, en que transcurrió nuestra adolescencia. El drama de familia que quiero contaros, no sería por sí mismo más que

una noticia de periódico, tal vez algo menos común y corriente que esos sucesos de que se da cuenta en unas cuantas líneas, pero aquél de mis amigos que fué el héroe y la víctima del hecho, poseía en un grado muy alto ese carácter común á nuestra generación : los problemas de su existencia cotidiana transformábanse al punto en problemas de pensamiento, y este suceso llegó á ser para él una crisis de responsabilidad verdaderamente trágica. ¿Contempló con una mirada muy lúcida la situación en que se hallaba colocado? ¿Acaso dió á los acontecimientos, dolorosamente singulares por sí mismos, una significación demasiado arbitraria y resolvió en el sentido de un excesivo escrúpulo una dificultad de suyo bastante cruel? En cuanto á mí, que fui un testigo emocionado de esta aventura, he atravesado respecto de mi amigo y del partido á que se había afiliado, dos estados sucesivos muy diferentes. En la época en que los acontecimientos que voy á narrar se desarrollaban, había adoptado como un axioma indiscutible el de que no hay en la naturaleza huella de voluntad particular y por lo tanto no creía en modo alguno en esa lógica secreta del destino, que los cristianos llaman la Providencia, y que los positivistas definen con la fórmula, no menos obscura, de justicia immanente. La tragedia en que mi amigo creyó ver la revelación de una fuerza vengadora, siempre dispuesta á castigar al criminal en las imprevistas consecuencias de su crimen, se me apareció como uno de los innumerables juegos del azar. Hoy la experiencia me ha demostrado, con demasiada frecuencia, cuán exacto es el « todo se paga », de Napoleón en Santa Elena, por qué sinuosidades el castigo persigue y se une á la falta y que el azar no es con frecuencia más que una forma inesperada de la expiación. Me inclino, pues, á creer con Eugenio Corbières — era el nombre de mi compañero — que el drama al que estas sobrado largas reflexiones sirven de prólogo, fué verdaderamente uno de esos vencimientos á plazo desconocido, en los que creía el Emperador. Este vencimiento fué humilde y secreto. Los hay que son escandalosos y resonantes. Tal vez el espíritu de equidad, que

gobierna las cosas humanas, aparezca como más temible en sus más oscuras ejecuciones.

He dicho que Corbières era mi compañero. Nos habíamos conocido en el liceo Luis el Grande donde seguía los estudios en calidad de externo lo mismo que yo, en que por mi parte pertenecía al propio tiempo á una institución cerrada. En estas grandes hornadas escolares, que se llaman clases, una amistad de esta naturaleza no era más que un pretexto para tutearse. Eugenio y yo habíamos oído á los mismos profesores, aprendiendo las mismas lecciones, y puesto en versos latinos las mismas materias durante varios años, sin habernos hablado como no fuera para decirnos : « Buenos días, ó buenas tardes. » Como acontece, con frecuencia, á condiscipulos de un mismo colegio, hicimos el descubrimiento uno del otro después que salimos del colegio y cuando ambos nos hallábamos ya en caminos opuestos, á pesar de lo cual aportábamos á nuestros trabajos, de órdenes tan diferentes que llegaban á ser contradictorios, ese mismo cuidado de los problemas de nuestro tiempo, esa misma necesidad de poner de acuerdo el determinismo intelectual y la acción cívica en la que creo descubrir el sello peculiar de nuestra generación.

Era en la primavera de 1873 cuando se verificó este reflorecimiento de compañerismo á causa de un encuentro que debo únicamente atribuir al azar. Las menores circunstancias de entonces están presentes en mi espíritu con una extremada precisión : yo salía de un café, que en la actualidad ha desaparecido y que ocupaba el ángulo de la calle de Vaugirard frente al jardín del Luxemburgo y al teatro del Odeón, donde se reunía un pequeño grupo, hoy disperso, de escritores jóvenes, que tenían el ingenuo capricho de llamarse á sí mismos « ¡ los vivientes ! »

Creía yo sentar plaza de literato perdiendo varias horas del día en la alegre y paradójica sociedad de estos amables compañeros, que dejaban sin satisfacer la parte más íntima de mi inteligencia, pues todos ellos eran únicamente artistas literarios — algunos ya superiores — y yo estaba entonces mucho más preocupado por el análisis

que por el estilo, por la psicología que por la estética separándome siempre de su lado descontento de mí mismo, primero por haber charlado con ellos en vez de trabajar, y después porque la sensación de su personalidad harto contraria, hacíame dudar de la mía.

Me veo aquella tarde, hacia las tres, pasando la verja del jardín y caminando á lo largo de la avenida, presa de esa nostalgia de la soledad espiritual tan intensa entre los jóvenes, y vuelvo á ver á Corbières venir en sentido inverso y abordarme con una de esas sonrisas de simpatía que entre antiguos camaradas se dirigen menos al individuo que á ese pasado común que comienza ya á echarse de menos. Después empezamos á preguntarnos el uno al otro caminando algunos pasos juntos. Le dije á Corbières que me dedicaba á la literatura; él á su vez me declaró que estudiaba medicina y aún le oigo, durante el curso de esta conversación, que hubiera debido ser superficial, explicarme esta elección de su carrera por motivos de un orden tan especial, tan análogo á mi habitual modo de discurrir, que de pronto nos hicimos amigos. En la edad en que uno y otro teníamos ciertas semejanzas en la manera de sentir, equivalen éstas á años enteros de intimidad.

— Mi padre y mi madre — decía — deseaban que después de mi servicio militar me graduara en derecho. Mi padre ha sido durante treinta años de su vida ujier en el ministerio del Interior, de cuyo puesto se ha retirado hace un año, y como tiene culto por la Administración, veíame ya, por adelantado, hecho un subprefecto. Hubiera entrado en su tipo social... ¡Afortunadamente mi padre es tan bueno para mí!... Mi madre también, y, con tal de que no los abandone, están contentos. Cuando les declaré mi propósito de estudiar medicina hubieron de asombrarse un poco, pero accedieron á ello cuando les di como pretexto el de que con la inestabilidad política actual, las funciones del Estado no ofrecían ya las mismas garantías que bajo el Imperio. Claro está que no les dije la verdadera causa de mi resolución. Mis pobres padres no tienen otra filosofía que la del corazón, y no habrían comprendido mi punto de vista. En cambio tú

lo comprenderás... Lo que me ha decidido á seguir esta senda, acaso te parezca singular; es la necesidad de certidumbre. Mi gusto personal me habría elevado hacia estudios más abstractos; acaso hubiera entrado en la Escuela Normal, para estudiar metafísica, á no haber leído á Kant y también *La Inteligencia*, de Taine, pero se me antojaba que el objeto, en las ciencias filosóficas, es demasiado dudoso y mi espíritu tiene hambre y sed de algo positivo, indiscutible y, como precisamente las ciencias naturales dan todo eso, he ahí por qué me he inclinado en esa dirección. Además he reflexionado bastante... No sé en qué punto estás en cuanto á convicciones morales; de mí debo decirte que profeso el agnosticismo absoluto. Considero que no podemos conocer con conocimiento cierto si hay un Dios — para tomar la fórmula más sencilla — ó si no le hay; si hay un Bien ó un Mal ó si no le hay; un mérito ó un demérito, ó ni una cosa ni otra, otra vida ó no... Y sin embargo es preciso obrar... Yo al menos siento una necesidad de determinarme, sobre todo después que he visto la guerra... Siento la misma impresión que tendría en una tempestad, sobre un barco en peligro, y es una vergüenza no tomar parte en la maniobra pudiendo hacerlo. Frecuentemente he recordado el razonamiento de Pascal; ¿te acuerdas? el de la apuesta. Me he dicho á mí mismo: ¿Cuál es, entre las ciencias naturales, la rama que se presta á una aplicación práctica, tal que dicha aplicación sea aceptable en todas las hipótesis? Y me ha parecido que la medicina, comprendida de una manera un poco alta, respondía á este programa. En efecto, examina una y otra solución; supón demostradas todas las teorías espiritualistas; ve más lejos aún, todas las teorías cristianas; ¿cuál es el deber? Aliviar al ser que sufre. Pues bien, eso es lo que hace el médico. Supón ahora demostradas todas las teorías contrarias; ¿á qué se reduce la moral? Á un instinto de altruismo que es preciso demostrar y satisfacer como todos los instintos, y que consiste en una necesidad de asociarnos á nuestros semejantes, de ayudarles y ser ayudado por ellos frente á la naturaleza rebelde. ¿Quién cumplirá esta misión

mejor que el médico? Él es el altruista por excelencia; él está en lo cierto, cualquiera que sea el postulado metafísico á que nos sometamos, y la prueba es que, desde el día en que hice mi primera matrícula y crucé el umbral del hospital, he saboreado una especie de calma que me era desconocida. Desde entonces tuve la evidencia de que intelectual y moralmente tenía los pies sobre la tierra y que marchaba por terreno sólido... En fin, ya no he vuelto á dudar... »

¡Qué admirable estaba Corbières mientras me hablaba así! La llama del pensamiento transfiguraba su rostro irregular y más bien feo. Este hijo de un empleado de ministerio, descubría por la construcción de todo su cuerpo esa herencia semi-campesina, semi-ciudadana que no tiene ni la integridad de la fuerza rústica ni la refinación de la verdadera burguesía. Tenía los huesos fuertes y pocos músculos, las facciones gruesas y la sangre pobre; únicamente la belleza de los ojos y de la boca corregía su aire raquítico. Era una boca de una belleza encantadora, que sonreía con libre ingenuidad, eran unos ojos azules de una lealtad tal que parecía imposible que el hombre que contemplaba con aquella mirada pudiera nunca mentir y, unido á esto, una voz seductora en la que vibraba el ardor de la convicción íntima. ¿Hacia falta más para explicar la profunda impresión que me produjo este discurso de cuyo texto estoy bien seguro? Yo lo transcribí aquella misma noche en mi diario de aquella época, con otros muchos detalles, inútiles de referir, donde he vuelto á encontrar nuevamente los indicios del arrebatado de entusiasmo que recibiera aquel día bajo los verdes árboles del viejo jardín.

Me imagino, y lo espero, que hoy, como entonces, estas apacibles avenidas á cuyo borde se alzan las estatuas de las reinas y los bustos de los poetas, sirven de teatro á conversaciones entre jóvenes en el mismo tono exaltado de aquella cuyo lejano recuerdo evoco. Horas semejantes son lo único que lamento de una juventud mal gobernada, y también la ingenua plasticidad de alma que permite las nobles preocupaciones semejantes á la que aquella misma tarde hizo que abandonara todos mis proyectos, para acom-

pañar á Eugenio hasta su casa, adonde apenas hubimos de llegar cuando á su vez él me propuso venir conmigo hasta la mía. Era ya noche cerrada cuando nos separamos, después de haber tratado durante esta interminable conversación de todos los objetos del pensamiento humano y habernos dado cita para el día siguiente por la mañana, en que habría de acompañar á mi amigo al hospital de la *Pitié* á cuya clínica asistía.

— Creo — le dije dándole la mano, — que voy á hacer lo mismo que tú, y dedicarme á la medicina...

No me dediqué á la medicina, reduciéndose esta repentina resolución de imitar á Corbières á algunas sesiones de hospital que por lo menos consiguieron colocarme en presencia de un poco de realidad, de cuyo contacto estaba realmente necesitado, pues mi error, que fué el de tantos otros jóvenes extraviados como yo, por una precoz ambición de escribir, consistía en hacer de la literatura un fin no siendo más que un resultado. Quería componer novelas y no había observado nada; versos, y nada había sentido. El mejor servicio que podría hacerme era sacarme del medio completamente artificial y meramente erudito en que me amustiaba, para mostrarme la humanidad sencilla y necesitada, la vida humilde y prosaica, pero verdadera, y este servicio Eugenio me lo hizo dos veces, sin sospecharlo, con sus saludables visitas á la *Pitié* primero y después haciéndome penetrar en el interior de su familia, ese original y misterioso interior del que durante mucho tiempo no pude percibir más que lo pintoresco: el misterio no apareció sino mucho después.

Los viejos Corbières habitaban con su hijo en el segundo piso de una casa muy vieja de una muy vieja calle del barrio del Panteón. Esta calle, que en otro tiempo se llamaba calle del Pozo que habla, no tiene otra cosa de moderno — ¡y qué modernismo! — que su reciente nombre de calle de Amyot. Nada parece haberse movido desde la remota época en que florecían el colegio de los escoceses y el de los irlandeses, vecinos uno de otro y cuyos rótulos existen todavía. Cuando á veces vengo á esta calle en peregrinación, encuentro siempre el lugar

de la escena tal y como era hace veinte y cinco años. El desigual empedrado donde raramente se aventuran los coches se encuadra siempre de una verdura provinciana; las ramas de los árboles se elevan allí por encima de los muros de los jardines, y los porteros mantienen constantemente desde la acera sus largas sesiones de trabajo y de charla con los inquilinos, al aire libre, mientras los niños juegan en el arroyo á las bolas ó al diablo sin que tengan que temer para nada el brusco paso de los vehiculos. Las casas irregulares, de fechas y de estilos diferentes, recuerdan que el barrio se ha desarrollado como una creación natural, lentamente, lentamente, á medida de las necesidades, y no por una de esas decisiones del municipio que imprimen sobre el Paris nuevo un sello de universal monotonía.

Ningún cuadro convenia mejor á la inmóvil y como petrificada fisonomía de los padres de mi amigo. El ujier retirado, que abría por sí mismo la puerta al toque de campanilla del visitante, era un hombre de unos cincuenta años muy derecho y muy delgado con un rostro indescifrable donde no había nada expresivo más que los ojos, azules como los de su hijo, pero de un brillo singular donde ahora, á distancia, descubro la fiebre secreta de un constante remordimiento.

En aquella época sólo veía en ellos el ardor de una idolatría paternal de la que no he encontrado ejemplo, pues este buen hombre, cuya vida se consumiera en el rincón de una chimenea calentada á costa de los contribuyentes, en una antecámara de la plaza Beauvau, haciendo esperar á los solicitantes, parecía haber concentrado en su hijo toda la compensación y la alegría de su miserable existencia.

Á juzgar por la modestia de la vivienda, por la sencillez de los muebles y la indumentaria del padre y de la madre, los recursos del hogar debían ser harto exigüos. Sin embargo, nunca le fué negado ningún libro á Eugenio para sus estudios, y jamás el ex-ujier consentía en que el estudiante en medicina perdiera ni una sola hora de sus trabajos para dar una lección, colaborar en algún periódico, en fin, para ganar dinero. La inten-



Era una mujer pequeña y rechoncha... (pág. 20.)

sidad de su cariño le hacía adivinar que, para un futuro sabio, los años de juventud cuentan triple y que la independencia completa durante este periodo es el más precioso de los bienes.

— Le he dicho á Eugenio — repetía con frecuencia — no pienses en nosotros. Nuestra felicidad es estar con-

tigo... No sería picardo si no afanara para mi hijo... Esto último lo dijo en picardo pues había conservado de su origen — era de Peronne — ciertas palabras del dialecto de su país que se complacía en pronunciar cuando quería hacerse el rústico.

— Es preciso que sea un hombre célebre — añadió — y lo será... He pensado siempre en ello desde que salió de la escuela... Mire usted sus libros de premios: ¡hay ochenta y siete!

Y con su mano callosa en fuerza de humildes servicios, el padre me indicaba los lomos de una filera de libros colocados sobre los estantes de una biblioteca de caoba con vidrieras, y cerrada con llave. La historia completa de su pasión por su hijo hallábase en aquellos pobres libracos de colegio á quienes á veces llamaba — ¡oh ingenuidad! — « sus títulos de nobleza ». Adivinaréis las etapas de todo esto: el niño va á la escuela de los Hermanos del barrio; es inteligente y aprende en seguida... — Es lástima que no vaya más lejos — dice el Superior. El padre y la madre se consultan entonces: — ¡Bah! Se economizará del tabaco y del azúcar; pasaremos sin asistenta. Y el muchacho es enviado al liceo vecino donde triunfa. Primero querían retirarle después del cuarto año y del examen de gramática, pero vinieron los éxitos alcanzados en el concurso y decidieron que continuara hasta el bachillerato. El resto fué una consecuencia de tales premisas. De otra parte, multitud de indicios delataban el imperio de la más severa economía en la casa de Corbières. No hay que decir que era el viejo el encargado de la labor más ruda: frotar el suelo, dar cera á los muebles, partir la leña, arrojar las aguas, é incluso hacer las camas. Su cara roja, congestionada, tenía una piel como grabada por anchas arrugas cada una de las cuales proclamaba la paciencia, la perseverancia de una ruda y sólida raza. Una meticulosa limpieza — otro rasgo de su país vecino de Flandes — reinaba en las seis piezas que constituían todo el piso, á saber: una cocina, una entrada, una alcoba para el padre y la madre, un comedor, una sala que inmediatamente hubo de convertirse en gabinete de trabajo de Eugenio, y el dormitorio de éste. De este modo

el estudiante ocupaba más de un tercio del modesto local, y, como es de suponer, la parte más amplia del mismo, la más aireada, aquella cuyas ventanas daban á los jardines y también la única que se hallaba amueblada casi lujosamente, agasajo que mi compañero aceptaba un poco, dicho sea en honor de la verdad, con el egoísmo más natural de los grandes trabajadores, y un mucho con la idea de que su porvenir depararía á los actuales sacrificios de sus padres una amplia compensación. ¡Cuántas veces le he oído decir cuando quería llevarle á algún teatro ó paseo:

— No puedo; es preciso que piense en mis viejos...

Yo sabía bien que « sus viejos », como él les llamaba con tierna familiaridad, no hubieran proferido jamás una palabra de censura contra él, sea cual fuere el empleo que hubiera hecho de su tarde ó de su noche... No. Lo que él quería significar con esto era su apasionado interés por merecer ese admirable sacrificio, aplicándose tanto más á él, cuanto que creía adivinar en ellos una extraña facilidad para sufrir. Y era realmente cierto que este honrado matrimonio no respiraba la alegría de que esta abnegación, prolongada durante tantos años, le hacía digno. Sobre la roja frente del padre, donde las venas en relieve marcaban en las sienes la fuerte circulación de la sangre, parecía pesar una constante preocupación. ¿Temería morir antes de haber acabado su obra, sin haber visto á su hijo convertido en agregado, profesor de la Facultad, ó miembro de la Academia? ¿Todas sus economías habían sido agotadas en esta larga y costosa carrera? ¿Su pequeño retiro de antiguo empleado, siempre en vísperas de desaparecer con él, constituían lo más cierto de su haber actual? ¿Era sencillamente un hombre de humor voluntariamente triste á quien apenaba aún más la incierta salud de su mujer? Tales eran las preguntas que sin duda el hijo debía hacerse á sí mismo, como yo también me las hacía cada vez que notaba sobre el rostro del señor Corbières, en el transcurso de mis visitas, alguna huella de este obscuro ensombrecimiento. En cuanto á la señora Corbières, la respuesta era sencilla, ó al menos me parecía sencilla. El mismo Eugenio

habíame hablado con gran frecuencia de sus temores respecto al porvenir patológico de su madre, pues creía diagnosticar en ella la amenaza de una enfermedad del hígado. Era una mujer pequeña y rechoncha que á los veinte años debió ser bella, con esa belleza del mediodía montañés, á la vez ligera y fornida, en la que se advierte tanta vitalidad reconcentrada y como comprimida bajo una pequeña envoltura. Procedía de La Roquebrussanne, una aldea del Var recostada sobre los contrafuertes de los Maures, entre Bignoles y Tulón y conservaba de la Provenza, su patria, lindos pies y lindas manos — verdaderos pies de mula, finos y bien asentados, capaces de subir sin el menor traspíe, á los cincuenta años cumplidos y bien cumplidos, las escarpaduras de las cuestas natales — manos ágiles y delgadas de cogedora de olivas. ¡Y qué llama negra en sus ojos! Ardían literalmente en una cara arrugada, amarillenta y como impregnada de bilis. ¿Por qué no me sentía yo nunca en seguridad frente á esta mujer, á pesar de recibirme siempre con una extremada cortesía en sus maneras? Había en toda su persona un no sé qué de adusto y cómo de desconfiado, que ni aún la presencia de su hijo calmaba ni endulzaba completamente.

— Es un alma inquieta — decíame Eugenio cuando le preguntaba por su madre. Si yo fuera creyente, he ahí una cosa que me haría dudar de la justicia de Dios. Tú conoces á mi madre, la ves vivir; desde mi lejana infancia me acuerdo de ella como de una persona que sólo ha respirado para los demás, para nosotros dos, para mi padre y para mí. Entre la plaza, su cocina, la ropa blanca y los arreglos de nuestros trajes, su vida se ha agotado en las más modestas ocupaciones de la más humilde sirvienta, á pesar de que nació señorita y recibió educación!... Si alguno merecía tener la paz del corazón era ella seguramente y sin embargo no la tiene... Es piadosa, hasta devota si se quiere, pero su religión sólo la sirve para removerla con escrúpulos... Débil como está, me da miedo verla caer enferma á cada Cuaresma, pues no hay medio de impedir su exceso de austeridad. Hubiera querido hablar á su confesor, pero no sé á qué iglesia va;

es muy reservada sobre ciertos puntos y especialmente sobre ese, y cuando se intenta interrogarla, aunque sea yo, se ve que no le gusta... Se nos habla de tener buena conciencia... de un buen estómago y de un buen hígado es de lo que se nos debiera hablar... En cada período digestivo el hígado se llena de sangre y, si por un accidente cualquiera, esta sangre, acarreada por la vena-porta, se carga de principios irritantes para las células hepáticas, todo nuestro ser moral queda envenenado físicamente...

— ¿Pero no hay casos — le respondí yo — en que la pena mata y por lo tanto en que el ser físico es envenenado moralmente?...

— Cierto, y eso acaba por demostrar que no sabemos nada de nada... Es decir, sí... Comprendo que el día en que esa honrada mujer, que es mi madre, me vea de agregado, este triunfo la causará mejor efecto que todas las aguas de Carlsbad ó de Marienbad. Así, pues, te dejo para ir á mi trabajo...

II

ME he detenido de intento en estos recuerdos cuyos detalles podría multiplicar y en los que se resumen para mí las impresiones de varios años, años que van desde la primavera de 1873, en que renové con Eugenio Corbières la amistad, apenas iniciada en el colegio, hasta el invierno de 1882 en que se desarrollaron los sucesos que voy á narrar y que forman la verdadera historia de este relato, incoherentes años para mí que los empleé, como la mayoría de los aprendices de escritor, en toda clase de ensayos abortados, de experiencias insensatas y más ó menos peligrosas para el porvenir de mi pensamiento, fecundos y metódicos para mi amigo que encontró su camino tan pronto y á quien sucesivamente hube de ver externo de hospital y alcanzando la medalla de oro, después doctor, aproximándose ya con seguro paso hacia ese puesto de médico de los hospitales

habíame hablado con gran frecuencia de sus temores respecto al porvenir patológico de su madre, pues creía diagnosticar en ella la amenaza de una enfermedad del hígado. Era una mujer pequeña y rechoncha que á los veinte años debió ser bella, con esa belleza del mediodía montañés, á la vez ligera y fornida, en la que se advierte tanta vitalidad reconcentrada y como comprimida bajo una pequeña envoltura. Procedía de La Roquebrussanne, una aldea del Var recostada sobre los contrafuertes de los Maures, entre Bignoles y Tulón y conservaba de la Provenza, su patria, lindos pies y lindas manos — verdaderos pies de mula, finos y bien asentados, capaces de subir sin el menor traspíe, á los cincuenta años cumplidos y bien cumplidos, las escarpaduras de las cuestas natales — manos ágiles y delgadas de cogedora de olivas. ¡Y qué llama negra en sus ojos! Ardían literalmente en una cara arrugada, amarillenta y como impregnada de bilis. ¿Por qué no me sentía yo nunca en seguridad frente á esta mujer, á pesar de recibirme siempre con una extremada cortesía en sus maneras? Había en toda su persona un no sé qué de adusto y cómo de desconfiado, que ni aún la presencia de su hijo calmaba ni endulzaba completamente.

— Es un alma inquieta — decíame Eugenio cuando le preguntaba por su madre. Si yo fuera creyente, he ahí una cosa que me haría dudar de la justicia de Dios. Tú conoces á mi madre, la ves vivir; desde mi lejana infancia me acuerdo de ella como de una persona que sólo ha respirado para los demás, para nosotros dos, para mi padre y para mí. Entre la plaza, su cocina, la ropa blanca y los arreglos de nuestros trajes, su vida se ha agotado en las más modestas ocupaciones de la más humilde sirvienta, á pesar de que nació señorita y recibió educación!... Si alguno merecía tener la paz del corazón era ella seguramente y sin embargo no la tiene... Es piadosa, hasta devota si se quiere, pero su religión sólo la sirve para removerla con escrúpulos... Débil como está, me da miedo verla caer enferma á cada Cuaresma, pues no hay medio de impedir su exceso de austeridad. Hubiera querido hablar á su confesor, pero no sé á qué iglesia va;

es muy reservada sobre ciertos puntos y especialmente sobre ese, y cuando se intenta interrogarla, aunque sea yo, se ve que no le gusta... Se nos habla de tener buena conciencia... de un buen estómago y de un buen hígado es de lo que se nos debiera hablar... En cada período digestivo el hígado se llena de sangre y, si por un accidente cualquiera, esta sangre, acarreada por la vena-porta, se carga de principios irritantes para las células hepáticas, todo nuestro ser moral queda envenenado físicamente...

— ¿Pero no hay casos — le respondí yo — en que la pena mata y por lo tanto en que el ser físico es envenenado moralmente?...

— Cierto, y eso acaba por demostrar que no sabemos nada de nada... Es decir, sí... Comprendo que el día en que esa honrada mujer, que es mi madre, me vea de agregado, este triunfo la causará mejor efecto que todas las aguas de Carlsbad ó de Marienbad. Así, pues, te dejo para ir á mi trabajo...

II

ME he detenido de intento en estos recuerdos cuyos detalles podría multiplicar y en los que se resumen para mí las impresiones de varios años, años que van desde la primavera de 1873, en que renové con Eugenio Corbières la amistad, apenas iniciada en el colegio, hasta el invierno de 1882 en que se desarrollaron los sucesos que voy á narrar y que forman la verdadera historia de este relato, incoherentes años para mí que los empleé, como la mayoría de los aprendices de escritor, en toda clase de ensayos abortados, de experiencias insensatas y más ó menos peligrosas para el porvenir de mi pensamiento, fecundos y metódicos para mi amigo que encontró su camino tan pronto y á quien sucesivamente hube de ver externo de hospital y alcanzando la medalla de oro, después doctor, aproximándose ya con seguro paso hacia ese puesto de médico de los hospitales

y á ese título de agregación que se había fijado como término de su carrera.

La divergencia de nuestras direcciones fué demasiado fuerte para poder facilitarnos á lo largo de este período las cotidianas relaciones. Quiero decir, que durante estos nueve años no tuvimos más que una de esas intimidades intermitentes que no permiten observar ciertos imperceptibles cambios en la vida de familia de aquellos á quienes frecuentamos así de tiempo en tiempo. En cada una de mis visitas á la calle Amyot hallé siempre el interior de los Corbières semejante á sí mismo : el exujier del ministerio, un poco más rojo de color, un poco menos diligente; la madre un poco más plomiza de rostro y más gruesa, pero nada había cambiado en sus costumbres. Cuando llegaba, era siempre el padre de Corbières el que venía á mi toque de campanilla, en mangas de camisa casi siempre con un palo para frotar el suelo en la mano, ó bien algún cepillo, ó algún trapo para limpiar la lámpara, mientras, por la puerta entreabierta de la cocina, divisaba á la madre que ante su hornó preparaba alguna golosina meridional, un *rizot* ó una sopa de pescado, para la cena de la noche del paciente obrero de la Ciencia á quien solía encontrar sentado ante su mesa, en medio de sus papeles y de sus libros, en el momento de redactar las « observaciones » de la vispera ó de la mañana.

Aunque Corbières empezaba ya á ser llamado por sus profesores á fructuosas consultas y colaboraba en algunas revistas especiales, donde era convenientemente pagado, apenas si « los viejos » toleraban la intrusión en su domicilio de una asistente, á veinticinco céntimos la hora, que venía solamente durante un rato por la mañana.

— No insisto más — me decía Eugenio explicándome esta situación, — pero á la primera enfermedad del uno ó del otro, les impondré una criada de hecho. De aquí hasta entonces tengo miedo de que al perturbar su plan de vida, siquiera sea un poco, perturbe su salud. Mi madre, sobre todo, no soportaría que se la contrariase; ya conoces mis antiguos temores respecto de ella. Noto que se consume siempre, á propósito de cualquier cosa, y que mi padre sufre de rechazo. ¡ Siempre encuentran el medio

de no ser felices estos corazones tan buenos ! No, decididamente no hay Providencia...

Sin embargo, á principios de este año de 1882 la situación de las cosas habíase modificado. Eugenio hubo de manifestar su deseo de abandonar la calle Amyot pretextando la necesidad de establecerse, y este fué el primer choque serio entre el hijo y sus padres. Después de haber aprobado su resolución, ayudádole á la busca de una nueva casa y su instalación, el padre y la madre declararon, á la vez, que les era demasiado penoso renunciar á la vivienda que ocupaban desde hacia treinta años, y su resolución fué invencible. Á la claridad de los hechos que más tarde he conocido comprendo que esta voluntad de los viejos Corbières encerraba una idea de expiación sugerida por la mujer. En efecto, en la ignorancia de la falta, cuya secreta vergüenza devoraba á este matrimonio irreprochable en apariencia, ¿cómo explicar esta obstinación sino por una especie de manía? El médico no dejaba de visitarlos, pero la sospecha de que el estado moral de sus padres ocultaba un misterio, cruzaba ya vagamente por su espíritu. Notaba en sus padres una idea preconcebida de no querer asociarse en modo alguno al bienestar que traería aparejada su nueva situación, pues sin casi ningún esfuerzo y sin interrumpir los trabajos preparatorios de sus exámenes, el año anterior había obtenido un ingreso de más de diez mil francos, suma enorme para costumbres como las de esta familia. Recuerdo que vino á verme después de la última escena en que vanamente intentara convencerlos. Luego que me hubo relatado su entrevista con ellos, su apremiante insistencia y su negativa cada vez más resuelta, terminó diciendo :

— Hay algo de *fobia* en su caso; es indiscutible, pero veo también en esto, por lo que respecta á mi madre, una idea religiosa. Es una manera de llevar el cilicio, vivir en esta humildad. Me da la impresión de que quiere castigarse... ¿Castigarse de qué? ¡ Pobre mujer ! De amarme demasiado sin duda, de estar demasiado orgullosa de mí... Lo que más me asombra es que haga participar de su manera de ver á mi padre... Él no es devoto; cuanto más, irá á misa ahora y cuando yo era chicuelo recuerdo que no iba

nunca. ¿Qué argumentos le da ella para convencerle? No lo sé; ello es que se va haciendo viejo, que tendría necesidad de descanso, de estar mejor alimentado, de vivir en una casa mejor, de estar servido... ¡Y no hay manera de hacer entrar en razón á esas viejas cabezas! ¡Es incomprendible! ¡Era incomprendible verdaderamente! ¿pero por qué esta excentricidad del ujier retirado y de su mujer no llegó á asombrarme á mí en lo más mínimo? ¿Hay en ese conjunto de impresiones mal definidas, que nos da la personalidad de otro, una lógica oculta cuya intuición, no formulada, es superior á nuestra propia conciencia? Hubiera sido incapaz de decir por qué esta actitud de los padres de Eugenio se acoplaba á la imagen que me forjaba de ellos en el fondo de mí mismo. Sin embargo ¡qué inverosímil paradoja resultaba este súbito alejamiento de un padre y de una madre, que sólo han vivido para su hijo, ante el éxito de la persona adorada! ¡Qué anomalía mayor que este renunciamento á la alegría cotidiana, á participar de su triunfo, de su obra! Durante diez años viéralos no respirar ni vivir únicamente por asegurar á su hijo el placer de continuar su carrera, de preparar sus exámenes, de que fuera el respetable médico que iba á ser, que ya era y he aquí que ahora se negaban á mezclarse á esta realización del apasionado deseo de toda su existencia! ¿Se juzgaban tal vez de extracción demasiado humilde, sobrado añejos de maneras? ¿Acaso preveían que su hijo se casaría en un mundo superior á ellos y se separaban ya en un supremo sacrificio? Algunas de estas hipótesis eran aceptables, otras no. La única en que jamás hubiera pensado era en la de que esta gente llegara á cometer una acción que no pudiera perdonarse. ¿Cómo imaginar que el remordimiento de este acto pesara sobre el crepúsculo de su vejez con un peso tanto más duro (y en este punto Eugenio no se engañaba) cuanto que la señora Corbières con su devoción semi-italiana se espantaba constantemente y espartaba á su marido ante la idea de la muerte próxima y del infierno seguro? Verdaderamente, cuando pienso en la serie de incidentes tan sencillos que descubrieron al hijo este abismo de miseria, lo repito, no puedo menos de



Con un vaso á su lado lleno de la horrible droga... (pág. 31.)

encontrar en ella también yo ese castigo que la creyente temía, y pienso en el refrán con que los italianos, esos primos hermanos de los provenzales, han resumido justamente con su viva imaginación ese retorno de la falta sobre el que la ha cometido: « *la saetta gira, gira, dicen (la flecha da la vuelta) — torna adosso á chi la tira (y cae sobre el que la tira.)* »

Hacia un mes poco más ó menos que Eugenio deplorara en los términos que acabo de transcribir la obstinación de sus padres de no querer vivir á su lado y aunque desde entonces no le había vuelto á ver, no me extrañaba su ausencia porque conocía las múltiples exigencias de su trabajo y no sospechaba, ni remotamente, que durante estas cuatro semanas su pensamiento estuviera preocupado en otra cosa que no fueran las enfermedades de la desnutrición — objeto favorito de sus estudios — y que inaugurara, casi á pesar suyo, una información cuyo seguimiento habríale hecho retroceder al haber adivinado á donde iba á parar.

Era una de esas inteligencias víriles tan contadas, incluso en su profesión, y para las cuales ningún sentimiento prevalece contra el impetuoso deseo de vivir en la verdad, por dura que ésta sea. Todavía le veo entrar en mi casa, al cabo de estas cuatro semanas, un poco antes de las once. Era un momento incómodo para él á causa de sus trabajos y que únicamente indicaba una causa excepcional. La expresión de su rostro lo demostraba más todavía. Una evidente violencia crispaba sus facciones y en sus ojos, tan transparentes generalmente, tan llenos del hermoso y claro ardor del estudio, leía algo así como una angustia implorante, la angustia de un hombre á punto de intentar cerca de otro una gestión que no quisiera en modo alguno ni siquiera ver discutida. Debó decir, además, que no puso en dicha revelación ninguna diplomacia y que me vi abordado con una decisión verdaderamente quirúrgica:

— Tengo que pedirte un favor muy delicado, para lo cual empiezo por declararte que si no crees conveniente hacérmelo no me daré en modo alguno por ofendido. Sólo te ruego que reflexiones antes, de responderme que no...

— Te prometo hacer todo cuanto pueda para decirte que si, — le contesté en el mismo tono que él acababa de adoptar para hablarme. Conociendo su aversión por toda suerte de preámbulos, semejante entrada en materia indicaba en él una decisión razonada que yo estimaba en alto grado porque me evitaba el colocarme inmediatamente en su mismo diapasón de gravedad.

— Gracias — respondió apretándome la mano, y después, sin más circunloquios, añadió: — Ya te he contado con qué extraña obstinación se han negado mis padres á vivir conmigo; te he dicho también que esta negativa era sólo la consecuencia de una determinación general, la de no cambiar nada en su norma de vida ahora que pueden, ahora que deben hacerlo. Es como si temieran que, al participar de mi vida, participasen de una fortuna mal ganada, precisamente cuando todo lo que tengo, todo lo que tendré en el mundo es el resultado de mi trabajo y del suyo. Ellos, con sus sacrificios, me han hecho lo que soy; tú eres testigo de ello. Si he tenido tiempo, todo mi tiempo, si no he sufrido ninguna esclavitud de oficio, á ellos sólo se lo debo, que se han consagrado á mí con una abnegación que ha ido desde mi infancia hasta mi mocedad, en todas las horas, durante años enteros. Por mi parte yo no aceptaba este sacrificio sino con la esperanza, con la certidumbre, de defender su vejez, y he aquí que ahora me quitan esta pobre alegría cuya espera era lo único que me justificaba ante mi mismo de recibir tanto de ellos...

— No te dejes arrastrar por ese sentimiento — le interrumpí — no es digno ni de ti ni de tus padres. Hay corazones para quienes se es ingrato al tratar de ser agradecido. Debemos tomar lo que nos dan, tal y como nos lo dan sin tenerlo en cuenta... Se les paga amándoles...

— Precisamente porque los amo y porque sé cuánto me aman — replicó — es por lo que su actitud con respecto á mí me atormenta. ¿Te acuerdas de que yo creí en cierta *jobía*? La palabra creo que te divirtió. He pensado que sobre todo mi madre, de la que conozco su catolicismo completamente meridional, podría hallarse dominada por cierto escrúpulo religioso... En resumen, desde que no

te he vuelto á ver, hace ya un mes y pico, he renunciado á discutir con ellos esta cuestión que debiera ser tan sencilla ¿no es verdad? Me he instalado en la calle Bonaparte, en mi nuevo domicilio, reservándoles desde luego la habitación que les había preparado... Ahora bien, á pesar mio, me he puesto á observarlos. La frase acaso te asombre puesto que jamás me he separado de ellos. Sin embargo, es la verdad. Salvo en la época en que hube de temer para mi madre un principio de hepatitis, jamás les había aplicado esta agudeza de observación que se desarrolla en nosotros á causa de nuestro oficio. Fué algo así como si, de pronto, el hijo se aboliera en mí para ceder el puesto al clínico... Me es difícil explicarte un estado que sin duda no tiene igual. No obstante voy á hacértelo comprender: — si la facultad profesional no estuviera en ciertos momentos, como adormecida en nosotros, ningún médico se enamoraría jamás, y si, por otra parte, esta facultad, una vez despertada, no dominara completamente al hombre, ninguna linda cliente estaría en seguridad cerca de un médico. No conozco ningún ejemplo que demuestre mejor de qué desdoblamiento nos hace capaces nuestra educación técnica... Así, pues, he podido observar en el transcurso de esta crisis de análisis, que mi padre y mi madre estaban más enfermos de lo que hasta aquí había notado, cada cual según su temperamento. El está expuesto á verse atacado del mal de Bright y ella de una enfermedad del hígado. Pero pasemos adelante. Te ahorro el detalle de una información cuyo único interés, para lo que tengo que pedirte, estriba en el resultado el cual me hizo saber que había en su existencia un principio de inquietud oculta, inquietud que nunca llegué á sospechar...

— ¿Una inquietud de que tú no eres la causa? — le interrumpí — yo también he observado á tus pobres padres. No es posible...

— Escucha pues, — replicó con impaciencia. — Hace ocho días, al salir del hospital, me obsesionaban estas ideas más que de costumbre. Debo decirte que la víspera deje á mi madre con un aspecto inquietante y como la visita de los enfermos había sido más corta de lo que

yo creía, calculé que tendría tiempo de pasar por la calle Amyot para informarme de la salud de los viejos antes de ir á la escuela práctica, donde tenía una cita. Llego, subo los tres pisos, y ya en el rellano, cuando iba á dar dos golpes á la puerta — es mi manera de anunciar mi regreso desde hace veinte años, — oí un ruido de voces que venían del interior. Dijérase que reñían detrás de la puerta, y aunque era imposible distinguir las palabras, pude reconocer una de las voces, la de mi padre; la otra no. Durante un minuto permanecí con el oído atento sin percibir otra cosa que algunas frases sueltas, entre ellas esta exclamación lanzada por mi padre dos veces: « ¡ Pero eso es una vergüenza, una vergüenza... ! » De repente, el pensamiento de que si la puerta llegaba á abrirse, sería sorprendido por él ó mi por madre desemeñando el papel de espía, me hizo coger el puño de la campanilla y al doble tintineo que revelaba mi presencia, las voces se callaron. Al poco rato oí los pasos de mi padre que se acercaban. Yo estaba en uno de esos momentos en que la máquina nerviosa se halla en tal estado, que registra las más pequeñas señales. Sólo en el crujir del entarimado bajo sus pies hubiera adivinado que mi padre temblaba, como también lo hubiera adivinado en la manera con que hizo girar el pestillo equivocándose tres veces.

Estaba tan desconcertado, que apenas halló palabras para responder á mi pregunta. — ¿Estabas con alguno? ¿Te molesto? — De ningún modo — dijo y continuó: — Mamá no está en casa, pero si quieres esperar un minuto, acabo y vuelvo en seguida. No quería que viera á la persona con quien acababa de tener aquella violenta disputa; esta persona, al contrario, deseaba sin duda verme, pues en el instante en que mi padre me introducía en el comedor, la puerta de la cocina, donde introdujera á su visitante, se abrió de par en par y la misma voz que había oído disputar con mi padre, dijo: « Señor Corbières, no quiero importarle; ya volveré para arreglar ese asunto » viendo aparecer, al mismo tiempo, á un hombre de nuestra edad, poco más ó menos, de facciones bastante finas, en una cara horriblemente degradada, hom-

bro puntiagudos y cuerpo descarnado al que cubrían vestidos innobles. Ya conoces esos harapos del *sablísta* profesional, sobre el que acaban nuestras viejas levitas, nuestros pantalones deshechados y nuestros sombreros, convertidos en inenarrables guñapos. Éste apeataba á alcohol y á pipa y tenía en sus ojos, de enrojecidos párpados, esa mirada de estupidez y de insolencia que con frecuencia he visto en las personas de su clase, y que forma una mezcla de orgullo y de embrutecimiento, reveladora de una inminente parálisis general. Al verme, me miró de hito en hito, repitió su palabra : « Ya volveré » y salió arrastrando por el suelo, con paso arrogante, sus pies calzados con unos zapatos rotos...

— Es un desgraciado á quien tu excelente padre hace la caridad, eso es todo. — le dije. — Cierito que sería más prudente no recibir, estando solo, semejantes personajes, pero estos mendigos parisienses están organizados en *camorra* como los de Nápoles, se informan los unos á los otros, y éste sabe que el señor Corbières no es muy rico, no te quepa duda...

— Sí — contestó Eugenio, — es un mendigo seguramente, pero no es sólo un mendigo...

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que en el timbre de su voz, que yo oí mientras escuchaba detrás de la puerta, en su manera de irse y en el acento de su « ya volveré », había algo semejante á una amenaza, una casi autoridad... Y si era un mendigo ordinario ¿por qué, mi padre se turbó hasta aquel punto á mi llegada? ¿Por qué eludió mis preguntas luego que nos vimos solos, y me suplicó que no dijera nada de este encuentro á mi madre...?

— Muy sencillo — repliqué; — todo se explica si supones precisamente que es algún mal pobre á quien tu madre, más prudente, niega la limosna y que busca el medio de introducirse en tu casa cuando ella sale, para arrancar unos cuantos cuartos de la piedad del señor Corbières... »

— Tú no has visto á mi padre y á este hombre uno frente á otro — respondió Eugenio; — yo que los he visto, he percibido el misterio tan claramente como siento

este fuego... Y tendió su mano hacia la llama que ardía en la chimenea, ondulante y dorada. — Lo he sentido de tal modo — continuó — que me he dejado arrastrar bajo la influencia de esta impresión á un acto increíble. Al llegar á casa de mi padre, despedí á mi cochero á fin de hacer un poco de ejercicio caminando á pie hasta la escuela. Así, cuando dejé la calle Amyot el azar quiso que tomara la calle de Vieille-Estrapade para oblicuar por la calle Saint-Jacques. No se si tú recuerdas que antes de llegar á la calle Soufflot existe, á mano derecha, una especie de taberna, más bien un despacho de licores de un carácter bastante raro, con un decorado de toneles y de mesas de madera sin desbastar... No es tienda de vinos, ni tampoco es café; el público, que allí frecuenta, no es tampoco el de los cafés ni el de las tiendas de vinos. Van allí algunos obreros, muy pocos, sobre todo burgueses á punto de desclasificarse, de perder toda categoría económica: pasantes sin colegio, pintores sin taller, publicistas sin periódico, poetas sin editor, futuros abogados sin causas, estudiantes de medicina sin matrícula. La bebida favorita del lugar es el ajenjo y rara vez paso por delante de este sitio sin que, casi á pesar mío, no dirija una ojeada allá adentro. Allí he encontrado algunas veces á antiguos compañeros de hospital... Esta mañana, precisamente, volví á mirar y reconocí acodado sobre una de las mesas del fondo, con un vaso á su lado lleno de la horrible droga verdusca y lechosa, al enigmático refractario que acababa de encontrar en casa de mi padre. Como yo me paré allí, inmovilizado por la curiosidad, él levantó la cabeza y miró hacia donde yo me hallaba; retrocedí entonces como un culpable cogido en flagrante delito, y me oculté tras el colgadizo de una tienda próxima. ¡Trabajo inútil! Estaba ya completamente ebrio é incapaz de reconocer mi rostro, en cambio el suyo me sorprendió esta vez más sinistramente que hacía un momento, á causa del contraste entre el estupor hurano de la intoxicación y esa fineza de facciones de que ya te he hablado. Hay dos tipos muy distintos de alcohólicos: el brutal y — si se puede emplear semejante palabra para tal abyección —

el delicado. Hay el borracho que se pone á beber por grosería, y el que se embriaga cerebralmente, por depravado nerviosismo, para olvidar, lo más frecuentemente para olvidar... Es la embriguez más particularmente propia del bebedor de ajenjo, la de un Musset, la de un Verlaine y esa era también la de mi desconocido, la más triste de todas. Renuncio, en efecto, á expresarte la singular melancolía de que estaba impregnada aquella cabeza en la que leía, no ya la insolencia ni el orgullo sino una tristeza de un destino roto para siempre. Á un mismo tiempo levantó su copa y se rió convulsivamente de su pensamiento con una boca en la que faltaban los dientes de delante. Este agujero negro en aquella cara livida y abotargada, ante el veneno de color turbio como zumo de euforbio y en aquel antro, cuyo acre olor, un nauseabundo aroma de aguardiente barato, llegaba hasta mí, era un espectáculo casi terrible, te lo juro. El borracho apuró su copa de un trago; debía ser la cuarta ó la quinta, porque depositó sobre la mesa una moneda blanca de la que no le devolvieron nada, y precisamente en ese cuchitril, las bebidas cuestan tres ó cuatro sueldos. Después, completamente rígido y automático, con ese aire de sonámbulo vacilante en el que se adivina la falta de coordinación de la médula, la fijeza del objeto en la vacilación del movimiento, salió de la tienda y tomó la acera. Yo seguí por la misma acera detrás de él. Camina, yo camino detrás; pasamos la calle de las Fuldensinas, el Val-de-Grace, el bulevar de Port-Royal, hasta que al fin se detuvo en la calle del faubourg Saint-Jacques ante la puerta de una de esas casas de patio interior, que son verdaderas ciudades de miserables... Le esperé largo rato, pero no volvió á salir...

— ¿Y entonces? — dije yo al ver que vacilaba.

— Entonces — prosiguió con la visible perplejidad de un hombre muy escrupuloso, á quien los procedimientos de dudosa inquisición repugnan en todas las circunstancias, — entré, llamé al portero, le interrogué y ya sé el nombre del individuo que efectivamente vive allí, y que se llama Pedro Robert.

— ¡Muy bien! Es preciso ir inmediatamente á la Pre-

fectura de policía — repliqué — donde te informarán dando ese nombre y esas señas.

— Ya lo he pensado — respondió Eugenio, — pero después he renunciado á ello por un razonamiento muy sencillo: mi padre ha pertenecido al ministerio del Interior; él sabe mejor que nadie los procedimientos que hay que adoptar para defenderse de cualquiera que intente sacar dinero por medio del escándalo, y, si él no los ha adoptado, es porque tendría alguna razón...

— Pero ¿qué razón? — insistí yo.

— ¡Ah! — exclamó con emoción cada vez más grande. ¿Qué sé yo? En fuerza de dar vueltas y más vueltas en mi espíritu á todas las probabilidades, he llegado á imaginarme que este joven era un hijo natural de este pobre padre, que él lo había tenido antes de su matrimonio, que se lo ocultaba á mi madre... ¡Y que ésta, sensible como es, sospecha la verdad sin saberla en toda su extensión, y he ahí lo que explica tantas cosas...! No bien esta hipótesis se hubo apuntado en mi pensamiento ya se convirtió en certidumbre. Te digo esto para demostrarte en el estado mórbido en que me encuentro con respecto á la turbación de mis padres... Ya no distingo bien lo posible de lo real. Á partir de este momento he empezado á pasar y repasar sin tregua por esa calle del faubourg de Saint-Jacques, y ante esa casa que me atrae y me da miedo á la vez. La idea de que ese abominable degenerado, cuyos pasos inciertos he seguido á lo largo de la acera de ese populoso barrio, pudiera ser un hermano mío, me causaba uno de esos indecibles escalofríos que nos estremecen hasta la raíz de nuestro ser... Paso por alto mis locuras, pues eran locuras, lo comprendo; pero la actitud de mi padre respecto á mí aumentaba este trastorno mental. Ni una sola vez nos hemos vuelto á ver á solas desde la escena que ya te he relatado. Él había eludido mis preguntas, ya te lo he dicho también, para que no hablara de ello á mi madre, y esta súplica del silencio que yo encontraba en sus ojos á cada visita, hundíame más y más en mis imaginaciones hasta que ayer por la tarde, al pasar de nuevo por la calle del faubourg Saint-Jacques ante la casa que ya te

he descrito, cádate que he visto entrar en ella á mi madre...

— Y ¿qué deduces de eso? — le pregunté sufriendo yo también á pesar mío la sugestión de la apasionada pesquisa á que se dedicaba en mi presencia.

— Nada — respondió, — sino que mi hipótesis es falsa. Desde el momento en que mi madre conoce también á ese personaje, ya no es lo que yo había supuesto... Es un razonamiento que puede parecer especioso, mas para mí es evidente: al suplicarme, como lo ha hecho, que no hable de este encuentro en su casa con ese Robert, mi padre no ha querido ocultar á mi madre nada *concerniente á este hombre*, ha querido solamente ocultarla algo *concerniente á mí*... ¿Por qué?... Sí, ¿por qué?...

Él callaba sin que yo pudiera encontrar ni una sola palabra que le ayudara á soportar la extraña ansiedad de que le veía dominado. Veíame obligado á reconocer que había algo de anormal, que llegaba hasta el misterio, en el conjunto de los hechos en que acababa de iniciarme, pero la continuación del discurso que escuchara de labios de Eugenio, suponía una relación entre estos hechos de una parte, y de otra la negativa que sus padres opusieron á su demanda de vivir con él. Ahora bien, cómo admitir esta relación? ¿Cómo admitir, más aún, que las alteraciones de salud de que pretendía atacados á su padre y á su madre, tuvieran una relación cualquiera con la existencia de ese Pedro Robert, á menos que este presunto explotador del escándalo, este mendigo y borracho verdadero, no fuera el hijo natural, no ya del padre, sino de la madre? Esta fué la hipótesis que para servirme de la frase del médico, apuntó repentinamente en mi espíritu, entreviendo entonces esta horrible complicación: una joven que se deja seducir, tiene un hijo, se casa sin confesar su falta, el niño crece lejos de ella, que rehace su vida, la madre tiene después otro hijo, legítimo, y un día el hijo primero reaparece. Ha encontrado las huellas de su madre, la amenaza, la desgraciada mujer confiesa todo á su marido que la perdona; pero ¿perdonará el hijo legítimo? La madre agoniza de terror ante la idea de perder esta querida estimación y el marido lleva su grandeza de alma hasta comprender este terror

y participar de él... Tales eran los pensamientos que me invadían mientras mi amigo, siempre en silencio, paseaba por la habitación de un lado á otro. ¿No eran los suyos también en aquel instante? Yo no me atrevía á hablarle ni casi á mirarle, por temor á que esta identidad de conclusiones se revelara á nosotros de repente. Esta verdad le hubiera sido harto dolorosa; pero ¿podía yo prever que la verdad verdadera sería más dolorosa todavía?

III

POR eso, por no denunciar la gravedad de mis sospechas á este hijo atormentado, es por lo que acepté la proposición muy singular, no obstante, con que se terminó esta confidencia por parecerme que el medio más seguro de calmarle era el de seguir sus indicaciones aunque yo las tuviera por poco razonables.

— Ahora llegamos al objeto de mi visita — continuó Eugenio; — no te he ocultado nada de lo que me preocupa. Primero, porque sé que tú eres un buen amigo mío y además por tener el derecho de suplicarte un favor que está fuera de nuestras costumbres, lo comprendo. Te repito lo que te decía al principio: me responderás que no, si quieres responderme que no... Escucha... Quiero saber á qué atenerme respecto á ese Robert. *Lo quiero...* y puso en esta palabra la indomable energía de su naturaleza tan concentrada. — Pensaba dirigirme yo mismo á su domicilio para hacerle hablar, pero después he reflexionado. Él me ha visto en casa de mi padre, probablemente habrá adivinado que yo soy su hijo y desconfiará... Ahora bien. ¿Quieres tú, á quien él no conoce y de quien no puede desconfiar, encargarte de esta comisión?... Este hombre es un indigente; mendiga en casa de mi padre y creo que también por ahí; lo he deducido de los informes que me ha dado la portera. Tú vas á su vivienda por caridad, le dejarás una limosna, tu conciencia quedará tranquila con eso, y le harás

he descrito, cádate que he visto entrar en ella á mi madre...

— Y ¿qué deduces de eso? — le pregunté sufriendo yo también á pesar mío la sugestión de la apasionada pesquisa á que se dedicaba en mi presencia.

— Nada — respondió, — sino que mi hipótesis es falsa. Desde el momento en que mi madre conoce también á ese personaje, ya no es lo que yo había supuesto... Es un razonamiento que puede parecer especioso, mas para mí es evidente: al suplicarme, como lo ha hecho, que no hable de este encuentro en su casa con ese Robert, mi padre no ha querido ocultar á mi madre nada *concerniente á este hombre*, ha querido solamente ocultarla algo *concerniente á mí*... ¿Por qué?... Sí, ¿por qué?...

Él callaba sin que yo pudiera encontrar ni una sola palabra que le ayudara á soportar la extraña ansiedad de que le veía dominado. Veíame obligado á reconocer que había algo de anormal, que llegaba hasta el misterio, en el conjunto de los hechos en que acababa de iniciarme, pero la continuación del discurso que escuchara de labios de Eugenio, suponía una relación entre estos hechos de una parte, y de otra la negativa que sus padres opusieron á su demanda de vivir con él. Ahora bien, cómo admitir esta relación? ¿Cómo admitir, más aún, que las alteraciones de salud de que pretendía atacados á su padre y á su madre, tuvieran una relación cualquiera con la existencia de ese Pedro Robert, á menos que este presunto explotador del escándalo, este mendigo y borracho verdadero, no fuera el hijo natural, no ya del padre, sino de la madre? Esta fué la hipótesis que para servirme de la frase del médico, apuntó repentinamente en mi espíritu, entreviendo entonces esta horrible complicación: una joven que se deja seducir, tiene un hijo, se casa sin confesar su falta, el niño crece lejos de ella, que rehace su vida, la madre tiene después otro hijo, legítimo, y un día el hijo primero reaparece. Ha encontrado las huellas de su madre, la amenaza, la desgraciada mujer confiesa todo á su marido que la perdona; pero ¿perdonará el hijo legítimo? La madre agoniza de terror ante la idea de perder esta querida estimación y el marido lleva su grandeza de alma hasta comprender este terror

y participar de él... Tales eran los pensamientos que me invadían mientras mi amigo, siempre en silencio, paseaba por la habitación de un lado á otro. ¿No eran los suyos también en aquel instante? Yo no me atrevía á hablarle ni casi á mirarle, por temor á que esta identidad de conclusiones se revelara á nosotros de repente. Esta verdad le hubiera sido harto dolorosa; pero ¿podía yo prever que la verdad verdadera sería más dolorosa todavía?

III

POR eso, por no denunciar la gravedad de mis sospechas á este hijo atormentado, es por lo que acepté la proposición muy singular, no obstante, con que se terminó esta confidencia por parecerme que el medio más seguro de calmarle era el de seguir sus indicaciones aunque yo las tuviera por poco razonables.

— Ahora llegamos al objeto de mi visita — continuó Eugenio; — no te he ocultado nada de lo que me preocupa. Primero, porque sé que tú eres un buen amigo mío y además por tener el derecho de suplicarte un favor que está fuera de nuestras costumbres, lo comprendo. Te repito lo que te decía al principio: me responderás que no, si quieres responderme que no... Escucha... Quiero saber á qué atenerme respecto á ese Robert. *Lo quiero...* y puso en esta palabra la indomable energía de su naturaleza tan concentrada. — Pensaba dirigirme yo mismo á su domicilio para hacerle hablar, pero después he reflexionado. Él me ha visto en casa de mi padre, probablemente habrá adivinado que yo soy su hijo y desconfiará... Ahora bien. ¿Quieres tú, á quien él no conoce y de quien no puede desconfiar, encargarte de esta comisión?... Este hombre es un indigente; mendiga en casa de mi padre y creo que también por ahí; lo he deducido de los informes que me ha dado la portera. Tú vas á su vivienda por caridad, le dejarás una limosna, tu conciencia quedará tranquila con eso, y le harás

hablar. De ese modo sabrás su vida, quién es, de dónde viene, en fin, alguna cosa...

— Sabré todo lo que quiera decirme — repliqué; — pero, por tratarse de tí, intentaré hacerle hablar... No me lo agradezas — continué al ver que me cogía la mano y me la estrechaba con una de esos viriles apretones más elocuentes que todas las protestas; — eso es muy fácil de hacer... Y ¿cuándo quieres que vaya á ver á ese hombre?

— En seguida — dijo vivamente, — si fuera posible. Vengo del faubourg Saint-Jacques; está en su casa...

Esta prueba de que Corbières había contado conmigo de una manera absoluta, hubiera vencido mis últimas vacilaciones, si por acaso tuviera alguna y le respondí con un : ¡ Pues bien, vamos! que puso una sonrisa de gratitud en su preocupado rostro y salimos á la calle. En su certidumbre de mi aceptación, no había despedido su coche; subimos á él y desde el barrio de los Inválidos, donde yo vivía entonces, hasta la calle del faubourg Saint-Jacques, en que habitaba el desconocido personaje á quien yo iba á sondear, apenas tardamos un cuarto de hora. No obstante, el trayecto me pareció bastante largo. Si esta diligencia que yo iba á hacer era extraordinaria, su fracaso en cambio no tenía consecuencias de ninguna clase, lo cual no impedía que yo sintiera palpitar mi corazón como ante la proximidad de cualquier prueba temible, que tan poderoso es el contagio de ciertas ansiedades. Es un fenómeno completamente físico del que ya he tenido varios ejemplos, pero jamás lo he sentido como en aquel carruaje que nos conducía á Eugenio y á mí hacia una escena que, sin embargo, no podía prever tan cruelmente irreparable. Por su parte mi compañero no pronunció ni una palabra como no fuera para mandar parar al cochero antes de que hubiéramos llegado á la casa de Pedro Robert, la cual me designó diciéndome su número y añadiendo :

— Yo me quedé aquí en el coche esperándote... Dos minutos más tarde había atravesado el umbral de la gran construcción arruinada que Corbières me definiera tan justamente con el nombre de una ciudad de miserables, y preguntado á la portera por el cuarto del señor Robert.

Por indicaciones de esta mujer, hube de penetrar en un patio húmedo y mal oliente por encima del cual aparecían seis pisos con ventanas y sin postigos, cruzados por cuerdas tendidas de una á otra de estas viviendas que soportaban ropas abominables, harapos usados, calzones recosidos, pingajos remendados en cantidad bastante para inundar de microbios á algunos barrios. Empecé á subir una escalera que comunicaba con multitud de pequeños cuartuchos numerados, hasta que al fin llegué, bajo la techumbre, ante la puerta de una buhardilla con el número 63. La llave estaba en la puerta. Llamé. — ¡ Adelante! — exclamó una voz algo sorda, pero que no era la que yo esperaba oír, pues no tenía ni el acento rasgado de barrio ni la ruda brutalidad del pueblo, y el personaje que se me presentó, una vez la puerta abierta, era realmente el hombre de esta voz. Ciertamente la miseria y deterioro de los andrajos, de que Pedro Robert estaba vestido, le daban un aspecto sórdido en armonía con la miseria de la habitación, casi sin muebles y repugnante de suciedad, mas esta degradación de la ropa y del decorado hacía resaltar doblemente en el habitante de aquel tugurio la singular delicadeza de sus facciones, que tanto había extrañado á Corbières. La extrema fineza de los cabellos, que habían permanecido muy rubios, y el color de los ojos, de un azul muy suave sobre una cara marchita como por remedios secretos, acusaban aun más la real elegancia del primitivo dibujo en aquella cabeza hoy envejecida. Las manos, innoblemente descuidadas y cuyas uñas estaban mordidas hasta hacerse sangre, no eran ni canallas ni comunes; los dedos aparecían en ella delgados y flacuchos, pero lo que sobre todo revelaba la derrota social y personal más sinceramente que todas las confesiones, era la expresión entristecida de su rostro.

El refractario apenas levantó la cabeza á mi llegada. Aunque ya estaba bastante entrada la mañana, todas las cosas en este tugurio permanecían en desorden. Una manta de lana desgarrada yacia sobre un jergón amontonado en un ángulo de la estancia, verdadera leonera que el dormilón debió dejar para hacer un desayuno del

que aún se veía sobre una mesa de madera, en otro tiempo blanca, los tristes residuos : un mendrugo de pan cuya miga había arrancado dejando sólo la corteza, á falta de dientes con qué masticarla, y un resto de chicharrones sobre un papel grasiento. Este fiambre barato hubo de ser para él lo que los poetas contemporáneos de Luis XIII llamaban *una espuela para beber mucho*, á juzgar, no por el vaso, que no le había, sino por el litro vacío que debió contener vino blanco, y que se hallaba cerca, y por el color de los círculos que trazara sobre la mesa el fondo de esta botella apurada á trago limpio. Completaban el mobiliario dos sillas, un cubo de cinc abollado y sin asa, una jofaina y un jarro desportillados, un peine sin dientes y un pedazo de espejo roto, colocado sobre la pared. Olvidaba una docena de libros colocados sobre una tabla con una apariencia de orden y de cuidado; eran los supremos despojos de una educación, que luego supe había sido brillante, para llegar ¿á qué? á ser un alcohólico ya perturbado antes de salir de su casa y que fumaba en una pequeña pipa de barro despreocupadamente. La procedencia del tabaco que llenaba el hogar negruzco de esta pipa, se revelaba en la colección de colillas amontonadas en un rincón de la mesa, y que el vagabundo debió recoger á lo largo de las calles. Este filósofo desarrapado no hizo el menor movimiento para recibirme; ni se levantó de su silla, ni perdió una chupada de su pipa ni sus ojos azules dejaron pasar ninguna curiosidad, ningún asombro por sus oscuras pupilas, cuando yo le pregunté :

— ¿El señor don Pedro Robert?...

— Soy yo, señor — respondió. — ¿Qué desea usted?

Empecé explicándole, tal y como convine con Corbières, que yo pertenecía una sociedad benéfica, que por uno de sus vecinos sabía que era poco afortunado y que venía á ver lo que realmente hubiera de cierto. Á decir verdad, yo me sentía terriblemente torpe en este papel, tan nuevo para mí, de hermano de la Caridad. Veía esa orgullosa arrogancia de que Eugenio me hablara, pero el sobresalto de amor propio, no llegó á producirse. El miserable me escuchaba con la misma pasividad

que había tenido para recibirme, no inquietándose ni al oír el nombre de la sociedad que yo fingía representar, ni por el supuesto vecino que le designara y solamente dijo, mostrándome las sobras de su desayuno esparcidas sobre la mesa y las colillas :

— Verdaderamente no soy muy rico en este instante, pues ya ve usted lo que como y lo que fumo... Pero he visto otros más pobres que yo en África...

Después, con una cortesía que revelaba un último resto de costumbres burguesas, me dijo :

— Hágame el favor de sentarse, caballero...

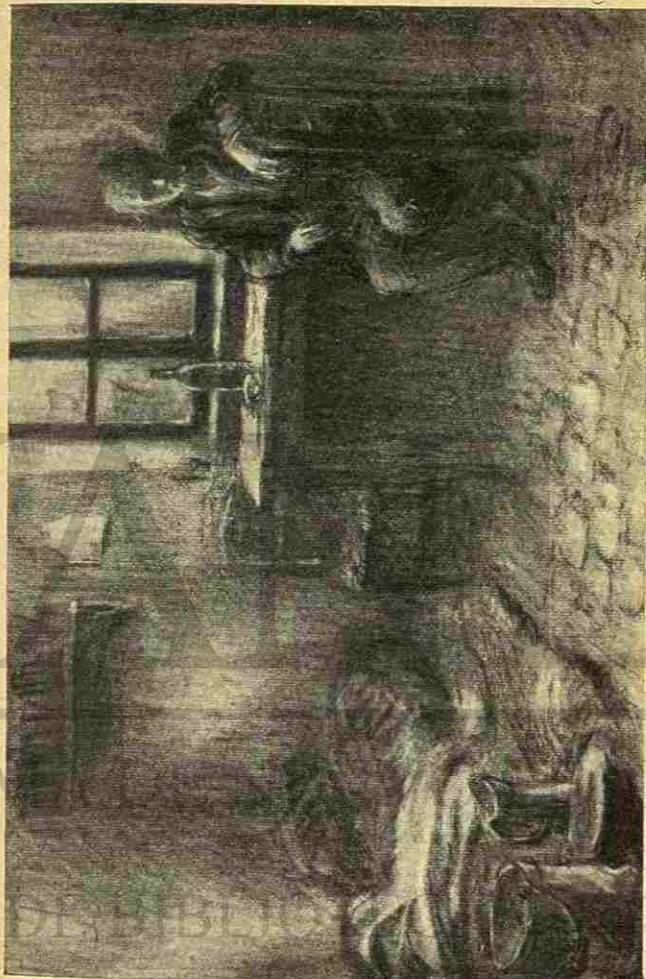
— ¿En África? ¿Luego ha servido usted? — le pregunté yo después de haberme sentado, aprovechándome de la coyuntura que su frase ofrecía á mi información. Mi pregunta le hizo continuar inmediatamente, pues apenas la había formulado ya el desconocido empezó á hablarme con esa locuacidad de los alcohólicos, tan dolorosa de seguir, á fuerza de ser morbosa, y que alternativamente precipita ó busca sus palabras. Es la primera forma de lo que habrá de ser en tres meses, dentro de ocho días, mañana acaso, el delirio expansivo con todo el desconcierto de su vanagloria y sus fanfarronadas. En realidad estas confidencias del refractario no se dirigían á mí : era el monólogo, apenas dirigido por mis interrogaciones, de un semimaniaco que pensaba á viva voz con la cabeza perturbada ya por el veneno, pues aunque aquella mañana no había tomado más que una dosis muy débil, este simple litro de vino blanco bastaba, en su estado de espantosa saturación, para que apenas pudiera reprimir sus movimientos y nada en absoluto sus palabras.

— Me he licenciado dos veces — respondió — yo debiera ser comandante hoy, y oficial de la Legión de honor, si no hubiera sido por mi mala suerte... Soy bachiller en letras y bachiller en ciencias, señor, aquí donde usted me ve. Hasta he obtenido un premio en un Concurso general... Todavía guardo uno de los libros que me dieron... Mire, allí está... y con su pipa, que quitó de un lado de su boca, me señaló la hilera de los libros entre los cuales pude distinguir, colocado preferentemente en la fila, un vo-

lumen encuadrado en taflete verde con las armas del Imperio y los cantos dorados. — Es un Horacio que suelo leer algunas veces, pues no he olvidado del todo mi latín :

*Qui sit Mæcenæ, ut nemo, quam sibi sortem,
Seu ratio dederit, seu fors objecerit, illâ
Contentus vivat...*

« Contento de su suerte... En cambio yo no puedo estar contento con la mía como usted podrá juzgar por sí mismo, señor. Entro en el ejército á los veintiún años y escojo la artillería. Yo me había dicho : con mis diplomas y lo que sé de matemáticas, llegaré á la Escuela de Versalles donde á los tres años seré oficial... Mi mala fortuna quiso que cayera bajo un sargento que me tomó ojeriza sin saber por qué, y tardé dos años en ser cabo, ¡ dos años con mi instrucción, sí, señor! Únicamente al cuarto año pude presentarme en la Escuela siendo recibido. Como durante el tiempo que permanecí en el regimiento hallábame muy lejos de ser dichoso, bebía de vez en cuando... Es natural ¡ qué caramba! El coronel que dirigía la Escuela, y á quien tampoco caí en gracia, me encontró una noche al tiempo de entrar en el cuartel medianamente alegre, pero nada más que alegre. Si él hubiera tenido un poco de tacto, me habría dejado pasar haciendo como que no veía; pero en vez de adoptar esta actitud, me arrestó y dos días más tarde ya estaba despedido. Vuelvo al regimiento; mientras tanto mis cinco años de servicio terminaban y senté plaza de nuevo en la artillería de marina. No había que pensar ya más en Versalles... ¡ Es lástima! Yo hubiera hecho un buen oficial. Estoy convencido de ello. Entonces me dije : iré á las colonias como soldado y me quedaré allí como colono. He pasado dos años en Argelia y dos en Tonkín, pero cuando he visto la farsa que era esta vida de las colonias, el asco se apoderó de mí. Además, estaba enfermo... ¿Valía la pena, pregunto, de conquistar países donde un hombre honrado no puede ni siquiera tomar una copita sin que el hígado padezca? Apenas me vi libre, me juré no abandonar París y heme aquí desde hace tres años.



J. Sorolla. Apenas levanto la cabeza á mi legada. (pág. 37.)

29791

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Es duro, no cabe duda, vivir aquí cuando no se tiene carrera y á mi edad no se empieza una de nuevo...

— Sin embargo, como antiguo oficial tiene usted derecho á una pensión, insinué.

— Cuando salí de la Escuela me dejaron otra vez de simple soldado, pues cuando no se tiene influencias ellos no perdonan nada.

¿Quiénes eran estos ellos misteriosos sino los perseguidores imaginarios, que el desorden de su vicio hacia entrever al desgraciado, detrás de sus fracasos, en espera de que el *delirium tremens* viniera á sitiarse con sus pesadillas? Era hasta aquí la lamentable confesión del vencido vulgar que más bien que descender se ha dejado arrastrar por la pendiente del vicio falto de voluntad, por carencia de medio en que fortificarse y también por falta de suerte. ¡Esta margen tan ancha para el rico y tan estrecha para el pobre, es la consecuencia más cruel de la necesaria desigualdad social! Algunas palabras iban á ser suficientes para que esta vulgar fisonomía de una de las innumerables víctimas de la educación moderna, se iluminara para mí con un fulgor que me espanta todavía cuando revivo con la imaginación este minuto tan lejano.

— ¿No tiene usted familia? — le pregunté.

— Soy hijo natural — respondió, — un bastardo, y toda mi desgracia viene de ahí... Sin embargo, la culpa no es de mi padre... Él estaba casado; ocupaba un puesto importante y ha hecho por mí todo cuanto ha podido. Dió dinero á mi madre para que me educara mientras viviera. Cuando mi madre murió, yo tenía ocho años; mi padre entonces me puso en un colegio donde pagaba por mí. Si no hubiera muerto él también, en el momento en que yo salía del liceo, mi vida hubiera adquirido otra dirección... ó si me hubieran entregado lo que él me dejara...

— ¿No hizo acaso testamento en regla? — le interrogué al ver que se callaba. — Temía una de esas repentinias reticencias como las que suelen tener estos extraños interlocutores que os cuentan las particularidades más íntimas de su vida, las más vergonzosas á veces, y luego se paran ante un detalle, con frecuencia insignificante, obstinándose

en un mutismo tan completamente inexplicable, tan involuntario é irreflexivo como su confianza de un momento antes. Son impulsivos y momentáneos que no obedecen sino á impresiones en absoluto subjetivas.

El de mi cuento mirábame, al preguntarle, con sus azules pupilas cuya dulzura me sorprendió al principio y en las que en aquel instante yo observaba una extraña desigualdad. ¿Estaba tal vez fatigado de la narración que acababa de hacerme, con vacilaciones en la elección de las palabras que revelaban una latente afasia? ¿Acaso manifesté con demasiada vivacidad una curiosidad injustificada, ante la que se detenía asombrado? Ello es que en vez de responder, contestó :

— Ya ve usted, señor, que no le han engañado y que nosotros el socorro de las personas caritativas...

— Usted debe conocer á algunas, dije yo sacando del bolsillo la moneda de oro que al efecto tenía preparada, colocándola sobre la mesa y pronunciando el nombre de los padres de Eugenio. — Sé que los Corbières son muy buenos para usted...

— ¿Conoce usted á los Corbières? — preguntó retirando su pipa de la boca mientras, inclinado hacia adelante, me miraba con una mirada que esta vez se alumbró con un extraño brillo. Después, encogiéndose de hombros volvió á fumar añadiendo : — Ahora lo comprendo; son ellos los que le han enviado á usted aquí; lo sé y sé por qué. ¿Quiere usted que se lo diga? Usted viene á aconsejarme que me vaya de París, ¿es verdad ó no? Ellos le han contado que yo me harto de alcohol, que me embriézcó, que me mato. Es el sermón que me predicán siempre que voy allí. Pues bien, no, no, y no... No me iré de París; no saldré de París. Esa gente me verá ¿lo oye usted? me verá... Esa es mi venganza y habrán de sufrirla, hasta el fin...

Mientras me hablaba así, tomando mi silencio por una aquiescencia, su fisonomía se animaba reconociendo en ella esa expresión de arrogante autoridad que á Eugenio sorprendería. Este cambio de actitud era tan singular en un mendigo, minutos antes tan humilde, había una ame-

naza tan enigmática en las palabras de que se servía y al mismo tiempo una tal certidumbre de un derecho imprescriptible que hube de dejarle hablar sin contradecirle. Tuve algo así como una fulminante adivinación de lo que iba á oír. La frase que había pronunciado cinco minutos antes : *si le hubieran entregado lo que su padre le dejara...* se iluminó de pronto para mí con una evidencia horrible. Pero esto no fué más que un relámpago y yo le dije :

— No es usted justo. No vengo de parte de los Corbières, pero suponiendo que viniera de su parte á transmitirle ese encargo ¿por qué no hacerlo? Si los Corbières desean que usted abandone París, es en interés suyo; si le reprochan el que se está matando con el alcohol, tienen razón y puesto que usted mismo me ha confesado haber recibido buena educación, debe saber que no debe hablar así de sus bienhechores...

— ¿Ellos? — exclamó. — ¿Mis bienhechores? ¿Ellos se han presentado á usted como mis bienhechores? Y se echó á reír con la risa que Eugenio le había visto ya en casa del licorista de la calle de Saint-Jacques, ante su copa llena de ajenjo. Un salto súbito de semiembriaguez haciale pasar de la torpeza á la excitabilidad. Esta irritación hacía su palabra más torpe todavía y sus frases, enunciadas con este esfuerzo, casi tartamudeando, adquirirían una fuerza más dolorosa aún. Era como el símbolo de la sujeción en que se debatiera durante toda su juventud á causa del crimen cuyo testimonio aportaba ahora.

— No, señor — repitió, — esos no son mis bienhechores, al contrario, son mis verdugos. Si yo he llegado á ser lo que soy, un fruto seco, un fracasado, un lamentable fracasado, si bebo, señor, es por su culpa... Cierto que no tengo la prueba, no tengo la que podría exhibir ante la justicia para demostrar que estos sedicentes bienhechores me han robado, si, señor, me han robado... Y por otra parte, ¿qué es lo que haría ahora con ese dinero? ¡Mientras á los veinte años!... Á los veinte años me hubiera eximido del servicio militar, primero, y después habría concluido mi carrera de derecho ó de medicina y hoy sería un gran abogado ó un gran médico. No hay que

juzgarme por lo que usted ve... *a ruin'd piece of nature* (1) como dijo el otro.

Pronunció esta frase inglesa con un acento bastante incorrecto, pero lo bastante claro para que pudiera reconocer el célebre grito de *El Rey Lear*. Si podía en esta degradación citar á Shakespeare, siquiera no fuese más que una frase, después de haber citado de Horacio aunque no fuera más que dos versos, ¿qué prueba más angustiada de que en efecto, en el Pedro Robert que yo escuchaba, había habido el esquema de otro hombre? ¡Ay! De este otro no quedaban más que los finos rasgos de esta máscara consunta, estos pequeños restos de cultura y estos espasmos de rencor contra aquellos á quienes acusaba de haberle perdido. Es casi seguro que de todos modos se hubiera perdido por su propio carácter; su naturaleza habría sido la misma en otras circunstancias; sin embargo, tenía derecho á formular la acusación que formulaba ahora :

— Es su culpa, señor — decía, — la culpa es de ellos, de ellos solos. Si no es verdad, señor, que se justifiquen. Vaya á hablarles, usted que es su amigo, vaya y repítales lo que yo le cuento. Eso les enseñará á no enviarme á ninguno. Entonces les verá ante su presencia, como yo les he visto ante la mía, palidecer y temblar. Ellos le dirán que estoy loco como me lo han dicho á mí; es decir, no ellos, él. La vieja no ha hecho nunca más que llorar cuando ha sabido que yo lo había adivinado todo... Pero mis ideas se van, se van. Parece que tengo algodones en la cabeza. ¿Qué estaba yo diciendo?... ¡Ah! En la época del liceo. Yo era entonces alumno en Versalles y solo supe mucho tiempo después quién era mi padre. Yo le llamaba M. Robert; era su nombre de pila que él me ha dado como apellido. Yo le creía mi padrino; le veía, los días de salida, en casa de unos parientes que mi madre tenía en París y que me servían de apoderados. Por ellos es por los que he sabido infinidad de cosas más tarde. Ya le he dicho que mi padre era casado y padre de

(1) Un desecho de la naturaleza.

familia; tenía un alto puesto de jefe de negociado en el ministerio del Interior, donde el señor Corbières era ujier. ¿Empieza usted á comprender? Mi padre no quiso nunca que su mujer ni sus demás hijos, los legítimos, supieran mi existencia y como tenía al señor Corbières bajo sus órdenes, al sentirse enfermo, le confió la suma que pudo distraer de su fortuna y que estimaba necesaria para la terminación de mis estudios... Treinta y cinco mil francos si no me engaño...

— ¿Y el señor Corbières ha podido quedarse con ese dinero? — interrumpí yo. — ¿Pero es posible? ¿Para qué? Yo les he visto vivir á él y á su mujer y puedo asegurar que son las personas más sencillas, más rectas, más honradas.

— Esas honradas personas me han despojado de lo que era mío — dijo Pedro Robert sonriendo sarcásticamente y alzando la cabeza mientras su boca manifestaba la más amarga de las repugnancias, la del despreciado que á su vez puede llegar á ser despreciativo. — ¿Para qué? Sí ¿para qué? Y su hijo, señor, ¿cómo le han educado? Él ha podido hacer su voluntariado de un año, él ha seguido sus cursos de medicina... ¿Con qué dinero? Un hombre que es ujier en un ministerio no puede hacer fortuna. ¿Es que con las economías que éste haya ido haciendo, ha podido tener á su hijo estudiando hasta los treinta años? ¡Quite allá!... Es mi dinero, se lo aseguro, mi dinero el que han gastado, ¿lo oye? *mi dinero...*

— ¿Pero usted mismo confiesa que no tiene una prueba de lo que dice? — pregunté yo; y mientras protestaba sentíame abrumado ante la evidencia de que no mentía. Sus palabras eran como la clave que permite leer y comprender de una vez el sentido de una página de escritura cifrada... Las impresiones que tan frecuentemente había sentido de un misterio existente en torno á los viejos Corbières, el fondo de tristeza en que vivían, tan poco en relación con la devoción profesada á su hijo, las confidencias de éste, sus últimos tiempos y esta mañana todavía, todo se explicaba por la revelación que el borracho precisaba ahora.

— Ha hablado usted de una prueba que llevar ante la justicia... pero pruebas para mí tengo bastantes...

¿Quiere usted saberlas? Antes de morir mi padre me escribió. Ahí tengo su carta. En ella me decía que era mi padre y no mi padrino, prohibiéndome que viera nunca ni á su viuda ni á sus hijos y llevando su escrúpulo hasta no decirme su verdadero nombre... Señor, he sido bien desgraciado, se lo aseguro. He obedecido siempre á esta orden de un muerto. Jamás he pedido nada á esta mujer ni á mis hermanos, que son dos, y bastante ricos y que me ayudarían, pero no quiero. Mi padre agregaba que había asegurado mi porvenir y que recibiría mil quinientos francos todos los años hasta los treinta, y un pequeño capital después. Esta cifra de renta es lo que me ha hecho calcular que la suma debió ser de treinta y cinco á cuarenta mil francos. En su propósito de absoluta separación entre la vida de su hogar y mi vida, no me decía ni quién me enviaría esta renta y este capital ni de qué modo quería que, incluso este medio de elevarme hasta sus hijos, me fuera prohibido. Sin embargo, todo lo he sabido después. He sabido que murió de una enfermedad que debió herirle como un rayo y que no le permitió evidentemente tomar las medidas que había aplazado tal vez porque contaba á mis veinte y nueve años decirme la verdad y entregarme, por sí mismo, esta pequeña fortuna. Entonces se sirvió de Corbières porque tenía seguridad en él. Este Corbières era entonces un hombre honrado... ¿Quiere usted una prueba? Mi primero y mi segundo año de pensión me fueron pagados; el tercero no. Precisamente ese fué el año del voluntariado del hijo. El dinero de estos dos años llegaba á mí; poder por semestres, en billetes de banco y en sobres certificados sin otra mención que estas palabras: « *Con arreglo á la voluntad del señor Robert.* » Ahora bien, señor, yo he tenido más tarde una muestra de la escritura del señor Corbières y ¡era la misma que la de estas palabras y de las señas escritas en los sobres!... Pero volvamos á este año de 1873. El dinero no había venido; yo debía hacer mi servicio militar; tenía algunas deudas... ¿Quién no las tiene? No encontraba medio de

buscar la razón por la cual mi renta no me era ya entregada ni de comprometerme en proceso alguno. Además, era muy joven y en esta edad se es indiferente á todo. Yo contaba con mi propia suerte... En resumen, ingresé en el ejército y ya sabe usted lo demás...

— ¿Pero cómo ha vuelto usted á encontrar á los Corbiéres? — le pregunté yo.

— Quiere usted decir ¿cómo los Corbiéres me han encontrado á mí? Porque son ellos los que me han buscado... Han tenido remordimientos, he aquí todo. Cuando se siente llegar el fin, se suelen tener estos miedos, según parece, y entonces es cuando se quiere engañar al buen Dios...

Y rió de nuevo con esa risa silenciosa que descubría el negro agujero de su boca desdentada. — Ellos han querido, pues, saber lo que había sido de mí y me han descubierto. ¿Cómo? no hace falta explicarlo. Al verme pobre dábanme limosna de vez en cuando para acallar su conciencia, y también para conjurar la mala suerte... ¡Je! ¡Je! No lo han conseguido. Cuando yo vi al viejo Corbiéres por la primera vez, ahí donde usted está, le dejé que hablara como hace un momento le he dejado hablar á usted. Me decía que al saber que yo era un desgraciado venía á darme una limosna... Yo creo todo cuando quiero ¿verdad? pero yo razonaba para mis adentros y me decía: tú, buen hombre, ¿qué es lo que quieres de mí? ¿por qué vienes aquí? Al principio no pude comprenderlo; después ha vuelto, y su mujer también, primero cada mes, luego cada semana trayéndome con qué pasar mis ocho días.

En realidad era un pretexto, pero no podían dejar de venir. Y es que yo los atraía, fascinándolos; yo los miraba ahí, en los ojos, y siempre bajaban la vista. Se achicaban ante mí, señor, ¿por qué? Más después asaltóme la idea de que estaban mezclados á mi historia. Yo les hablé del dinero que debiera tener y de la carta de mi padre — y desde ese día he comprendido que los tenía bajo mi poder... ¡Oh! — terminó — para lo que yo los quiero hacen mal en tenerme miedo y desear que me vaya: un escudo de cien sueldos de vez en cuando,

algo que beber cuando tenga sed, y los dejo en paz. Su hijo es rico y si yo quisiera me lo devolvería todo, pero aún cuando ahora lo tuviera todo, vuelvo á repetir, ¿qué quiere usted? Hay que divertirse un poco. La vida no es alegre; afortunadamente esto no durará siempre... Tuvo nuevamente un acceso de su siniestro reír, después, viendo el napoleón que yo había dejado sobre la mesa, le cogió y le introdujo en el bolsillo del elástico que le servía de chaleco, por debajo de su levita, y levantándose de la silla hizo el ademán de conducirme hasta la puerta diciéndome: « Le doy á usted las gracias, señor, pero repítale que no vale la pena que me envíen otras personas caritativas para aconsejarme que abandone París... no vale la pena... Á todos los que vengan de su parte, á todos ¿lo oye usted? les contaré su historia y no dejaré París, no saldré de aquí de ningún modo é iré á su casa, y me recibirán, repítaselo de mi parte. Adiós, señor, adiós... »

Únicamente al hallarme fuera de la estancia donde recibiera esta trágica confesión fué cuando me di cuenta de su consecuencia inmediata, con un temblor de espanto que no recuerdo haber sentido ni antes ni después. Eugenio Corbiéres me esperaba abajo... ¿Qué iba á decirle? Mi temor de afrontar su inquisitorial mirada era tan fuerte, que mis piernas se doblaban al descender las gradas de la escalera á cuyo término tenía sin embargo que llegar. ¿Y entonces?... Me detuve algunos minutos en el descanso del primer piso para intentar reponerme. Necesitaba á todo trance hallar en mí la energía bastante para oponer á las preguntas de Eugenio respuestas bastante bien calculadas, á fin de hacerle desistir de la continuación de esta terrible pesquisa. La primera condición era que mi cara no desmintiera mis palabras. Mi compasión hacia el amigo amenazado de esta horrible revelación ¿daríame esta energía? No tuve tiempo de poner mi voluntad á prueba, pues no había contado con la fiebre de impaciencia que á Eugenio devoraba y como mi ausencia se prolongara demasiado, decidióse á venir hasta la puerta de la casa, después al patio y por último al pie de la escalera, de suerte

que en el momento en que yo me detenía sobre la última grada, completamente vacilante, abrumado, le vi surgir ante mí preguntándome :

— Has tardado mucho... ¿Qué te ha dicho?

— Nada de interesante — le respondí; — es lo que yo había pensado : un hohemio á quien tu padre socorre...

— ¿Por qué estás tan turbado entonces? — continuó

— ¿Tiemblas? — ¿Qué tienes, que estás tan pálido?...

— Es la impresión de esta miseria — respondí y agregué llevándole conmigo : — Vámonos, un poco de aire me calmará...

— Vámonos — dijo, pero después, parándose de pronto ante mí, y fijando de nuevo sus ojos en los míos, continuó. — No; hay algo que tú me ocultas; lo siento, lo veo, tú no me dices la verdad, ni me la dirás nunca... ¡ Tanto peor! Voy á subir yo mismo...

— ¡ No vayas! — exclamé colocándome de través en la escalera; mas apenas hube lanzado este grito, comprendí la imprudencia cometida y traté de repararla añadiendo : — Es inútil y es peligroso, pues demasiado explota ya á tu padre...

— Tú no me dices la verdad... — repitió entonces Eugenio con un acento más áspero y, antes de que hubiera podido prever su acción, habíame apartado con un brutal movimiento y precipitándose hacia el piso superior, subió las escaleras de cuatro en cuatro. Yo permanecí abajo paralizado por la emoción y sin intentar nada. Sabiendo lo que sabía, parecíame sentir sobre mi frente un hálito de fatalidad en esta escalera de casa lóbrega. El encuentro entre aquellos dos hombres se me apareció como inevitable. Era mejor que se verificara ahora y que yo estuviera allí, en el minuto mismo en que iba á recibir el terrible golpe, si por acaso le recibía. Y me esforzaba en creer, en esta escalera de este cuartel de pobres, que un último resto de humanidad detendría al vagabundo. El hecho de que hubiera limitado sus peticiones de dinero á los padres Corbières, cuando le habría sido tan fácil ejercer presión sobre Eugenio, mostrando el fantasma del escándalo, se me presentó de pronto como muy significa-

tivo. Además, me lo había dicho él mismo, casi insistiendo en ello y quise ver la prueba de sus escrúpulos ante una revelación tan terrible, tan injusta, después de todo. El hijo no tenía ninguna culpa de la falta del padre; si él se había aprovechado de ella era sin saberlo y denunciárselo sería una ferocidad. No, Pedro Robert no se había mostrado durante su entrevista conmigo ni injusto ni feroz... Yo razonaba de esta guisa, olvidando que un maniático de alcohol como él, está siempre dispuesto por la excitación del momento á cometer los actos más opuestos á su propio carácter, á su voluntad más reflexiva. No cabe duda de que éste, en sus malas horas de infortunio, había pensado en dirigirse al hijo, pero retrocedió siempre ante semejante infamia. Iba á ver, sin embargo, que el instinto de venganza, despertado de improviso, debía ser el más fuerte, siendo de extrañar que un escrúpulo hartó magnánimo, después de todo, hubiera resistido durante tanto tiempo en un ser tan degradado. El alcohólico no había sido dueño de su palabra conmigo; ¿por qué lo habría de ser en este cuarto de hora y ante la presencia de la persona que removía en él los más amargos recuerdos?... Todas estas ideas, mientras esperaba á mi amigo, se agitaban y entrechocaban en mi espíritu sin llegar á tener de ellas una clara y perfecta conciencia. Ahora estaba ante la puerta de la casa. El deseo de engañar mi fiebre con el movimiento, obligóme á dejar la escalera y el patio también, permaneciendo en la acera mientras contaba los minutos y me preguntaba si debía ó no yo también volver á subir allá arriba, presa de una de las más dolorosas angustias que jamás me hayan suplaciado, cuando de pronto Eugenio Corbières apareció en el umbral de esta casa de miseria. Nos miramos fija, silenciosamente. El otro se lo había dicho todo...

En todo gran médico, como en todo gran autor dramático y, probablemente también, en todo gran comediante, hay ciertas facultades mucho más próximas al tipo del hombre de acción que al tipo del hombre de pensamiento. Estos oficios tan complejos y que exigen tanto animalismo, suponen también una excepcional capacidad de afirmación personal, de decisión inmediata, de efectiva resolución. Ellos soportan, por decirlo así, una emoción directa de la realidad, para lo cual es preciso tener ese vigor fisiológico que permite domar los nervios. Frecuentemente he tenido ocasión de justificar esta observación en mis relaciones con los ejemplares superiores de estas tres especies intelectuales, y nunca, como en los instantes que siguieron á la entrevista de Eugenio Corbières con el hombre á quien sus padres habían despojado, he podido certificar mejor esta virtud casi militar de la disciplina médica. Ciertamente Eugenio estaba abrumado de dolor por la revelación que acababa de sufrir; no dudaba en modo alguno de su verdad, según pude reconocer en sus ojos; sin embargo, no hizo ni un gesto que manifestara frente á mí su horrible tempestad interior. Solamente me dijo: «¿Tienes algún inconveniente en acompañarme hasta la calle Amyot? El coche te llevará después á tu casa...» Y ante mi respuesta afirmativa, dió al cochero la dirección de sus padres con una voz que no temblaba, una voz clara y segura. Mientras el carruaje nos conducía á través de este viejo barrio de Val-de-Grace, Eugenio podía ver por el cristal de la portezuela desfilan esquinas de calles tan conocidas para nosotros, fachadas de tiendas, ángulos de muros, cien aspectos familiares que hacían levantarse ante él, como ante mí, los fantasmas de tantas horas de su estudiosa juventud. ¿Es que acaso no habíamos errado juntos lo bastante por estas aceras mientras él se dirigía á las aulas y yo le acompañaba, ó bien llevándole yo hacia el Luxemburgo y él siguiéndome á fin de

prolongar una de nuestras innumerables comunicaciones de ideas? Todas estas horas, si, todas, las de los ardientes trabajos y también las de los nobles placeres, ¿era posible que fueran el producto de un abominable crimen, que su padre y su madre hubieran robado para él el bienestar al desgraciado á quien acabábamos de dejar? Si esta evidencia me abrumaba de melancolía á mí, un simple testigo, ¿de qué desesperación no debía estar poseído él, actor viviente de este horrible drama, un drama en que él era el héroe sin darse cuenta de ello? Eugenio guardaba no obstante ese absoluto imperio de sí mismo que yo le reconociera ante los lechos de hospital; parecía asistir á su propia agonía mental, con la misma firmeza de espíritu que había desplegado para curar tantas otras agonías menos dolorosas que las suyas. Su rostro estaba como crispado de voluntad, sus ojos secos, su boca cerrada. Durante el trayecto no hubimos de cambiar muchas más palabras que las cambiadas durante el precedente. ¿Para qué? Empero, fui yo, el extraño, el que primero sintió el triunfo de esta viril reserva y cuando descendió del coche ante la puerta de sus padres, no pude contenerme y, agarrándole de la mano, le dije con un acento ahogado por la angustia:

— Recuerda cuánto te han amado.

— Hubieran hecho mejor odiándome — respondió; — se lo habría agradecido más.

Estas sacrilegas palabras fueron pronunciadas con un acento en el que temblaba tal sobresalto de indignación á la vez implacable y fría, la mirada de Eugenio aparecía cargada con tal intensidad de desprecio, sentiale llegado á un grado tal de frenesí interior, bajo su apariencia tranquila, que le dejé entrar en la casa y desaparecer sin haberle respondido. ¿Para qué ya? Volví á sentarme en el carruaje, y abandonándome al fin á la compasión que desbordaba de todo mi ser, no hacía más que repetir estas palabras, siempre las mismas:

¡Dios mío! ¡Pobre gente! ¡Pobre gente!...

La imagen que me arrancaba este grito de terror era la de mi amigo surgiendo como un justiciero ante estos ancianos, ultrajándoles por haber hecho de él el cómplice

de una infamia, de este abuso de confianza respectó de un muerto. Yo veía al hijo llegando á aquel hogar que tan bien conocía, y los veía también á ellos, y oía sus voces :

— ¿Quieres, hijo mío, matar á tu madre?

— No soy yo el que te arranca la vida, erés tú misma...

Este diálogo de la eterna Clytemnestra y del eterno Orestes me volvía á la memoria y tenía miedo. Cuando más tarde Eugenio me contó por qué sensaciones había pasado durante aquella hora que fué verdaderamente la hora suprema de su vida, aquella en que todo su destino de hombre hubo de resolverse, comprendí hasta qué punto había tenido razón en temer una escena trágica y un desenlace terrible á esta horrenda aventura :

— Mi resolución estaba tomada — me dijo : — yo quería interrogarlos, saber la verdad por ellos mismos, hacérsela confesar, maldecirlos y matarles después... Así es como el desgraciado joven, con el corazón agitado por sentimientos de esta violencia, llegó ante la puerta de sus culpables padres. En esta crisis aguda de revuelta íntima, su existencia pasada le producía tal repulsión que hasta sufrió al sonar los dos golpes acostumbrados, señal convenida á la cual estaba seguro que habrían de responder y que, por un instante, le representó los largos años que vivieran aquí ellos y él, ellos, los ladrones, y él, su cómplice. No hay duda de que si en aquel momento se hubiera acercado el paso de su padre y si la puerta, una vez abierta, Eugenio hubiera encontrado frente á él la figura de un hombre, su cólera se habría descargado en un escándalo irreparable, mas, por fortuna, el viejo Corbières no estaba en su casa. Mi amigo reconoció por detrás de aquel débil tabique el ligero andar de su madre, y cuando el pestillo se movió en la cerradura, halló para acogerle los ojos y la sonrisa de la anciana, aquellos ojos cuya fiebre dolorosa ahora comprendía por primera vez, aquella sonrisa que vagaba por los rasgos cuya alteración conocía desde hacía tiempo y cuya causa sabía hoy. Y he aquí que, de pronto, ante esta enferma que le llevara en su seno y le nutriera con su leche — enferma por el remordimiento de un crimen que cometiera por él

— el hijo sentía su indignada rebelión calmarse, abatirse, fundirse en un angustioso enternecimiento que hubo de estremecerle de arriba abajo. Entretanto la anciana, cuyos ojos cansados no habían advertido aún en la sombra de la pequeña antecámara el cambio de la fisonomía de su hijo, cerraba la puerta con las precauciones acostumbradas y empezaba, como siempre, á contarle la humilde crónica familiar de su interior :

— ¡ Dios mío ! Si hubiera sabido que venías hoy por la mañana — decía — te hubiera hecho un verdadero almuerzo con huevos y tomates como á ti te gusta. Los había muy frescos en el mercado de la calle Monge. Tu padre también ha salido... No se sentía muy bien esta mañana... Sufre siempre de sus ahogos. Será necesario que le auscultes de nuevo... ¿ Pero qué es lo que te pasa á ti, hijo mío?... En efecto, acababa de entrar detrás de ella en el comedor y mientras le hablaba habíale contemplado á plena luz bastándole una sola mirada para adivinar que su hijo se hallaba bajo la impresión de una emoción extraordinaria.

— ¡ Hijo mío ! — repitió — ¡ Hijo mío ! ¡ Mi Eugenio !... ¡ Ah !...

No pudo acabar. Este grito que lanzaba su corazón de madre, iluminado por la más fulminante de las intuiciones, se detuvo de pronto ante la explosión de desesperación de aquel á quien iba dirigido. Corbières se dejó caer en una silla y allí prorrumpió en sollozos convulsivos. Érale harto duro, después de saber lo que sabía, verse así en medio de estos objetos entre los cuales había vivido, en esta atmósfera que fué la de toda su juventud, y se dejaba vencer por la ola de sensibilidad violenta que levantaba en su alma. Tal vez este acceso de lágrimas le salvó del suicidio ó de la locura al romper la espantosa tensión en que había visto ocuparse todo su ser. La madre escuchaba con horror rugir en aquel pequeño cuarto de familia, donde todos los éxitos del estudiante fueron festejados, este rumor, este huracán de suspiros desgarradores, de gritos ahogados que lanza un gran dolor de hombre. Este hallábase sacudido y como convulsionado por aquel acceso sobre cuya causa la desgraciada mujer

apenas podía equivocarse. Desde hacía mucho tiempo temía que su hijo descubriera el crimen que cometieran, ella y su marido, en favor de él, ¡pero un crimen después de todo! Y la pobre madre exclamaba inclinada hacia su hijo, oprimiéndole entre sus brazos, enloquecida también:

— Eugenio mío, soy yo, es tu madre. Mirame... ¿Sufres? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¡Oh, háblame!...

Después, dijo en tono feroz:

— Habla, pues. Dime lo que tengas que decirme, sea lo que fuere... Me estás haciendo demasiado daño...

Había puesto en esta orden una tan severa energía de amor maternal, que provocó al punto esa irresistible sugestión que nos sondea hasta el fondo del alma para arrancar allí la confesión. El hombre que lloraba, levantó la cabeza y dijo, poniendo en esta frase todo el dolor y toda la ternura á la vez de que estaba llena su alma:

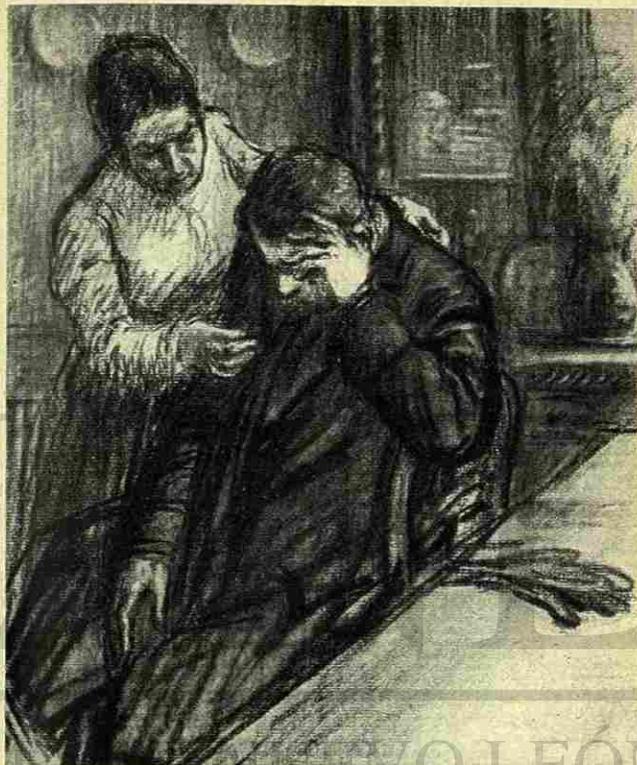
— ¡Mi pobre madre, vengo de la calle del faubourg Saint-Jacques!...

Ella no respondió. El la vió á pesar suyo después de haber hablado, retroceder con sus viejas manos tendidas hacia adelante cual si quisiera apartar alguna cosa, invadiendo su rostro una palidez tan horrible que creyó verla morir. El médico se despertó en el hijo, y á su vez se abalanzó hacia ella dándole el mismo nombre que la hubiera dado veinte años antes si la hubiera visto palidecer así:

— ¡Mamá!...

— Déjame — le dijo retrocediendo todavía hasta hallarse junto á la pared de la habitación. Una vez allí se volvió, se cogió la cabeza entre las manos y se arrojó para orar con fervor, profundamente. Cuando se levantó después de haber hecho esta oración, tenía en sus ojos, en su frente y alrededor de su boca, una especie de serenidad en la desesperación, que contrastaba de un modo notable con la expresión de remordimiento interior que tanto inquietara á su hijo durante tantos años.

— ¡Más vale así! — gimió con una exaltación extraña. Eso me ahogaba desde hacía mucho tiempo... Dios ha tenido piedad de mí... Sí, — continuó más exaltada todavía — yo sabía que esto sería la liberación: si tú



— ¿Sufres? ¿qué tienes? (pág. 56.)

supieras todo, si yo llegara á hablarte, á explicarte, si yo hubiera tenido este dolor en esta vida... Tú hubieras sabido todo, sin embargo, el día del juicio final, cuando se vea el fondo de los corazones, y eso entonces hubiera sido demasiado horrible... — Después, cerrando los ojos y con un estremecimiento, continuó: — Estoy dispuesta á

beber mi cáliz; el buen Dios me ha dado fuerzas... Eugenio, dime todo lo que sabes, todo, y yo diré lo que es cierto y lo que no es... Debes obedecerme, hijo mío, puesto que soy tu madre, que tanto te ha amado... Pregúntame, yo te lo ordeno para que no haya entre nosotros más que la verdad...

— Lo intentaré — dijo Eugenio después de un silencio... La firme actitud, tan repentina, de esta mujer á quien conociera tan turbada, tan vacilante, inspirábale un sentimiento de respeto tanto más extraño cuanto que había venido para tener una explicación que por sí misma era ya un ultraje; pero hay, en la heroica aceptación de ciertas pruebas, una secreta grandeza ante la cual debe inclinarse hasta el juez que condena y con esta emoción, la más noble que pudiera tener en aquel segundo, la única que podía salvarle del parricidio moral en aquel interrogatorio, es con la que Eugenio prosiguió diciendo: — ¿Es verdad que ese desgraciado que vive allá, en la calle del faubourg Saint-Jacques, es Pedro Robert, es el hijo adulterino de un protector de mi padre?

— Es verdad — respondió, — de don Pedro Robert Haudric. Por este motivo es por lo que ha sido inserto bajo estos dos nombres. Ese señor Haudric era hermano de leche de Corbières; tu abuela fué su nodriza en Péronne y él fué quien nos colocó en el ministerio.

— Entonces — continuó el hijo, á quien faltaban las palabras para formular la odiosa declaración, — ¿el resto es verdad también?

— ¿Que el señor Haudric nos confió una suma de dinero, en depósito, para este hijo? También es verdad...

— ¿Y que ustedes la destinaron para mí? — preguntó en voz baja, casi apagada, cual si temiera al oír sus propias palabras verse de nuevo atacado por su frenesí de revuelta contra esta vergüenza de que se sentía cubierto. La madre le respondió con una voz también baja, apagada también.

— Es verdad. — Después, oprimiendo sus manos una contra otra y en actitud suplicante, exclamó: — Escúchame, Eugenio, escucha... Hemos sido hartó culpables, más para comprendernos es necesario saberlo

todo y principalmente que este hijo del señor Haudric habiale causado ya bastantes inquietudes. Era inteligente, pero malo ya desde que entró en el colegio. Por eso es por lo que el señor Haudric dijo á Corbières: « No quiero que tenga, hasta los treinta años, más que la suma indispensable para sus estudios. » Esta suma fué fijada en mil doscientos francos por año, siendo el capital de treinta y seis mil francos. Nosotros no debíamos darnos á conocer porque el señor Haudric estaba casado y la madre de Pedro Robert era una pariente cercana de su mujer, una prima hermana. ¿Cómo el señor Haudric se había comprometido en esta aventura de seducción, él, que era un hombre tan honrado? Yo le juzgué severamente entonces, pero ahora sé que hacía mal y que no se debe condenar á nadie. Él tenía otros hijos, y por lo tanto quería que este secreto muriera con él. Te explico estas cosas, para que comprendas de qué modo hemos sido tentados... Como tu padre tenía la obligación de vigilar de lejos á este muchacho, el primer año servimos la pensión como debíamos; después supimos que había vivido en el Barrio Latino, en compañía de ciertas mujeres, corriendo de café en café sin seguir ningún estudio ni dedicarse á ningún trabajo. Bebía ya, ¡á los diez y nueve años! El segundo año continuamos enviando la pensión é hizo lo mismo, peor aún; tú padre se informó de su conducta y supimos que había contraído grandes deudas. El tercer año... — Aquí se detuvo un segundo y con el fervor de alguien que consume su sacrificio, continuó... — El tercer año era el en que tú debías hacer tu servicio militar. Hacía falta pagar mil quinientos francos para que solo fueras soldado un año y no los teníamos. Nuestras pobres economías, siete mil francos ahorrados sueldo á sueldo, se habían perdido en una desgraciada imposición. ¡Y tú eras tan trabajador, tenías tanto derecho á ser lo que ya eres!... ¿Qué quieres? No hemos podido soportar la idea de que tus estudios llegaran á interrumpirse, tanto más cuanto que no se trataba sólo de que se hiciera ó no se hiciera el servicio militar... ¡era todo el porvenir! ¡Ah! Si el otro hubiera sido como tú, si hubiéramos

podido pensar que ese dinero no se perdería por él, que lo emplearía en ser algo, la tentación no se habría apoderado de nosotros... Lo sé, no teníamos derecho á hacer lo que hicimos : ese dinero era suyo y no de nosotros... ¡pero tú eras tan digno de él y el otro tan poco ! Y sucumbimos...

— ¿Y ustedes no habían pensado — objetó Eugenio — que precisamente á causa de esa debilidad de carácter este otro tenía más necesidad que yo de ese dinero?...

— ¿No se han dicho ustedes nunca que quitarle esta pequeña fortuna era dejarle más inerte ante la vida, que con su falta de energía, una vez sin recursos, caería cada vez más abajo y que sería yo, vuestro hijo, el que sería responsable de ello?...

— ¿Tú? — exclamó la madre. — ¿Tú, tú responsable? No digas eso, hijo mío, no lo pienses... Ni tú ni tu padre... Soy yo la que lo ha hecho — continuó dándose golpes de pecho cual si estuviese en la iglesia... Fui yo la que lo hice todo por mi propia cuenta... Fui yo primero la que tuvo la idea de emplear una parte del dinero para el pago de tu voluntariado, y la que decidió á Corbières; él no quería, yo le he arrastrado... Quería después continuar, á pesar de todo, la pensión al otro con el resto del capital, pero yo fui la que lo impidió, pues tenía miedo de que el dinero nos faltara para terminar tus estudios, y además, ya estaba hecho... Te amaba demasiado, más que á mi salvación eterna, más que á Dios, he ahí mi pecado. Lo demás fué una consecuencia natural. Sabía bien que me condenaba, pero era por tí... Hace diez años, Eugenio, ¿lo oyes? diez años que no me confieso para que el sacerdote no me diga que es preciso devolver algo del depósito, justamente á la hora en que tu podrías necesitarlo... ¡Bah !... Te he amado mucho, hijo mío, y por tí es por lo que Dios me ha castigado desde los primeros días. Y no es que tú me hayas hecho sufrir, tú, que eres la perfección sobre la tierra, es que, precisamente cuando te he visto tan perfecto, he empezado á sentir un gran terror, un presentimiento de que esta vida no duraría mucho tiempo para nosotros, que no conseguiríamos nada,

que tú nos serías arrebatado de pronto en plena juventud, en plena esperanza. Te aseguro que si hubiera habido dificultades, si tú hubieras trabajado menos, no habría tenido, á causa de lo que habíamos hecho, esta amenaza suspendida sobre nuestra cabeza siempre, siempre, siempre... He tratado de adormecer este dolor castigándome voluntariamente; tu padre también ha hecho lo mismo. Desde que se dejó persuadir por mí, veía que se privaba de todo : no fumaba ya, ni bebía café, ni comíamos más que lo estrictamente necesario, pudiendo hacernos la justicia de que nada hemos cogido para nosotros... Pero, á pesar de que ayunaba, de que me mortificaba consumiéndome, asaltábame siempre la idea de que eso no era nada, de que un día habría de llegar en que sería castigada en ti... Los años han pasado, Eugenio mío, sin traerme otras razones que las de estar cada vez más orgullosa de tí y de amarte todavía más... y cuanto más dichosa era contigo, más se agrandaba en mi la idea de que no teníamos derecho á esta felicidad. No encuentro palabras para explicarme... Cada uno de tus éxitos, cada alegría que tú nos proporcionabas, era como si la deuda se aumentara. Ya ves cómo tenía razón al pensar que habríamos de pagarlo todo algún día, puesto que estaba preparada para hablarte así... Este pensamiento llegó á ser tan fuerte, tan obsesionante, que hace dos años intenté libertarme un poco de su pesadumbre. Tu padre y yo sabíamos que *el otro* había ingresado en un regimiento y después en una escuela de Versalles, de la cual fué expulsado por su mala conducta; pero al poco tiempo le perdimos de vista y entonces pensé que si pudiéramos encontrarle, devolverle, ya que no todo, algo, hacerle algún bien, en fin, yo quedaría aliviada de una parte de este peso y no tendría ya esta aprensión, esta lucha en mi corazón... Corbières buscó á este joven y le encontró, en efecto. ¿Por qué he querido verle yo también? No he podido impedírmelo; tenía una necesidad física de tenerle ahí, ante mis ojos... Entonces es cuando he sentido, cuando he palpado el castigo. Cuando he visto lo que ha sido de él, el remordimiento se ha apoderado de mí y he tenido miedo, no por nosotros, sino

por ti, pues me dije lo que tú me decías hace un instante, que tal vez con ese dinero, del que nosotros le hemos despojado, no habría caído tan bajo, y ya no vi solamente en este abuso del depósito un empleo prohibido, he visto el crimen... Ya comprendes lo demás... Mi inquietud ha sido tan grande, que este hombre no ha dejado de observarla... Antes de morir, el señor Haudric le había escrito dándole cuenta de sus intenciones respecto á él, sin nombrarse y sin nombrarnos; sabía que le fué legada una pequeña suma, que había cobrado su pensión los dos primeros años y después nada... Pero lo ha adivinado todo y desde hace catorce meses vivimos con la idea de que haría lo que ha hecho esta mañana, hablarte, y de que tú nos juzgarías, nos condenarías, no despreciarías. ¡Ah! — terminó con una súplica apasionada — júzgame, condéname, desprécíame, Eugenio, pero no á tu padre; perdónale, no es culpable, te lo juro; soy yo la que lo ha meditado todo, la que lo ha querido todo; yo soy la única culpable, la única. El buen Dios lo sabe bien y la prueba es que ha permitido que ahora no encontraras aquí á nadie más que á mí... Yo no me hubiera atrevido á pedirle tanto; era más de lo que yo merecía, pero él me ha perdonado; lo adivino... ¡He sufrido tanto!... Por mí nada importa, pues voy á poderme confesar, comulgar... ¡Eugenio, ten piedad de tu padre!...

— No tengo derecho á juzgaros ni á tí ni á él — respondió este hombre que á pesar de hallarse acostumbrado por su profesión al contacto del dolor, permanecía anonadado ante el abismo de miseria que bordeara durante toda su juventud sin verlo, sin sospecharlo siquiera, como tampoco sospechó el delirio de amor de esta madre, á la cual era el único que no podía condenar. Tenía ante sí un alma humana completamente desnuda, completamente ensangrentada, ¡y qué alma aquella de donde la suya floreciera! ¡Cuánto hubo de sufrir, en efecto, esta pobre alma y cómo la habían marcado con sus terribles garras el arrepentimiento y la fe! ¡Cómo, á través de su suplicio íntimo, se había lavado de su falta! Ella aceptaba, reclamaba el completo castigo, tomando la responsabilidad

sobre sí, ávida solamente de expiar por los dos, ansiosa de evitar á su cómplice, al viejo compañero de toda su vida, el golpe supremo con que acababa de ser herida de muerte. ¿En qué repliegue de su corazón habría hallado el hijo la fuerza de juzgarla y de obrar de otro modo que como obró? Se acercó á ella, y oprimiéndola entre sus brazos, la dijo :

— Mamá, mi querida mamá, no suspires más, no llores más. Todo se puede borrar, todo se puede reparar; yo seré rico, devolveré ese dinero y curaré á ese desgraciado... Mirame... Sonrieme... Tú sabes que yo soy un hombre honrado; te juro que no siento hacia tí más que ternura y veneración : tus lágrimas lo han borrado todo, yo haré lo demás y seremos felices, te lo juro...

La madre había apoyado su frente sobre el hombro del joven escuchándole sin hablarle, moviendo solamente la pobre cabeza encanecida con un tierno gesto que respondía « no » á sus promesas de esperanza, el « no » resignado de los moribundos, á quienes se describe los paseos que saben demasiado no han de volver á hacer, los placeres que no tendrán jamás. Y esta muda negación manifestaba de tal modo la verdad de un dolor sin remedio, que Eugenio terminó por callarse también, pero conservando siempre sobre su hombro aquella anciana cabeza, meciéndola, acariciándola, hasta que un ruido harto conocido separó bruscamente al uno del otro. Una mano introducía una llave en la cerradura de la puerta de entrada : era el padre que volvía.

— Valor, mamá — dijo Eugenio; — te prometo que no sabrá nada...

— Y yo he cumplido mi palabra — me repetía cuando volvimos á encontrarnos y me contó esta escena; — ya supondrás á costa de qué esfuerzo. Pasé á la habitación contigua para tener tiempo de secar mis ojos y arreglar la alteración de mi fisonomía, mientras oía la voz de mi padre que preguntaba : — ¡Hola! ¿Ha venido Eugenio, pues veo ahí su sombrero? — Sí, respondió mi madre; — busca un libro en la biblioteca. Ha sido una suerte que haya subido esta mañana, pues me sentía muy mal cuando saliste. Me ha reconocido. No será nada...

«Había hallado una piadosa mentira que me permitió presentarme sin que mi padre se asombrara de mis pupilas enrojecidas ni de mi rostro agitado, ya que, á pesar mio, sin ese pretexto, mi emoción me hubiera descubierto. Me separé de ellos inmediatamente; no podía permanecer más tiempo á su lado... ¿Lo creerás tú? Esta primera hora en que me vi completamente solo, fué la más dura para mí. Anduve ligero, indefinidamente; hubiera querido huir, alejarme de mí mismo, no volver á encontrar mi pensamiento pues me parecía que incluso este pensamiento no era mio, que lo había robado, robado mi inteligencia, mis ideas, lo mejor de mí. Estos años de trabajo que me hicieron lo que era, esta ciencia que tanto había amado, esta cultura de la que estaba tan orgulloso, me repetía á mí mismo que era robo, robo, robo, que yo había obtenido todo esto á expensas de otro, con el dinero de otro, volvía á ver á este otro en aquel innoble cuarto con su cara innoble, hablando aquel innoble lenguaje, y y toda su abyección caía sobre mí. Repetíame sin cesar lo que mi madre me dijera, es decir, que yo no era responsable; pero hay cosas que no se discuten como no se discuten la vida ni la muerte: se es ó no se y esta responsabilidad pesaba sobre mí, dentro de mí. Si tú llegaras á saber que una joya que te han dado, una sortija, por ejemplo, procedía de un asesinato, no la llevarías ni un segundo más, la arrancarías del dedo, la arrojarías por no tener sangre en tus manos; pero yo ¿es que puedo acaso arrancarme mi cerebro y con él todo lo que me viene del asesinato del otro? Porque es todo un asesinato lo que ellos han hecho, ya que se asesina también sin necesidad de armas ni de venenos. Se mata á un ser quitándole lo que le habría hecho vivir, y eso era precisamente lo que en el primer momento me volvía loco de vergüenza y de dolor: pensar que ese dinero haya pasado á mi espíritu, que no pueda devolver este depósito de que esos desgraciados han abusado en provecho mio. Pero yo le devolveré... yo le devolveré...

— He ahí la verdad — le respondí yo; — tu pobre madre tenía razón cuando te decía que tú no eres responsable de lo que han hecho por tí tu padre y ella.

«Créeme, tu deber es bien sencillo y lo has hallado inmediatamente con sólo escuchar tu corazón que te ha ordenado apiadarte de tu madre, evitar á la vejez de tu padre un dolor que sería mortal para él, y hacer el bien al desgraciado del faubourg Saint-Jacques. Debes restituirle el dinero que es suyo, primero, y luego ayudarle á redimirse de la terrible esclavitud, á curarse de ese alcoholismo en el que está dispuesto á hundirse y en el que habría caído siempre, está seguro, lo mismo siendo rico que pobre. Si tú le curas, habrás saldado tu deuda, yo te lo garantizo por mi honor... »

— No — replicó dirigiéndome una mirada, en la que hallé de nuevo ese admirable ardor de vida espiritual que me había hecho su amigo inmediatamente en nuestro encuentro en el jardín del Luxemburgo: — No — insistió — no es eso... — Y como si por una misteriosa comunicación interior, en este minuto de una confidencia solemne, el mismo recuerdo se hubiera alzado entre los dos: — ¿Recuerdas — continuó — cuando nos volvimos á ver después del colegio, nuestras discusiones de ideas y las razones que me han hecho emprender mis estudios de medicina? Te decía entonces que tenía sed y hambre de certidumbre y esta certidumbre había creído encontrarla en una especie de apuesta á lo Pascal. ¿Te acuerdas aún? Yo soñaba en un empleo de existencia justificable tanto en una como en otra hipótesis, á saber: que Dios exista ó no exista, que haya una libertad ó que no la haya, otra vida ó la nada... Pues bien, he llegado á un momento en que esta doble hipótesis no es ya posible. Estoy acorralado en la alternativa. Tú me hablas de un ^{deber} ~~dinero~~ que tengo que restituir, de atenciones que debo producir, ¿verdad? Pero es que aun cuando haya pagado á este Robert veinte veces, treinta veces, aun cuando le haya arrancado al horrible vicio, ¿por qué medio podré restituírle la juventud? ¿Cómo reparar lo irreparable? Si no hay Dios, perfectamente, mas si le hay, si la acción humana tiene otro horizonte que este, yo podría merecer por este desgraciado... No es sólo hoy cuando estas ideas me preocupan. Desde que he visto á las monjas en los hospitales hacer el servicio de los enfermos, sin otro sostén que la idea [de

que merecían por otros, he pensado mucho en lo que los cristianos llaman la reversibilidad. Toda la cuestión está en saber si la experiencia nos muestra ó no este fenómeno en la naturaleza... Ya hace varios años que ella se me presenta como la única interpretación de tantas y tantas cosas y te desafío á que me expliques de otro modo la dura prueba que me abruma. ¿Si ó no? ¿Soy yo castigado por la falta de mis padres? Y este Roberto mismo ¿de qué es la víctima sino de la falta de su padre? He visto estos repartos y es preciso que vea detrás de ellos un poder distribuidor. Si hay una reversibilidad del mal debe haber una reversibilidad del bien... Estas no son teorías, es la experiencia, como también es la experiencia esta justicia inevitable cuyo espanto ha sentido mi pobre madre durante diez años y que la ha herido, como ella dice, á través de mí. Detrás de la justicia es preciso que haya un juez; detrás de la deuda tiene que haber un acreedor...

— ¿Y tú deduces?... le pregunté al ver que se callaba.

— Deduzco, que si Dios no existe, yo no puedo devolver el depósito. Únicamente puedo hacerlo si existe... ¡Ah, si pudiera creer en él! — añadió con un suspiro que todavía oigo al cabo de diez y seis años.

V

Si. Hace diez y seis años que Eugenio me decía, bajo la inmediata impresión de los sucesos que he relatado, estas palabras cuya lógica no puedo discutir y he aquí que después de estos diez y seis años ha llegado á través de no sé qué otras tempestades anteriores, que nunca he sabido, á la solución que me indicaba en esta entrevista y que él deseaba tan apasionadamente sin que su razón se rindiera por completo á estas razones del corazón que habla-

ban en él. Repito lo que decía al empezar, esto es, que soy aquí un simple testigo y que no comento. Eugenio ya no tiene hoy ni padre ni madre; los dos han muerto, ella, calmada al fin por el perdón de su hijo, él, sin saber jamás que su hijo lo sabía todo. Pedro Robert ha muerto también, á pesar de que Corbières luchó contra la enfermedad con verdadera obstinación, y, por lo que respecta á él mismo, sus colegas han podido verle con un estupor que los años no han disipado aún, abandonar bruscamente, poco tiempo después de estas tres muertes, acacidas una detrás de otra, su envidiado puesto de médico de los hospitales, su magnífica clientela parisiense y la certidumbre de todos los honores, para entrar en la congregación de los Hermanos de San Juan de Dios consagrada, como se sabe, al servicio de los enfermos. Yo estaba lejos de París en el momento de conocer esta decisión y se comprenderá además que nunca me he atrevido á interrogarle. Sin embargo, no hemos dejado de vernos; y cuando el azar de un viaje al Mediodía me lleva á Marsella, donde estos religiosos tienen una importante casa, no dejo nunca de hacer una visita á su hospital ni de preguntar en el locutorio por el padre San Roberto, donde vuelvo á ver bajo el negro sayal del enfermero á mi antiguo compañero de filosofía, al sabio prometido en otro tiempo á una fama europea, al hijo de los dos pobres extraviados á quienes el amor paternal arrastró al crimen y á cada visita le encuentro más tranquilo, más iluminado de esa certidumbre que él buscó tanto, con una expresión más libre en los ojos que aun permanecen jóvenes. Y yo comprendo dos cosas: primero, que posee hoy una fe completa, absoluta y después que, haciendo de su ciencia el patrimonio de todos, una riqueza que él prodiga por que no la considera como suya, ha descubierto el único medio tal vez de resolver el más doloroso problema que jamás haya visto flotar sobre alma alguna, devuelve el depósito de que sus padres abusaron y como aun bajo sus hábitos ha permanecido enamorado de recuerdos clásicos, suele citarme á veces — sería su único proselitismo si no hubiera su ejemplo — la frase del comerciante fenicio arrojado por la tempestad á la orilla del Ática donde

encontró á un filósofo : — Al naufragar, he llegado al puerto.

De todos los hombres de mi generación, nunca he sabido si era á él al que más compadecía ó al que envidiaba más.

Diciembre 1898.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL LUJO DE LOS DEMÁS

I

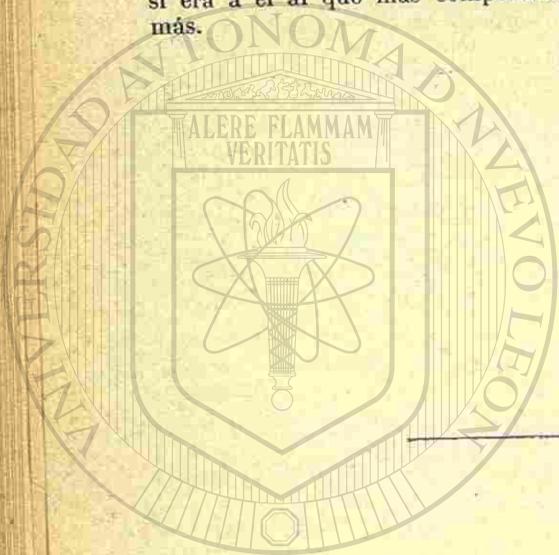
UN MATRIMONIO PARISIENSE. — EL MARIDO

Si leéis varios periódicos — ¿y quién no tiene ahora esta funesta costumbre de perder una hora por la mañana y otra hora por la tarde buscando, en una media docena de noticias, las mismas informaciones inexactas, los mismos sofismas apasionados y las mismas inicuas parcialidades? — habréis encontrado cien, mil veces, los nombres de la señora y el señor Héctor Le Prieux! Una y otro figuran con justo título en la primera categoría de lo que se ha convenido en llamar las « notabilidades parisienses » : él, como uno de los veteranos de la crónica del boulevard y del folletón teatral, y ella, aunque esposa de un simple periodista, como una mujer á la moda que da grandes cenas, citadas en los periódicos, y que no falta nunca ni á un estreno, ni á una apertura de exposición; en una palabra, á ninguna de las ceremonias en las que desfila ese « Todo Paris » indefinible y especial con que sueñan los provincianos y extranjeros. Este « Todo Paris » no es el mundo; los elementos que le forman son demasiados complejos para que esta heterogénea mixtura pueda representar nunca ni de cerca ni de lejos á la sociedad. Es un mundo, sin embargo, que tiene sus exclusiones, sus costumbres, su jerarquía. La « hermosa señora Le Prieux », como todavía se la califica á pesar de sus cuarenta años, sería en él seguramente

encontró á un filósofo : — Al naufragar, he llegado al puerto.

De todos los hombres de mi generación, nunca he sabido si era á él al que más compadecía ó al que envidiaba más.

Diciembre 1898.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL LUJO DE LOS DEMÁS

I

UN MATRIMONIO PARISIENSE. — EL MARIDO

Si leéis varios periódicos — ¿y quién no tiene ahora esta funesta costumbre de perder una hora por la mañana y otra hora por la tarde buscando, en una media docena de noticias, las mismas informaciones inexactas, los mismos sofismas apasionados y las mismas inicuas parcialidades? — habréis encontrado cien, mil veces, los nombres de la señora y el señor Héctor Le Prieux! Una y otro figuran con justo título en la primera categoría de lo que se ha convenido en llamar las « notabilidades parisienses » : él, como uno de los veteranos de la crónica del boulevard y del folletón teatral, y ella, aunque esposa de un simple periodista, como una mujer á la moda que da grandes cenas, citadas en los periódicos, y que no falta nunca ni á un estreno, ni á una apertura de exposición; en una palabra, á ninguna de las ceremonias en las que desfila ese « Todo Paris » indefinible y especial con que sueñan los provincianos y extranjeros. Este « Todo Paris » no es el mundo; los elementos que le forman son demasiados complejos para que esta heterogénea mixtura pueda representar nunca ni de cerca ni de lejos á la sociedad. Es un mundo, sin embargo, que tiene sus exclusiones, sus costumbres, su jerarquía. La « hermosa señora Le Prieux », como todavía se la califica á pesar de sus cuarenta años, sería en él seguramente

una de las reinas, si esta realeza se otorgara, á juzgar por la frecuencia de las menciones que de ella se hacen en las revistas de esta exhibición casi diaria; pero ser célebre, se ha dicho, es ser desconocido de mayor número de gente, y esta aparente paradoja es verdad por lo que respecta á esta celebridad parisiense, y á todas las demás. ¿Os habéis puesto á pensar alguna vez en el matrimonio que pueden hacer dos seres como los Le Prieux, lanzados así en el torbellino de París, cuando se lee casi á diario el nombre de la mujer en una nota de « el gran mundo » y el del marido al pie de un artículo? Si así es apuesto á que las visiones siguientes se evocan ante vosotros. « Á él os le imagináis según el tipo legendario del boulevardier », marido de felicidad mediana, más ó menos vividor, jugador, duelista, siempre entretenido entre los bastidores de los teatrillos ó en los garitos; á ella os la figuráis según el tipo no menos legendario de la parisiense de las novelas elegantes, evaporada hasta el mal tono, si por acaso no la concebís coqueta hasta la galantería. Creeríais cualquier cosa de ella, excepto que la brillante bohemia de semejante pareja pueda asociarse legítimamente á la idea de un hogar y de una familia, y claro está que pensando así — es el destino de casi todos los juicios que proceden por vastas clases — tenéis razón y sinrazón á la vez, os equivocáis respecto de las personas, pues Héctor Le Prieux, á pesar de ser periodista, representa perfectamente el mejor de los maridos que jamás inquietos burgueses hayan deseado para sus « señoritas », y en cuanto á la señora de Le Prieux, es, desde el punto de vista del honor, la más irreprochable de las mujeres, pero estáis en lo cierto respecto al principio, respecto de las pocas probabilidades de dicha seria y sólida que puede ofrecer la vida conyugal practicada en tales condiciones y en tal medio. En efecto, el matrimonio de los Le Prieux reposa sobre una anomalía que es preciso explicar para hacer inteligible el pequeño drama sentimental de estas primeras reflexiones, y las que van á seguir forman el largo pero necesario preámbulo. Además, contar la historia de esta pareja es dar á este relato, de una simple anécdota,

su pleno valor de enseñanza social. La recíproca situación de la señora Le Prieux y de su marido no tiene nada que ver con la profesión un poco excéntrica de este último, pues aunque la supusiérais, ganando á la bolsa, en el comercio ó en la industria los sesenta ó setenta mil francos por año que le producen sus abrumadoras tareas de periodista á la moda, la singularidad de sus relaciones con su mujer sería exactamente la misma. Este extraño matrimonio cuya roedora llaga es, según se verá esta enfermedad completamente contemporánea, la enfermiza, la apasionada preocupación del lujo de los demás, no es una excepción sino por las circunstancias. Este deseo de brillar hasta el último límite de sus medios, este afán de abandonar su propia clase, de igualar sin cesar y á cualquier precio en sus maneras de vivir, en sus comodidades, en sus placeres á los que inmediatamente nos aventajan, ¿qué es sino un caso particular de la gran degeneración democrática? Se siente cierto escrúpulo en emplear tan graves fórmulas cuando sólo se trata de una aventura harto vulgar y de gentes que se creen á sí mismas completamente sencillas, pero cuando se reflexiona en ello, se ve que los grandes movimientos que registra la historia no son más que eso: una suma indefinidamente multiplicada de minúsculas costumbres individuales, como una inmensa marea no es otra cosa que el empuje hacia adelante de varios millares de minúsculas ondas.

En el momento en que comienza el drama, sin grandes acontecimientos y sin embargo trágico, á que acabo de hacer alusión, es decir, en el mes de enero de 1897, el matrimonio Le Prieux tenía ya veintitrés años de fecha, pues Héctor, que en aquel tiempo se llamaba Leprieux en una sola palabra, antes de figurar en los « Ecos del gran mundo » — se había casado con la señorita Matilde Duret en 1874, boda que hubo de celebrarse en condiciones modestísimas que estaban lejos de anunciar las futuras elegancias de la « hermosa señora Le Prieux » — en dos palabras, — pues apenas si cada uno de los dos periódicos en que el escritor colaboraba entonces, mencionó la ceremonia, discreción solicitada por el mismo

Héctor, deseoso de evitar toda alusión al desastre todavía reciente en que cayera el padre de su novia. ¡Tantas aventuras de este género han sucedido desde entonces! Nadie seguramente recuerda hoy á aquel audaz Armando Duret que, en la víspera y al día siguiente de la caída del Imperio, manejaba tan vastos y arriesgados negocios, que fundó el *Crédito Departamental*, exhibió un lujo tan insolente, fué socio comanditario de tantos periódicos y acabó de un modo siniestro, en un horrible escándalo, por la ruina y el suicidio. La viuda y la hija de este especulador fracasado, consiguieron, á fuerza de grandes trabajos, realizar después de su muerte una renta de 4.000 francos, lo justo para no morir de hambre, entre algunos muebles escapados al martillo del tasador del Hotel de Ventas. Por su parte la doble colaboración de que ya he hablado, aseguraba á Héctor 5.000 francos anuales, á saber: en uno de sus dos diarios tenía el empleo de cronista judicial ó sea 2.400 francos y en el otro daba, bajo un pseudónimo, un correo de París bi-semanal ó sea, á 25 francos, el artículo, 2.600 francos anuales; tres granjas arrendadas á medias en la participación de las utilidades que había tenido la prudencia de guardar en el Borbonés, su país de origen, representaban la parte menos aleatoria de sus ingresos, pero era la más pequeña, pues sólo le valía un año con otro 900 francos. Estas cifras bastaban para explicar porqué se decidió que los jóvenes esposos habitaran con la madre. Las dos mujeres demostraron al escritor, profundamente ignorante de las cosas de la vida material, que había en esta combinación familiar una certidumbre de economía, pues la viuda de Duret insistió sobre todo en la necesidad de ahorrar la compra de mobiliario nuevo. Hasta el día de su enlace, Héctor vivió en una habitación alquilada en un hotel de la calle de los Mártires, cerca de sus dos oficinas de redacción.

— ¡Mamá es tan buena! Ella me cederá su salón para *mi día*... había dicho Matilde con un reconocimiento que enterneció al enamorado hasta hacerle derramar lágrimas, en vez de haberle hecho advertir esta simple frase la idea que de su común porvenir tenía ya

su prometida. ¿Pero de dónde había de aprendereste joven, que no sabía el verdadero precio de nada, la interpretación más difícil todavía de los caracteres? Huérfano de padre y madre, no tenía á nadie que le dibujara de antemano la curva de su porvenir conyugal y le indicara las grandes consecuencias que tendrían más tarde las pequeñas faltas de táctica cometidas al principio de su unión. Todo contribuía á hacer de él el esposo esclavo que habría de ser durante toda su



La señora Le Prieux.

vida, sin darse siquiera cuenta de ello: primero esta soledad, después su educación, su complexión de espíritu y de sensibilidad, todo, hasta su raza, hasta sus antecedentes hereditarios de temperamento, tanto más fuertes en nosotros cuanto que apenas tenemos conciencia de ellos...

He dicho que Le Prieux — aceptemos de una vez para siempre el semiennoblecimiento de este *Le* separado — es originario del Borbonés. El nombre solo revelaría esta provincia. En el dialecto del centro de Francia se llama todavía hoy un *prieux* ó un *semoneux* al campesino [que tiene buenas explicaderas y que se encarga de ir de cabaña en cabaña á llevar] las invitaciones para las bodas. ¿Fué acaso desempeñado este papel de mensajero del

campo por alguno de los rústicos antepasados de Héctor, dotado de una facundia particular? Los modestos archivos de Chevagnes, el pueblo natal del periodista, nada dicen de esto, pero, en cambio, atestiguan que los Le Prieux son conocidos en Chevagnes donde hace varias generaciones bajo este mote que más tarde se convirtió en nombre patronímico. Allí deben haber residido siempre porque con su cabeza más ancha que larga, su cara casi aplastada y que termina una barba redonda, con sus cabellos lisos que permanecen castaños al encañecer, sus ojos pardosos, su cuello potente, su recio torso, la talla corta y toda su persona pequeña y rechoncha, su descendiente presenta un tipo perfecto de ese campesino celta que ocupó esta parte de Francia en la época en que César apareció en ella. Es una raza autóctona, cuyos rasgos morales se conservan sorprendentemente iguales a través de la historia: una inteligencia despierta, sin gran imaginación creadora, una voluntad paciente, pero sin iniciativa, ó sea lo de que los sabios de hoy llaman el espíritu gregario, la tendencia á no obrar solos y á sentir como una necesidad la de ser dirigidos. De cierto os digo que tales características son de una generalización arriesgada; sin embargo, los anales de la Auvernia y del Borbonés parecen demostrar abundantemente la exactitud de estas... Por lo que respecta á esta última provincia, ya que de ella estamos tratando, á propósito de uno de sus más humildes hijos, el predominio del elemento céltico imprime una evidente unidad á su historia. ¿Qué ha salido de allí durante el período de la edad media y del antiguo régimen, cuando la independencia local permitía un florecimiento más libre de las personalidades? Casi ninguno ó muy pocos grandes hombres de guerra, casi ninguno ó muy pocos artistas, cual si á la vez la raza repugnara lo que tales hombres entrañan de excesivo. Por el contrario, los genios prudentes, los hombres de ley y los hombres de Iglesia, han pululado allí. Cuando se es de un país, en el grado en que Héctor Le Prieux lo es del suyo, las cualidades y los defectos de este país reaparecen siempre aun cuando se frecuente un me-

dio donde se ejerza un oficio opuesto, según se cree es esta influencia del suelo ancestral. Releed ahora uno de sus folletines dramáticos ó una de sus charlas parisienses y encontraréis allí prudencia de espíritu y cautela, juicio y timidez, exactitud sin brillo y una sabiduría un poco pobre. Es un talento que ha dejado de tener audacia demasiado pronto, y un carácter que se ha sometido demasiado temprano también.

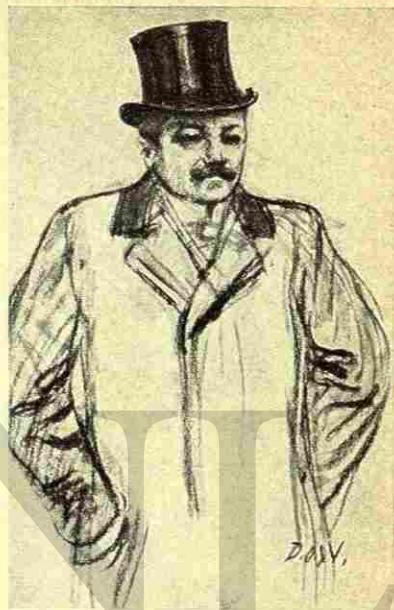
Si en Héctor una pasividad de alma completamente hereditaria, explica que, en efecto, la dirección de su hogar haya debido pertenecer inmediatamente á su mujer, se impone, no obstante, un enigma que debe resolverse antes de mostrar esta manumisión de la señora Le Prieux sobre los hechos y actitudes de su marido: ¿por qué éste, con esa carencia de espíritu emprendedor, ha escogido, entre tantas carreras oficiales y seguras con sueldo fijo y retiro, que se ofrecen al francés de nuestro tiempo, la más azarosa, la más fecunda en eventualidades, la menos conforme con las prudencias burguesas? Es que aun aquí, cuando parecía dar una prueba de osadía y de originalidad, nuestro joven habia demostrado sencillamente su docilidad á las influencias y su escasa confianza en sus propias fuerzas. He aquí cómo: el más inesperado de los azares quiso que el padre de Héctor, establecido en Chevagnes en calidad de médico, renovara su amistad en el balneario de Bourbon-Lancy, muy cercano, con uno de sus antiguos compañeros de hospital establecido cerca de Nohant y que curaba á la sazón á Jorge Sand. Invitado á venir á Chevagnes, el doctor berrino habló mucho de su ilustre cliente ante Héctor, que entonces terminaba sus estudios de retórica en el liceo de Moulins, y que, como todos los colegiales de su edad, componía secretamente malos versos. Admirador apasionado de *Lelia* y de *Indiana*, el adolescente tuvo á consecuencia de esta conversación la primera audacia de su vida. El presente relato contará la segunda. ¡Se atrevió á escribir á la buena dama de Nohant una epístola en la que le pedía consejos respecto á la dirección de sus ideas religiosas! Jorge Sand, con esa admirable generosidad de pluma que conservó hasta

el fin, á pesar de la sobrecarga de sus trabajos, respondió al escolar. Ni remotamente sospechaba ella que las cuatro páginas de su carta, escrita con aquella letra redonda y un poco caída de sus últimos años, ejercerían en el porvenir de su corresponsal improvisado la más funesta influencia. Él respondió y, más osado esta vez, envió sus versos. La antigua amiga de Alfredo de Musset era tan entendida en la gaja ciencia como en política; en cambio sobresalía en escribir novelas y compuso una á propósito del joven versificador borbonés, únicamente porque éste había puesto en medianas estancias una pintoresca leyenda local. Ella le veía inaugurando en Francia esa poesía rústica y provincial cuya quimera acariciara siempre, y le alentó con elogios ¡esos imprudentes y peligrosos elogios de que los artistas gloriosos no son bastante avaros, y cuyo alcance sobre la imaginación de los jóvenes principiantes no aciertan á medir! Un viaje á Nohant, donde fué recibido por la famosa escritora con la más cordial sencillez, acabó de trastornar la cabeza de Héctor que creyó en su porvenir de poeta. El resultado fué que en vez de empezar, al salir del colegio, sus estudios de medicina, como deseaba su padre, solicitó que se le dejara estudiar la carrera de derecho pues veía en ello una ocasión de hacer trabajos menos precisos y que se conciliaban mejor con sus secretos deseos. Después, como su padre muriera, casi al poco tiempo, el huérfano, libre en el manejo de su fortuna — había perdido á su madre en la niñez — vendió lo antes posible el modesto capital que le dejara el práctico de Chevagnes. En este primer fervor de esperanza, las tres granjas, que más tarde debían constituir la parte más sólida de su fortuna, fueron salvadas á causa de la dificultad en rescindir las escrituras de arrendamiento. Los estudios de derecho inaugurados en Dijon, fueron abandonados por economía, y poco tiempo después el alumno de Jorge Sand se estableció en París para hacer allí la vida de candidato á la gloria literaria.

Este suceso — pues el éxodo del joven Le Prieux hacia París produjo sensación en todo el cantón de Chevagnes, donde el difunto doctor contaba tantos pretendidos

primos, és decir, clientes casi gratuitos como la Soloña borbonesa cuenta de cabañas, — este suceso, pues, se verificó en 1865 y el resultado de todo ello fue lo que presentis: una vez más Ícaro quemó al fuego de la realidad la cera de sus imprudentes alas. En 1870, en la época de la guerra, durante la cual cumplió valiente y sencillamente con su deber, Héctor había publicado á sus expensas dos volúmenes de versos: las *Retamas de los Brandes* y las *Rondas Borbonesas*, además de una novela: *El Rossigneu* — es

el nombre en el dialecto borbonés de los bueyes de color rojo — todo ello compuesto con ese preconcebido color rústico y provinciano, una especie de convención particular de los escritores que llegan á París para ser allí de su tierra. De las tres obras se había vendido una con otra ciento cincuenta ejemplares. En el interin el autor había aprendido á sus expensas lo que ocultan de positivismo brutal, de vanidad implacable, de innoble cálculo, las pomposas declamaciones ó las fantásticas paradojas de la bohemia artística. Pasando por rico — y rico era efectivamente por comparación — en los cenáculos del barrio Latino y después de Montmartre, donde sus aspiraciones literarias le con-



Le Prieux.

dujeron naturalmente, el provinciano hubo de conocer bien pronto las numerosas variedades de sistemática explotación que la jerga de las cervecerías designa con el nombre guasón y familiar de *sablazo*. Él había sido el camarada complaciente que no puede entrar en un café sin que cinco ó seis parroquianos se vengan á su mesa para levantarse después de largas disertaciones de alta estética, dejándole para pagar innumerables copas, cuyos platillos se apilaban en monumentales columnas; sin perjuicio de que al día siguiente, cuando el anfitrión de la vispera abre la puerta del café, oiga á los delicados estetas ejecutar su obra y su persona con un « ¡eso no vale nada! » que se hunde como una fría cuchilla en lo más delicado de su amor propio.

Le Prioux había sido además el « primo » que toma veinticinco luses de acciones de una Revista destinada á « defender á los jóvenes » donde más tarde encuentra algún artículo de cruel burla en que se reconoció, con el resentimiento de haber pagado su propio « palo » como otros pagan su propio elogio. También fué, y no una vez sino veinte, cincuenta, el Mecenaz, al principio conmovido, después intimidado, que empieza por abrir su bolsa á los mendigos profesionales de las letras, sufriendo más tarde el ultraje de los pillos de quienes no quiso seguir alimentando la orgullosa é impotente holgazanería... ¿Más para qué enumerar miserias tan comunes que se han hecho de uso corriente?

Lo que es menos vulgar es que el joven que las sufre no pierda en ellas la justeza de su sentido social.

Por fortuna, mientras Héctor se esforzaba en revelar, en una prosa y en versos sistemática y laboriosamente ingenuos, esta poesía del terruño natal que cometió la locura de abandonar, este terruño trabajaba en él sin él saberlo. La cauta prudencia de sus abuelos campesinos interpretaría bien estas extrañas experiencias de las cuales sacó, por un oscuro é irresistible instinto de conservación, una visión clara de las condiciones en que le era preciso vivir, adivinando el más seguro medio de acomodarse á ellas. Durante esta cruel campaña de 1870, hubo de hacer bajo la tienda y después en

Alemania donde estuvo prisionero, muy serias reflexiones. Viéndose llegado sin resultado alguno casi al término de su pequeño capital, comprendió que su sueño de gloria inmediata era una quimera. Se juzgó como poeta y como novelista y, aunque conservaba *in petto* una secreta complacencia hacia sus ensayos de juventud, trató de alejar la realización de su ideal. Se veía á los veinticinco años sin títulos, sin protecciones, sin carrera emprendida y se dijo que era preciso hacer dos partes en su vida: la del arte y la del oficio. Ahora bien, oficio por oficio, comprendía que el de la literatura valía tanto como cualquiera otro desde el momento en que era practicado con las virtudes de labor asidua y de puntualidad que son necesarias en todas las profesiones. Y este fué precisamente el rasgo de buen sentido de su herencia campesina. Pensó entonces que un gran periódico no es, después de todo, más que un vasto taller comercial el cual supone cierta cantidad de trabajo positivo, ejecutado regularmente, y resolvió ser uno de esos buenos obreros de uno de esos talleres, manteniendo su palabra con una paciencia de procedimientos y un método no menos dignos de aquellos cultivadores cuya lenta y sagaz energía se encontraba en él bajo la forma más imprevista.

Su primer cuidado fué el de aprovecharse de la forzada dispersión de los grupos literarios de los cuales había formado más ó menos parte, á fin de aislarse de casi todos sus antiguos compañeros; después, acordándose de haber pasado algunos exámenes de derecho, tuvo el valor de completarlos con objeto de poder inscribirse en el foro y desde allí postular en algún periódico del boulevard un puesto de cronista judicial, el cual obtuvo gracias á uno de esos amigos de cervecería, que también había entrado razonablemente en la prensa.

La exactitud con que Héctor llevaba su original, la precisión y claridad de sus informaciones, seriamente hechas, y la amenidad de su carácter, hicieron que todos al punto le apreciaran en este primer periódico. El redactor en jefe habló de él en términos encomiásticos al propietario de dicho periódico, que no era otro que Duret,

el cual ambicionaba rodearse de instrumentos humanos, de buenos y seguros secretarios que le fueran inteligentes colaboradores en la fortuna política que contaba edificar sobre su fortuna financiera, y quiso conocer á Le Prieux. Así es como entró Héctor en calidad de infimo reporter, apenas remunerado, y por la escalera de servicio, en el principesco hotel que Duret poseía entonces en la avenida de Friedland, agradando inmediatamente al especulador quien, sorprendido por su lucidez de espíritu, proyectaba hacer de él un confidente de negocios. Las trágicas circunstancias ya conocidas y la bancarrota del *Crédito Departamental*, interrumpiendo brusca-mente la fortuna de Duret y empujándole al suicidio, parecían deber poner fin á toda relación entre Le Prieux y los supervivientes de este desastre. No ocurrió nada de esto, se puso al servicio de la pobre viuda que se consideró muy feliz de encontrar, en medio de esta espantosa ruina, la abnegación de este modesto colaborador judicial. El joven prodigó sus servicios, con el fervor de una admiración ardiente, por la hermosa y desgraciada Matilde. Ya puede adivinarse el resto: la intimidad cada día mayor, y la pasión de Héctor, primeramente tímida hasta el punto de no atreverse á esperar que alguna vez pudiera agradar, el tierno agradecimiento de las dos mujeres, el alborozo del casi aterrado amante ante la inesperada perspectiva de una posible unión, y las consecuencias: inocente y delicioso idilio cuyo recuerdo apresuraba los latidos del corazón del envejecido escritor, después de un cuarto de siglo, como si todavía fuera el modesto periodista de diez y nueve años que vigilaba el transporte de sus trajes y libros á las habitaciones de su suegra, (un melancólico cuarto que daba á un patio en la extremidad de la calle Rocher), sin atreverse á creer en la realidad de su dicha.

II

UN HOGAR PARISIENSE. — LA MUJER

EN resumen, el primer período de esta unión fué para Héctor, completa y absolutamente venturoso. Este período duró unos siete años, durante los cuales el periodista adquirió su reputación y la señora Le Prieux se formó idea del trabajo de su marido, que debía tristemente influir en su común porvenir. Matilde era una de esas mujeres cuya poca inteligencia y noble rostro ofrecen tal contraste, que desconciertan al observador, sin que tenga ninguna necesidad de disimular, sobre todo si este observador las aña. Su madre, una señorita de Huguenin, era originaria de Aix en Provenza; su padre era hijo de un mediano comerciante, del Norte. Estas mezclas de sangre, tan frecuentes en las familias modernas que nadie se preocupa de ellas, producen frecuentemente por resultado, una herencia de tendencias contradictorias que se paralizan y equilibran. En esto puede que se halle la causa de la decadencia de la raza en Francia: en esta continua mezcla del norte y del mediodía, del este y oeste, con matrimonios de orígenes demasiados diversos. De su padre, Matilde había sacado el gusto de brillar, un implacable egoísmo y ese fondo de insensibilidad que caracteriza á los jugadores de toda especie, en particular á los de Bolsa. De la familia de su madre, la joven conservaba ese admirable tipo meridional que adquiere, cuando es muy puro, fineza y elegancia de medallón griego. La joven poseía abrasadores y negros ojos, en medio de un cutis de un blanco mate. Su frente, pequeña y redonda, se unía á la nariz por esa línea casi recta, tan noble, y su diminuta cabeza dejaba adivinar, bajo sus espesos cabellos negros, esa construcción de óvalo alargado en que se perpetúa la raza de ese hombre, *homo mediterraneus*, de ese ágil y fino

el cual ambicionaba rodearse de instrumentos humanos, de buenos y seguros secretarios que le fueran inteligentes colaboradores en la fortuna política que contaba edificar sobre su fortuna financiera, y quiso conocer á Le Prieux. Así es como entró Héctor en calidad de infimo reporter, apenas remunerado, y por la escalera de servicio, en el principesco hotel que Duret poseía entonces en la avenida de Friedland, agradando inmediatamente al especulador quien, sorprendido por su lucidez de espíritu, proyectaba hacer de él un confidente de negocios. Las trágicas circunstancias ya conocidas y la bancarrota del *Crédito Departamental*, interrumpiendo brusca-mente la fortuna de Duret y empujándole al suicidio, parecían deber poner fin á toda relación entre Le Prieux y los supervivientes de este desastre. No ocurrió nada de esto, se puso al servicio de la pobre viuda que se consideró muy feliz de encontrar, en medio de esta espantosa ruina, la abnegación de este modesto colaborador judicial. El joven prodigó sus servicios, con el fervor de una admiración ardiente, por la hermosa y desgraciada Matilde. Ya puede adivinarse el resto: la intimidad cada día mayor, y la pasión de Héctor, primeramente tímida hasta el punto de no atreverse á esperar que alguna vez pudiera agradar, el tierno agradecimiento de las dos mujeres, el alborozo del casi aterrado amante ante la inesperada perspectiva de una posible unión, y las consecuencias: inocente y delicioso idilio cuyo recuerdo apresuraba los latidos del corazón del envejecido escritor, después de un cuarto de siglo, como si todavía fuera el modesto periodista de diez y nueve años que vigilaba el transporte de sus trajes y libros á las habitaciones de su suegra, (un melancólico cuarto que daba á un patio en la extremidad de la calle Rocher), sin atreverse á creer en la realidad de su dicha.

II

UN HOGAR PARISIENSE. — LA MUJER

EN resumen, el primer período de esta unión fué para Héctor, completa y absolutamente venturoso. Este período duró unos siete años, durante los cuales el periodista adquirió su reputación y la señora Le Prieux se formó idea del trabajo de su marido, que debía tristemente influir en su común porvenir. Matilde era una de esas mujeres cuya poca inteligencia y noble rostro ofrecen tal contraste, que desconciertan al observador, sin que tenga ninguna necesidad de disimular, sobre todo si este observador las aña. Su madre, una señorita de Huguenin, era originaria de Aix en Provenza; su padre era hijo de un mediano comerciante, del Norte. Estas mezclas de sangre, tan frecuentes en las familias modernas que nadie se preocupa de ellas, producen frecuentemente por resultado, una herencia de tendencias contradictorias que se paralizan y equilibran. En esto puede que se halle la causa de la decadencia de la raza en Francia: en esta continua mezcla del norte y del mediodía, del este y oeste, con matrimonios de orígenes demasiados diversos. De su padre, Matilde había sacado el gusto de brillar, un implacable egoísmo y ese fondo de insensibilidad que caracteriza á los jugadores de toda especie, en particular á los de Bolsa. De la familia de su madre, la joven conservaba ese admirable tipo meridional que adquiere, cuando es muy puro, fineza y elegancia de medallón griego. La joven poseía abrasadores y negros ojos, en medio de un cutis de un blanco mate. Su frente, pequeña y redonda, se unía á la nariz por esa línea casi recta, tan noble, y su diminuta cabeza dejaba adivinar, bajo sus espesos cabellos negros, esa construcción de óvalo alargado en que se perpetúa la raza de ese hombre, *homo mediterraneus*, de ese ágil y fino

dolicocéfalo moreno, tan alabado por los antropólogos. Además de eso, dientes bonitos, pequeños y muy iguales, entre labios recortados á tijera, de tal manera estaban dibujados, una barbilla, con un bonito hoyuelo, y un cuello digno de una estatuita de Tanagra, una encantadora nuca, hombros y garganta de Diana, talle un poco alto, pero elegante, pies y manos de niña, y ese andar que las arlesianas han hecho legendario. En cualquiera posición social que la suerte arroje á una criatura así dotada de la sublime Belleza, sólo tiene que surgir para ejercer, aún sin adorno, un irresistible atractivo. Nada más peligroso para un alma ya inclinada por instinto al abuso de la personalidad. El exceso de admiración continua, imprime muy pronto, en las mujeres que son objeto de ella, toda capacidad para juzgarse. Les sucede lo mismo que á los príncipes demasiado adulados y á los artistas sobrado gloriosos. Esas víctimas de su propio éxito, terminan por hacer de su *yo* el centro del mundo, con una ingenuidad, á la vez cándida y feroz. En Matilde, esta *autolairia* tenía una excusa: la naturaleza le había completamente negado una facultad mucho menos común de lo que se cree y que llamaré, falto de una palabra más exacta, el espíritu altruista, ese poder de darse cuenta del corazón del prójimo, de comprender sus ideas, y de apreciar los matices de su diversa sensibilidad. Detrás de esta carátula noble y fiera de diosa antigua, ocultaba esa especie de entendimiento casi animal, muy frecuente en el Mediodía, que no se remonta más allá de la materia. La joven se había sentido halagada por la abnegación de Héctor, sin echar de ver el principio secreto, la noble compasión de este poeta, tanto más poeta en acción cuanto menos lo era en expresión. La joven había encontrado natural este triunfo de su belleza, y, consintiendo en llegar á ser la señora Le Prieux, creyó hacer un sacrificio por su madre, que, mucho más razonable y también mucho más sensible, había insistido en favor de esta unión. La señora Duret se había conmovido ante los tesoros de abnegación adivinados en el hombre que se había enamorado de su hija. Iluminada por una cruel experiencia, la señora Duret reconoció en Héctor

las cualidades precisamente opuestas, á los defectos que habían precipitado á su marido á una horrible catástrofe. Así, pues, suplicó á su hija que aceptase un protector seguro, y ésta última había dicho « sí » justificando á sus ojos la humildad de este matrimonio porque se inmolvaba por el bienestar de su madre. Aunque los bienes aportados al matrimonio por el novio fuesen muy modestos, no obstante pasaban de 4.000 francos de renta á 10.000, lo que les permitió tomar una nueva criada y aliviar á la pobre madre de una parte de los cuidados domésticos. En cuanto al drama interior que en otra época se había desarrollado en el espíritu del aspirante á poeta, convertido en un artesano literario; en cuanto á las secretas aspiraciones, todavía alimentadas por Héctor, de continuar, aun á través de la labor necesaria, la composición de una obra de arte, de una colección de versos, de un volumen de cuentos, de una novela, Matilde ni aun lo sospechaba al cabo de veinte años de matrimonio, y antes de las escenas que serán el objeto de este relato. La señora Le Prieux se creía, aun en este instante, la más irreprochable y abnegada de las esposas, enorgulleciéndose de haber contribuido á la posición halagüena de su marido. — ¡ Esto quiere decir que envía unas quinientas tarjetas, con el nombre de los dos, en el mes de Enero! — Morirá sin reconocer que ha inmolido al más extraordinario, al más delicado de los corazones de hombre, por la más mezquina y egoísta de las vanidades: la de ser una mujer á la moda y la de verse llamar en los ecos de la sociedad, que he citado anteriormente, « la hermosa señora Le Prieux ». Cuando ustedes sepan á qué reales miserias corresponde, puede ser que no sientan el deseo de sonreír ante este laudatorio adjetivo.

Es preciso decirlo todo: en esta primera época de su matrimonio, Héctor comenzó por disfrutar de esta vanidad, antes de sufrir sus consecuencias. Es muy raro que las tragedias de familia no tengan por primeros actores á aquellos que deben terminar por ser sus mártires. Los padres y los maridos, las madres y las esposas, suelen ser quienes desarrollan en sus hijos ó en sus cónyuges, los

defectos de que ellos mismos se quejarán un día amargamente. Es verdad que estos defectos al principio son verdaderas gracias : la falsa comienza por la ductilidad; la coquetería, por el deseo de agradar; la hipocresía, por la reserva, y así lo demás. Durante sus primeros años de matrimonio, Héctor vió con delicia armonizarse todas las cosas en su casa y en la vida, para hacer resaltar toda la belleza de su joven esposa. ¡ Cuánto placer experimentaba trabajando continuamente con objeto de aumentar los diez mil francos de renta ! ¡ Qué alegría sintió al poder permitir á Matilde esos pequeños refinamientos, tan naturales en una joven bonita, tanto que la privación de ello parece una brutalidad ! ¡ Entre un sombrero de veinticinco francos y una elegante capota de tres luises, entre un vestido de ciento cincuenta francos y un modesto traje de trescientos, entre una levita ó botas ordinarias y una capa ó zapatos de un pasable artífice ¡ cuánta diferencia hay en la forma y qué poca diferencia de dinero ! Á lo menos, ¿ cómo era posible que no pareciese tal cosa á un marido muy enamorado, y para quien las cifras de su presupuesto conyugal se traducían así : sesenta luises más por año para el capítulo del tocado, ó sea veinticuatro artículos más que escribir, dos por mes, á cincuenta francos uno ó cuarenta y ocho á veinticinco, ó sea uno por semana ? Un artículo más por semana no era nada. Y, muy naturalmente, un año después de su matrimonio, el escritor había agregado á su trabajo dos correspondencias semanales en dos importantes periódicos de provincia. Los *tea-gowns*, convenid en ello, suponen, necesariamente un salón. Este salón, supone un « día » este « día », del que Matilde le había hablado en cuanto fueron novios. Dicho « día » supone un criado para abrir la puerta, flores para llenar los jarrones, pastas en las bandejas para ofrecer con el te ó el chocolate y lámparas para iluminar bien la habitación. Otros tantos gastos, respecto de los cuales Héctor no quiso escatimar, porque él mismo estaba engañado por una extraña ilusión retrospectiva. Durante sus esponsales, cuando encontraba, en el pobre cuarto de la calle de Rocher, algunos de los muebles del hotel del millonario especulador, el escritor

se enternecía y casi experimentaba remordimientos. Estos remordimientos continuaron durante su matrimonio. El escritor sentía como si Matilde, al casarse con él, le hubiese sacrificado la posibilidad de volver á contemplar iguales esplendores. Parecía que este pasado de lujo, daba á la joven el derecho á una vida más desahogada, más elegante, más conforme con sus primitivas costumbres. Un hipnotismo análogo se desprendía de esos muebles y de esas chucherías, restos de su pasada existencia, otra época tan reciente, que esta caída, fuera del Olimpo de las suntuosidades, era para ella como un sueño. El espejismo de la perdida opulencia, esa enfermedad mental de las personas arruinadas, á su pesar, obraba en ella. Esto debía ser, sin que lo sospechase, la idea directora de todas sus acciones y de todos sus pensamientos y que habría de llevarla á formar, poco á poco, una imagen, más bien una parodia de lo que habría sido su verdadera existencia sin la bancarrota paternal. Las primeras satisfacciones acordadas á esta nostalgia del pasado, se traducían por gastos de poca monta en el interior de la casa, pero que, sumados, representaban unos sesenta francos más, que se veía obligado á ganar Héctor. Pero, casi inmediatamente, presentábase la ocasión de aumentar al doble estos gastos : un periódico ilustrado le ofrecía cien francos por semana por una crónica firmada, lo mismo que las anteriores, con un seudónimo. El escritor adoptó el de *Clavaroche* ¡ qué ironía ! El criado tuvo por aumento una librea; las flores del « día » fueron compradas en una buena tienda, así como las pastas; renováronse las lámparas y también las telas de las butacas; todas estas elegancias, dieron por resultado un cambio de domicilio. De la triste calle de Rocher, los tentadores muebles, las colgaduras malas consejeras y las chucherías demasiado llenas de recuerdos, emigraron á un elegante y nuevo hotelito del llano Monceau, calle de Viete. Otro trabajo, éste último cotidiano, cien líneas que tenía que enviar todas las noches á un periódico francés de San Petersburgo, iba á pagar la diferencia del alquiler. ¡ Qué suponen cien líneas cuando se trata de resumir, al volar de la pluma y para los extranjeros, las novedades que se res-

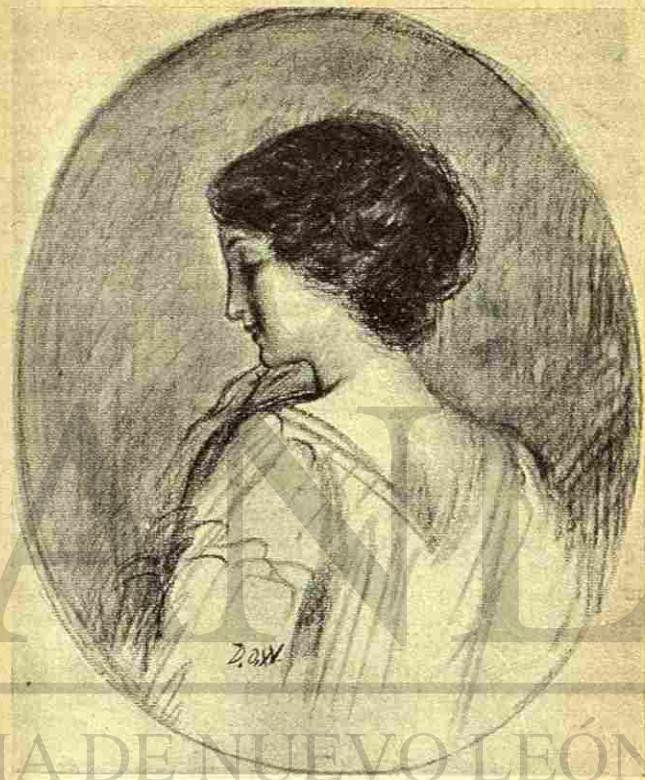
piran naturalmente en el aire de París! Ni Héctor ni su esposa advirtieron este aumento de labor.

No obstante, dos graves acontecimientos durante este tiempo impidieron que el matrimonio Le Prioux avanzase mucho por este camino dispendioso de la falsa aristocracia parisiense. Uno de ellos fué el nacimiento de una hija que se llamó Reina, del nombre de su abuela Duret; el otro fué la muerte, después de una espantosa enfermedad (un cáncer en el pecho) de la señora Duret. La larga estancia en la casa que impuso á Matilde su embarazo y sus primeras salidas, que fueron muy penosas, la salud de su madre y por último el luto, no le permitieron ensanchar el círculo de sus amistades. Entonces, este círculo era bastante pequeño. Como los dos pertenecían á familias de provincias, ni ella, ni su marido tenían ese fondo de relaciones constituido, en la clase media como en la aristocracia, por el parentesco; y ni Héctor, en los miserables principios de su vida literaria, ni el difunto Duret con el fausto de su riqueza, tan repentinamente conquistada y perdida, habían podido reclutar para su trato una sociedad. El emprendedor capitalista, sólo había tenido, en sus fiestas, invitados de azar, casi todos dispersos al mismo tiempo que sus millones. Así hay en París centenares de semiparásitos enigmáticamente llamados *Boscards* por la ironía mundana y que son como una escolta disponible al servicio de todas las fortunas bastante sólidas para soportar cenas de diez y ocho cubiertos, una gran cacería, bailes con regalos en el cotillón y un palco en la Ópera. Esta chusma profesional, generalmente está formada de grandes señores más ó menos degenerados, á la busca de una participación; de artistas intrigantes, en espera de un encargo, busto ó retrato; de comisionistas de frac y chaleco blanco en acecho de una chalanería fructuosa, de extranjeros de dudosas referencias y que representan el papel de *gentlemen* con una corrección un poco decorativa. Juntad á eso un personal de mujeres, la mitad comprometidas, de aventureros de círculo y de muy prácticos epicúreos, en espera estos últimos de una buena comida, del cigarro de marca, de vinos finos y, durante la apertura de la caza,

de poder disparar algunos tiros de escopeta contra los faisanes á quienes no se han economizado los huevos de hormiga. Este pueblo de caballeros de industria se distribuye en diversos grupos, más ó menos distinguidos, según la posición social del ricacho que se trata de desvalijar. Los individuos reclutados alrededor de Duret, de un hombre tan sospechoso, no habían podido ser sino de un orden secundario. Sucede con los invitados de los advenedizos de la fortuna, como con sus enfermedades. Las palabras de un médico que decía á un corredor de bolsa, víctima de sus excesos de mesa: « No es usted digno de tener la gota » encierran toda la filosofía de esas especies sociales. El carácter poco distinguido de los *Boscards* del grupo Duret, se había manifestado con el inmediato abandono después de la ruina, que hubiese debido causar eterna aversión á Matilde hacia este equilibrio social al que se encuentran condenadas aquellas personas que desean salir y recibir, sin pertenecer al gran mundo por el nacimiento ó por la parentela. Pero no, este desencanto había pasado por la joven sin servir de provecho á la mujer. Es que á la vanidad repugna la experiencia, precisamente á causa del defecto que la etimología indica: esta falta radical de solidez y de verdad, ese gusto de producir efecto á cualquier precio, aunque conozcan que este efecto es ficticio y con gentes que saben son despreciables. He aquí porqué las cínicas pruebas de ingratitude que sufrieron su madre y ella, cuando el desastre, por parte de los mismos que no perdían ni una de las fiestas de la avenida Friedland, no impidieron á la señora de Le Prioux, en cuanto estuvo casada, de subordinarlo todo á la adquisición de medios para volver á una situación parecida. Sólo vivió para invitar y ser invitada, recibir y ser recibida. Si su padre, en el esplendor de su magnificencia y en medio de sus millones, únicamente había podido conseguir verse rodeado de parásitos inferiores, puede pensarse bien que las personas con las que la mujer del periodista cambiaba afectuosas cortesías, no habrían de pertenecer, para hablar en la gerga de hoy día, á la crema de la crema, á la esencia. Eran tres ó cuatro matrimonios escogidos entre los colegas de Héctor

que también tenían una especie de casa montada; además, tres ó cuatro matrimonios reclutados por intermedio de los primeros, entre los más importantes comerciantes parisienses: porque después de la profunda modificación ó, mejor dicho, de la desaparición de la gran casta burguesa, tal como aún existía al principio del segundo Imperio, los enriquecidos con el comercio encuentran gran dificultad en formarse un medio, lo que impulsa á unos á abrirse paso entre los políticos y á los otros con los escritores y artistas. También había algunas mujeres de abogados deseosas de asegurar á sus maridos favorable acogida en el periódico, para alguna próxima defensa. También había... pero la enumeración de todos esos comparsas sería tan fastidiosa como su trato. No obstante, formaban el «salón» del hotelito de la calle de Viette, un público ante el cual Matilde podía representar el papel de mujer de sociedad, una corte en la que podía reinar, un público entre el que podía recoger el homenaje debido á su belleza, la verdadera, la única pasión de su vida, que una inesperada circunstancia iba á proporcionarle la ocasión de desarrollar en más vasto cuadro.

Esta circunstancia, de orden muy profesional, parecía muy poco cargada de consecuencias mundanas y se produjo durante el año 1883. El director de un periódico de gran circulación del boulevard, ofreció á Le Prieux el puesto de crítico dramático que había quedado libre por la repentina muerte del que lo desempeñaba. Aunque los ecos teatrales no tienen la misma importancia, desde que el juicio crítico del día siguiente reemplaza en casi todos los periódicos al viejo folletón del lunes, ilustrado por los Gautier, Saint-Victor, Janin, Weis, Sarcey, para no hablar sino de los muertos, ningún puesto es más codiciado en la prensa, y cada vacante suscita veinte candidaturas. Le Prieux no había tenido que molestarse presentando la suya. El prudente cálculo que había hecho al entrar en el periodismo y al que permanecía fiel, se realizó punto por punto. Recogía el fruto de esa cualidad que en todas las profesiones asegura el éxito: la conciencia profesional. Al mismo tiempo que la cons-



... Poseía negros y abrasadores ojos... (pág. 81.)

lante aparición de su nombre al pie de los artículos, cuidadosamente escritos y pensados, le daban fama, adquiría ese misterioso poder que se llama autoridad, por ese mismo cuidado, por la moderada equidad de sus juicios acerca de las cosas y las gentes, por la exactitud de su documentación. Una palabra lo dirá todo á aquellos que

conocen la increíble ligereza con que se escriben los periódicos: Héctor no había hablado nunca de un libro sin haberlo hojeado. Además, á pesar de su innegable suerte, en sus comienzos había tenido el don de no excitar la envidia. Esta obscura é implacable pasión, plaga de la existencia literaria, posee la extraña perspicacia de fijarse más en las personas que en los éxitos. El hombre de gran talento, no tiene envidia del hombre de talento mediano que ha triunfado en donde él mismo fracasó, y en cambio el hombre de talento mediano, en pleno triunfo, envidiará al otro en su derrota. No sentimos nunca envidia ni deseo de hacer daño á aquellos á quienes nos creemos, *in petto*, superiores. En esto estaba fundada la fuerza de Le Prieux en los comienzos de su carrera literaria: ni física, ni socialmente, humilló á nadie. Los envidiosos debían venir después, con las buenas amistades, el tocado de la señora y el abono de coche.

En una palabra, la entrada de Héctor en la crítica dramática, hubiese pasado inadvertida, como él mismo, de no haber tomado la costumbre de aparecer en los estrenos con su joven esposa á la que muy pocos de sus colegas, como ya se ha visto, conocían. La belleza de Matilde, que entonces tenía veintiocho años, era demasiado llamativa para que no fuera inmediatamente notada en ese medio tan poco renovado, de grandes solemnidades parisienses, en donde, como decía uno « siempre son los mismos los que se hacen matar ». Entre todos esos rostros, verdaderamente muertos por la vejez, por los abusos de la vida nerviosa, el afeite y lo demás, la joven produjo gran curiosidad. El « servicio » del periódico en donde escribía su marido, no tenía aun derecho á palcos ó plateas, propicios á las invitaciones, pero la esposa se encargó de que los reclamase después. Las localidades dadas á Le Prieux en el teatro Francés, Vaudeville, Gimnasio, Variedades, Odeón y, en fin, en todos lados, como eran modestas butacas de balcón, todos los gemelos de la sala, podían mirar cómodamente esta hermosa cabeza, de tipo tan puro y que, en reposo, en la absorción del espectáculo, simulaba maravillosamente la pasión y la inteligencia. Matilde no hubiera sido la mujer que era, sino hubiese

advertido este triunfo con cada una de las fibras de su ser íntimo, y hubiese dejado de pensar en aumentarlo haciéndole durar cuanto pudiese. París tampoco hubiese sido París, de no haber encontrado entre los asiduos concurrentes á los estrenos, alguien que se instituyera como el *barnum* de este naciente triunfo. Estos voluntarios heraldos de un éxito que proclaman y exageran, y al que se asocian, abundan en esta extraña ciudad, en donde reina una especie de manía, un furioso capricho, por todo lo que debe brillar aunque solo sea un día, bajo el tornadizo cielo de la moda. Existen diferentes especies de esos encomiadores de las bogas nacentes: para los libros y los cuadros, para los principes extranjeros y los exploradores, para las piezas de teatro y las mujeres bonitas. Digámoslo en seguida con objeto de que no sea posible ningún equívoco, y para que la señora Le Prieux no sufra una injusta sospecha: generalmente, los *barnums* de esta última especie, son chichisbeos platónicos. Casi todos guardan en sus cerebros un pensamiento que nada tiene que ver con lo que nuestros padres alegremente llamaban la « bagatela ». Si quieren aprovechar el triunfo de la mujer bonita á la que quieren lanzar así, es por razones de vanidad ó de interés. Si le hacen la corte, es una corte muy discreta, muy paternal ó muy fraternal, según la edad; y consiste en dar en los restaurants elegantes comidas que preside la beldad, y en donde se encuentra con otras mujeres y otros hombres, que le conviene conocer, y al *barnum* mucho más que á ella. Si le piden una cita, es para acompañarla como galante y rendido caballero y para hacerse ver con ella en algunos de esos lugares en donde se pasa revista á ese Todo París especial: exposición de acuarelas ó de flores, apertura del concurso hípico ó sesiones de recepción en la Academia... Pongan ustedes mismos los *etcetera*. Sucede generalmente, que la mujer tiene que sufrir la protección de varios *cornacs*, de dos, de tres, de cuatro, que se vigilan y se tienen envidia, como si fueran verdaderos enamorados, y sólo son ó fríos calculadores, ó inofensivos y cómicos *snobs* de una especie tan particular que ella sola exigiría un capítulo. No es este lugar á propósito para

ello, mas para caracterizar, ante los ojos de los lectores que conocen las carátulas de la comedia parisiense, la categoría á la cual pertenecía el descubridor de la « hermosa señora Le Prioux », bastará nombrar al personaje. Era éste Crucé, el célebre coleccionista, ese hábil sexagenario que, arruinado desde hacia más de treinta años, se había procurado el medio de obtener las rentas de una vida muy cara, cambalacheando los objetos de arte de su museo indefinido y misteriosamente renovado. Con este título, fué uno de los primeros que frecuentó en otra época el hotel Duret, después, con el mismo título, uno de los primeros que habían olvidado que el especulador suicida, que había adquirido por su mediación algunas preciosas chucherías medio falsas (era su especialidad) dejaba trás él una mujer y una hija. Ahora bien, habiendo vuelto á encontrar á esa hija, de belleza soberana, recobró la memoria, tanto más de prisa cuanto que Matilde estaba casada con un elevado personaje de la prensa, y, desde entonces, Crucé se procuraba reclamos gratuitos con objeto de colocar sus antigüedades. Por lo demás, ya recordarán con qué habilidad y éxito ejecutó ese proyecto. El viejo parisiense se había hecho volver á presentar á la señora Le Prioux, recordándole con enternecimiento que la había conocido « así » de alta. Bajo los auspicios de este mal llamado amigo de la familia, que le habría producido horror, si el deseo de brillar no hubiese ahogado en ella todo sentimiento, la joven comenzó su oficio de gran personalidad parisiense, cuyo balance es preciso resumir con cifras. Por áridas que sean algunas sumas, su brutal elocuencia, lleva en sí tal enseñanza que cualquier comentario la empujearía.

En 1897, ya he dicho que es la época en que estalló el drama de familia del que damos estos detalles preparatorios, el pasivo anual de la casa Le Prioux se distribuía así: ocho mil francos de alquiler, el estrecho hotelito de la calle de Viete, había sido substituído por un gran cuarto en la calle del General Foy, más adecuado á las recepciones; doce mil francos de coche, el famoso cupé de abono, tirado por dos caballos, que procuraba al periodista tantos enemigos como colegas veíanse

reducidos al modesto coche de alquiler. ¿Cómo podrían pasarse sin él estando obligados á hacer visitas diariamente y á salir todas las noches? Contad cuatro mil francos de salarios; no obstante el servicio no comprendía sino lo estrictamente necesario; un maestresala, una doncella, una cocinera, una ayudanta de cocina que auxiliaba á las tareas más engorrosas; un *groom* para el recibimiento y recados, y algunas personas más que llamaban para las comidas y veladas. Agregad á eso doce mil francos de tocado para la señora Le Prioux y su hija, dos mil francos de flores, y henos aquí en los treinta y ocho mil, á lo que es preciso agregar unos cinco mil francos de gastos personales para Héctor. Á pesar de su antigua costumbre de economía, algunas veces está obligado á tomar un coche cuando vuelve del teatro y su familia ha ido á una velada. Además, es preciso contar sus trajes, á los que su mujer daba mucha importancia. No hay que olvidar tampoco los mil gastos menudos de su profesión: desde las propinas á las acomodadoras hasta el luis que debe subscribir cuando uno de sus periódicos hace llamamiento á la caridad pública, con listas para algún infortunio muy « parisiense ». Hemos llegado á los cuarenta y tres mil francos. Si ustedes calculan que la señora Le Prioux da dos grandes comidas por mes, y que su cocina es muy selecta, y que agrega á eso tres ó cuatro veladas musicales y de comedias por estación, que sus regalos son citados entre los más ricos en los « ecos de sociedad » que dan cuenta de una docena de matrimonios, y que es preciso vivir durante todo ese tiempo, renovar ciertos detalles del mobiliario, hacer frente á lo imprevisto, á las indisposiciones, á las estancias en los balnearios y ¿cuántas cosas más? confesarán que mil seiscientos francos por mes, apenas bastan, y nos encontramos con más de sesenta mil francos, los sesenta mil francos por año que gana Héctor y que hacen decir de él que ha « llegado ». Transcribamos una vez más en números el trabajo del marido, insistiendo por el honor de las corporaciones periodísticas, ya demasiado alabadas, ya sobrado calumniadas, acerca de la integridad de este laborioso obrero intelectual. No sabe lo que es un « ne-

gocio » y nunca cobró otro dinero que el dado á cambio de su trabajo. Primeramente, Le Prieux tiene doce mil francos por año, como crítico teatral, lo que representa un término medio de tres artículos por semana, ó sea doce por mes. Naturalmente, ha abandonado los tribunales, pero es cronista en otro periódico de gran circulación del boulevard, en donde ha obtenido que le paguen el máximo, doscientos cincuenta francos por artículo. Eso le hacía veintiséis mil francos por año; es decir, dos artículos por semana, ó sea ocho al año. Fiel á su antiguo periódico que ha prosperado como él, cobra ciento cincuenta francos por un « Clavaroche » semanal, lo que representa siete mil ochocientos francos por año, y cuatro artículos por mes. Envía una carta quincenal á un periódico de la América del Sur, ó sea, de nuevo, dos artículos por mes. Es el crítico artístico en una quinta publicación, lo que le hace, con la revista de la Exposición de Pinturas, un promedio de unos treinta y seis artículos, ó retazos de artículos que tiene que escribir por año, ó sea tres por mes. Una correspondencia cotidiana y telegráfica, con el más importante de los noticieros de provincias, completa su presupuesto de ingresos, que se equilibra, aproximadamente según cree él, con el presupuesto de gastos, permitiéndole la economía de un mediano seguro sobre la vida. Sáldase el todo, si ustedes quieren hacer la suma de algunos números citados anteriormente, con una proporción media de sesenta artículos por mes ó de setecientos veinte por año. Esto es lo que la hermosa señora de Le Prieux llama « ¡haberse hecho una situación! »

III

UN HOGAR PARISIENSE. — LA HIJA

QUÉ pensaba de esta « situación » el antiguo alumno de Jorge Sand, aquél á quien llamaba en sus cartas « su joven Bourbonnichon », el poeta de las llanuras solitarias y de los estanques vaporosos, venido á París, para

conquistar la gloria de un Mistral de la Allier, y transformado, por la prudencia hereditaria, después por el matrimonio, en un obrero literario? ¿Su naturaleza, sin fuertes reacciones y paciente hasta la docilidad, también había sufrido el contagio de la enfermedad de su mujer, de esa fiebre de amor propio mundano que desea ser comparado continuamente con el más rico, viviendo de manera á aumentar continuamente sus gastos, complicando su vida, sacrificando locamente, algunas veces trágicamente el ser al parecer? ¿Era siempre, por el contrario, en el fondo, el hombre rústico y sencillo de otro tiempo, que asistía á los triunfos parisienses de Matilde como un enamorado que se inmola con delicia á los gustos de la que adora, y aun se siente agradecido al ver que el objeto de su amor se digna aceptar este sacrificio? Ó bien, ¿había juzgado á esta mujer y pertenecía á esa inmensa multitud de esposos resignados que no tratan de luchar contra la presión de las circunstancias, contra el irresistible engranaje en que se hallan cogidos? Muy lince hubiera tenido que ser el que hubiese descifrado la respuesta á estas preguntas, en el rostro del infatigable articulista. El provinciano de 1866, tímido y franco, con los años se había convertido poco á poco en un hombre que siempre estaba sobre sí, de modales fríos, poco hablador, si no era para contar alguna anécdota de la vida parisiense, con tono de moralista desengañado, de acuerdo con el personaje que decididamente adoptó en sus crónicas, el de un Desgenais de la alta burguesía. Un poco entorpecido por la edad, pero siempre vigoroso y con un abultado vientre y la costumbre de pavonearse en el teatro, en el bulévard, en los innumerables banquetes y en las más innumerables veladas, había impreso en su persona ese aspecto importante, de rico, casi oficial, que podría llamarse, « el aspecto de exprefecto ». La huella de sus enormes é inútiles trabajos se reconocía en su tez plomiza que delataba excesivas vigiliadas y en su frente, completamente llena de arrugas bajo sus grises cabellos cortados militarmente. ¿Qué pensamientos se agitaban detrás de esta *facies*, de frialdad administrativa? La boca, vo-

gocio » y nunca cobró otro dinero que el dado á cambio de su trabajo. Primeramente, Le Prieux tiene doce mil francos por año, como crítico teatral, lo que representa un término medio de tres artículos por semana, ó sea doce por mes. Naturalmente, ha abandonado los tribunales, pero es cronista en otro periódico de gran circulación del boulevard, en donde ha obtenido que le paguen el máximo, doscientos cincuenta francos por artículo. Eso le hacía veintiséis mil francos por año; es decir, dos artículos por semana, ó sea ocho al año. Fiel á su antiguo periódico que ha prosperado como él, cobra ciento cincuenta francos por un « Clavaroche » semanal, lo que representa siete mil ochocientos francos por año, y cuatro artículos por mes. Envía una carta quincenal á un periódico de la América del Sur, ó sea, de nuevo, dos artículos por mes. Es el crítico artístico en una quinta publicación, lo que le hace, con la revista de la Exposición de Pinturas, un promedio de unos treinta y seis artículos, ó retazos de artículos que tiene que escribir por año, ó sea tres por mes. Una correspondencia cotidiana y telegráfica, con el más importante de los noticieros de provincias, completa su presupuesto de ingresos, que se equilibra, aproximadamente según cree él, con el presupuesto de gastos, permitiéndole la economía de un mediano seguro sobre la vida. Sáldase el todo, si ustedes quieren hacer la suma de algunos números citados anteriormente, con una proporción media de sesenta artículos por mes ó de setecientos veinte por año. Esto es lo que la hermosa señora de Le Prieux llama « ¡haberse hecho una situación! »

III

UN HOGAR PARISIENSE. — LA HIJA

QUÉ pensaba de esta « situación » el antiguo alumno de Jorge Sand, aquél á quien llamaba en sus cartas « su joven Bourbonnichon », el poeta de las llanuras solitarias y de los estanques vaporosos, venido á París, para

conquistar la gloria de un Mistral de la Allier, y transformado, por la prudencia hereditaria, después por el matrimonio, en un obrero literario? ¿Su naturaleza, sin fuertes reacciones y paciente hasta la docilidad, también había sufrido el contagio de la enfermedad de su mujer, de esa fiebre de amor propio mundano que desea ser comparado continuamente con el más rico, viviendo de manera á aumentar continuamente sus gastos, complicando su vida, sacrificando locamente, algunas veces trágicamente el ser al parecer? ¿Era siempre, por el contrario, en el fondo, el hombre rústico y sencillo de otro tiempo, que asistía á los triunfos parisienses de Matilde como un enamorado que se inmola con delicia á los gustos de la que adora, y aun se siente agradecido al ver que el objeto de su amor se digna aceptar este sacrificio? Ó bien, ¿había juzgado á esta mujer y pertenecía á esa inmensa multitud de esposos resignados que no tratan de luchar contra la presión de las circunstancias, contra el irresistible engranaje en que se hallan cogidos? Muy lince hubiera tenido que ser el que hubiese descifrado la respuesta á estas preguntas, en el rostro del infatigable articulista. El provinciano de 1866, tímido y franco, con los años se había convertido poco á poco en un hombre que siempre estaba sobre sí, de modales fríos, poco hablador, si no era para contar alguna anécdota de la vida parisiense, con tono de moralista desengañado, de acuerdo con el personaje que decididamente adoptó en sus crónicas, el de un Desgenais de la alta burguesía. Un poco entorpecido por la edad, pero siempre vigoroso y con un abultado vientre y la costumbre de pavonearse en el teatro, en el bulévard, en los innumerables banquetes y en las más innumerables veladas, había impreso en su persona ese aspecto importante, de rico, casi oficial, que podría llamarse, « el aspecto de exprefecto ». La huella de sus enormes é inútiles trabajos se reconocía en su tez plomiza que delataba excesivas vigiliadas y en su frente, completamente llena de arrugas bajo sus grises cabellos cortados militarmente. ¿Qué pensamientos se agitaban detrás de esta *facies*, de frialdad administrativa? La boca, vo-

luntariosa é irónica bajo el erizado bigote, no lo ha dicho nunca y no lo dirá jamás.

Para quien hubiese tenido inclinación y tiempo de descifrar rostros (¿pero es que hay uno ú otro en París?) Héctor Le Prioux no hubiera sido el único rostro enigmático de la casa. Desde hacia unos dos años, en 1897, los aficionados á los estrenos teatrales veían, algunas veces, cuando la función era de aquellas que convienen á una joven soltera, á la « hermosa señora de Le Prioux » llevar al palco á su hija, una joven muy elegante y bonita, vestida casi exactamente como ella y que le parecía desde lejos, como si fuese su hermana menor. Esta Reina que cuando nació estuvo á punto de costarle la vida, era su hija. Como la mayoría de las niñas nacidos de una madre que ha sufrido demasiado durante el embarazo, Reina poseía algo de delicado, de frágil que contrastaba con la opulenta belleza de su madre, que á los cuarenta años mostraba majestades de Juno. Por el contrario, Reina, á los veintiún años apenas representaba diez y ocho, y tenía un busto delgado, como si algo impidiese el completo desarrollo de su ser físico, mientras que su mirada, sobrado pensativa para su infantil rostro, tenía una inquietante precocidad de expresión. Como su madre, tenía la cabeza alargada, el perfil griego, los rasgos regulares; pero ese hermoso tipo de pura raza, parecía en ella como borrado, como atenuado, y bajo sus arqueadas cejas, la joven mostraba, en lugar de las negras pupilas meridionales y brillantes de la señora Le Prioux, las pupilas de color castaño y reflexivas de su padre. También había sacado de éste los cabellos castaños y la boca de labios un poco gruesos, con un melancólico pliegue en las comisuras de la boca. Jamás fué más visible la mezcla de dos sangres. ¿Dependía tal vez de esas vacilaciones íntimas, de los contrastes secretos de un doble atavismo, el que la señorita Le Prioux tuviese una singular y melancólica mirada? ¿Aún tan joven, había experimentado alguna misteriosa prueba y sufrido una de esas decepciones sentimentales que, á pesar de ser exclusivamente imaginarias, no dejan por eso de conmover profundamente un alma juvenil?



Reina Le Prioux.

¿Era simplemente el cansancio físico, de una niña ya agotada por los abusos de la vida de sociedad?

Cuando hablaban de Reina á su madre, preguntándole por el estado de su salud con algún interés, Matilde respondía :

— No es verdad que está un poco paliducha? Se desarrolla lentamente; pero su naturaleza es así y desde su infancia no ha estado dos días seguidos enferma...

Y cuando estaba con algunos amigos de confianza, solía decir :

— No es porque sea mi hija, pero es la perfección en persona. Jamás he tenido que amonestarla; sólo tengo que hacerle un reproche : el de haber sido siempre demasiado

comedida. No parece una joven... Á su edad, me volvía loca por el baile y todavía me divierte; pero ella asiste á él como si fuera á la escuela. Diríase que es por obligación. En otro tiempo, su padre tenía un carácter parecido, mas debo decir que ha cambiado mucho; también cambiará Reina, mas por el momento nada la divierte; es extraordinaria...

Y la « hermosa señora Le Prioux » dejaba adivinar en sus ojos una especie de asombro mezclado de orgullo. Se adivinaba en la manera de erguir su busto impecablemente ceñido por un corsé á la última moda, la conciencia de la esposa y de la madre que mantienen al marido y á la hija en un rango social al que ella los ha elevado, sin ser ayudada por ellos. Si por casualidad Le Prioux se encontraba allí cuando su mujer juzgaba de este modo á Reina, no dejaba de decir, encogiéndose de hombros : « No digas eso, no digas eso » indulgente reproche del marido que encuentra que su mujer habla un poco de más y cambiaba la conversación, contando una de sus anécdotas favoritas. Como todos los aficionados á relatar historietas, sólo tenía un determinado número de ellas, siempre las mismas y que desarrollaba siempre de igual modo, apoyando la voz de la misma manera sobre ciertas sílabas y produciendo idénticos efectos. ¡Ay! las anécdotas son su única debilidad, y van dirigidas con demasiada frecuencia contra aquellos colegas que han cometido el error de abandonar la prensa por el libro, ganando en la librería lo que él debe continuar pidiendo al periodismo.

— Reina se divierte silenciosamente — decía — como yo, es verdad. Ustedes tienen que hacer ruido para distraerse, pero mi hija tiene demasiado ingenio y buen sentido para encontrar el defecto de las gentes del día, que se hacen los aburridos en los centros de recreo, después de haber hecho todo lo posible para entrar en ellos... He visto nacer ese tedio de buen tono. Todavía me acuerdo, ya hace mucho tiempo de esto : Santiago Molan, el novelista, había venido á mi casa, calle de Viète, implorándome que le hiciese obtener una invitación para el baile de máscaras de la condesa de Komow, al cual fueron todos con disfraces de animales. Obtuvo la invitación con bastante trabajo, pero ¡nos quiere tanto la buena condesa...! La casualidad quiso que á eso de las once, antes de vestirme yo mismo, pasara por el periódico, ¿y á quién dirán ustedes que encontré en medio de los asombrados gacetilleros? Á mi Santiago Molan, vestido de oso, con el hocico echado hacia atrás

como un capuchón, y fingiendo su aire de fastidio, para declamar ante los pobres camaradas : « No ha habido medio de decir no á la condesa, ha insistido demasiado... ¡ Ah ! amigos míos, ¡ qué triste es ser hombre de sociedad ! »

Estas dos fórmulas : « Reina no parece joven... Reina se divierte silenciosamente... » resumían, en la intimidad familiar, ciertas conversaciones que el señor y la señora Le Prioux tenían á propósito de su hija. Estas conversaciones, de un orden tan delicado y grave, puesto que se trataba del carácter, y por tanto, de las probabilidades de felicidad ó de desgracia de su hija única, generalmente se verificaban en el cupé que los llevaba á una primera representación, á la que no habían podido conducirla. Estos eran los únicos instantes de confianza, de conversación íntima de estos esposos, no obstante muy unidos, á lo menos así se les juzgaba, pero, entre las molestias de la buena sociedad para la mujer, y, para el marido, las tareas literarias, ¿á qué hora hubieran podido hablar extensa é íntimamente? La necesidad en que se encontraba el cronista dramático de quedarse en su periódico hasta la una de la mañana, para improvisar allí su artículo, ó para acabarlo cuando lo había comenzado en el ensayo general, les decidió á dormir en cuarto separado.

Héctor había querido poder entrar sin turbar el sueño de su mujer, cuando ésta se había acostado antes que él, é inversamente, cuando su esposa volvía á la casa un poco tarde, por haberse entretenido más que de costumbre en el baile con su hija, no despertaba á Héctor. Este último no podía dar abasto á su enorme tarea si no aprovechaba las mañanas. Sentado ante su mesa á las nueve en punto, con la puerta cerrada, no se levantaba hasta el medio día, después de haber terminado la mayor parte de su tarea cotidiana. Era preciso circunstancias excepcionales para que fuese á tomar el huevo pasado por agua y el café con su mujer, á la que, generalmente, veía á la hora del almuerzo, el tiempo necesario para darle los buenos días, y Reina estaba allí. Reina también se encontraba en las comidas, las raras comidas que hacían en la casa. Mientras tanto érales preciso ocuparse en sus asuntos, la madre de sus visitas, el padre de sus diligencias, además

de su trabajo y en abrir su enorme correspondencia. Habíase hecho, á imitación de otro fecundo periodista, colaborador de las personas que le escribían, tomando continuamente sus cartas como tema de sus artículos. Ahora, á nadie asombrará si las más serias conversaciones de este hogar tenían lugar en el único momento de soledad que esta existencia permitía á esas dos víctimas de París, al regresar del espectáculo, y así, fué cómo la primera escena del drama de familia, del que por fin voy á ocuparme, se desarrolló en un cupé de abono, entre la puerta de un teatro y de la de una redacción... Desde aquí, pueden ustedes ver este cuadro: una noche de enero que dejaba caer sobre la ciudad una espesa niebla, que apenas rasgaban los faroles; á lo largo de las aceras, el paso rápido de los helados transeúntes; el coche rodando sin ruido sobre sus ruedas de goma; el cochero sujetando con sus heladas manos, bajo los gruesos guantes, al caballo, cuyo cascabel lintineaba y le hacia apresurarse, pues dejábase adivinar el próximo regreso á la cuadra. Detrás de los cristales cubiertos de barro, dibujábanse las siluetas de Matilde y de Héctor: ella tocada con una deliciosa capotá de teatro, de delicados colores, dejando emerger su perfil de Juno en medio de la blanca piel de cabra del Tibet de que está forrado su abrigo de terciopelo color rubí; él, mostrando, bajo la nutria de su abrigo, el plastrón de botones de oro grabados y el chaleco blanco de un *clubman*. Al verlos, ustedes dirían: he aquí una pareja de desocupados, un hombre de mundo que su mujer va á dejar en el círculo antes de volver á casa, y es un gacétilero que se prepara á ganar esa costosa apariencia de lujo, luchando, á esta hora, con las pruebas de imprenta, todavía húmedas, ¡Qué bien representado estaba el símbolo de toda su vida, con este paseo á través de París, á una hora tan avanzada y en esas condiciones! He olvidado decir que la función, á la cual acababan de asistir, había sido representada en el Odeón, y que el periódico en donde Le Prieux se hallaba encargado de la crítica teatral se encuentra instalado en la calle de Lagrange-Batelière, que comparte con la del Croissant el honor de haber visto nacer y morir á innumerables periodiquillos.

Sin duda alguna, la señora Le Prieux había contado con la duración de este viaje nocturno, para tener con su marido la conversación que ella se encargó de comenzar inmediatamente que el cupé, libre de los obstáculos de la plaza, salió al trote:

— ¿Se quedará usted hasta muy tarde en el periódico, amigo mío?... preguntó Matilde.

— No lo creo — respondió Héctor. — He escrito mi artículo esta mañana, siguiendo el gran principio: no dejes para luego lo que puedas hacer ahora... Después del ensayo general, no han cambiado nada. Algunas palabras para dar cuenta del éxito, las pruebas á corregir, todo eso me ocupará durante una media hora. Pero ¿por qué?...

— Porque desearía hablarle de una cosa muy seria, — dijo Matilde. — Como se ve, aun en la intimidad, era siempre la « hermosa señora Le Prieux ». Él « tú » familiar y burgués siempre había sido de su parte un favor, una especie de abdicación de su categoría de diosa: Si no es más que media hora, le esperaré á la puerta, en el coche...

— ¡Esperadme!... — exclamó Le Prieux. — Entonces no corregiré las pruebas, he aquí todo. El bueno de Cartier se encargará de eso. Ese Cartier era el secretario de la redacción, al que Héctor había colocado allí y al que consideraba como un amigo que le estimaba mucho. Después de haber vacilado algunos segundos, hizo esta pregunta, que probaba claramente cuanto le preocupaba cierta idea: — ¿Un asunto muy serio? ¿Se tratará por casualidad del matrimonio de Reina?... »

— Precisamente — dijo la señora Le Prieux. Después, vacilando también, y con algo de inquietud de la que Héctor debía acordarse luego, añadió — ¿Por qué me pregunta usted eso? ¿Es que lo ha presentido usted?... »

— ¿Yo? — dijo — de ningún modo, pero desde el momento en que me hablas en cierto tono ¿de qué podría tratarse, sino de la felicidad de Reina? La amas mucho y tienes razón. Se te parece...

El escritor, al decir esto estrechó la mano de su esposa con la profunda ternura que acababa de revelar este elogio y este súbito tuteo. Matilde no tenía necesidad de estos ligeros signos de emoción para saber que su esposo, de

corazón tan fiel, de tan infatigable abnegación, estaba enamorado de ella como el primer día. ¿Emocionóse al advertir, una vez más, la sensibilidad de su marido? ¿Ó bien este homenaje tan espontáneo, á las elevadas é inestimables cualidades de esposa y de madre, que ella creía poseer, hizo vibrar una oculta fibra de su amor propio? ¿Ó tal vez, quería, conociendo las objeciones que desde hacía varios meses rodaban por su estrecha y dominadora frente, destruirlas en seguida? Lo único que puede afirmarse es que devolvió á Héctor su apretón de manos y que correspondió amablemente á su tuteo :

— Sólo tengo un mérito, el de no haber dejado nunca de ser una esposa que ha cumplido con su deber. Pero me has recompensado bien, te lo aseguro... He quí, lo que pasa, continuó : Crucé había venido á hablarme de ese proyecto la semana pasada; pero no he querido decirte nada antes de que el asunto estuviere más avanzado, pues tenía miedo de destruir esa libertad de espíritu que te es tan necesaria para tu trabajo. Crucé ha vuelto hoy y me ha preguntado, esta vez de la manera más positiva, lo que pensaríamos del matrimonio de Reina con el joven Faucherot...

— ¿Edgardo Faucherot? — exclamó Le Prieux — ¿Faucherot quiere casarse con Reina?

— Y ¿por qué no? — preguntó Matilde — ¿Qué es lo que te deja tan asombrado? porque los Faucherot son los que han dado el primer paso, fijate bien. Crucé no me ha ocultado que si no era un embajador oficial, por lo menos era un mensajero muy oficioso...

— ¿Qué qué me asombra? — dijo Héctor. — Primeramente, Faucherot no es libre. ¿Has olvidado que este mismo otoño su madre se quejó á ti de las locuras que hacía por la joven Percy? Su madre quería que interviniera yo para que la contratasen en América, con objeto de separarla de su hijo, y como Percy continúa en el teatro de *Variedades*...

— Todo eso prueba sencillamente que es libre, y que ha roto con ella — dijo la señora Le Prieux — y precisamente porque ama á Reina. No te inquietes por eso, amigo mío. Yo también he tomado mis informes. La se-

ñora Faucherot ha exagerado las cosas. Como es viuda, y sólo tiene un hijo, era natural que se atemorizase. Ese joven enloqueció ante la idea de hacer alarde de sus amores con una artista á la moda, y nada más. No se trata de una de esas uniones que dejan huellas en la vida, y que pueden inquietar á los padres de una joven.

— De todas maneras — dijo Héctor, — había soñado, te lo confieso, para aquél á quien entregásemos nuestra encantadora Reina, otros juveniles recuerdos que las cenos con la Percy. Además, no sólo se trata de la joven Percy, si no de la madre. Vamos, acuérdate de que dejastes transcurrir varios años, antes de admitir en tu casa á la señora Faucherot. Ahora la ves por bondad, porque es una buena mujer y porque eres excelente... Pero si se convierte en la suegra de Reina, estarás obligada á tener con ella relaciones de familia, tú que te has educado como una gran dama. (¡ El cronista parisiense creía eso !) ¿ Y ella?... ¿ No sabes que comenzó como vendedora en la casa Faucherot, antes de alcanzar el grado de propietaria de la casa? No se lo reprocho... hay vendedoras que son verdaderas señoras... ¿ Pero ella?... Tengo el derecho de decir que ha conservado un fuerte olor á tienda, que los millones del difunto Faucherot no han podido borrar. Esa señora ha podido hacer que quiten las grandes letras doradas que veía yo brillar en su balcón, calle de la Banque, cuando, en otro tiempo pasaba por allí para ir al periódico : *Hardy, Faucherot sucesor, seda y terciopelos*. No obstante, estas letras las sigue llevando en sí misma impresas en todo su ser... La señora Faucherot ha continuado siendo lo que era detrás de su mostrador, burguesita y ordinaria hasta dejarlo de sobra. La señora Faucherot sigue siendo la misma en casa de las más afamadas modistas, donde ahora se viste; en el Bosque, en su coche arrastrado por un tronco de caballos de diez mil francos. ¡ Ah ! ; no se ha olvidado de hacernos saber su precio lo mismo que el del *foie-gras* y el de los vinos que se sirven en su casa !... ¿ Y esas invitaciones que lanzaba por todo Paris, en los comienzos de su vida mundana, á las grandes celebridades con objeto de poblar su salón? ¿ Y sus *planchas*? Son célebres, Tú,

la mujer de mundo por excelencia ¿cómo podrás soportarla? Pobre amiga mía, á pesar de tu habilidad en el trato social, que es superior á todo encomio, no creo que puedas salir airosamente...

La señora Le Priéux había dejado hablar al periodista que, como se ve, había tomado la costumbre debido á su profesión de hablar como escribía; es decir, por párrafos y por tiradas. Si Matilde carecía, ya lo he dicho y toda su vida lo demostraba con harta claridad, de ese conocimiento del corazón del prójimo que es lo único que permite poseer la verdadera delicadeza, la mujer del periodista tenía en cambio esa otra inteligencia tan femenina que, por decirlo así, constituye la propia esencia de la mujer, y que consiste en saber exactamente lo que el más delicado de los poetas antiguos ya llamaba « *los flacos del hombre y sus momentos* » (1). Si no había interrumpido el largo discurso de su esposo fué con su cuenta y razón. La gran objeción al matrimonio que ella había preparado sabiamente, como ya se adivinará, no estaba fundada, en la mayor ó menor distinción de la señora de Faucherot, de la casa *Hardy, Faucherot sucesor, seda y terciopelos*. Dejando que se acalorase su marido, Matilde contaba con que llegaría á descubrir el fondo de su pensamiento, y esto fué lo que hizo al terminar; después de un momento de silencio y al ver que su esposa no le contestaba, agregó:

— Además, yo pasaría por el hijo y tú por la madre; pero queda por averiguar lo que piensa Reina...

— ¡Ah! — dijo la madre con singular acento, lleno de ironía y de curiosidad. ¿Con que sabes lo que piensa Reina?... Es verdad, contigo suele ser un poco franca. ¿Qué te ha dicho?

Hubo un nuevo silencio. La dominadora acababa de tocar, por el deseo de saber si habían dado algún nuevo paso con Héctor, la fibra más sensible y más secreta, y también la más dolorosa de aquel corazón de esposo y padre, una fibra casi desconocida por él mismo. Seme-

(1) *Sola viri molles aditus et tempora noras* (Virgilio).



— ¿Se quedará usted hasta muy tarde en el periódico?...
(pág. 101.)

jante á este respecto á todos los hombres en los que la timidez resulta, no de las circunstancias, sino de su persona y de su manera de sentir, Héctor se encontraba completamente desconcertado ante caracteres reservados como el de Reina. ¡Cuántas veces había descubierto, ó más bien adivinado, en la mirada de la joven, fija sobre él, un misterio, pensamientos ó ideas que le habían hecho sentir al mismo tiempo deseo y miedo de conocer, tal vez á causa de que esos sentimientos y esos pensamientos correspondían á cosas secretas de su corazón que no consentía en confesarse! Si; *sabía* lo que Reina pensaba, pero

no quería saberlo. Sabía que la tristeza de los ojos de esta encantadora niña, arrancaba de una compasión profunda, infinita, por él, por su existencia de forzado literario, esclavizado, ¿por qué y para quién? Responder á esta pregunta hubiera sido condenar á alguien, á una persona á quien amaba con esa apasionada ternura que no juzga, aun ante la avidencia; y, lo que acabó de hacerle todavía más doloroso esos pensamientos y esos sentimientos de su hija, precisamente era el temor de que no fuese él solo el que sospechara la naturaleza de ellos. Por eso, esta frase de su mujer le hizo estremecerse y que contestase con fingida sonrisa, tratando de aparentar una indiferencia que no había en su corazón :

— ¿Lo que me ha dicho?... Absolutamente nada. No te figures en que es mucho más comunicativa conmigo que contigo. Además, ¿cuándo podría hacerme confidencias? Casi nunca la veo cuando está sola... pero, á falta de confidencias, tengo...

Una evidente turbación le hacía buscar las palabras, y repitió :

— Si, á falta de confidencias tengo mis impresiones y puesto que estamos en ese capítulo, diré que había creído observar que si prefería á alguno, no era precisamente á Faucherot...

— ¿De quién se trata?... — interrogó vivamente la madre.

— Se trata de su primo Huguenin — respondió Le Prieux, y, como disculpándose de la falta de confianza que implicaba su discreción acerca de tal secreto, agregó :

— Te repito que es una hipótesis casi sin fundamento, y que Reina no me ha hablado nunca de eso, nunca, ni Carlos tampoco; además... ya sabes que te hubiera advertido en seguida...

— En efecto — dijo la señora Le Prieux alzando á medias sus hermosos hombros, — es una inclinación que no se debe animar... Ya sabes qué buena soy para la familia — insistió, — y cómo he acogido á Carlos Huguenin, aunque después de todo no es sino un primo segundo, cuyo padre no he visto hace muchos años... Pero Carlos posee una fortuna muy modesta, y no tiene posición,

pues no puede llamarse así á la que se ha formado terminando su carrera de Derecho y haciéndose inscribir en el colegio de abogados de París. Si se casara en estos momentos, para poder vivir con su mujer, se vería obligado á marcharse á Provenza, con su padre, dedicándose á fabricar vino, aceite y á cuidar de los gusanos de seda... Y francamente, ¿es que podrías conformarte con ver á los Reinos en una casa de labor, allá abajo, vigilando á los obreros, sin esperanzas de poder distraerse yendo al teatro, haciendo visitas ó asistiendo á los bailes?... Ya sé que siempre ha dicho que no le gusta la gran sociedad; también decía eso mamá cuando vivía mi pobre padre y después, cuando quedamos arruinadas, era yo quien tenía que animarla... Pero no se trata de eso, afortunadamente Carlos piensa tanto en Reina, como Reina en Carlos. Volvamos á los Faucherot. ¿Qué debemos responder á Crucé?... Debo decirte en seguida que la cuestión de dote está arreglada. No he ocultado nada á ese excelente amigo, y la señora Faucherot (que en efecto tiene sus ridiculeces, convengo en ello, pero menos que otras veces, pues se va modificando) siempre ha tenido mucho corazón. La señora Faucherot ha comprendido muy bien que en la vida no se puede obtener todo. Su marido ha acumulado dinero, nosotros hemos adquirido relaciones. Si no podemos dar nada á Reina, no es por tu culpa, amigo mío, sino por culpa de tu profesión. Cuando me casé contigo, ya lo sabía, pero prometí ahorrar á nuestro hijo, si era posible, tantas penas como hemos padecido nosotros... Bueno. He aquí que hemos llegado al periódico. No te des prisa, corrige tus pruebas, esperaré todo el tiempo que sea preciso...

En efecto, el cupé había dado la vuelta á la esquina de la calle de Drouot, cuando la generosa Matilde ofrecía ese magnánimo perdón á su marido, brindándose con condescendencia á esperarle treinta minutos en un coche muy bien almohadillado y provisto de excelentes caloríferos. ¿Por qué este último, al bajar del coche y al poner sus botas de charol en los contaminados escalones, repentinamente recordó los ojos oscuros de Reina y la tristeza de su mirada? ¿Qué relación había entre esa mirada

y las palabras que acababa de pronunciar su madre? ¿Por qué, mientras le alargaba las pruebas de imprenta el honrado Cartier, como él le había llamado, el periodista veía claramente, en lugar de las húmedas hojas, sobre las que su pluma trazaba maquinalmente los cabalísticos signos que se emplean para corregir, si, por qué veía el paisaje de Provenza que sólo había contemplado una vez durante doce horas en el mes de septiembre, de pasada, al regresar de un congreso periodístico: la casa de labor de los Huguenin, abrigada del maestral por la negra cortina de cipreses, las hileras de vides, que extendían sus recortadas hojas y la opulencia de sus pesados racimos de un color morado encima de la tierra roja, un cercado de rosales en flor, un bosque de plateados olivos, y las rocas que separan ese bosque del azulado Mediterráneo, cubierto con las velas de los barcos?... ¿Qué relación había entre esta visión y el escritor que en este momento garrapateaba las líneas que hacían falta para completar su artículo, con cuidada y fina mano en donde brillaban dos hermosas piedras preciosas? Esta mano nunca había tocado un apero de labranza, si no en su infancia. No obstante, ¿era la nostalgia del terruño la que volvía a apoderarse del conocido escritor? ¿Era esto debido a la reaparición del provinciano después de más de treinta años de vida parisiense? ¿O bien adivinaba que la felicidad de esta hija, cuya alma se parecía tanto a la suya, como sus ojos, se encontraba allá abajo, lejos, muy lejos de los millones del hijo de Faucherot, lejos de París?... Pero en este momento la visión desapareció. Héctor había recogido las pruebas ya corregidas y se las había entregado a Cartier; se había abrochado el abrigo de pieles y tocando con la mano el ala del sombrero, fría y dignamente, como conviene a uno de los príncipes de la crítica, ante los simples noticieros que trabajaban allí a altas horas de la noche, había abandonado la sala de la redacción sin oír las palabras que los periodistas de inferior categoría, así saludados, pronunciaban acerca de su persona.

— ¡Vaya, ya tenemos otro caballero cubierto, el tío Le Prieux! — dijo uno.

— ¡Y pensar que a su edad tal vez seas tan *snob* como él! — dijo otro y agregó sonriente: — ¡y tan averiado!

— ¡El hecho es que no vale nada! ¿No habéis leído su última crónica? ¡vaya una lata! Es para preguntarse cómo ha triunfado un tipo como ése.

— ¡Nuevo sistema para triunfar por Héctor Le Prieux, un volumen, tres francos cincuenta! — dijo el honrado Cartier en tono burlesco; — primeramente se casa uno con una mujer muy hermosa...

— ¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó el otro.

— Lo que usted mismo se figura — dijo Cartier, — que había apretado el botón de un timbre y que interrumpió su grosería para decir al criado de la redacción que había acudido el llamamiento: — Advierta en la imprenta que Le Prieux hará una columna y tres cuartos... Voy a revisar las pruebas. Dentro de diez minutos se las daré... Como nosotros no pertenecemos a la alta, si hiciéramos una plancha...

Y este desagradecido, este hombre al que había colocado Héctor el *snob*, Héctor el averiado, Héctor, el marido que había triunfado por la belleza de su mujer, llenó cuidadosamente de tabaco una pipa de espuma y la encendió, con su aire burlón de buena persona, al mismo tiempo que cogía las galeradas que Le Prieux ya había dejado corregidas, para limpiarlas de sus últimas erratas... Era la manera de pagar su deuda con su protector. El secretario de la redacción era sincero en sus difamaciones y en la complacencia que ponía en hacer este servicio al antiguo periodista. Le estaba agradecido y le envidiaba, no por su posición literaria, sino por su eoche de abono, por sus relaciones en la *Alta* (respetemos su estilo) ¡y, en fin, por ser el marido de la « hermosa señora Le Prieux! »

IV

EL PRECIO DEL DECORADO

AL día siguiente de esta conversación, cuya segunda parte, fué repetición de la primera, con la diferencia de que las objeciones de Héctor habían sido por último vencidas una á una, la delicada y encantadora joven que había sido objeto de ella, sin saberlo, Reina Le Prioux, se levantó, como de costumbre, antes de las ocho. Estaba convenido entre la familia que era de poco dormir. En realidad, la joven, cuando había pasado la velada fuera de casa y se despertaba á esa hora matinal, sentíase muy agotada, fatigadísima, pero no confesaba jamás este cansancio que hacía palidecer su fresco rostro cercando de nácar sus hermosos ojos oscuros, y algunas veces sentía en la sien las dolorosas punzadas de la jaqueca. Pero no se había opuesto á esta leyenda, porque si no ¿de qué manera habría podido inspeccionar ella misma, como hacía todas las mañanas, los pequeños detalles del gabinete de trabajo de su padre? Ella era quien arreglaba con sus finas y cuidadosas manos, el papel de cartas y los sobres en la papelería que había sobre la mesa de despacho; quien ponía, en el calendario móvil, las fechas del mes y el nombre del día; quien renovaba las plumas; quien veía si el *block* de que se servía el cronista para sus artículos tenía bastante número de hojas. Mientras se ocupaba en estos minuciosos cuidados, algunas veces alteraba su rostro inexplicable emoción. Cuando terminaba esta cariñosa tarea, frecuentemente se quedaba mirando durante bastante tiempo al retrato de su padre, relegado allí por la señora Le Prioux, y que representaba al escritor muy joven, con un traje lo bastante bohemio para justificar ese destierro del salón de recibo. Un camarada del barrio Latino le había pintado con gorra encarnada, un pañuelo alrededor del cuello, los cabellos largos,

y escribiendo sobre las rodillas. Este boceto de taller era muy afortunado, cualidad peculiar de toda obra realizada á impulsos de la inspiración: tenía mucha vida y verdaderamente daba idea de lo que había sido el joven campesino del Borbonés en sus primeros años de fervor cándido y entusiasta, con la frente iluminada y brillantes las pupilas. ¡Qué emoción sentía Reina al comparar esta lejana imagen de su padre, con ese mismo padre, tal como iba á sentarse en su butaca, ante su mesa, preparada por ella, para comenzar la tarea que la atenta Antígona podía medir materialmente según la rapidez con que disminuía el espesor del *block*! Entonces iba á buscar en la biblioteca del periodista tres volúmenes, más cuidadosamente encuadernados que los demás, y que encerraban las dos colecciones de versos y la novela de Le Prioux impresos en magnífico papel: aquellas *Relamas de la Llanura*, las *Canciones Borbonesas* y ese *Rossigneu* que la amable niña era la única que leía y admiraba. Reina no era una pedante y se sentía incapaz de juzgar estos poemas, bastante medianos, ni esta novela tan poco original. La joven hojeaba aquellos volúmenes con la apasionada parcialidad de un ser que ama y no conoce nada en el mundo que le parezca más hermoso, y más interesante. Porque, si carecía del bastante sentido crítico para discernir las insuficiencias de esos primeros ensayos, su corazón le hacía sentir, con la más dolorosa lucidez, las mutilaciones que el autor había debido hacer sobre sí mismo para convertirse en el destajista que era en la actualidad. ¿Por qué milagro de cariño, la silenciosa criatura, tan cándida, tan poco experimentada, había adivinado ese drama oculto en la vida del caído artista y del cual él mismo no se daba cuenta? Las semejanzas de sensibilidad entre un padre y una hija, producen esos fenómenos de doble vista moral. El padre experimenta por adelantado las penas que amenazan á su hija. Ésta se conduce de su padre por las penas que sufre sin quererlas reconocer, y por eso era por lo que, durante sus visitas matinales al laboratorio literario, Reina, siempre apartaba sus ojos de otros retratos, del de su madre colocado sobre la mesa del despacho, y que verdaderamente representaba á la « hermosa

señora Le Prieux », vestida con un traje de princesa del Renacimiento, que había llevado, con éxito muy ruidoso, á un baile de trajes. La gran fotografía, protegida por un cristal y con un marco de plata cincelada, dominaba el papel, las plumas, el tintero, el papel secante, todos esos humildes instrumentos de paciente labor que habían pagado aquellos adornos y euántos otros! ¿Ya juzgaba la joven á su madre, pues comenzaba á sentir horror por aquel retrato, ó bien comenzaba á juzgarla, y, también parecida á su padre en esa cuestión, no quería confesarse ciertas oscuras y demasiado penosas impresiones, pero que, no obstante, palpitan, vivían, en el fondo de su ser íntimo?

Esta simpatía, cuyo lazo oculto unía así á Héctor Le Prieux con su hija, debía ser muy sólida porque de la misma manera que ella había adivinado el secreto del autor de sus días, Le Prieux encontró que, casi sin el menor indicio, había adivinado el secreto de su hija. Si en esa mañana del mes de enero, hubiera podido seguirla á través de las idas y venidas de su pensamiento, hubiera comprobado que al pronunciar el nombre de Carlos Huguenin, en la conversación que tuvo la víspera, no se había equivocado acerca de las inclinaciones del corazón de Reina. La única diferencia con la verdad, era que Le Prieux creía que su hija sólo experimentaba, como había dicho, alguna inclinación por su primo, y la joven ya le amaba. éste amor había nacido como resultado de una reacción, propia de los veinte años. Casi siempre comenzamos á amar á alguien por la aversión que sentimos contra alguna determinada persona, ó respecto de alguna cosa. La piedad que Reina Le Prieux experimentaba por su padre, traducíase por una aversión instintiva, irresistible y casi animal, hacia el medio de que su padre era víctima. Sobrado delicada y escrupulosa para hacer á su madre responsable de lo que consideraba como un desastre del destino, tomaba un odio involuntario á todo aquello que amaba su madre, terminando por detestarlo; no atreviéndose á condenarla personalmente, la condenaba en sus gustos. La joven también odiaba, con odio irreflexivo, á París, al mundo, las

comidas fuera de casa, los bailes, las veladas, los estrenos, los tocados, el lujo, y todo ese decorado cuyo precio conocía demasiado bien. La visión de la *casa de labor* de Provenza que, la víspera, había cruzado tan extrañamente por la imaginación del periodista mientras corregía



Carlos Huguenin.

sus pruebas, ya no le abandonó, desde la jornada de septiembre en que ese rincón de campiña meridional se le había aparecido. Con el pensamiento habíase visto allí, habitando en esa tranquila casa y viviendo simplemente, con alguien á quien ella amase, con su primo Carlos, ese tímido muchacho, muy provinciano, y que por su misma torpeza había encontrado el camino de su corazón. La joven se complació, en la inocente intimidad de su paren-

tesco, en combatir en él cierta ambición de una existencia más brillante, que empujaba, al en otro tiempo alumno muy notable de su colegio, hoy día premiado por la escuela de derecho, á hacer su carrera en el foro parisiense y de charla en charla, de consejo en consejo, el primo y la prima, habían terminado sintiendo el uno hacia el otro, uno de esos sentimientos que para comunicarse y afirmarse, no tienen necesidad ni de declaraciones ni de promesas, sentimiento compuesto de respetuoso entusiasmo, por parte del joven, de confiado pudor por parte de la doncella, y que había invadido ambas almas como rodeándolas de una atmósfera, sin ninguna palabra demasiado precisa, sin ninguna mirada demasiado abrasadora y sin ningún apretón de manos demasiado vibrante. Y cuando había llegado el definitivo minuto de la confesión, habíales parecido, tan seguros estaban de sus respectivos corazones, que se lo tenían dicho de largo tiempo ha y que siempre habían estado juntos.

Esta inevitable confesión, que debía trastornar las sabias combinaciones de aquellos dos Maquiavelos con faldas, la señora Le Prieux y la señora Faucherot, y del tercer Maquiavelo de frac negro, el sutil Crucé, sólo había tenido lugar la semana pasada. El hecho se había deslizado en medio de las bromas permitidas á la amistad, entre la fraternal familiaridad de las relaciones existentes entre dos primos. La confesión se verificó en un gran baile, en casa del director de un banco, donde la señora Le Prieux había hecho invitar al joven, que, desde hacia algún tiempo, se iba haciendo más tratable. Cegada la madre, como frecuentemente lo están los padres, por las preconcebidas ideas que tenía acerca del carácter de su hija, habíase felicitado de ello aquella misma noche delante de ella y Reina, apoyándose en el brazo de su primo para dirigirse al ambigú, después de una contradanza, le había hecho saber el elogio maternal:

— Vamos — había dicho Carlos repentinamente — ¿cree usted que ya no le soy antipático?

— Jamás lo ha sido usted — respondió vivamente Reina; — pero ahora es usted su gran favorito, tanto que

recurriré á la protección de usted cuando tenga alguna dificultad con mi madre.

— Se la concederé, prima — había contestado el joven sonriendo y ruborizándose á un tiempo mismo. — Puede ser que haya llegado el momento de escribir á mi madre para pedirle lo que tanto deseo tengo de saber, pero no me atrevo.

— ¿Qué? — interrogó Reina con una sonrisa y estremeeciéndose interiormente. La joven había retirado su brazo deteniéndose un segundo como para abanicarse. Aunque este rincón del baile hasta donde habían llegado, no era el más á propósito para pronunciar ciertas solemnes palabras, la joven las esperaba. En una entrevista á solas, su decoro no le hubiera permitido escucharlas y Carlos no habría tenido el valor de proferirlas, mientras que allí, con los nervios excitados por los ecos de la música, tan protegidos y solitarios en medio de de aquellas parejas de vestidos blancos y de frac negro que se deslizaban, acercándose, para volver á alejarse, y daban vueltas á algunos pasos de ellos, el joven se atrevió á decirle:

— Se trata de una cosa que no haré, querida prima, sino en el caso de que usted me lo permita... Quisiera pedir á mi madre que ella misma escribiese á la de usted para hacer algunas gestiones... En fin, prima mía, ¿si la rogase que cambiara su nombre y aceptase ser la señora de Huguenin, ¿qué respondería usted?...

Mientras hablaba Carlos, Reina pudo advertir que el joven temblaba un poco. Una extraordinaria emoción se había apoderado de ella, y, con voz temblorosa repuso:

— Si mi padre y mi madre responden que sí, contestaré como ellos... Déjeme sola — agregó — y el joven solo dijo con acento ahogado:

— Mañana escribiré... Dentro de cuatro días, su mamá recibirá una carta de la mía. Me parecerán muy largos, y no obstante, prima, hace dos años que la amo.

Como se acercaba otra persona, nada menos que el mismo señor Crucé, Reina no tuvo necesidad de responder á esas dulces palabras. ¡Cuánto agradeció al que

acababa de hablar así, la delicadeza que había mostrado desapareciendo inmediatamente! Como ella le dijo, le había librado de su presencia, comprendiendo la gran turbación que debía producirle el oír palabras que una joven escrupulosa, cumpliendo con su deber, debía repetir inmediatamente á su madre. ¡Cuánto le había agradecido también el no haber vuelto por la calle del general Foy hasta pasados esos cuatro días! Aunque esperaba algunas objeciones de parte de la señora Le Prieux, la joven no dudaba de que sus padres la dejarían responder libremente, según los impulsos de su corazón, á las gestiones de los padres de Carlos. Tampoco dudaba de que estos últimos no hiciesen esta gestión, que sería para ella el comienzo de una nueva vida. Esta fiebre de amor y de esperanza que la sostenía desde la conversación del baile, no estaba exenta, como puede imaginarse, de impresiones contradictorias. Precisamente estas impresiones eran las que, en esta mañana de enero, ponían á la joven tan nerviosa ante el retrato de su padre, mientras acababa de arreglar, según su costumbre, la mesa de martirio ante la que se sentaba el periodista. La joven se daba cuenta de que, al alejarse, la soledad del periodista sería completa, y, como era el sexto día, después del baile, la carta de la señora Huguenin á la señora Le Prieux debía haber llegado.

— Pobre *Pá* — se decía, empleando para hablarse ella misma de su padre, la abreviación que le había enseñado, — hago mal deseando alejarme de él. ¿Quién le arreglará sus papeles como él desea, cuando ya no esté yo aquí? Mamá no sabrá hacerlo, y además no puede levantarse tan temprano. ¿A quién hablará de sus proyectos? ¿Quién le animará para que escriba su libro acerca de la poesía en el Borbonés?..... En efecto, este era uno de los proyectos acariciados por el escritor. ¡Esta humilde ambición, su último sueño de artista! Como no esperaba tener nunca bastante tiempo para hacer una obra de imaginación, ni esa elasticidad necesaria para los versos ó la novela, había comenzado una minuciosa obra de erudición que á la vez satisfacía su necesidad de un trabajo no mercenario y su antiguo gusto, siempre persis-

fente, por la literatura del terruño. Habíase propuesto escribir un estudio acerca de los poetas de su provincia: Juan Dupin, Pedro y Juanito de Nesson, Enrique Baude, Juan Robertet, Blas de Vigenere, Esteban Bournier, Caudío Billard, Juan de Leigendes y otros varios, que no son conocidos ni aun de los bibliófilos más eruditos y que á él le eran familiares, y, por él, á la joven, que había copiado con su propia mano los extractos de esos autores destinados á figurar en el libro. Y ella continuaba su monólogo: — No, terminará su libro en nuestra casa... Vendrá en verano, cuando no tenga que asistir á los estrenos, en lugar de ir á ese Trouville que le cuesta tan caro. Le alojaré en una habitación con vistas al bosque de pinos Y, ¿quién sabe si en ese lugar no sentirá de nuevo acudir la inspiración?... Y la joven le veía sentado cerca de la abierta ventana. El rumor del viento, al chocar contra el pinar, llenaba el inmenso espacio, mezclado á los lejanos ecos de las olas al golpear la arena de la playa, y la aguda crepitación de las cigarras. Reina veía la mano de su padre sobre la mesa, y trazando con su pluma líneas cortas, ¡eran versos!... Después presentábase otra imagen — ¿Y mamá? — se preguntaba. — ¿Cómo soportará ese destierro en el campo?... ¡Bah! la llevaremos á casa de los vecinos. Organizaremos excursiones. ¡Es tan bueno Carlos! ¡Tiene tantas ideas! Seguramente encontrará el medio de distraerla. Además, si papá escribe ese libro, le elegirán académico... Ya adivinarán los lectores que este deseo, al cabo de su larga carrera, el poder vestirse con el frac de palmas verdes y pronunciar, bajo la cúpula, el discurso de rigor ante el público que generalmente asiste á estas solemnidades parisienses, era el único sentimiento común entre la señora Le Prieux y su hija. Esta última encontraba, en esta unión de sus pensamientos acerca de ese punto, un consuelo secreto á los remordimientos que experimentaba, cada vez que se veía obligada á reconocer el egoísmo de su madre. — ¡Dios mío! — exclamaba con frecuencia — nos lo han dicho á menudo: si el señor Le Prieux quisiera hacer un solo libro, sería nombrado. Allá abajo, Carlos y yo

le animaríamos á hacer ese libro y también traeríamos á nuestro lado á la pobre y querida Fanny...

La « pobre y querida Fanny » era una vieja solterona llamada Perrin, que había dado á Reina sus primeras lecciones de piano, y que se quedó en la familia con el carácter de una especie de dama de compañía. Mediante una pequeña retribución, venía de lo último de Bati-gnolles, en donde habitaba, ya para acompañar en sus salidas á la joven, ya para compartir sus comidas y sus solitarias veladas, cuando sus padres comían fuera de casa ó iban al teatro. Esta modesta y buena criatura era la única verdadera amiga de Reina, á pesar de los hábiles esfuerzos de su madre para imponerle la elegante camaradería de los aristocráticos colegios, de catecismos *select* y de empresas caritativas de gran ostentación. Reina envolvía todas esas intimidades distinguidas en su irreductible antipatía por la vida lujosa y elegante. El huir de la fatiga de falsas amistades, era otro motivo que le hacía parecer tan encantadora la idea de la existencia en la lejana casa de labor de Provenza, con seres á los cuales realmente amaría. No había sido olvidada la pobre Fanny, la anciana hija del faubourg parisiense, á la que veía feliz, con una dicha un poco cómica y completamente desorientada, en medio de aquel panorama meridional. Reina sonreía ante este capricho, como la Perrette de la fábula de La Fontaine, sonreía con las esperanzas forjadas acerca de su cántaro de leche, tan completamente hipnotizada por las visiones del porvenir que no había oído entrar á su padre, que, antes de acercarse á ella, estuvo parado durante un minuto, para contemplarla en su inmovilidad soñadora...

Verdaderamente parecía una adorable aparición de gracia y juventud, en aquel estrecho gabinete de trabajo, cuyas paredes estaban llenas de libros y que una ventana, que daba á un patio, iluminaba, con los rayos de una fría mañana de enero, con luz amarillenta, brumosa, como empobrecida. Ya vestida y peinada, con los guantes que defendían sus manos y el delantal con peto de seda gris, que protegía su traje, la joven tenía el aspecto de la más deliciosa hada doméstica que haya

prestado el encanto de la poesía á los menudos cuidados de la vida familiar. Al sorprenderla tan bonita, tan vaporosa, terminando de ocuparse por sí misma y con tanta solicitud de cosas tan modestas, ¿cómo podría dejar de acordarse de la conversación de la víspera en donde se había jugado todo el porvenir de esta criatura exquisita? Y ¿cómo no habría experimentado de nuevo esa viva impresión de disgusto cuando la señora Le Prieux pronunció el nombre de Edgardo Faucherot? ¿Era ese el marido que iban á darle á su hija? Sintió deseos de interrogarla en seguida, allí y decirle «no» para que ese proyecto fuese roto inmediatamente. Después, recordó su promesa, ratificada la misma mañana en la cabecera de la cama de su mujer, á cuyo lado se desayunó, signo de una discusión muy grave. Habiase prometido no abordar este asunto con Reina y cumplió su palabra, aunque se permitió una pequeña infracción, cosa muy rara en él, pues era muy escrupuloso. La joven advirtió al fin su presencia y se aproximó presentándole la frente.

— ¡Y bien! diminuto pajarillo, ¿en qué pensaba usted?... ¿Acaso en la luna que está tan alta?

— En nada y en nadie en particular — dijo Reina, á quien su disimulo hizo enrojecer un poco y en seguida :

— ¿Cómo está usted hoy? ¿Tuvo usted que velar mucho ayer en el periódico? ¿Está usted contento de su artículo?...

— No estoy muy descontento, pero hay en él una grave errata... Cartier se descuida.

— ¡Ah! — interrumpió vivamente Reina — si pudiese ir yo al periódico para corregir sus pruebas...

— No faltaría más que eso — dijo alegremente el padre — pero con la charla estoy perdiendo el tiempo. Hoy tengo que trabajar mucho, — y, señalando una porción de periódicos que tenía en la mano : — Mientras hacía mi tocado, los he recorrido todos, no encontrando un solo asunto, y hoy es el día en que tengo que hacer mi *Clavaroche*. Después, mirando un montón de cartas que había sobre la mesa, su correo de la mañana : — Afortunadamente, alguna breve epístola vendrá en mi ayuda...

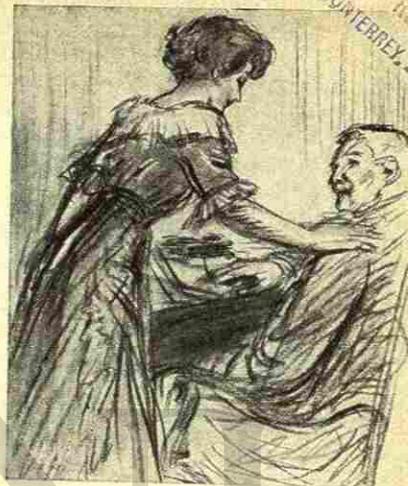
En cuanto á ti, continuó, gorrioncillo, mamá te espera. Tiene que comunicarte algo grave... No digas que te lo he dicho... pero cuando respondas, fijate bien en lo que dices... No me preguntes nada. Recuerda únicamente la hermosa frase de Goethe que tantas veces te he repetido: En nuestra primera acción somos libres, pero no en la segunda... En Chevagnes decimos esto con más sencillez: Quién no se enreda no tiene necesidad de desenredarse. — Vamos, abrázame, querida niña...

Aunque la dulce y silenciosa Reina, estaba acostumbrada á vivir en sí misma y á adormecer su sensibilidad con reflexiones, ¿cómo podría carecer de esa ligereza de alma tan natural á su edad, alegre y fácil á la esperanza? ¿cómo hubiese podido pasar sin abrazar á su padre con infinita gratitud interpretando como una promesa feliz esa transparente alusión á una petición de mano? Sin duda alguna, la carta de la madre de Carlos había llegado. Sus padres habian deliberado é iban á dejarla que respondiese con completa libertad. Por un momento, oyó en su imaginación el ruido del viento al chocar contra los pinos y el estridente canto de las cigarras. Volvió á ver la casa de labor envuelta en la tan deseada atmósfera de tranquilidad, y la joven se arrojó sobre el pecho de su padre al mismo tiempo que le decía:

— ¡Qué bueno es usted y cuánto le quiero!...
— ¿Será verdad, como piensa su madre, que desea casarse con Faucherot?... — se preguntaba Hector sentándose ante la mesa del despacho y comenzando á contar las cuartillas destinadas á su *Clavaroche*. — Mi hija ha comprendido muy bien que se trata de matrimonio, y es demasiado sagaz para no adivinar con quién, á menos que... — Y el digno hombre apoyó la cabeza entre sus manos en actitud de profunda meditación. Por primera vez, desde varios años, quedóse ante las cuartillas, ya preparadas, sin pensar en la tarea. No obstante, no se atrevía á traducir este «al menos que...» en lo que tenía de real, de formularse á sí mismo la idea anunciada á su mujer, la víspera, y rechazada por esta última, con desdeñosa ironía. El imperio de los caracteres firmes, sobre los débiles, se ejerce en el dominio del

pensamiento antes de ejercerse en el terreno de la voluntad. La energía con que Matilde había rechazado la hipótesis de cualquier sentimiento de Reina por Carlos Huguenin, todavía sugestionaba á Le Prieux, y, dudando de su propia intuición, lanzó un suspiro, abrió el tintero, y se puso á escribir diciéndose:

— Sólo una madre es capaz de conocer á su hija. Esperemos á que hayan terminado de hablar...



— En nada y en nadie en particular...
(pág. 119.)

Mientras el papel crujía bajo su pluma, por fin lanzada á gran velocidad, las dos mujeres hablaban, á dos pasos de él, en la alcoba de la señora Le Prieux, separada del estrecho gabinete de trabajo por la alcoba mucho más estrecha, en donde reposaba el jornalero literario. Sin duda alguna, esta infatigable pluma se le hubiera caído de la mano, si los delgados tabiques se hubieran derrumbado de repente permitiéndole sorprender, en su cruel desnudez, la conversación de madre é hija. Esta última, por primera vez desde hacia mucho tiempo, desde la época en que su piedad por la servidumbre de su padre había comenzado á despertarse, entró en la alcoba de la señora Le Prieux confiada, con el corazón en la mano, con su ternura de niña agradecida en el borde de los párpados, pronta á romper en lágrimas de alegría, con la confesión de su cándido amor en los labios... Inmediatamente, este primer impulso había sido paralizado

con el solo choque de la mirada del déspota doméstico de quien dependía el porvenir de su corazón. Cuando entró la joven, la señora Le Prieux se encontraba en el lecho, pues se había vuelto á acostar, como hacía á diario después de tomar el baño, para no levantarse hasta una hora muy avanzada de la mañana. La señora Le Prieux tomaba su baño á la temperatura y durante el tiempo fijado por su médico. El espíritu realista, particular á los meridionales, gente tan positiva para todo lo que desean y comprenden, hacía que observara con extremado rigor las menores precauciones del régimen que debía conservar su salud y con su salud su belleza. Veinte detalles de esta habitación, atestiguaban claramente que el culto de la señora Le Prieux por esa belleza, era permanente, aunque fuese en la más estricta intimidad, pues, por decirlo así, siempre estaba en ese punto con la diligente vigilancia y cuidado de una esclava de sus encantos aunque únicamente se compusiera el público de su marido, de su hija y de su doncella. Así pues, para la hora que pasaba reposándose al salir del baño, poseía una deliciosa colección de peinadores de seda, de crepón de China ó de batista, según la estación. Aquella mañana llevaba uno de color de rosa y una especie de mantilla de encaje cubría sus cabellos, que durante la noche peinaba en trenzas: rizos artificiales formaban un marco á su frente. La señora Le Prieux empleaba esos bucles postizos que se quitaba al hacer su tocado de tarde, con objeto de ahorrar á sus verdaderos bucles un doble rizado. El color general de su habitación, con sus muros cubiertos de una tela de seda amarilla, con rayas alternativamente mates y brillantes, con la obscura caoba de sus muebles, estilo Imperio, sus tapices de un verde delicado, había sido seriamente combinado en otro tiempo para que se armonizase con su tez morena y su piel mate. Colocada delante de ella, sobre un edredón de seda amarilla, que se armonizaba bien con los colores de las paredes, había una ancha mesa móvil, de diminutas patas, de la que hacía uso, para colocar la carpetita que le servía para su correspondencia, al lado de una caja que encerraba varios objetos de concha destinados á cui-

dar sus manos. Cuando Reina avanzó hacia ella, para darle los buenos días, la señora Le Prieux estaba ocupada en pulirse las uñas. Un cordial y ligero perfume de ámbar y de verbena había sido vaporizado en esta habitación, casi fría, á pesar de la llamita de la chimenea. Las ventanas, sobre las cuales se dibujaban los fantásticos ramajes de la escarcha, habían sido higiénicamente abiertas durante, más de media hora. Sorprendida así, en esta tarea y con este tocado, con este decorado y entre esos perfumes, la « hermosa señora Le Prieux » hubiese producido la impresión de una incurable niñería, si su rostro, blanco de polvos, no hubiera sido trágico bajo las huellas de la edad, señales que, á pesar de todo, habían hecho presa en sus párpados, alrededor de las sienes, en las líneas de la boca y en los pliegues del cuello; y hasta el mismo contraste buscado entre los delicados colores de la habitación y su palidez, hacían resaltar más la singular dureza de sus rasgos, todavía hermosos, pero de una belleza casi siniestra, que el brillo de sus negras pupilas aumentaba todavía. Matilde las fijó inmediatamente en las de Reina, mientras que la boca, de tan imperioso repliegue, cuando estaba en reposo, se abría para decir, una vez informada de sus respectivos estados de salud:

— Querida hija, tengo necesidad de que me prestes toda tu atención. Tengo que darte cuenta, de algo sumamente importante.

— Ya la escucho, mamá — respondió Reina. Aunque las esperanzas de hacia un momento habían sufrido una paralización al oír esta voz, y ante el temor de que su madre la hiciera graves objeciones respecto al matrimonio con su primo, la joven no dudaba de que se tratase de esa boda, y la idea de que iba á tener que luchar por su amor, iluminó su lindo rostro mientras decía: — Ya me ha advertido mi padre.

— ¡ Ah! ¿ tu padre se me ha adelantado? — dijo la señora Le Prieux. — No obstante, me había prometido que yo te hablaría primero...

— Mi padre solo me ha dicho que usted me esperaba — interrumpió la joven enrojando á consecuencia de

este medio embuste que su madre no creyó del todo. Nuevamente, para sondear hasta el fondo del corazón de su hija, lanzó sobre ella esa aguda mirada, la misma con la que interrogó á su marido en el cupé cuando la había preguntado. — ¿Sabes lo que piensa Reina? — La señora Le Prieux tenía allí, oculta entre el papel secante, la carta de la señora Huguenin, recibida la vispera, y que le pedía, ó casi, la mano de Reina para Carlos. Matilde consideraba como un deber no hablar de esta carta á su hija y había decidido no dar cuenta de ella á su marido hasta después, cuando se hubiese arreglado el matrimonio con Faucherot. La señora Le Prieux justificaba este doble silencio fundándose en que la carta de la madre de Carlos no era decisiva y se justificaba, sobre todo, por la convicción que tenía de trabajar por la felicidad de su hija. Por lo demás, ¿era culpable de concebir esa felicidad según su naturaleza? ¿Lo era considerando á su marido como á un soñador y como á un débil, al que había tenido necesidad de proteger, no consultándole en una decisión cuyos verdaderos motivos no podían, no debían ser conocidos por él? Matilde iba á descubrir á su hija esos verdaderos motivos, y esta parte de franqueza era, á sus ojos, una compensación al silencio que guardaba acerca de otro punto.

— Hija mía — comenzó después de haber comprobado que las oscuras pupilas de Reina eran, como de costumbre, impenetrables para las suyas, — es preciso que comience mi narración por una lejana fecha. Ya comprenderás después por qué procedo así. — Pasado un momento de silencio continuó. — Cuando me casé con tu padre, ya sabes que no éramos ricos y el por qué de ello. Lo hubiéramos sido si tu abuelo hubiese hecho como la mayoría de los financieros de ahora, que después de cada quiebra se encuentran con algunos millones más. Era un hombre muy honrado, ya ves, y gracias también á tu abuela, podemos mirar frente á frente á todo el mundo... En nuestro desastre, no hemos perjudicado á nadie en un céntimo... Tu padre y yo, nos casamos con lo preciso para no morir de hambre al día

siguiente. Si, esos han sido nuestros modestos principios y de ahí hemos llegado á la posición que tenemos hoy día, y que por tanto, es la tuya. ¡ Ah! Puedo alabarme de solo haber trabajado en eso desde hace muchos años y, en cuanto á tu padre, no ha retrocedido para ayudarme, ante ningún trabajo... ¡ Ah! eso no era muy fácil. La sociedad tiene prejuicios contra los escritores, sobre todo contra los periodistas; y convengo en que son prejuicios generalmente merecidos. Tu padre ha sido perfecto, y no ha escrito un solo artículo sin demostrar que era un hombre de mundo. Debo agregar que han sabido agradecerlo. ¡ Te digo eso, con objeto de que siempre estés reconocida á ese pobre hombre que ha trabajado tanto!

La inconsciente y orgullosa mujer acompañó este elogio con un nuevo silencio y un suspiro, otorgado al destajista literario al que había explotado y que todavía explotaba implacablemente. Mientras escuchaba este exordio, Reina había experimentado esa extraña sensación de frío en el alma que conocía demasiado por haberla sufrido cada vez que chocaba con ciertos sentimientos de su madre. Este extraño malestar, aumentábase todavía ante la solemnidad que la señora Le Prieux daba á este discurso preparatorio. ¿Qué significaba esta evocación de los recuerdos de su propia vida? No obstante Reina no quiso dejar sin respuesta este llamamiento filial y dijo:

— Conozco cuánto trabaja mi padre y lo que le debo; mamá, le aseguro que no soy ingrata... ¡ Ay! creo que trabaja demasiado.

La joven no había medido el alcance de sus palabras; se escaparon éstas tan involuntariamente, que ella misma quedó desconcertada. Y lo fué todavía mucho más, cuando vió que su madre se apoyaba en ella para pasar á una nueva y grave confidencia:

— Veo con alegría que me comprendes muy bien, querida Reina — había continuado su madre. — Sientes por ese hombre los mismos temores que yo. Es cierto; para su edad trabaja demasiado. Se fatiga... y todavía trabajaría más si se enterase de lo que vas á saber...

pero ante todo, es preciso que me jures, oyes bien, que me jures que ese secreto morirá entre nosotras.

— Se lo prometo, mamá — respondió la joven, sin agregar una palabra más. Si la señora Le Prioux la hubiese mirado de nuevo con sus ojos escrutadores, hubiera podido advertir que temblaba. ¿A qué tantos preámbulos para preguntarla lo que esperaba y que la joven le parecía tan sencillo de exponer? « Tu primo Carlos quiere casarse contigo, ¿qué debemos responder... » Y en lugar de eso, he aquí las palabras que escuchaba :

— Este secreto, hija mía, que tu padre ignora, es el de que, á pesar de su encarnizado trabajo, á pesar de mis prodigios de economía, no hemos podido llegar á la posición de que te hablaba hace un momento, sin que nuestro presupuesto de gastos exceda desde hace diez años, y cada vez más, al de ingresos... No obstante, conoces el interior de la casa y ves que economizamos en todas las cosas, en la comida, cuando estamos solos, y en el tocado. Ya sabes el cuidado que he puesto siempre en evitar los trajes demasiado llamativos, con objeto de hacer durar nuestros vestidos. No hay que decirte cuantas veces se los ha transformado, y que no vamos á los establecimientos de fama sino lo estrictamente preciso, contentándonos con tener una modista de poco precio y un joyero de poca monta. No tenemos caballos y cuando viajamos, tu padre siempre saca un billete de favor y nosotros nos servimos de su título de periodista para obtener en los hoteles las más ventajosas condiciones. De nada de eso me quejo, aunque he sido educada sin conocer tales miserias; lo que me es muy doloroso, es que después de tanto trabajo por él, para que alcance la posición social que ocupa, á pesar de su profesión, y por ti, para que tengas las relaciones que mereces, he caído en lo que mi madre me había enseñado á aborrecer más. Una palabra te lo explicará todo, hija mía : tenemos deudas.

— ¿Deudas? — repitió Reina á quien la frase relativa á los gastos hechos por ella había herido en medio del corazón. No obstante, era verdad que nada se había escatimado nunca para su educación, para sus placeres,

para su tocado. La joven no pensó en preguntarse la razón de las confidencias que le hacía la señora Le Prioux. Reina, únicamente sentía los sacrificios que su madre había hecho por ella, sin duda alguna, á su manera, pero al fin, sacrificio, y la delicada niña, dijo en voz muy baja :

— ¿Deudas? ¿han contraído ustedes deudas por mí? ¿Deudas? ¡ Ah! mamá, qué razón tiene usted en que papá no sepa nada. Pero ¿cómo vamos á pagarlas sin que papá aumente su trabajo?... ¡ Dios mío !... — agregó tímidamente, — ahora que nuestra posición social está hecha, como usted dice, ¿no habría medio de estrecharnos un poco?

— ¿En qué? — interrumpió la madre, — ¿y para qué? ¿Para perder de nuevo lo que hemos tan penosamente conquistado? No, hija mía, tú no conoces la vida. En París reducir su tren es un suicidio social. Una vez hice, cuando tenía tu edad, la experiencia de la terrible facilidad con que el mundo olvida á los fracasados... Además, no hay que exagerar los cosas. Sólo se trata de atrasos, estamos un poco atrasados con nuestros proveedores, unos cuarenta mil francos nada más y esta miseria se pagará muy pronto, aun permitiendo á tu padre algún descanso.

— ¿Si? — interrogó la joven todavía con más ansiedad. Aunque no se permitiese juzgar á su madre, la joven no dejaba de conocerla, y se daba cuenta, solo por el acento con que había sido pronunciado aquel « si? » de que allí se encerraba el asunto esencial de la conversación. — Si, la joven lo había adivinado por el acento, alterado de una manera casi imperceptible, pero evidentemente alterado, y también en la mirada que, ante la inquietud de encontrar una resistencia, dulcificábase y se hacía casi suplicante. Evidentemente, las pasadas confidencias, no eran más que un preliminar, ¿pero de qué? Entre la vida modesta en la casita de labor de Provenza, si se convertía en la señora Huguenin, y el pago de los cuarenta mil francos de deudas, suma enorme á sus ojos, Reina no podía establecer ninguna relación. Su corazón palpitaba á impulsos de lo

que le acababan de revelar mientras escuchaba comentar á la señora Le Prieux ese terrible « ¿sí? ».

— ¡Dios mío! Todo esto es muy sencillo. Pues si; tan bonita y tan bien educada como eres, no es difícil encontrar un joven rico, muy rico y que, por tanto, no tenga necesidad de buscar una dote... Si te casas de esta manera; qué descanso sería tan grande para el espíritu de tu padre! Y yo, obtendría la recompensa de los sacrificios de toda mi vida. ¿Qué es lo que yo he deseado, vuelvo á repetirte? Una sola cosa: que tu padre y tú alcanzáseis una elevada posición social. La tendrás y para siempre. El resto será facilísimo... Entonces podremos hacer economías, pagar nuestras deudas y tu padre descansará... Cuando una hija ama á sus padres de la manera que tú les amas, hay muchas pequeñas combinaciones muy cómodas. Tendremos las mismas amistades, y si tú recibes una vez por semana, por ejemplo, podré espaciar mis veladas y mis comidas.

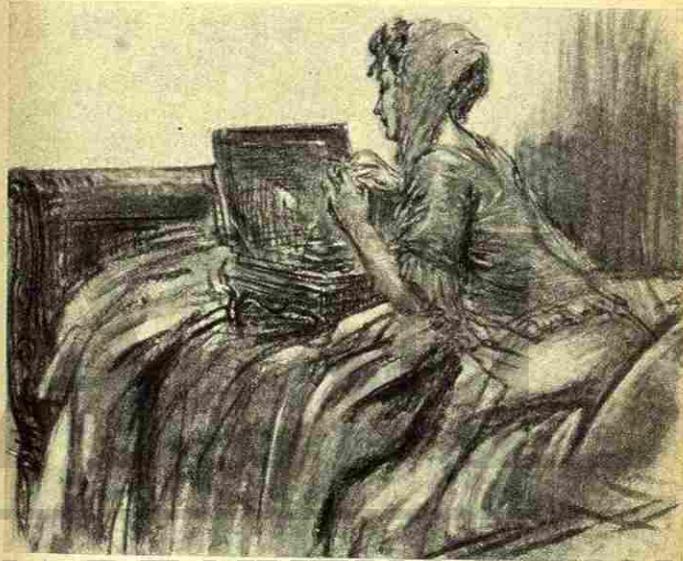
Los obsequios que tú hagas nos serán contados á las dos... Supongo que poseerás unas tierras en Turena, no muy lejos de París, y, como es natural, pasaremos allí dos meses cada año. Tu padre podrá ir y venir sin abandonar su trabajo y logrará disfrutar un poco del saludable aire del campo, y en ese tiempo nuestros gastos disminuirán de un modo considerable... ¿Es un sueño? ¿no es verdad? No obstante hay sueños que se realizan... Para ello bastaría que la encantadora Reina se hubiese encontrado en un baile, en una comida, en algunos otros lados, en su misma casa, á un joven que apreciase lo que vales, á un joven que comprendiese lo que somos y á quien le proporeionáramos aquello de que careciese: una verdadera superficie social, y que te ofreciese aquello que nosotros no podemos darte, con gran pena de nuestro corazón...

— ¿Conoce usted á ese joven? — interrogó Reina: — Dígame su nombre, se lo ruego... ¿ese joven es...?

— En efecto, ese joven existe — respondió la madre, — y es Edgardo Faucherot.

— ¡Edgardo Faucherot! — exclamó Reina. — ¡Ah! es para hablarme de Edgardo Faucherot para lo que...

La joven no acabó; la imagen de su padre acababa de presentarse á su pensamiento así como el recuerdo de las palabras que él le había dicho al separarse de ella, media hora antes, y su común emoción. La joven preguntó: — ¿Sabe mi padre que Edgardo Faucherot quiere casarse conmigo?...



La señora Le Prieux estaba ocupada en pulirse las uñas...
(pág. 123.)

— Naturalmente — dijo la madre.

— ¿Y aprueba ese matrimonio? — agregó Reina.
— ¿Cómo quieres que no lo apruebe? — respondió la señora Le Prieux, que agregó: — Y no obstante, tu querido padre no sabe la verdad acerca de nuestros apuros monetarios.

Las mejillas de la joven habían sido invadidas por

tal palidez, y su voz apagada dejaba descubrir tal sacudida interior que la implacable mujer se enterneció. « La hermosa señora Le Prieux » no era un monstruo, aunque su larga explotación del trabajo de su marido, en provecho de su vana pasión por el lujo, fuese casi feroz, y estuviese á punto de ser también feroz para obligar á su hija á un matrimonio cruelmente utilitario. Era simplemente una conciencia viciada por los gérmenes de corrupción que se respiran en la atmósfera del mundo, corrupción á la que la moral corriente, únicamente ocupada con las faltas de galantería, apenas presta atención. La señora Le Prieux se creía una honrada mujer, y lo era en el sentido que se da generalmente á este vocablo. En desquite, el mundo habia abolido completamente en ella, por los cotidianos abusos de los compromisos sociales, esa noble virtud de la veracidad intransigente, que no le hubiese permitido ocultar á su esposo y á su hija el paso dado por la señora Huguenin. Pero cuando se han pasado muchos años acogiendo bien lo que se desprecia, haciendo cumplidos á quien se odia ¿cómo y por qué vacilaría en practicar, por un motivo que juzgaba bienhechor para su familia, la vieja y cómoda máxima de que « el fin justifica los medios? » Cuando se ha encontrado continuamente, durante esos mismos años, detrás de los menores actos de la vida, el dinero y siempre el dinero, cuando se ha visto alrededor de sí ese todopoderoso dinero, única y constantemente respetado, ¿cómo y por qué no hacer de la fortuna la condición suprema de la felicidad? El mundo enseña á las sensibilidades vulgares (y no lo duden, toda vanidad supone en el carácter un rincón grosero y brutal), la triste verdad de que la necesidad triunfa siempre del sentimiento, y que, particularmente en el matrimonio, el medio más seguro para alcanzar la armonía conyugal reside en la asociación, no de corazones, sino de intereses. Así, pues, se debe tener en cuenta á esta madre que se preparaba tan serenamente á sacrificar á su hija, el escrúpulo que le hizo preguntar á la joven :

— ¿Qué te sucede, Reina? ¿Te has emocionado? ¿Qué pálida estás !...

— No es nada, mamá — dijo la joven. — Estaba tan poco preparada para lo que usted acaba de decirme... Me he quedado sorprendida, he aquí todo...

— Respóndeme francamente — continuó la madre. — ¿No amas á nadie? Si amases á alguien, como soy tu madre deberías decirme... ¿Hay acaso otro matrimonio que te convenga más...?

— No, mamá — interrumpió Reina, cuya voz se afirmó para decir : — *Ningún otro matrimonio me conviene más...* Únicamente — agregó con una sonrisa en donde palpitaba, á pesar suyo, la protesta de su juventud, pidiendo, implorando una tregua antes del sacrificio, ese plazo de la hija de Jefté retirada á la montaña para llorar allí su adiós á la vida, á la esperanza, al amor. — Únicamente desearía algunos días para acostumbrarme á ese cambio tan grande, y sobre todo á la idea de separarme de ustedes... Hoy es martes. ¿Quiere usted darme de plazo hasta el sábado para que la responda acerca de la gestión hecha por el señor Faucherot? Creo que diré : « sí » — y todavía encontró fuerzas para añadir : — Pero, — y tomando á su vez un acento solemne, — quiero responder ese sí, después de haber descendido hasta el fondo de mí misma...

— Pues bien ¡ esperaremos hasta el sábado ! — dijo la madre, la cual seguramente hubiese preferido una inmediata respuesta afirmativa, que le hubiera permitido poner en el acto en campaña á Crucé. Este ligero remordimiento que la hizo interrogar á su hija, también le impidió que la negase aquel plazo de algunos días. Al responder con esa condescendencia ¿no se hacía ella misma la ilusión de respetar el libre albedrío de su hija? Esto fué, por lo menos, lo que dijo á Le Prieux cuando, una vez que Reina salió de su alcoba, entró el escritor que de esta manera mostraba su preocupación, y que habia espiado, á pesar de su trabajo, el final de esta entrevista : — ¿Y qué? — preguntó con ansiedad.

— ¡ Pues, nada ! Reina se ha turbado mucho, sintiendo gran emoción — contestó la madre; — muy afligida ante la idea de abandonarnos, esto es muy natural; muy emocionada ante los sentimientos que revela el paso

dado por Edgardo... La señora Le Prieux ya llamaba por su nombre de pila al joven Faucherot; tan segura estaba de que sería su yerno. — No he querido darle prisa, y la he concedido hasta el sábado para que nos dé una respuesta definitiva, que será favorable; ella misma me lo ha dicho... ¡Ah! amigo mío ¡si supieras qué feliz soy!...

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

V

UN DÍA DE RECEPCIÓN EN CASA DE LA SEÑORA LE PRIEUX

MIENTRAS que esta madre, que se creía llena de abnegación, anunciaba con estas palabras á su marido el resultado de la entrevista con su hija, ¿qué hacía esta última, esta otra víctima de las ambiciones mundanas de la terrible mujer? Desde el primer momento, ya lo hemos visto, la doble revelación que acababa de recibir, en medio de su sueño de felicidad, había consternado á Reina: la joven estremeciése á impulsos de la compasión al conocer los apuros financieros en que estaban sus padres y sintió un desencanto próximo á la desesperación, cuando su madre le dijo que su padre deseaba aquel matrimonio con los millones del hijo de Faucherot. La joven se había estremecido, y en este estremecimiento, se había doblegado. Al decir, como lo había hecho: «Creo que diré sí...» Reina había pensado y sentido con gran elevación, con sublime grandeza. La espontánea renuncia á lo que consideraba como su propia felicidad, no parecerá singular, sino á los que no recuerden su propia juventud, y cómo el alma está inclinada en esa edad á los impulsos magnánimos. De todas maneras, Reina hubiera rechazado difícilmente un llamamiento como el que su madre había tenido la habilidad de hacerle. Esta resistencia era imposible desde el momento en que su mismo padre pedía ese sacrificio, y, como ya se ha visto, ese había sido el maquiavelismo supremo de a señora Le Prieux.

No obstante, como también hemos visto, la dulce Ifigenia de esta tragedia burguesa había pedido, sin negarse al cuchillo, una prórroga. ¿Para qué? Esto era debido á que, aceptando la idea de inmolarse á los deseos de su padre y de su madre, la joven no había podido menos de recordar que, al mismo tiempo, iba á inmolar á otra persona y Reina no quería, no podía aceptar esa inmólación, sin haber lanzado hacia esa otra persona, bajo otra forma, el grito de la verdadera Ifigenia:

Le ciel n'a point aux jours de cette infortunée
Attaché le bonheur de votre destinée
Notre amour nous trompait... (1)

Eso no se había formulado en su pensamiento con la claridad de un proyecto. La joven, mientras su madre le hablaba, sintió que un rincón de su corazón, allí donde crecía, allí donde florecía la ilusión de vivir con Carlos, se estremecía y sangraba. ¡Reina no realizó el completo sacrificio á que iba á condenarla el amor filial, hasta que estuvo sola en su habitación, esperando — por una cruel ironía del azar, este martes era el « día » de la señora Le Prieux, — mientras se vestía para ayudar á su madre á recibir á los comparsas de esa comedia mundana, adónde iba ella á representar un papel de lágrimas y de sangre!

En la alcobita, en donde se había refugiado después de haber dado dos vueltas á la llave, al considerar esa comedia social, comenzó á derramar silenciosas lágrimas, sin una palabra, sin una queja. De esta manera daba el último adiós á la Reina, poco afortunada, pero todavía sostenida por la esperanza que, desde hacia varios años, pasaba sus más felices momentos, aquellos que podía robar á la sociedad, entre los cuatro muros de esta estrecha celda, en donde encontraba el símbolo de la contradicción sobre la que descansaba toda su vida. Era una habitación decorada para una persona y habitada por otra.

(1) El cielo no ha unido á los días de esta infortunada, la dicha de vuestro destino. *Nuestro amor nos engañaba.*

dado por Edgardo... La señora Le Prioux ya llamaba por su nombre de pila al joven Faucherot; tan segura estaba de que sería su yerno. — No he querido darle prisa, y la he concedido hasta el sábado para que nos dé una respuesta definitiva, que será favorable; ella misma me lo ha dicho... ¡Ah! amigo mío ¡si supieras qué feliz soy!...

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

V

UN DÍA DE RECEPCIÓN EN CASA DE LA SEÑORA LE PRIEUX

MIENTRAS que esta madre, que se creía llena de abnegación, anunciaba con estas palabras á su marido el resultado de la entrevista con su hija, ¿qué hacía esta última, esta otra víctima de las ambiciones mundanas de la terrible mujer? Desde el primer momento, ya lo hemos visto, la doble revelación que acababa de recibir, en medio de su sueño de felicidad, había consternado á Reina: la joven estremeciése á impulsos de la compasión al conocer los apuros financieros en que estaban sus padres y sintió un desencanto próximo á la desesperación, cuando su madre le dijo que su padre deseaba aquel matrimonio con los millones del hijo de Faucherot. La joven se había estremecido, y en este estremecimiento, se había doblegado. Al decir, como lo había hecho: «Creo que diré sí...» Reina había pensado y sentido con gran elevación, con sublime grandeza. La espontánea renuncia á lo que consideraba como su propia felicidad, no parecerá singular, sino á los que no recuerden su propia juventud, y cómo el alma está inclinada en esa edad á los impulsos magnánimos. De todas maneras, Reina hubiera rechazado difícilmente un llamamiento como el que su madre había tenido la habilidad de hacerle. Esta resistencia era imposible desde el momento en que su mismo padre pedía ese sacrificio, y, como ya se ha visto, ese había sido el maquiavelismo supremo de a señora Le Prioux.

No obstante, como también hemos visto, la dulce Ifigenia de esta tragedia burguesa había pedido, sin negarse al cuchillo, una prórroga. ¿Para qué? Esto era debido á que, aceptando la idea de inmolarse á los deseos de su padre y de su madre, la joven no había podido menos de recordar que, al mismo tiempo, iba á inmolar á otra persona y Reina no quería, no podía aceptar esa inmólación, sin haber lanzado hacia esa otra persona, bajo otra forma, el grito de la verdadera Ifigenia:

Le ciel n'a point aux jours de cette infortunée
Attaché le bonheur de votre destinée
Notre amour nous trompait... (1)

Eso no se había formulado en su pensamiento con la claridad de un proyecto. La joven, mientras su madre le hablaba, sintió que un rincón de su corazón, allí donde crecía, allí donde florecía la ilusión de vivir con Carlos, se estremecía y sangraba. ¡Reina no realizó el completo sacrificio á que iba á condenarla el amor filial, hasta que estuvo sola en su habitación, esperando — por una cruel ironía del azar, este martes era el «día» de la señora Le Prioux, — mientras se vestía para ayudar á su madre á recibir á los comparsas de esa comedia mundana, adónde iba ella á representar un papel de lágrimas y de sangre!

En la alcobita, en donde se había refugiado después de haber dado dos vueltas á la llave, al considerar esa comedia social, comenzó á derramar silenciosas lágrimas, sin una palabra, sin una queja. De esta manera daba el último adiós á la Reina, poco afortunada, pero todavía sostenida por la esperanza que, desde hacia varios años, pasaba sus más felices momentos, aquellos que podía robar á la sociedad, entre los cuatro muros de esta estrecha celda, en donde encontraba el símbolo de la contradicción sobre la que descansaba toda su vida. Era una habitación decorada para una persona y habitada por otra.

(1) El cielo no ha unido á los días de esta infortunada, la dicha de vuestro destino. *Nuestro amor nos engañaba.*

La señora Le Prieux, desde que su hija era muy pequeña, había querido inculcarla el lujo, como otras madres inclinan á sus hijos á la economía. Esta aparente aberración tenía su lógica: resuelta desde luego á escoger un yerno rico, la esposa del escritor había preparado á Reina á los cien mil francos de renta que ya veía entre las manos de la joven, y esta lujosa alcoba de soltera, dejaba entrever las ilusiones maternas. Ahora bien, Reina era quien había escogido las fotografías esparcidas por todos lados y que mostraban, no la pasión al lujo, sino el gusto por las amistades humildes. Estos retratos no eran los de las elegantes y ricas amigas que le imponía su madre, eran los de sus abuelos de Chevagnés, á los que no había conocido; el de su padre, en sus comienzos; el de su madre, antes de la época de sus triunfos mundanos, vestida con un traje muy sencillo; eran, en un mismo retrato, las fotografías de sus primos Huguenin, el padre y la madre de Carlos, á la puerta de su casa de labor, y el mismo Carlos apareciendo en una extremidad del grupo. En este museo de las afecciones de Reina, también había un retrato de la poca aristocrática Fanny Perrin, y, en cambio, ni un solo objeto de cofillón, ni uno de esos recuerdos de fiesta acostumbrados á su edad. En el ángulo de la ventana, un vieja mesita overnesa, de nogal antiguo, que la señora Le Prieux había conservado como una chuchería, con la correspondiente silla que en otro tiempo había servido á la niña. En los dos estantes que dominaban su mesita, veíanse los pocos libros preferidos por Reina: las tres obras de su padre, naturalmente, y al lado, regalos de ese padre que se había complacido en cultivar en su hija las fibras de una sensibilidad análoga á la suya: las tragedias de Racine entre los clásicos y, entre los modernos, la *María* de Brizeux, las *Estancias y Poemas* y las *Pruebas* de Sully-Prudhomme y las *Últimas Palabras* de Antony Deschamps. Algunas obras piadosas completaban el anaquel superior: por debajo, veíanse misteriosos volúmenes, un poco grandes, con fechas impresas simplemente en el lomo. Estos libros encerraban, recortados y pegados sobre hojas unidas, año por año, aquellos artículos del periodista que la cándida idolatría

de Reina había admirado especialmente. Entre todas estas pobres cosas, viejas fotografías pasadas, viejos muebles provincianos, libros amados ¡qué abandonada y triste se encontraba esta niña!

¿En qué inexplicable abismo de horrores había rodado de repente, con esa rapidez en la sumisión, que procedía de la fibra que su madre había sabido hacer vibrar? Á solas consigo misma ¿cómo sentíase de nuevo dominada por un deber que era incapaz ni aun de discutir? Cuando el principio constante de sus emociones había sido, desde hacía varios años, una piedad cada día mayor por la esclavitud, bajo la que se ahogaba su padre ¿cómo habría de atreverse á rechazar la fortuna que la proporcionaría los medios de aliviarle de sus trabajos? Y era algo más que una buena suerte, era una realidad. Mientras que le hablaba su madre, la cifra á que se elevaban las deudas, que le habían sido reveladas así, se traducían inmediatamente en su pensamiento por la cantidad de trabajo que el periodista se vería obligado á realizar para pagarlas. Frecuentemente había hecho esas traducciones mentales cuando su madre la llevaba á casa de la modista, ó de la sombrerera y ajustaba ante ella el precio de un vestido ó de un sombrero sin el cual hubiera pasado tan fácilmente. ¿Qué representaban esos gastos, que siempre le habían producido un ligero remordimiento, y el trabajo correspondiente, en comparación de los cuarenta mil francos confesados por la señora Le Prieux, y del aterrador número de páginas que sería preciso llenar para ganarlos? Reina calculaba de nuevo esas páginas, en la soledad de su alcoba, y ante ello, quedábase tanto más abrumada cuanto que conocía la escrupulosa honradez de su padre. La joven sabía que desde el momento en que se enterase de la verdad, no tendría un instante de reposo, hasta haber pagado la última factura. ¡Y de ella dependía que este atraso se liquidase fácilmente!... ¿Dónde hubiese encontrado bastante fuerza para vacilar ni siquiera un momento?... Á los indiscutibles razonamientos que le había hecho su madre y que le mostraban, en la opulencia de su futuro hogar, un alivio casi cotidiano para sus padres ¿qué responder? Nada, ¿que su corazón la

madre de Carlos, ocultándosela, Reina temblaba á la idea de que esta carta estuviese en camino después de haberla deseado tanto. ¿Y si por acaso la señora Huguenin hubiese vacilado, si la carta no hubiera salido, si fuese todavía tiempo de impedir que fuera escrita y de ahorrar esa humillación á los padres de aquel á quien amaba?... Para eso, *era preciso* hablar y en seguida. Reina siempre volvía al mismo punto. Hablar, ¿pero cómo? Esta conversación en que vería sufrir á su amigo, y sufrir por ella, se le aparecía al mismo tiempo como inevitable y como imposible. ¿Qué pretexto podía encontrar para justificar el hecho de retirar la palabra dada? Ella misma, con su hermosa rigidez de conciencia sentimental de veinte años, hubiese calificado de monstruoso un acto análogo de haber sabido que lo ejecutara cualquiera de sus amigas, de no conocer el verdadero motivo, y, ese motivo real, *era preciso* que fuese ignorado por todos, y, sobre todo, por Carlos. Aunque una promesa solemne no se lo hubiese impedido, toda la piedad que sentía por la familia, todos sus pudores de alma, se revolvían ante el pensamiento de iniciar al que amaba en ese doloroso secreto de familia, en el oculto martirio de su padre, en la manera de pensar de su madre. La joven continuaba sin juzgar la manera de pensar de la señora Le Prieux, aun en este momento, pero no tenía duda alguna acerca del juicio que formaría Carlos... ¡Dios mío! ¿Si ella no le confesaba eso, y hubiera preferido morir, cómo explicarle su conducta, sin que el joven la juzgase severamente? ¿Qué decirle?... ¿Que había reflexionado y que no le amaba? Después de su conversación en el baile, tan reciente, y en donde ella había hablado con tanta franqueza, el joven no la creería. Además, algo íntimo protestaba en ella de esa calumnia de su propio corazón. Los jóvenes, sólo tienen el respeto escrupuloso de sus emociones, porque también sienten el orgullo de ellas. Y ese orgullo sobrado legítimo, esa necesidad de mostrar la verdad de sus profundos sentimientos, sin revelar por ello el inconfesable principio, terminó después de una larga y dolorosa meditación, por inspirar á la romántica niña el más cándido y audaz proyecto, el menos razonable y el más encantador: sí, la joven vol-

vería á ver á Carlos lo más pronto posible y lo vería á solas. En esta entrevista la joven haría llamamiento á la estimación que le profesaba, á su fe en ella, á su amor. Reina le rogaría que la creyera, que creyese que no le había mentado, que no había cambiado, que no cambiaría nunca respecto al cariño que le consagraba; y al mismo tiempo le declararía que debía renunciar á su sueño de matrimonio, por una razón que no podía decirle, insuperable, sagrada. Si él la amaba, la joven le suplicaría que no tratase de descubrirla, Reina haría llamamiento á la fe que tenía en ella, y el joven comprendería el dolor de este llamamiento y su sinceridad. En el caso inverso, ella lo hubiera comprendido al punto. Sus misteriosos esponsales quedarían rotos y esto sería para ambos un instante horrible; pero al menos, ella le abandonaría segura de que él estimaba y hacia justicia á su sinceridad.

Una mujer que ama, aunque sea muy cándida, aún tan apartada de todo espíritu de intriga como lo era la inocente y pura joven, siempre se halla dispuesta á excusarse los medios que emplea al servicio de ese amor, aunque sean tan tortuosos como las mentiras de las Agnés y de las Rosinas de comedia. Reina no era una Agnés, ni una Rosina; era una de esas encantadoras jóvenes de la antigua burguesía francesa, muy sagaz, pero muy sincera. Tenía en sí misma tan innato horror á la mentira, que en el momento de poner en práctica su plan, vaciló ante una de las necesidades de la ejecución, que parecerá pueril á las emancipadas del feminismo contemporáneo. He aquí las particularidades de esta vacilación: hablar con su primo completamente solos, era imposible en la casa; él mismo no hubiera pedido nunca ser recibido por Reina durante la ausencia de la señora Le Prieux, y nada más que al pensar que pudiera llegar el « día » y que sería preciso verle, observada por su madre, sin hablarle con toda franqueza, la joven se sentía desfallecer. No obstante el tiempo pasaba, precisamente, al otro día debería, acompañada de la fiel Perrin, ir á una de las clases á la moda que su elegante educación la obligaba

á frecuentar en la calle Royal. Frecuentemente, cuando hacia buen tiempo, se paseaba un poco á la salida con su señora de compañía, antes de volver á casa. Su primera idea fué dar á su primo una cita en las Tullerías ó en los Campos Eliseos. Al día siguiente por la mañana, se encontrarían, como por casualidad, y darían algunos pasos juntos. Eso ya había sucedido algunas veces. Si, era un medio muy sencillo y muy seguro. Reina se acercó á su mesa, cogió una carta-telegrama, y después, en el momento de mojar la pluma en el tintero, se detuvo. Otro pensamiento acababa de pasar por su imaginación: No era la carta que tenía que escribir, ni la cita que iba á dar lo que repentinamente la espantó. La señora Le Prioux, muchas veces le había encargado advirtiera á su primo por medio de una carta, el aplazamiento de una invitación para ofrecerle un puesto en el palco del teatro, y por otra parte, la joven tenía el derecho de decirse que, buscando esta entrevista secreta, sólo obedecía á los más elevados motivos. Tampoco era el proceder así, sin que lo supiera su madre, lo que la turbaba tanto. La especie de inquietud interior, con que las conciencias, una vez que han tomado un partido, se juzgan á sí mismas, le hacía establecer como una comparación, entre esta falta de confianza y el sacrificio que hacia por esa madre. No, la imagen que la impedía en este primer momento escribir su generosa é imprudente carta, era la de la señorita Perrin, esa buena criatura, que ella sabía era muy escrupulosa en el cumplimiento de su deber. La joven sabía también que Fanny tenía en ella una fe ciega, que jamás se elevaría una duda en su espíritu acerca de la casualidad del encuentro con Carlos, ni ninguna objeción, si Reina la dejaba un poco atrás para hablar con su primo, aun sin darle explicación alguna. Abusar de esta humilde y discreta amiga, fué una idea intolerable para la joven... luego... luego... el Amor fué el más fuerte y por la primera y última vez de su vida, la delicada Reina se abandonó al más venial, y por otra parte, al más excusable de los compromisos de conciencia. La joven se dijo que daría cuenta á la señorita Perrin y que le

propondría ir á las Tullerías. Si la joven solterona se negaba á ello, Reina renunciaría á su proyecto; siempre estaría á tiempo de inventar otra cosa. Si la joven hubiese creído ser completamente sincera consigo misma, se habría confesado que no corría gran riesgo exponiéndose á ese nuevo esfuerzo de imaginación, estaba demasiado segura de que la señorita Perrin, que la adoraba, no encontraría jamás fuerzas para decir que no. Esta reserva le permitió coger la pluma y escribir al fin este billete :

« Querido primo: Le ruego que se encuentre mañana por la mañana, miércoles, de diez y media á once, en las terrazas de las Tullerías que dan al Sena, al lado de la Orangerie. Si no me ve á las once, es que un obstáculo invencible me habrá impedido estar allí. Cuando le haya hablado, comprenderá el poderoso motivo que ha inspirado este paso á su adicta prima,

« REINA LE PRIOUX. »

Quando hubo puesto la dirección á esa carta telegrama: Señor Carlos Huguenin, 54, calle de Assas, la joven quiso volver á leer aquellas frías líneas, aunque trazadas con tan ardiente mano, y agregó esta nota, que subrayó : *« También le ruego que no venga hoy á la calle del general Foy... »* En cuanto hubo cerrado la hojita azul, la joven se la entregó á un criado que estaba poniendo los cubiertos en la mesa para el almuerzo, dando la orden de que la llevara inmediatamente á Correos. Al hacer esto estaba un poco pálida, tan exorbitante era para ella, tan fuera de lo que había hecho siempre y de lo que había pensado hacer; pero como lo ponía en práctica francamente, sin ocultarse, exponiéndose á ser sorprendida por su padre ó por su madre, la joven se decía que corría un peligro por el honor de sus sentimientos. Esto era bastante para que la joven no sintiese vergüenza ni miedo. Ahora era preciso esperar, y la calma que el hecho de proceder así había devuelto á Reina, iba á desaparecer minuto á minuto, segundo á segundo, durante las veinticuatro horas que la separaban de esa conversación con

su primo. En la mesa, primeramente, durante el almuerzo, tuvo que sufrir las miradas de su madre y de su padre — la señora Le Prieux, triunfante y agradecida, éste último (y esta actitud aumentaba el malestar de la joven) como enternecido, asombrado é interrogador... Afortunadamente, se marchó casi en seguida obligado por el deber de asistir á un ensayo general.

El cuarto de la semana... gimió despidiéndose de su mujer y de su hija. La señora Le Prieux también desapareció para prepararse para su « día », ese « martes », al que habían estado subordinadas su existencia, la de su marido y la de Reina. Esta engorrosa tarea semanal, nunca había sido agradable á la joven, que generalmente la aceptaba con el buen humor de su edad. Algunas veces, como era muy sensible, había experimentado remordimientos al encontrar penosa esta cruz tan ligera. Esta tarde, el desfile de visitas debía ser, y lo fué, físicamente, casi intolerable. — ¿Habrà recibido Carlos la carta? Si, estaba en casa...! Dios mio! ; Con tal que no venga hoy!... Si la ha recibido, ¿qué pensará de mí? ; Con tal que no me juzgue mal!... ¿Habrà adivinado que se trata de alguna cosa grave? ; Con tal que no se atormente demasiado!... Debería haberle explicado... Pero en la carta no podía... y aun al hablarle no sé si podré... Tales eran las frases que se decía, mientras ejecutaba con su habitual cuidado las menudas ocupaciones que le correspondían, antes de las tres horas reglamentarias en que los dos salones comenzaban á llenarse de gente. La joven pasaba revista á las flores de los jarrones, á las plantas verdes, á las chucherías de las vitrinas y al fuego de la chimenea. La joven también vigilaba el comedor en donde merendaban. Estos cuidados, por muy materiales que fuesen, no habían podido extinguir la vocecita interior que recordaba á la joven la proximidad de la temida entrevista y las palabras que le sería preciso oír cuando afluyeran los acostumbrados concurrentes á estas recepciones...

No obstante, ese día era una muestra bastante curiosa del París contemporáneo y el aspecto de esas tres habitaciones á eso de las cinco, probaba que si la señora

Le Prieux no tenía la inteligencia de las sensibilidades, poseía en un supremo grado el instinto social, ese don particular é indefinible de las relaciones. Este éxito era debido, como todos los éxitos, á una visión precisa de las causas. Los acontecimientos que siguieron á la ruina y suicidio de su padre, habían revelado á la dama meridional esta primera y fundamental verdad: el mundo no da nada por nada, y había sabido comprender lo que la situación de su marido le permitía ofrecer á ese mundo del que estaba tan enamorada. La señora Le Prieux también había llegado á descubrir esta verdad: en el París de nuestros días, no hay un solo mundo, una sola sociedad, sino veinte, treinta y que los hogares como el suyo, sin apoyo de familia, y sin pasado, deben resignarse á una posición un poco excéntrica, sin inclinarse resueltamente á ningún lado, haciéndose un círculo propio, tocando á todos esos mundos sin tratar de ser absolutamente de uno solo. Por fin, la señora Le Prieux había comprendido esta tercera verdad; que las relaciones son como las monedas: tener un luis, es lo mismo que poseer veinte piezas de un franco; tener cien francos, es poseer cinco luises. Hay relaciones principales, si se puede decir de esta manera, que dan de una vez diez ó veinte relaciones más, y relaciones secundarias, que sólo ofrecen su propia amistad... Véase que había puesto estos axiomas en práctica con sólo estudiar la composición de este salón, en ese « martes », que esta vez pareció á Reina, un deber interminable. ¿Por qué la mujer del periodista tenía sentadas en uno de sus sofás á la duquesa viuda de Contay y á su hija, la joven y bonita condesa de Bee-Crespin, sino porque había encontrado el medio, en virtud del primero de sus tres principios, de poner al servicio de las empresas caritativas de la vieja duquesa, apasionada por la caridad, la influencia de Héctor en los teatros y en la prensa? Esto era proceder á toma y daca. ¿Por qué en ese mismo « martes » había en su casa, hablando con esos dos representantes de la más pura aristocracia, la señora de Molan, esposa del célebre novelista y la señora de Fauriel, mujer del no menos célebre pintor? Esto era debido á que, en virtud del se-

gundo principio, nunca había cometido la falta de romper con un medio que en el fondo de su alma calificaba de bohemio. La señora Le Prioux se había esforzado en hacer su casa entretenida, haciendo de su morada, el punto de cita en donde las personas de una sociedad más limitada encontrasen á la flor de los artistas y de la gente de pluma... ¿Por qué, en este mismo « martes », la condesa Abel Mosé y su prima la baronesa de Andermatt estaban allí, cada una de las cuales poseía tantos millones como el laborioso Héctor escribía artículos por año? Es que las dos hermosas judías le estaban particularmente agradecidas por haber tomado, desde el principio de la campaña antisemita, esa posición de liberalismo moderado que continuaba teniendo y de haberla tomado con un desinterés absoluto. Ya puede adivinarse por los consejos de quien. Y ved la perspicacia de la discípula del viejo Crucé: las señoras de Contay y de Bec-Crespin, eran la seguridad de diez amistades con la más alta sociedad, como la señora de Molan y de Fauriel, eran un pasaporte para entrar en los lugares en donde desfila la juventud literaria de París; la condesa de Mosé y la baronesa de Andermatt, eran las invitaciones aseguradas entre los personajes más importantes del mundo israelita. ¿Qué tiene de extraño que una casa frecuentada por esos importantes personajes no desagradase, y que en ese « martes » desfilasen por allí más de cuarenta personas entre hombres y mujeres? ¿No es natural que la creadora de ese « salón » mirase con orgullo á la luz de las lámparas eléctricas, sonreír los rostros frescos ó marchitos bajo los sombreros? Sabía igualmente lo que era preciso decir á cada uno de sus visitantes para complacerle, y lo que costaba el sombrero. Conocía lo que costaban todos los tocados y la manera de tratar á cada una de estas treinta vanidades vestidas de gala. No obstante ignoraba una cosa, lo fatigada que estaba Reina de servir tazas de té ó de chocolate y de ofrecer pasteles á tocas esas ó esos indiferentes y qué cansada estaba de oír sus discursos, que sabía de memoria. ¿Era extraño que se fatigase de oír



...Se la entregó á un criado... (pág. 141.)

á la duquesa exponer sus planes para una fiesta benéfica, la número quinientos, que ella organizaba? Era una mujer enorme, con rostro de verdulera, muy encarnado y altanero, y que hablaba en tono muy campanudo, cortando sus frases con un « nada más » inexplicable en ella, sino fuese por que había hecho muchas colectas para obras pías.

Esta vez, nos hará falta el Palacio de la Industria, durante dos días, y nada más. Á veinte francos la entrada y cinco francos á cada una de las salas, y nada más. Y en cada una, durante media hora, durante esos dos días, todos los hombres célebres de París vendrán á trabajar ante los ojos del público, como trabajan en su habitación ó en su taller. Nada más... ¿Comprende usted? Á ocho horas por día, eso nos hará treinta dos medias horas en los dos días. Pediremos esto á los treinta escritores más célebres... Como es para los pobres, no se negarán... Sí, les pediremos treinta breves minutos ante una mesa, — nada más — y que escriban lo que quieran, los músicos que toquen lo que quieran y los pintores que dibujen lo que deseen. Los treinta abogados más célebres hablarán de lo que se les ocurra, una media hora, nada más, ó escribirán un alegato. Los médicos llevarán á sus alumnos y darán una conferencia acerca de lo que quieran... Si hacemos eso en mayo, en la época en que vienen los extranjeros, venderemos lo ménos diez mil entradas. Nada más. Eso hará doscientos mil francos para nuestras lisiquitas, y á cada entrada, corresponderá una visita á cuatro salas, ó sea otros doscientos mil francos... ¡Pregúntele al señor Le Prieux lo que piensa de mí idea!

¡Sí, qué cansada está Reina de verse obligada todavía á prestar una apariencia de atención á uno de los fantásticos proyectos en que se consume la actividad de la gran dama, mientras que su madre sonríe al oír las frases detrás de las que la joven, con su susceptibilidad de sensitiva, distingue la ingenua y mortificante idea que las mujeres de elevada posición tienen de los artistas célebres. En ellos sólo ven animales raros que pueden mostrar como una curiosidad. De la misma manera, otras frases interesaban enormemente á la madre, á juz-

gar por sus signos de aprobación, que casi parecían burlescos á la sentida Reina; estas frases procedían de las dos primas, la señora Abel Mosé y Andermatt, que decían, más ó menos ingenuamente, que la duquesa, sin sospechar, porque eran buenas y generosas, la ironía que representaba en ese medio, en donde la elegancia era el todo, la candidez de sus alusiones acerca de ciertas cifras de gastos.

— ¡Sí! — decía la señora Andermatt después de haber contado los detalles de la separación amigable de un matrimonio que conocía muy bien: — Salomón (era su marido) había llegado á probar á Saki (era el marido de la divorciada), que debía proceder como un *gentleman*; aun cuando no se hayan podido entender, nada grave tiene que reprochar á Esther, su esposa. Esta es la madre de sus dos hijos... y, el marido se debe á sí mismo el que ella viva decentemente... Saki se ha convencido y ¿sabe usted cuanto le da?...

— Como es muy rico — recalcó la señora Mosé, — porque lo ménos tiene cincuenta millones...

— ¡Y bien! — continuó la señora Andermatt, — se-
senta mil francos de renta, cinco mil francos por mes...
Lo que gastaba en ropa blanca... ¿Cómo va á vivir con
eso?...

— Sí, ¿cómo va á vivir con eso la joven baronesa
Esther Wismar? se preguntaron visiblemente apiadadas,
y muy seriamente, las cinco personas que escuchaban esta
revelación acerca de la mezquindad de Saki Wismar el
gran banquero. Reina hubiera encontrado cómica esta
piedad dolorosa, si una de las cinco personas no hubiera
sido la esposa de su padre, y si no hubiese estado enterada
de lo que sabía acerca de su presupuesto... La joven no
tuvo tiempo para abandonarse á esa penosa impresión,
porque acababa de oír á la señora de Molan, á la que
se acercó para preguntarla si deseaba una segunda taza
de té, decir á su amiga íntima la señora de Fauriel:

— ¡Mira, Lorenza, ahora llega Snobinette y se van la
duquesa y la condesa! ¡*Tableau!*

— Maria, Maria, vas á hacer que se enfade contigo

Reina — respondió la señora Fauriel, — que tiene gran debilidad por la señora Faucherot.

En efecto, era la madre de Edgard la que acababa de entrar, y como para justificar la broma de la sagaz Lorenza, Fauriel se abrió paso á través de los grupos, cuya charla hacía vibrar las paredes de las dos habitaciones, para llegar hasta donde estaba Reina. La señora Faucherot besó á la pobre joven que se sintió como helada con aquel beso. Era demasiado sagaz para no darse cuenta de que la señora Fauriel estaba muy contrariada de que Reina hubiese oído el poco espiritual epigrama de su amiga. ¿Por qué, sino á causa de que el proyecto de boda era ya conocido y comentado? Además, la madre de Edgardo, en su repentina ternura por ella, mostraba como una especie de posesión y esta idea hizo circular por sus venas el escalofrío de una gacela bajo las garras de una leona, si tal comparación puede hacerse á propósito de una persona tan poco leonina como la antigua vendedora de la casa « Hardy-Faucherot, Sedas y Terciopelos ». La comerciante seis veces millonaria, es una mujercita de cuarenta y cinco años, delgada y de aspecto aún joven. Si se la mira con atención, posee todos cuantos rasgos deberían hacer de ella una dama distinguida: pie pequeño, manos delgadas, rostro regular, grandes ojos, con cejas bien dibujadas, y dientes blancos é iguales. Va vestida á la última moda y la piel de zorro azul que lleva, no desdeciría en el cuello de una princesa. Con todo eso, explíquese este misterio: se extiende por todo su ser, un caracter absoluta, irremediabilmente vulgar. Si se puede decir así, es el exacto reverso de la duquesa, que posee todo aquello que debería darla un aspecto ordinario: cutis, talle y tocado; pero qué, á pesar de todo, cualquier persona hubiera reconocido que era la aristócrata y que la otra era la burguesa. ¿En qué signo? ¿En las desenvueltas maneras de la primera y en la tiesura de la segunda? ¿en la especie de bonachonería imponente, en las maneras seguras y alegres de la una y en la arrogancia excesiva de la otra? ¿Quién definirá nunca ese conjunto de pequeñeces que se resumen en la palabra *raza*? Sin duda alguna, esas pequeñeces no son sino la transparencia de secretos y ocultos elementos que

existen en el fondo de nuestro ser más íntimo, que nos prohíben ó nos mandan pensar de cierta manera. La que la señora de Molan había llamado « Snobinette » daba una prueba más de esto, diciendo á Reina después de la primera efusión:

— ¿Era la señora condesa de Contay la dama que acaba de salir de aquí?... Y yo que tenía tantos deseos de conocerla. ¿Por qué no me ha advertido usted?... He aquí mi mala suerte. No he podido verla á causa de una aglomeración de coches. Imagínese usted, que había dicho á mi cochero que fuera por las calles de poco tránsito... No hay nada tan engorroso como un par de caballos de diez mil francos. Siempre se tiene miedo de que les ocurra algo. ¡Oh! tienen razón esas señoras y ustedes, no teniendo sino buenos caballos de alquiler. Por lo ménos, de esa manera, se va á todas partes...

La madre de Edgardo continuó, sin advertir el burlesco pliegue que sus necedades de advenediza dibujaban en los labios de las dos ladinis parisienses á quienes hablaba, ni la melancolia que estas mismas necedades hacían apa-



La señora Faucherot. ®

recer en las pupilas de la que había escogido como nuera y que trató de interrumpirla diciéndola :

— ¿Te ó chocolate?... Con un tiempo tan frío es preciso tomar alguna cosa caliente...

— ¿Qué ha tomado la duquesa? — preguntó la señora Faucherot, y al oír la respuesta de Reina. — Tomaré como ella, un poco de te. Decídmelo, ¿viene á ver á ustedes con frecuencia?... ¡Ah! ¡Si lo hubiera sabido!... ¡Tan contenta como estaba de haber comprado los caballos de la señora de Candale!... Porque son los suyos, ya lo saben ustedes. Los había puesto en venta en el *Tattersall*. Los he querido poseer á cualquier precio... ¡Y he aquí que me hacen llegar tarde!...

VI

CARLOS HUGUENIN

HECTOR Le Prieux había hecho que su hija amase los versos de Sully-Prudhomme, el delicado y sutil poeta que ha escrito esta línea, que tanto significa y con tan sencillas palabras :

« *el les heures arrivent toutes...* » (1)

fórmula profunda en donde se encierra el doble dolor de la espera : el de la duración del tiempo y el de su rapidez. Reina había conocido el primero de estos suplicios, mientras sufría la enorme duración del « martes » de su madre y la pesada tarea que se veía obligada á soportar. Acompañada por la señora Le Prieux, había tenido que comer fuera de casa y que asistir á dos veladas. Una vez de vuelta, cuando por fin pudo quedarse sola, comenzó

(1) ... y todas las horas llegan...

á conocer el otro dolor, el de ver cuán breves eran los instantes, tan contados, que la separaban de la cita que había dado á Carlos. Todavía doce veces, once veces, diez veces, nueve veces sesenta minutos, y serían las once de la mañana, y se encontraría ante su primo. ¿Qué le diría? Acostada en su camita, una vez apagadas todas las luces, escuchaba el tictac del reloj de pared, que llenaba la habitación con esa sonoridad implacable que es como el invencible paso del Tiempo, y la joven se esforzaba en repetir mentalmente las frases que se vería obligada á pronunciar de viva voz en esa penosa cita. Cuanto más se esforzaba en buscar las palabras, tanto más impotente se veía, para expresar lo que deseaba... todo su amor y era un adiós; toda su fidelidad, y era una ruptura: toda su pena y su deber absoluto era ocultar su sacrificio. La joven se quedó dormida, muy tarde, después de haber rezado mucho, con sueño febril, después del cual se encontró un poco más calmada. La necesidad de obrar, poniendo tensos los nervios, le devolvió, momentáneamente, como suele decirse, un poco de energía. Por la mañana, la joven quiso echar una ojeada por el gabinete de trabajo de su padre, muy de madrugada y bastante de prisa para evitar el encontrarse con él. Reina temblaba ante la idea de tener que hablar con su padre, pues temía no ser bastante dueña de sí misma. En efecto, se arregló de forma que pasó tan rápidamente su revista cotidiana, que cuando el señor Le Prieux vino á sentarse ante su mesa de despacho, un poco antes de la hora acostumbrada, no le encontró. El escritor se había apresurado á ir á su gabinete con la esperanza de sorprender á su hija, como sucedía con frecuencia, y de provocar entre ellos, sin aparentarlo, una explicación acerca de su matrimonio con Faucherot, que continuaba preocupándole. El soberano ascendiente que ejercía su mujer sobre él, había impedido la víspera que llamase aparte á Reina para interrogarla. El escritor había contado con que la joven tuviese deseos de esta conferencia secreta, y se quedó verdaderamente asombrado, cuando entró en su taller literario y vió la mesa tan bien arreglada, su papel preparado, las plumas nuevas, la lumbre de la chimenea que ya brillaba con cla-

recer en las pupilas de la que había escogido como nuera y que trató de interrumpirla diciéndola :

— ¿Te ó chocolate?... Con un tiempo tan frio es preciso tomar alguna cosa caliente...

— ¿Qué ha tomado la duquesa? — preguntó la señora Faucherot, y al oír la respuesta de Reina. — Tomaré como ella, un poco de te. Decídmelo, ¿viene á ver á ustedes con frecuencia?... ¡Ah! ¡Si lo hubiera sabido!... ¡Tan contenta como estaba de haber comprado los caballos de la señora de Candale!... Porque son los suyos, ya lo saben ustedes. Los había puesto en venta en el *Tattersall*. Los he querido poseer á cualquier precio... ¡Y he aquí que me hacen llegar tarde!...

VI

CARLOS HUGUENIN

HECTOR Le Prieux había hecho que su hija amase los versos de Sully-Prudhomme, el delicado y sutil poeta que ha escrito esta línea, que tanto significa y con tan sencillas palabras :

« *el les heures arrivent toutes...* » (1)

fórmula profunda en donde se encierra el doble dolor de la espera : el de la duración del tiempo y el de su rapidez. Reina había conocido el primero de estos suplicios, mientras sufría la enorme duración del « martes » de su madre y la pesada tarea que se veía obligada á soportar. Acompañada por la señora Le Prieux, había tenido que comer fuera de casa y que asistir á dos veladas. Una vez de vuelta, cuando por fin pudo quedarse sola, comenzó

(1) ... y todas las horas llegan...

á conocer el otro dolor, el de ver cuán breves eran los instantes, tan contados, que la separaban de la cita que había dado á Carlos. Todavía doce veces, once veces, diez veces, nueve veces sesenta minutos, y serían las once de la mañana, y se encontraría ante su primo. ¿Qué le diría? Acostada en su camita, una vez apagadas todas las luces, escuchaba el tictac del reloj de pared, que llenaba la habitación con esa sonoridad implacable que es como el invencible paso del Tiempo, y la joven se esforzaba en repetir mentalmente las frases que se vería obligada á pronunciar de viva voz en esa penosa cita. Cuanto más se esforzaba en buscar las palabras, tanto más impotente se veía, para expresar lo que deseaba... todo su amor y era un adiós; toda su fidelidad, y era una ruptura: toda su pena y su deber absoluto era ocultar su sacrificio. La joven se quedó dormida, muy tarde, después de haber rezado mucho, con sueño febril, después del cual se encontró un poco más calmada. La necesidad de obrar, poniendo tensos los nervios, le devolvió, momentáneamente, como suele decirse, un poco de energía. Por la mañana, la joven quiso echar una ojeada por el gabinete de trabajo de su padre, muy de madrugada y bastante de prisa para evitar el encontrarse con él. Reina temblaba ante la idea de tener que hablar con su padre, pues temía no ser bastante dueña de sí misma. En efecto, se arregló de forma que pasó tan rápidamente su revista cotidiana, que cuando el señor Le Prieux vino á sentarse ante su mesa de despacho, un poco antes de la hora acostumbrada, no le encontró. El escritor se había apresurado á ir á su gabinete con la esperanza de sorprender á su hija, como sucedía con frecuencia, y de provocar entre ellos, sin aparentarlo, una explicación acerca de su matrimonio con Faucherot, que continuaba preocupándole. El soberano ascendiente que ejercía su mujer sobre él, había impedido la víspera que llamase aparte á Reina para interrogarla. El escritor había contado con que la joven tuviese deseos de esta conferencia secreta, y se quedó verdaderamente asombrado, cuando entró en su taller literario y vió la mesa tan bien arreglada, su papel preparado, las plumas nuevas, la lumbre de la chimenea que ya brillaba con cla-

ridad y la dulce hada que había hecho este arreglo, ya desaparecida.

— No ha querido que hablemos de ese matrimonio, pensó, ¿por qué?

Mientras que el padre se hacía esa pregunta sin responder á ella y sin atreverse á ir á la alcoba de su hija, por deferencia á lo que él creía que era su deseo, Reina se decía:

— Mi padre trabaja tranquilamente y está contento... ¿Si supiese á qué precio?... ¡Y que no lo sepa nunca!...

Sin duda alguna, hablándose de esta manera, era muy franca. No obstante, la idea de la inconsciencia paternal le era tan penosa, que experimentaba una sensación de extraordinario alivio — su primera sensación dulce desde la funesta conversación de la mañana precedente, — al ver aparecer, á eso de las nueve y media, el feo pero abnegado rostro de Perrin. La vieja solterona era un personaje de diminuta estatura y gruesa, con una cabeza demasiado grande. Sus gruesos labios, y su aplastada nariz, le daban la traza de dogo gruñón, en parte corregida por un par de ojos azules de una frescura y suavidad casi deliciosas en aquel rostro molletudo. El marchito color del cutis, amarillento, á causa del hábito de mala alimentación, parecía aun más estropeado, por los descoloridos cabellos rubios, pero de un rubio pasado, y sin brillo. Además de todo eso, Perrin que, desde hacia varios años, sólo se ponía los vestidos ya usados por alguna protectora rica, siempre llevaba los tocados á la vez vistosos y caricaturescos de los parientes pobres. La tela de ellos era suntuosa, pero estaba deslucida. El corte muy rebuscado y pasado de moda, el arreglo complicado é insuficiente. Lo mismo sucedía con los sombreros y el calzado. Como tenía ingenio, algunas veces decía: — ¡La única cosa que estrenaré y habrán hecho expreso para mí, será el ataúd!... La tristeza de una existencia parecida, está menos en las privaciones, que en los regalos. La insolencia con que generalmente se favorece á esos semiparásitos, les obliga con tal frecuencia á ser ingratos, que experimentan un agradecimiento infinito por el bienhechor delicado, á quien pueden dirigir unas verdaderas « gracias », no con los labios, sino con el corazón. Este era el secreto del exáltado

cariño, que la señorita Perrin profesaba á Reina. Aunque no estuviera unida á ella por los vínculos de la sangre, este cariño le daba respecto de las cosas que interesaban á la joven, ese poder de doble vista, privilegio de las madres muy cariñosas, y dió de ello una nueva y emocionante prueba aquella misma mañana. En cuanto advirtió la palidez de su amiguita y sus cansados ojos, en lugar de informarse de su salud, le preguntó:

— ¿Qué le sucede á usted, Reina? Seguramente ocurre algo grave, muy grave. No me diga usted lo contrario, lo sé, lo conozco...

— Es verdad — respondió la joven emocionada hasta el llanto por la penetración de su acompañante y agregó: — No me interrogue; lo que pueda contarle se lo contaré, tanto más, cuanto que espero que me preste usted un servicio, un gran servicio; pero quiero hacerla comprender que no me enfadaré si usted cree que no debe concedérmelo...

— Estoy tranquila — dijo la señorita Perrin. — ¿Qué



La señora Perrin.

puede pedirme mi querida Reina que no sea correcto ?

Después, cuando la joven enmudeció, la señorita Perrin continuó con acento tímidamente inquisitorial, como alguien que va á obtener una dolorosa confidencia y deseara hacerse perdonar sus propias intenciones :

— ¿Esa cosa grave, Reina, confíeselo, es que quieren casarla?

— Es que quieren casarme — respondió Reina en voz baja.

— Y con quien usted no ama? — se atrevió á decir Fanny.

— Y con alguien á quien no amo — repitió Reina.

Ahora fué la señorita Perrin la que calló. Desde hacia mucho tiempo había adivinado la inclinación de Reina por su primo, sin hacer nunca alusión á ello, y jamás se hubiera atrevido á ser la primera que hablara del asunto. Por su parte, Reina se arrepintió de haber dicho demasiado. Cogió la mano de su humilde compañera y agregó en tono suplicante :

— Acabo de expresarme mal, Fanny. No piense que alguien me obligue á ese matrimonio. Me han hablado de él y yo he encontrado razonable el no rechazar tal unión... Tengo necesidad... y la joven puso en estas palabras, que recalcó al repetir las, toda la dolorosa energía de un llamamiento supremo : — *tengo necesidad de hablar con alguien, á solas durante algunos minutos. He escrito á esa persona diciéndole que se encuentre en la terraza de las Tullerías á la salida de clase... Si usted no quiere acompañarme, no irá. En cuanto al motivo que me obliga á dar este paso, no me pregunte nada acerca de ello, se lo suplico, si usted me quiere... ¡Tenga la seguridad de que la estimo demasiado para asociarla á una cosa que no fuese correcta !...*

— ¡Querida Reina ! — interrumpió vivamente la vieja solterona, ya lo sé... y sin responder directamente á lo que le había pedido la joven, exclamó : — Vamos, es preciso que nos demos prisa. Llegaremos tarde á la clase... Afortunadamente, como hace tan buen tiempo para andar, esta mañana...

En esta última frasecita, acompañada por una mirada

llena de emoción, había toda la sagacidad femenina de que es capaz una vieja solterona, de cincuenta y cinco años, que no quiere haber dicho un « si » formal ante una demanda claramente unida á una historia amorosa, y que no obstante dice « si », y que se siente muy turbada por esta complicidad... En resumen, cuando las dos amigas se volvieron á encontrar dos horas después, al terminar la clase, en la acera de la calle Royal y se dirigieron, sin otra explicación entre ellas, como tácito acuerdo, hacia la plaza de la Concordia y la verja de las Tullerías, no era precisamente el corazón de Reina el que palpitaba con más precipitación. Veinte veces, durante los cinco minutos que emplearon en recorrer tan corta distancia, los escrúpulos de la dueña estuvieron á punto de ser más fuertes que su casi promesa, pero después, al mirar á Reina, y ver la expresión ferviente y dolorosa de su noble rostro, las objeciones quedábanse paralizadas en su conciencia y en sus labios. Las dos mujeres llegaron así, sin haberse dirigido una palabra, hasta la terraza de la Naranjería, en donde vieron, y esta vez con igual emoción, aunque de naturaleza diferente, la silueta de Carlos Huguenin que las esperaba, en medio de este cuadro ideal para un adiós.

En la plaza de la Concordia, llena de luz, las divinidades marinas de las dos grandes fuentes se erguían sobre un sudario de brillante hielo. Entre ellas el obelisco parecía de color rosado, y, á lo lejos, el Arco del Triunfo se ahogaba en una especie de vapor de niebla. Divisábase un sol blanco en medio de un cielo sin nubes, pero, no obstante, cubierto por un helado vélo. Los árboles estaban completamente desnudos de hojas y en el estanque de las Tullerías, al pie de la terraza, extendíase una capa de hielo gris, rayada por los patinadores, tres jovencuelos cuyos patines de acero rasgaban el pulido espejo y, en el centro del estanque, el surtidor del agua seguía, á muy poca altura, fluyendo con sordo ruido un chorro de liquido elemento. Entre los débiles ó robustos castaños, jóvenes ó viejos, las estatuas de piedra parecían también inmovilizadas por el frío de aquel día. Otras charcas, formadas en las tortuosidades de las ave-

nidas, brillaban aquí y allí, como fragmentos de metal que hubiesen caído sobre la arena, y un inmenso rumor, el estremecimiento de toda la ciudad, rodeaba la desierta terraza. Además de las dos mujeres que acababan de llegar y del joven que las esperaba, no había allí, sino una señora de edad que llevaba un abrigo de pieles de marta, y una extranjera que hacía correr detrás de una bola á dos enormes *collies*, de largo pelo leonado y que ladraban con furia.

Sí, ¡qué paisaje tan lleno de melancolía, para dar un adiós. Pero Carlos Huguenin era un enamorado y para un enamorado que se siente correspondido no hay paisaje que sea melancólico, sino aquel en donde no está su amiga. El joven había visto aparecer á Reina, por la acera de la calle Royal, en el ángulo de la plaza, frágil y muy esbelta, con su chaqueta, y para él, el aire se había templado, el velado cielo se inundaba de luz y aquel horizonte de desnudas enramadas y de congeladas aguas, se había adornado con los más alegres colores de la primavera. Se aproximaba su deliciosa prometida — ¡cuánto tiempo hacía que deseaba darle ese nombre sin atreverse á esperarlo! — la que había impedido, por sus consejos, por su dulce y persuasiva influencia, que se perdiese en la febril vida de París, la que había hecho renacer su amor al país natal, el sentimiento de la vida sencilla y verdadera; y muy pronto sería su esposa y la conduciría allá abajo, muy lejos, á la casa materna, clara entre los cipreses negros, y ese rostro idolatrado, cuya delgadez le atormentaba algunas veces, se tendría de rosa, adquiriendo también el dorado reflejo que presta el aire embalsamado del Mediodía. La vispera, cuando Carlos leyó la carta de su prima, tuvo un movimiento de sorpresa y de inquietud, mas no duró mucho tiempo. Su carácter estaba dotado de uno de los encantadores rasgos de la naturaleza meridional, esa naturaleza, compleja y contradictoria, cuyo duro realismo puede ser tan implacable; (ya se ha visto, á propósito de la señora Le Prieux, cuya flexible sensibilidad era tal vez encantadora) y este era el caso de Carlos. El heredero de los Huguenin, aquellos viejos provenzales, tan profunda,

tan absolutamente unidos al terruño, poseía esa paciencia optimista en donde entra un poco de la pereza de un clima muy templado y un poco de euforia, de la que los habitantes de las costas mediterráneas hacen una virtud. El joven se había dicho: — La prima Matilde pone dificultades y mi pobre Reina las exagera. — El joven había sonreído con ternura ante la idea de las infantiles preocupaciones que suponía en su prima. ¿Cómo hubiera dudado un minuto del éxito final, sabiendo que era amado por Reina y teniendo la seguridad de poseer la simpatía de Le Prieux, y siendo pariente de la esposa del escritor, lo que hacía que las objeciones de esta última no pudiesen ser muy graves? Por más que Carlos fuese un muchacho candidamente espiritual, como lo indicaba la espontánea distinción de sus maneras, la extrema delicadeza de sus rasgos, la franca sonrisa de sus labios, la vivacidad y dulzura de sus ojos negros, grandes ojos de árabe en un cutis moreno, casi de ámbar, todos estos signos de un temperamento nervioso, de una fineza instintiva, no impedían que conservase, á pesar de sus cuatro años en el barrio Latino, la manera de pensar de un provinciano acerca de las cosas de París. Por ejemplo, ignoraba completamente la situación de sus primos Le Prieux. Considerábalos como ricos, teniendo acerca de los fantásticos sueldos de los periodistas, la misma opinión que generalmente tienen los burgueses, sin que jamás se hubiera preguntado cuál sería el dote de Reina, ni si tendría dote. También hijo único, y con una gran independencia, si se decidía á vivir bajo el dominio paternal — en esas hermosas tierras de viñas y de olivos que se extendían á algunas leguas de los Martigues, en las orillas del golfo de Fos, — el dinero parecíale que no debía representar papel alguno en aquel matrimonio, como no lo representaba en su corazón. Huguenin no había reflexionado acerca de algunas anomalías que un joven parisiense hubiese descubierto en las mundanas relaciones de los padres de su prima. El mundo, sin más preámbulos, se le representaba como á la mayoría de los jóvenes de su clase, como indeterminado é indefinible, una especie de vago lugar en donde

los advenedizos, á cuyo grupo no pertenecía, se entregaban á sabias intrigas matrimoniales ó de otro género, mientras que las personas sencillas como él, se veían obligadas á hacer ciertos trabajos que intimidan, siendo á la vez frívolos y necesarios cuando la casualidad hacía que estuviesen emparentados con alguna familia de la alta sociedad. Para Carlos Huguenin, el señor y la señora Le Prieux era gente de mundo, como su padre y su madre eran campesinos, por una conformación original que admitía sin tratar de caracterizar ni las condiciones ni las causas. Así era y nada más. Con esta manera de pensar y esas ideas ¿podía sospechar las realidades contra las que Reina luchaba desde la vispera y los motivos de la inesperada decisión que iba á comunicarle? ¡Pobre y romántica Reina, que tampoco sospechaba la interpretación arriesgada que iba á producir con el paso que daba, para una ruptura tan completamente inexplicable para el joven!... Pero ya se habían abordado. Carlos balbuceaba, muy torpemente, digásmolo en su honor, algunas palabras destinadas á hacer creer á la señora de compañía el asombro de un inesperado encuentro, pero Reina le interrumpió, con objeto de evitarle una mentira, y á su compañera el equívoco de una situación falsa.

— No, primo, no diga eso... la señorita Perrin sabe que le había dado á usted una cita... La señorita me estima y ama bastante para comprender que si he querido hablar con usted, es porque debía hacerlo. Y ha tenido fe en mí, ¿no es verdad, Fanny?...

— Es verdad — respondió esta última que se separó, haciendo señas á los jóvenes para que la precedieran algunos pasos. La humilde vieja solterona había hecho todo esto con tanta seriedad, y hasta tan dignamente y, Reina había estado tan solemne, que Carlos adivinó que no había dado todo el alcance debido á la carta de la joven: esta cita, que había encontrado muy natural, después de sus secretos esponsales era de excepcional gravedad. Su expresivo rostro cesó de manifestar tierna alegría y el joven preguntó:

— ¿Qué sucede, prima?... Parece usted tan turbada, tan transformada... Usted ha dicho que *debía* tener esta

conversación conmigo, como si le costase trabajo. No obstante, nuestra última conversación y la carta de mi madre...

— ¿Su madre ha escrito la carta? — interrumpió Reina con una vivacidad que desconcertó á Carlos.

— ¿Pero de qué manera me pregunta usted eso? — dijo la joven. — ¡Ah! Reina, ¿ha olvidado lo que nos hemos dicho el otro día y lo que usted me había permitido que esperara?... ¿Ha podido dudar que cumpliera en el acto mi promesa? El mismo día por la noche escribí á mi madre que me respondió á vuelta de correo, loca de contenta al pensar que iba usted á ser su hija política! ¡y qué ternura siente por usted! le aseguro que se hubiera emocionado... La carta para su madre salió por el mismo correo, así, pues, debe haberla recibido el lunes por la mañana... Cuando recibí su carta, pensé que la señora Le Prieux hacía alguna objeción y que usted quería advertirme... ¿Qué le ocurre?...

Mientras hablaba el joven, una palidez de muerte, había invadido las mejillas de Reina. La joven acababa de experimentar un dolor agudísimo al saber que su madre había recibido la carta con la petición de mano. ¡Y no le había dicho nada! ¡No la había dejado libre para escoger entre la dicha y el sacrificio! La dureza de corazón de la señora Le Prieux, que tanto la hiciera sufrir, sin confesárselo nunca, le fué una vez más dolorosa y con mayor pena, ante la evidencia de su doblez. No obstante, la joven se dominó, tratando de pasar muy de prisa sobre esta peligrosa situación:

— Esta mañana no me encuentro muy bien... y al hablarme usted de la alegría de la señora de Huguenin y de su indulgencia para conmigo, me he sentido mucho más afligida...

Después, implorante y resuelta al propio tiempo, añadió: Escuche, Carlos, ¿creé usted que soy capaz de mentir?

— ¿Usted? respondió el joven aún más asombrado, — jamás le he oído decir una palabra que no fuese la verdad misma...

— ¡Ah! ¡gracias! dijo la joven, repítame eso, ¡me

hace tanto bien! Repítame que me cree y que me creerá siempre.

— ¡La creo y la creeré siempre! — volvió á decir dócilmente el joven que agregó inquieto ante la visible exaltación de Reina:

— ¿Por qué?..

— ¿Por qué? — interrumpió la joven, — porque tengo necesidad de que tenga fé en mí. Sin eso no tendría fuerzas para hablarle como debo... Si, como debo — insistió Reina, que prosiguió de este modo cual si arrancase la frase desde el fondo del corazón. — Escúcheme, Carlos, le he dado una cita (esta mañana á riesgo de que pensara usted mal de mí, porque no he querido que supiera usted por otra persona, una cosa que no le producirá más pena que la que me ha hecho sentir á mí, se lo juro... Querido primo, ¡Déjeme usted concluir! — exclamó la joven al ver que Carlos iba á interrumpirla. He querido darle esa noticia, para poder decirle todo lo anterior y para manifestarle que, al decirle el otro día que participaba de sus sentimientos, no mentí... Sí, Carlos, llevar su nombre, consagrarle mi vida, ser su esposa, vivir allí abajo, con usted, era, sería para mí la felicidad... Le ruego que me crea... Al repetir por cuarta vez la palabra *que me crea*, en donde se resumían todas sus súplicas, su voz se hacía más penetrante, como si tratase de comunicar al joven que la escuchaba, pálido á su vez, el fervor de sacrificio de que ella estaba poseída. Y le pido una vez más, — continuó, — que me crea, cuando le digo que debo renunciar á esa felicidad por una razón á la cual no me puedo substraer ni debo revelársela, y que usted, usted no debe interrogarme...

Jamás este encantador rostro, generalmente tan reservado, tan firme por el delicado pudor de sus sentimientos, había dejado transparentar de aquel modo el ardor violento, salvaje de sus afectos. Nunca aquellos hermosos ojos oscuros se iluminaron con llama más intensa y las agudas notas que vibraban en su acento, denunciaban claramente la viva angustia de su corazón, cuyos latidos podía adivinar Carlos á través de la gruesa piel de su chaqueta; de tal modo se elevaba su virginal seno,



...Y se apoyó contra un árbol... (pág. 166.)

palpitante de ternura. En cualquier otro momento, hubiese tenido piedad de esa turbación tan dolorosa, pero él mismo se veía dominado por esa cruel é inesperada sorpresa, demasiado violenta para que dejase lugar á cualquier otro sentimiento y, cuando Reina se hubo callado, esta sorpresa estalló en un grito de rebelión casi brutal:

— Me parece imposible haberla comprendido bien... — dijo el joven. — Veamos — y se pasó la mano por la frente tratando de coordinar sus ideas. — No obstante es verdad, no sueño, estoy despierto. Usted está ahí, Reina. ¿Y usted me dice que ya no quiere casarse conmigo?...

— ¡Qué no puedo! — interrumpió la joven con voz tan débil que su primo casi no la oyó, arrastrado por la ola de su propia pasión.

— ¿Usted quiere, — continuó el joven, — que acepte esa resolución sin que trate de saber de dónde procede ese cambio, ni quién se lo ha inspirado?

— No he cambiado, — interrumpió la joven una vez más.

— Me dice que ha sido usted sincera conmigo la otra noche, — continuó el condolido enamorado sin recoger estas últimas palabras, — y que sigue estimándome de la misma manera... Si es verdad, ¿qué sucede? ¿Qué ha ocurrido? Á nadie se le arranca toda la alegría de su vida, toda su esperanza, sin que tenga el derecho de defender esa felicidad y esa esperanza... No, Reina, no es posible... Para que usted me haya hablado como acaba de hacerlo, después de las palabras que cambiamos el miércoles, es preciso que haya ocurrido alguna cosa y alguna cosa muy grave... ¿Pero qué, Dios mío? ¿Pero qué?... ¿Es que sus padres se oponen al matrimonio? No, puesto que no le han dicho que han recibido la carta de mamá. Á menos que usted no les haya hablado de ello. Se lo ruego, Reina, ¿es eso?

— No — tuvo la suficiente fuerza de decir la joven.

— Entonces — insistió Huguenin — si el obstáculo no procede de su padre ni de su madre, sólo puede venir de usted... Así, pues, es una idea que usted se ha formado y que ha hecho que cambie su decisión. No puede ser

otra cosa... Y, ya, si la inocente Reina hubiera tenido una experiencia del corazón del hombre, habría adivinado que esa frase revelaba un retroceso ante cierto pensamiento, y la repentina aparición de los celos. — Y bien, — suplicó Huguenin — sea lo que fuere, decidmelo, Reina, creo que usted me ama como yo la amo... No se trata solamente de mi felicidad, sino de nuestra mutua dicha... No hay que arriesgarla por una quimera, porque puede ser que sea una quimera, estoy seguro de ello... Dígame sus razones, y las discutiremos juntos... Si es un secreto, usted debe creer que soy capaz de guardarlo, sobre todo, refiriéndose á usted. Cuando usted me haya hablado, usted misma se quedará asombrada, todo se disipará, como una pesadilla. Vamos, también debe usted tener confianza en mí, hábleme...

— ¡Ah! — gimió la joven con un acento de dolor que esta vez conmovió profundamente á Carlos; — si hubiese podido ¿no lo hubiera hecho en seguida?... Le he rogado que tenga confianza en mí — continuó la joven juntando sus temblorosas manos. Esperaba que me creyera... y todavía se lo ruego, *créame, créame*, que si he venido para decirle que no puedo ser su esposa, es porque verdaderamente no puedo serlo y que si no le doy la razón de ello es porque tampoco puedo... No, repitió la joven con una fuerza casi salvaje, ¡no puedo!

En conversaciones de ese género, emprendidas con el mismo fondo de la persona, hay momentos en que una de las dos voluntades se afirma con tan invencible vigor que la discusión queda suspendida de repente. Cuando Reina hubo pronunciado su último « no puedo » Carlos se encontró ante lo irreductible. Los jóvenes dieron algunos pasos en silencio: Reina, agotada por la energía que acababa de desplegar; él, como alocado al chocar por la primera vez de su vida contra ese algo impenetrable del corazón de la mujer, la peor de las torturas amorosas. El joven la miraba sintiendo emociones que hubiese jurado no experimentaría jamás respecto de ella, una áspera ira que casi llegaba al odio. El honrado y sencillo mozo no sabía qué irresistibles frenesies produce en un alma masculina el agudo

dolor de la pasión. El joven la miraba y las dulces pupilas de la joven, la ideal nobleza de su perfil, la gracia de sus delgadas mejillas, las finas líneas de la trémula boca, con sus labios un poco gruesos, la flexible seda de sus cabellos castaños, su frágil talle, todo el encanto de su juventud que generalmente la enternecía, ahora producía en él, el deseo de magullarla, de destrozarla, tanto exasperaba todo su ser la invencible resistencia de la joven. ¿Cuál era el secreto motivo de la ruptura, bastante poderoso para que esta frágil criatura á la que habia visto tan enamorada, con un abandono tan encantador la otra noche, se hubiera arrepentido así? Al principio habia pensado que se trataba de algún escrúpulo religioso. Aunque en Reina, naturaleza muy equilibrada, la devoción nunca se hubiese exaltado hasta la gatzmoñería, quien sabe si ella no habria, en el fervor de los quince años, hecho algún voto, cuyo recuerdo la hubiese asaltado de repente? Pero no, no hubiera experimentado tanto temor de verse obligada á confesar el motivo de su negativa... Carlos continuaba mirándola, cuando la espantosa sospecha que cruzó como un relámpago por su imaginación y que habia rechazado, comenzó de nuevo á atormentarle. ¿Si amará á otro?... Sospecha insensata, porque la joven acababa de decirle lo contrario, y todo atestiguaba su sinceridad; sus palabras, su voz, su mirada; sospecha abominable, porque si Reina amase á otro, su actitud con su primo la otra noche y ahora, era la más criminal de las coqueterías y ¿cuándo le habia dado el derecho de creerla capaz de un mal sentimiento? ¡Ay! los insensatos y abominables pensamientos son aquellos que los celos despiertan en nosotros más instintivamente y su funesta embriaguez no nos permite conocer la locura ni la injusticia. ¿Qué excusa podría dar Carlos Huguenin, por haber desconocido, aunque no fuese más que una hora, á la adorable niña que iba á su lado por aquella terraza extendida á lo largo del río? La helada arena crujía bajo sus pies, el silbido de los remolcadores llegaba hasta ellos por encima de las orillas del Sena, muy próximas y verdes, aprisionadas por sus muelles de piedra y esos ruidos

parecian tan extraños al joven como las palabras que pronunciaba ahora. ¿Era verdaderamente él quien hablaba así á Reina, á su querida Reina, rodeada hasta aquel momento como de un culto idólatra?

— Está bien — dijo, — respetaré su voluntad y no trataré de saber el motivo que ha determinado á usted á destrozar mi corazón. No obstante, hay un punto acerca del que tengo derecho á interrogar y al que debe responderme: ¿Digame que no retira usted su palabra por que desea casarse con otro... Digamelo y me inclinaré. Me marcharé de Paris esta noche y no volverá usted á oír hablar de mí. Pero digamelo, quiero saberlo.

Huguenin vió que la joven palidecía y temblaba más, pero que continuaba callada y su delirio aumentó por lo que entreveía tras aquel silencio, y continuó con acento más acerbo y duro. — ¿Con que es verdad, puesto que usted no se atreve á negarlo? ¿Es verdad?

— No puedo responder, — contestó la joven con



Héctor Le Prieux.

voz que parecía un soplo, tanto la ahogaba la emoción.

— No responder, es responder. — dijo el joven — ¡ Con que va usted á casarse con otro! — repitió — ¡ con otro! — después, todo el furor de los celos estalló en sus ojos, y, no midiendo ya sus palabras exclamó: ¡ Lo que usted ha hecho es infame! ¡ Es abominable! ¿ Es que merecía que me tratase usted de esa manera?... La otra noche cuando la hablé ¿ por qué no me desengañó en seguida? Además, ya hace tiempo que usted sabía que la amaba. ¿ Por qué me ha dejado creer que participaba de mis sentimientos? ¿ Por qué acaba usted de hacérmelo creer?... ¡ Ah! ¡ es abominable! ¡ Es abominable!...

— Carlos — interrumpió la joven suplicante, — cállese... Me hace usted demasiado daño... Por piedad... Usted no sabe... usted me había prometido creerme.

— ¡ Ah! dijo — el joven — ¿ cómo quiere usted que la crea ahora?

— ¿ Ya no me cree usted? — preguntó la joven parándose de repente como si no pudiese dar un paso.

— ¡ No! — respondió Huguenin brutalmente. Apenas había acabado de lanzar ese terrible monosílabo, cuando se apoderaron de él los más negros remordimientos al ver la nueva y terrible descomposición de las facciones de Reina. Moviéronse rápidamente sus párpados, su boca se abrió para buscar el aire que le faltaba, y se apoyó contra un árbol, como si todo diese vueltas á su alrededor, y como si ella misma estuviese á punto de caer. El joven se acercó para sostenerla, pero Reina le rechazó con un gesto. Sus mejillas se colorearon, abrió los ojos, y la indignación de su ofendida sinceridad se dejó traslucir en su hermosa mirada, que se fijó en el joven con una extraña energía. Después, en lugar de hablar, volvió bruscamente la espalda á su primo y echó á correr, como si huyese de algo insostenible, en dirección de la señora Perrin, que se encontraba á algunos pasos de allí y á la que llamó con voz ya serena:

— ¡ Fanny! ¡ Fanny! es preciso que volvamos á casa; tenemos el tiempo preciso. ¡ De prisa, de prisa!...

El joven no trató de hablarla otra vez, ni de retenerla,

ni de seguirla y hasta dejó de despedirse de las dos mujeres. Reina y la señorita Perrin ya habían dado la vuelta al ángulo de la Naranjería, mientras que el joven todavía se encontraba allí, cerca del árbol contra el que Reina acababa de apoyarse, como hipnotizado ante el recuerdo de lo ocurrido. Huguenin escuchaba los ladridos de los *collies*, que jugaban con la vieja dama extranjera y que se habían alejado hacia otro lugar, y que nuevamente se acercaban saltando... Á través de las desnudas ramas de los árboles, el joven miraba cómo los patinadores iban y venían por el helado estanque, la perspectiva de las estatuas grises, la plaza de la Concordia, llena de coches, el Obelisco irguiendo su rosa-ada aguja entre las fuentes, al lado de los dioses cubiertos de corazas de brillante hielo y la sombría silueta de Reina borrándose en la lejanía... ¡ Todos esos detalles de la decoración en que acababa de desarrollarse la escena entre su prima y él, eran muy reales, muy verdaderos! La verdad de las palabras que acababan de dirigirse mutuamente, apareció de pronto á sus ojos — sobre todo de aquellas que él había pronunciado, — y cuando Reina hubo desaparecido completamente, el joven se dejó caer en un banco al mismo tiempo que gemía:

— ¡ Desgraciado! ¡ Nunca me lo perdonará!
Ya no dudaba, ¡ mas era peor!

VIII

REVELACIONES

Los remordimientos no engañaban á Carlos Huguenin; la fuga de su prima, en aquel momento, no era una de esas desavenencias de enamorados que al primer encuentro hacen las paces. No, el sentimiento producido en Reina por aquella falta de fe en ella, era de aquellos que precipitan á un joven, corazón á las resolu-

voz que parecía un soplo, tanto la ahogaba la emoción.

— No responder, es responder. — dijo el joven — ¡ Con que va usted á casarse con otro! — repitió — ¡ con otro! — después, todo el furor de los celos estalló en sus ojos, y, no midiendo ya sus palabras exclamó: ¡ Lo que usted ha hecho es infame! ¡ Es abominable! ¿ Es que merecía que me tratase usted de esa manera?... La otra noche cuando la hablé ¿ por qué no me desengañó en seguida? Además, ya hace tiempo que usted sabía que la amaba. ¿ Por qué me ha dejado creer que participaba de mis sentimientos? ¿ Por qué acaba usted de hacérmelo creer?... ¡ Ah! ¡ es abominable! ¡ Es abominable!...

— Carlos — interrumpió la joven suplicante, — cállese... Me hace usted demasiado daño... Por piedad... Usted no sabe... usted me había prometido creerme.

— ¡ Ah! dijo — el joven — ¿ cómo quiere usted que la crea ahora?

— ¿ Ya no me cree usted? — preguntó la joven parándose de repente como si no pudiese dar un paso.

— ¡ No! — respondió Huguenin brutalmente. Apenas había acabado de lanzar ese terrible monosílabo, cuando se apoderaron de él los más negros remordimientos al ver la nueva y terrible descomposición de las facciones de Reina. Moviéronse rápidamente sus párpados, su boca se abrió para buscar el aire que le faltaba, y se apoyó contra un árbol, como si todo diese vueltas á su alrededor, y como si ella misma estuviese á punto de caer. El joven se acercó para sostenerla, pero Reina le rechazó con un gesto. Sus mejillas se colorearon, abrió los ojos, y la indignación de su ofendida sinceridad se dejó traslucir en su hermosa mirada, que se fijó en el joven con una extraña energía. Después, en lugar de hablar, volvió bruscamente la espalda á su primo y echó á correr, como si huyese de algo insostenible, en dirección de la señora Perrin, que se encontraba á algunos pasos de allí y á la que llamó con voz ya serena:

— ¡ Fanny! ¡ Fanny! es preciso que volvamos á casa; tenemos el tiempo preciso. ¡ De prisa, de prisa!...

El joven no trató de hablarla otra vez, ni de retenerla,

ni de seguirla y hasta dejó de despedirse de las dos mujeres. Reina y la señorita Perrin ya habían dado la vuelta al ángulo de la Naranjería, mientras que el joven todavía se encontraba allí, cerca del árbol contra el que Reina acababa de apoyarse, como hipnotizado ante el recuerdo de lo ocurrido. Huguenin escuchaba los ladridos de los *collies*, que jugaban con la vieja dama extranjera y que se habían alejado hacia otro lugar, y que nuevamente se acercaban saltando... Á través de las desnudas ramas de los árboles, el joven miraba cómo los patinadores iban y venían por el helado estanque, la perspectiva de las estatuas grises, la plaza de la Concordia, llena de coches, el Obelisco irguiendo su rosa-ada aguja entre las fuentes, al lado de los dioses cubiertos de corazas de brillante hielo y la sombría silueta de Reina borrándose en la lejanía... ¡ Todos esos detalles de la decoración en que acababa de desarrollarse la escena entre su prima y él, eran muy reales, muy verdaderos! La verdad de las palabras que acababan de dirigirse mutuamente, apareció de pronto á sus ojos — sobre todo de aquellas que él había pronunciado, — y cuando Reina hubo desaparecido completamente, el joven se dejó caer en un banco al mismo tiempo que gemía:

— ¡ Desgraciado! ¡ Nunca me lo perdonará!
Ya no dudaba, ¡ mas era peor!

VIII

REVELACIONES

Los remordimientos no engañaban á Carlos Huguenin; la fuga de su prima, en aquel momento, no era una de esas desavenencias de enamorados que al primer encuentro hacen las paces. No, el sentimiento producido en Reina por aquella falta de fe en ella, era de aquellos que precipitan á un joven, corazón á las resolu-

ciones más extremas. Es el encanto y el peligro de las sensibilidades de veinte años, en su primer choque con la vida, á las que su carácter predispone á tomar partidos intransigentes é irrevocables. La misma falta de experiencia que les da tal fervor por el Ideal, también las hace incapaces de que aprecien exactamente sus desilusiones, en ese arrebató hacia la dicha. No habiendo sufrido desengaño alguno, sueñan con emociones que no son de este mundo, y al comprobarlo, se desésperan. Reina se había dirigido hacia esa postrera entrevista, ya lo recordarán, con el alma exaltada, aun en medio de su angustia, por la idea de que, haciendo un llamamiento al amor de su primo, podría llevar á cabo lo que consideraba como su imperioso deber de hija, ocultando la naturaleza de sus móviles, pero descubriendo su inocencia. El resultado era que Carlos acababa de decirle que no creía en ella. El único consuelo que hubiera podido tener, en medio de su mortal sacrificio, le había sido arrancado repentinamente. Al mismo tiempo, pareciale haber descubierto en el que amaba, un hombre que no conocía y que la aterró. ¡Qué mirada tan llena de odio había sorprendido en sus ojos, qué estremecimiento de crueldad en su boca, qué acento tan malvado en su voz! Lo que acabó de trastornarla, más que esa decepción y que el terror, era el indignado sobresalto que experimentó al contacto de una iniquidad harto cruel. Este movimiento de protesta, cuanto más reflexionaba, tanto más crecía, mientras iba al lado de la dulce Fanny Perrin, siempre con un paso cada vez más rápido y febril, un verdadero paso de fuga, lejos muy lejos de aquella terraza en donde había oído las palabras cuya injusta brutalidad la perseguía; aquel « no » que repentinamente había llegado hasta el fondo de su corazón, como la aguda punta de una flecha, rasgando y rompiendo cuanto encontraba. La joven seguía á su acompañante, completamente alucinada por el intolerable dolor de este pensamiento: — ¡No me cree...! sin ver las calles, los transeúntes ni á su silenciosa amiga, que no se atrevía á interrogarla. Cuando llegaron al *square* de Delaborde, al entrar en la calle del general Foy, le pareció á la joven como si despertase de

una pesadilla, cuando la tímida Fanny se decidió á hablarle:

— No la pregunto nada, Reina... No tengo el derecho de hacerlo, pero antes de separarnos, desearía hacerla dos peticiones... ¡Creo haberla probado cuanto la estimo!...

— ¡Querida Fanny!... — dijo la joven y estrechó la mano de su amiga con tanta efusión que está última tuvo valor para decir:

— Puesto que lo comprende, debe usted estar segura, muy segura de que hablo por su interés, por lo que adivino... Pero mucho antes de hoy, había comprendido muchas cosas... Mi primera petición es la de que me prometa esperar un poco antes de decidirse acerca de ese matrimonio que quieren obligarla á hacer... La segunda...

— ¿La segunda?... — insistió Reina.

— La segunda... — y la pobre acompañante sintió en sus mejillas una oleada de sangre, mientras acababa la frase, — es que no sea usted injusta con su primo...

Las dos mujeres habían llegado á la puerta de la casa en que habitaban los Le Prioux, sin que Reina hubiera condescendido á ninguna de las súplicas de su humilde amiga. La alusión á Carlos la había arrancado un ligero gesto, inmediatamente desvanecido. Cuando ambas se encontraron en el descansillo de escalera, adonde daba la puerta de la morada de la joven, antes de llamar, Reina dijo con temblorosa voz, que descubría su íntima turbación:

— Perdóneme si no la he respondido, Fanny... Respecto á la primera petición, no puedo prometerla nada... En cuanto á la segunda, no puede usted calcular lo que se equivoca acerca de mí y de... La joven tuvo el nombre de Carlos en sus temblorosos labios, pero no lo articuló. — No — insistió la joven, — no soy yo la injusta. Reina repitió: — No soy yo... Después, haciendo seña á su confidente para que no continuara esta conversación y mientras apretaba el botón del timbre, dijo: — le agradezco mucho lo que hace por mí... Cuando abrieron la puerta, la joven la abrazó, agregando muy bajo, pero en tono que traslucía una resolu-

ción muy firme : — Adiós... es preciso separarnos... Eso será lo mejor.

Una última mirada en la que al propio tiempo que le daba gracias por su afecto, la rogaba que la dejase abandonada á su destino, y Reina desapareció en la antecámara. La puerta se había cerrado y Fanny Perrin comenzó á bajar la suntuosa escalera de la casa, una escalera silenciosa, con caja de madera tallada, vidrieras de colores, plantas verdes, alfombra encarnada y cuya atmósfera estaba caldeada por las invisibles bocas del calorífero, cansando la impresión de un hotel particular, lo que formaba necesariamente parte del programa mundano de una « hermosa señora Le Prieux ». Generalmente, esos esplendores de pacotilla imponían á la profesora de piano, que también experimentaba á su manera el prestigio del lujo de los demás; pero, en este instante, completamente abrumada por la escena de que acababa de ser testigo, no pensaba la pobre mujer en comparar mentalmente los fríos ladrillos de su quinto piso de Batignolles, con los alfombrados peldaños, en donde se posaban sus pies, casi con compunción. La solterona se decía : — « ¿Con quién querrán casar á Reina?... » Y recordaba los diversos jóvenes del salón Le Prieux que ella conocía, ya por los relatos de la joven, ya por haberlos visto cuando acompañaba á ésta ó cuando ejercía las funciones de profesora de piano. La imagen de Carlos se pintaba en su imaginación entre otras veinte, terminando por superponerse á todas. La joven solterona le veía tal como había avanzado hacia Reina en la terraza de las Tullerías, hacía un momento, con el rostro emocionado y radiante, los ojos claros, después, al fin de la conversación, su perfil iritado, sus pupilas duras, su gesto amenazador y se decía :

— ¿Separados? ¿Esos dos hermosos jóvenes tan á propósito el uno para el otro? Se aman, es evidente... ¡ Ah ! ¡ Si el señor Le Prieux conociese los sentimientos de Reina ! Es tan bueno... ¿ Haría mal diciéndole la verdad?... »

Y ya se bosquejaba en la imaginación de la vieja solterona, tan romántica, á pesar de su fealdad, cómo pudiera serlo la misma Reina, el insensato proyecto de advertir

al padre. Si, si fuese á decirle que impidiendo la unión de Carlos Huguenin y de su hija hacía la desgracia de ésta, ¿ traicionaría la confianza de Reina?... ¿ Prevenirle?... ¿ Pero cuándo y cómo, para que no fuese demasiado tarde? Todas las mujeres, por muy cándidas que sean, poseen una intuición, infalible como un instinto, cuando se trata de una aventura amorosa. La señorita Perrin no sabía el nombre de Edgardo Faucherot ni las palabras que se habían cruzado entre Reina y su madre, y el paso dado por la señora Huguenin. Ignoraba todos los detalles secretos de este drama de familia, las ambiciones de la señora Faucherot y las deudas de la señora Le Prieux, lo mismo que los corretajes de Crucé. No obstante, adivinaba, hasta el punto de experimentar una ansiedad casi insostenible, que no solamente los días, sino las horas, los minutos, estaban contados. En este mismo momento en que se encontraba parada en la acera, mirando las ventanas con vidrieras Luis XVI, ya ocurría un acontecimiento casi irremediable en una de las habitaciones iluminadas por una de esas ventanas y esa pieza era la misma alcoba estilo Imperio, de tapices de un delicado color verde, de colgaduras de seda amarilla, en donde, la víspera, Reina había sido iniciada en lo que costaba el decorado en medio del cual había pasado su vida. En cuanto la puerta estuvo cerrada y aun antes de dirigirse á su habitación para quitarse el sombrero y el abrigo, la desgraciada niña, había preguntado dónde estaba su madre y al oír la respuesta del *groom* : — la señora se encuentra en su alcoba, — la joven se dirigió allí directamente, y había encontrado sentada ante su escritorio á la señora Le Prieux, dispuesta para la salida de la tarde — debían ir juntas á una exposición, — y escribiendo unas cartas. Su madre llevaba un vestido de paño grueso, color gris plata. La perfección de este traje, que no le hacía ni una arruga, le daba el aspecto de un uniforme, de un militar en gran parada, al mismo tiempo que el orden y la complicación de los objetos alineados encima del escritorio, mostraban la tarea de una inmensa correspondencia, la de una mujer que jamás ha cometido la más ligera falta de cortesía. ¡ Cuántos « expresivos pésames »

cuántas « ardientes simpatías », cuántas « afectuosas enhorabuenas » había trazado su aparatosa letra en papeles del tamaño y del color debidos ! ¡ Debajo de cuantas respuestas á invitaciones había puesto ese *Duret-Le Prioux*, que había adoptado como firma siguiendo la etiqueta del faubourg Saint-Germain, que une la nobleza de la mujer á la del marido ! Al ver así á su madre, igual á como la había conocido siempre, continuando la práctica de los más insignificantes ritos de su papel mundano, con el rigor automático de una máquina y sin sospechar nada de las catástrofes morales ocurridas á su alrededor, Reina sufrió nuevamente un doloroso estremecimiento, tanto más fuerte cuanto que ahora conocía la existencia de la carta de la madre de Carlos... ¿ Pero qué era este estremecimiento comparado con el espantoso dolor que acababa de producir en ella una verdadera crisis de delirio íntimo ? ¿ Cómo llamar á ese frenesí de pena que la había hecho tomar la disparatada resolución, desde las Tullerías á la calle del general Foy, adivinada por Fanny Perrin, de terminar para siempre con ese cruel, con ese injusto Carlos, poniendo entre ellos una infranqueable barrera ? El lenguaje familiar denomina con la exacta fórmula de « arrebatos » esos violentos impulsos que la voluntad no puede dominar, tan frecuentes en la juventud, en la edad en que las energías de la pasión se encuentran más intactas y son más intensas. Ese algo irreparable, la mala suerte de Reina quiso que tuviese á su alcance el medio de realizarlo; solo era necesario que en lugar de esperar hasta el sábado, como había sido convenido, aceptase inmediatamente el proyecto de matrimonio con Edgardo Faucherot. Lo que caracteriza á las determinaciones irritadas, es la rapidez con que se ejecutan y la energía de que nos sentimos disponibles, como si no estuviésemos seguros de tenerla más tarde á nuestra disposición. En efecto, después, cuando hubiese pasado su primer acceso de agudo dolor y de indignación, ¿ se hubiera sentido Reina con bastante fuerza para pronunciar la frase que dijo en seguida á su madre ?

— Mamá, he reflexionado mucho acerca de nuestra conversación de ayer y puedo responderle hoy mismo.

Si el señor Edgardo Faucherot pide mi mano, aceptaré...

Al hablar así, su voz era entrecortada y como metálica, sus ojos brillaban dolorosamente y el ardor de sus mejillas acababa de revelar su fiebre interior. Todos estos signos, y la prontitud de este cambio de opinión en un asunto tan grave, hubieran debido iluminar á la señora Le Prioux, tanto más cuanto que había podido descubrir, entre las líneas de la carta de la madre de Carlos, la secreta novela de los dos jóvenes. Pero, de una parte, estaba demasiado persuadida de que hacia la futura felicidad de su hija, para experimentar el menor remordimiento y, por otra parte, tenía demasiado sentido práctico para buscar las razones de un consentimiento que no esperaba tan pronto ni tan fácilmente. ¿ No era más juicioso el aprovecharse de esta favorable disposición, viniese de donde viniese ? ¿ Y quién sabe ? La alegría de esta mujer, frenética por las nimiedades de la sociedad, ante la idea del éxito mundano que representaba el matrimonio Faucherot, era tan viva, como la inconsciencia del movimiento de emocionado cariño con que estrechó á Reina en sus brazos, mientras la decía :

— ¡ Ah ! hija mia ! no esperaba menos de ti y quiero declararte, ahora que te has decidido libremente y que no hay riesgo de que mis consejos ejerzan influencia alguna, que no podías hacer nada mejor para probarme cuánto me amabas... ni nada que fuese más razonable... Ya me bendecirás algún día por haberte propuesto ese matrimonio, en el que he pensado desde hace mucho tiempo; puedes creerme... Pero vamos á advertir á tu padre. ¡ Qué contento se va á poner !

Y cogiendo á Reina por la mano, la condujo hasta el gabinete del periodista, que precisamente terminaba de numerar (eran las doce del día) las cuartillas de su tercero y último artículo de la mañana. La extensión del trabajo había surcado su frente de numerosas arrugas hinchando sus enrojecidos párpados y acentuado el fatigado pliegue de la boca. Con todo eso, sus cabellos, un poco despeñados por la presión de las manos, sobre las cuales había apoyado su cabeza para meditar, mostraban

ban su color grisáceo. El infeliz obrero literario aparentaba, así sorprendido, diez años más de los que tenía. Aunque Reina se encontrase en ese estado de casi insensibilidad que acompaña á la realización de ciertas resoluciones, que son verdaderos suicidios morales, la visión de la anticipada vejez de su padre la emocionó, y aún mucho más la mirada con que el autor de sus días acogió la noticia de sus próximos esponsales. Pero una y otra impresión, no hicieron sino afirmarla en su fúnebre propósito.

— Amigo mío — había dicho la señora Le Prieux, con la mezcla de solemnidad y de familiaridad en que sobresalía; te presento á la futura esposa de don Edgardo Faucherot, y, á un gesto de su marido: Sí, señor, repitió, Reina me ha dado su respuesta. Nuestra hija acepta y, desde el momento en que acepta, hemos pensado, es decir, ella ha pensado que lo más razonable era el hacérselo saber en seguida al excelente amigo que se ha encargado de esta embajada... quiero escribir á Crucé.

— ¿Reina acepta? — había repetido el escritor con voz temblorosa por la emoción y mirando á Reina, que vió en los ojos del pobre hombre esa indefinible expresión de asombro y de lástima que ya había advertido la vispera y que tanto la había turbado, creyendo leer en ella el remordimiento del sacrificio pedido. La joven dirigió la vista á otro lado y, mentalmente, el padre atribuyó la visible turbación de su hija á una especie de vergüenza. ¿Cómo no habría podido creer en que Reina consintiera en hacer un matrimonio de conveniencia, no estando enterado de la conversación que había habido entre madre é hija? No obstante, algo interior protestaba en él contra esa hipótesis que en tan alto grado contrariaba todas las ideas que se había formado acerca de su hija. Además, cómo la señora Le Prieux estaba allí, radiante, y como emanaba de ella una autoridad tan imperativa, aquel hombre tan débil, apenas tuvo la audacia de responder: — ¿Estás bien segura de haber reflexionado bastante? Vamos, Reina, ¿no deseas interrogarte todavía?

— Ya me he interrogado — dijo Reina, — y reflexionado bien.

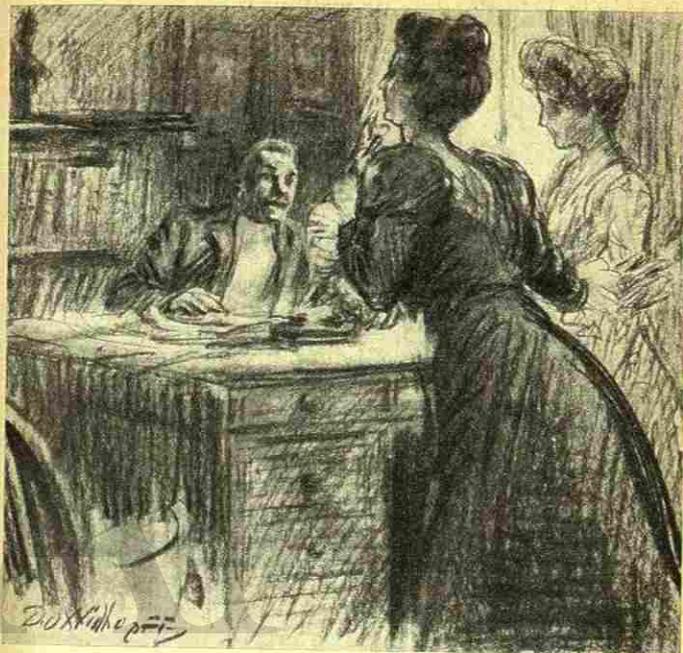
— ¿Quieres algunos días más? — insistió su padre.
— Ya se lo he ofrecido — dijo la señora Le Prieux que agregó dirigiéndose á la joven: — Tu padre tiene razón, estaríamos más tranquilos si tomases algunos días más... La perspicaz mujer estaba demasiado segura de la respuesta de Reina, que movió la cabeza y respondió con energía:

— ¿Para qué? Usted misma lo ha dicho, cuanto más pronto, mejor.

¡Jamás un padre y una hija, que se amaban con todo su corazón, se dieron un beso más frío como aquel con el cual Héctor y Reina sellaron esta especie de pacto, generalmente tan emocionante! ¡Jamás comida de familia, tomada en circunstancias que deben ser tan alegres, fué más taciturna ni más penosa, ni tan llena de un indefinible malestar, como la que siguió á este convenio! Jamás, desde que arrastraba el peso de todas sus destruidas ambiciones, de su Ideal perdido, de su malogrado destino, el periodista nunca había sentido le alma más pesada que al franquear, después de aquel taciturno almuerzo, el umbral de la puerta de la casa ante la que ya estaba parado el cupé de la señora Le Prieux.

El marido iba á dirigirse, á pie, ó en un coche de punto, á una de las innumerables comisiones de fiestas de caridad, de los que siempre era miembro ó presidente, merced á las relaciones de su esposa. Esta vez se trataba de una representación teatral que iba á celebrarse á favor de las víctimas de un temblor de tierra en las islas Jónicas. ¡Ah! por instantes, y estos instantes se multiplicaban á medida que avanzaba la vida, el envidiado esposo de la hermosa señora Le Prieux, el cronista de elevado sueldo, el servil obrero literario, se sentía incapaz de condolerse de otras miserias que las suyas; tan lamentable le parecía su brillante existencia! Generalmente, las imágenes de su mujer y de su hija le devolvían la energía necesaria, mas en este momento, al pensar en ambas, sentía un extraño dolor. ¡Primeramente, una de ellas, su mujer, se le aparecía, desde

su conversación á la salida del teatro, muy poco semejante á la imagen que él deseaba formarse de ella y que él había llegado á crear en su fantasía. Sucédiale, en eso algo parecido á todos los que aman y que no quieren juzgar á las personas amadas, haciendo un esfuerzo del que, á pesar de todo, se dan cuenta. El escritor, en el fondo de su pensamiento, conservaba un rincón muy oscuro al que no miraba nunca. Allí, acumulábanse, en el silencio, las pruebas del feroz egoísmo de Matilde, que no quería él mismo confesar, y que las susceptibilidades de ternura anota, á pesar de esa sistemática ceguera. Sin duda alguna, la amaba tan apasionadamente como en otro tiempo y siempre era, á sus ojos, la misma á quien había conocido tan desgraciada, al día siguiente de la catástrofe paterna; la huérfana, á quien jamás había creído proporcionar lo que merecía como compensación, en bienestar, en lujo, en elegancia, y si hubiese podido en fausto. Pero todas las indulgencias, todas las complacencias de esta pasión que veinte años de matrimonio no habían desgastado, no impedían que hubiese sufrido los horribles defectos de carácter de su compañera de existencia, aun sin quererlos reconocer. Por la primera vez después de veinte años, este reconocimiento se imponía en él, porque aunque siguiera amando á su esposa, también por la primera vez un sentimiento igual al que experimentaba por ella entraba en juego. Lo que el marido jamás había osado pensar por su propia cuenta, el padre iba á atreverse á hacerlo por la de su hija. ¿Qué digo? Ya estaba resuelto. Héctor no había juzgado nunca á su esposa; pero juzgaba á la madre de su hija. Desde el momento en que había pronunciado el nombre de Edgardo Faucherot, luchaba en vano contra esa indiscutible evidencia. No, una madre que ama á su hija no la casa así! No acepta, repentinamente y con alegría la idea de dar una criatura como Reina, una flor delicada y pura, á un joven como Faucherot, tan mediano, y de inteligencia y sensibilidad tan vulgares, únicamente porque es rico! Es verdad que la señora Le Prieux hubiera podido argüir para su defensa el consentimiento



— Amigo mío — había dicho la señora Le Prieux... (pág. 174.)

de la misma Reina. Aquí era donde el padre se sublevaba y hablaba más alto que el marido. Aun que fuese cierto este consentimiento, aunque hubiese oído á Reina con voz clara y firme la frase fatal, « he reflexionado bien » que excluía toda idea de una sorpresa y de una tiranía, algo inferior protestaba en él invenciblemente. Desde su más tierna infancia, las relaciones con su hija habían sido exactamente la inversa de las que le habían unido con su mujer; pues conocía que Reina era muy franca con él. Al pensar en ella, nunca sintió esa especie de secreta cortedad que frecuentemente experimentaba

respeto de la otra. El punto misterioso del carácter de su hija era muy claro para él. Lo que había visto, en los dulces y tristes ojos oscuros, era la piedad por su existencia de destajista literario, el conocimiento de sus ocultas miserias, el pesar de sus ambiciones de artista sacrificadas y de otra cosa... El escritor no había querido leer esta otra cosa en los ojos de su hija, esa condenación del egoísmo maternal, y no obstante, la había leído. Que un joven corazón tan sensible y amante, hubiese aceptado, repentinamente, la idea más odiosa á los veinte años, el más brutal matrimonio de conveniencia, el menos justificable, por la apariencia de un pretexto romántico, he aquí lo que el padre no podía admitir. En esta sumisión de su hija, el escritor entreveía un enigma cuyos detalles no podía adivinar. Presentía que su mujer no le había dicho la verdad completa, que entre ella y Reina se habían cruzado palabras que no conocía. Un drama clandestino se representaba en su casa, á su alrededor, cuyos elementos escapaban á su penetración y esta impresión le era doblemente cruel. En primer lugar, todo el porvenir de felicidad de Reina, se encontraba interesado en él. Además, admitir en su hogar ese drama secreto, era admitir la doblez de su esposa y la dureza de la madre. — Y ¿cómo continuar alimentando el engaño íntimo de que tenía necesidad su amor? Así, pues, Héctor había salido de su casa atormentado por estos pensamientos, y comenzaba á bajar la acera izquierda hacia la iglesia de San Agustín, cuando vió destacarse de la calle de Lisboa, y precipitarse ante él, casi corriendo, una mujer, en lo que reconoció con espanto á la acompañante de su hija: Fanny Perrin en persona. La vieja solterona se había emboscado allí, después, que se hubo separado de Reina, no decidiéndose á presentarse en la vivienda del señor Le Prioux ni á marcharse. Había dejado pasar los minutos, olvidándose de la hora de almorzar, y, distracción más extraordinaria en una persona tan puntual y pobre, la hora de una lección de piano, que tenía que dar en Batignolles. Esperaba la salida del señor Le Prioux, aunque sin haber podido tomar una resolución precisa acerca de lo que le diría; pero

esperaba, con el corazón palpitante, la garganta oprimida, como obligada á este acto, por una fuerza independiente de su voluntad, sintiendo remordimientos si traicionaba la confianza de Reina, si hablaba, y no obstante dándose cuenta de la imposibilidad de dejar que se realizase el anunciado matrimonio. Por lo menos quería decirle la verdad al padre. ¿Cómo? ¿Con qué palabras? Para esta honrada criatura, cuya existencia había transecurrido de un modo tan monótono entre ocupaciones tan estrechas, tan metódicas, estas breves horas, encerraban más acontecimientos que toda su vida entera. ¡ Había aceptado el acompañar á una de sus discípulas á una cita! ¡ Era depositaria de un secreto del cual dependía la felicidad de esa alumna, á la que amaba hasta el punto de haberse decidido á secundarla en pugna con su conciencia profesional! ¡ Y se preparaba á descubrir ese secreto! Así, pues, cuando se acercó al padre de Reina, sus bonachones rasgos estaban descompuestos por la emoción. Sus gruesos labios, en donde generalmente flotaba la amable y trivial sonrisa de un inferior siempre expuesto á los sofiones de sus amos, expresaban una verdadera angustia y las palabras salían de su boca atropelladamente, casi incoherentes, mezcladas con fórmulas que traicionaban la costumbre de las frases propias de su humilde ocupación, y de suplicantes exclamaciones en donde se descubría, al mismo tiempo que su aturdimiento, el escrúpulo de faltar á sus compromisos con Reina. El apasionado deseo de salvarla se sobrepuso á todo.

— ¡ Señor Le Prioux! — dijo, — excúseme si me tomo la libertad... Tengo necesidad de hablarle... Soy una pobre mujer, señor Le Prioux, y sé que este paso no es de mi posición... Además — prosiguió como para rechazar cualquier interrogatorio, — no me pregunte, no podría responderle... No debo hacerlo y aunque ya no debo estar aquí, continuo porque se trata de la señorita Reina, que siempre ha sido muy buena para mí y á la que amo mucho... Señor Le Prioux, es preciso que usted sepa una cosa, *es preciso* — repitió la solterona. — Si Reina se casa siguiendo las indicaciones de ustedes, mo-

rirá de pena... Su hija ama á alguien, no me pregunte el nombre — continuó la señorita Perrin con más volubilidad, — no se lo diré... Pero no la obligue á casarse contra su voluntad... Le repito que morirá de pena. ¡ Ah ! ¡ Dios mio ! ¡ Su señora y su hija !... ¡ Van á verme !... ¡ Señor Le Prieux que jamás sepa Reina que le he hablado !... ¡ Jamás, jamás !...

La señorita Perrin, dejó á su interlocutor literalmente paralizado por la sorpresa, y huyó sin volver la cabeza, por la calle de Lisboa, como una persona que acabase de cometer un acto abominable. La solterona había visto ponerse en movimiento al cupé, ha poco inmóvil ante la puerta cochera de la casa, á cincuenta pasos, y avanzar en su dirección y antes de que el padre de Reina, que se había vuelto para mirar á la extremidad de la calle al oír la exclamación : — ¡ Ah ! ¡ Dios mio ! ¡ Su señora y su hija !... hubiese recobrado por completo su serenidad, el coche pasó ante él. El caballo iba al paso y Le Prieux pudo ver que el coche estaba vacío. El periodista preguntó al cochero, el cual se paró para responder :

— Las señoras saldrán dentro de media hora... La señora me ha dado una carta para que la lleve á casa del señor Crucé...

— Precisamente voy de ese lado — dijo Héctor que al inclinarse había visto el sobre en el tarjetero del coche. El señor Le Prieux abrió la portezuela y cogió la carta, al mismo tiempo que agregaba : — Puede usted volver á casa. Diga usted á la señora, que yo mismo me he encargado del recado...

Estas dos breves escenas — la de Fanny Perrin, su discurso y su huida; de otra parte el paso del coche, su parada y la acción de coger la carta destinada á Crucé, — habían sido tan rápidas, ocurrieron tan inesperadamente, que Héctor Le Prieux, hubiese podido creer que soñaba, de no encontrarse en la acera, en el ángulo formado por las calles del general Foy y de Lisboa, con la carta de su mujer en la mano. Cogiéndola, como lo había hecho, en el tarjetero del cupé y diciendo al cochero lo que le había dicho, había obedecido á un movimiento impulsivo, él, hombre equilibrado por excelencia. El es-

critor sabía muy bien lo que había encerrado bajo el sobre, cuya señas miraba con una especie de estupor : *Al señor Crucé, 96, calle de la Boétie, y, en la parte inferior Urgente.* Matilde se había retirado antes del almuerzo para escribir esas líneas de acuerdo con él. ¿ Por qué las había interceptado ? ¿ Por qué seguía con precipitado paso la calle de Lisboa y después el boulevard Malesherbes, con la esperanza de que Fanny Perrin le hubiese esperado, de que volviese á aparecer y le hablase de nuevo ? No obstante, ¿ qué iba á decirle que ya no supiese ? Las pocas palabras que había pronunciado correspondían, demasiado intimamente, á sus propios sentimientos, su acento era sobrado sincero para que dejase de creer en ella. En cuanto al nombre que la vieja solterona había declarado no poder revelar, ¿ tenía necesidad el padre de ese complemento de confianza para conocerle ? el amado por Reina era Carlos Huguenin. Pero todas las pasiones se parecen por ese doble y contradictorio carácter : la seguridad de la intuición, y el apetito, el frenesí de tener la prueba positiva de lo que ellas no sospechaban. Cuando estuvo completamente convencido de que no volvería la profesora, Héctor cogió un coche de punto y dió unas señas al cochero, que no eran las de Crucé, ni las del lugar en donde se reunía el comité que hubiese debido presidir. Fué á la calle de Assas, ¡ á casa de Carlos Huguenin ! En cuanto á la carta de la señora Le Prieux, ya la había desgarrado en cincuenta pedazos, casi con rabia, y el viento arrastraba esas porciones de perfumado papel bajo los pies de los transeúntes, bajo los cascos de los caballos, en medio del polvo del arroyo, detrás del coche en que Héctor se encontraba sentado, presa de la más violenta emoción que experimentara desde hacía muchos años.

— No — se decía mientras que el coche bajaba por el boulevard Hausmann, para alcanzar el Sena por la calle de Auber, la avenida de la Ópera y la plaza del Carrousel; no, su hija no se casaría contra su gusto. No sería la señora de Faucherot; no lo quiero, *no lo quiero*, repetía : ¿ Contra quién se oponía la más íntima resistencia de su ser, en este arrebató de su resolución ? Y su

monólogo interior continuaba, y las ideas se atraían con esa lógica involuntaria que desconcierta todas nuestras decisiones y algunas veces todos nuestros afectos: — Bien sabía — murmuraba, — que era imposible que se casara con ese Faucherot, como no fuese obligada... ¿Obligada? ¿Se ha creído obligada? ¿Por quién y por qué?... No obstante, *nosotros* la hemos dejado en completa libertad; y hace un momento la rogábamos que esperase... — ¿Contra qué ideas se defendía el padre, repitiéndose mentalmente ese hipócrita « nosotros »? Y continuaba: — ¿Por qué no nos ha confiado sus sentimientos? ¿Por qué lo ha hecho á una persona extraña? ¿No sabe que su felicidad es nuestra única preocupación y que sólo vivimos para ella? Cuando ha sido preciso que hable con su madre de ese proyecto de matrimonio, la he advertido. Mi hija me comprendió, ó al menos así lo creí. Todavía la estoy oyendo decir: — ¡Qué bueno es usted, cuanto le amo! — ¿Á qué viene luego ese silencio, esa desconfianza?... Es inconcebible... Tal vez haya creído que la persona que pidió su mano era Carlos y, viendo que se había equivocado, ha tenido un acceso de despecho, tal vez de desesperación y habrá pensado que su primo no la amaba. Después, esforzándose en hacerse á sí mismo objeciones: — ¿Pero es á Carlos á quien ama?... ¡Ah! voy á saberlo... ¿Cómo?... Lo mejor habria sido buscar á la señorita Perrin para obligarla á hablar. ¿Qué voy á decir á ese joven? ¿Y si no es él el amado por Reina, y si por su parte no ha pensado nunca en su prima?... De todas maneras, no quiero que se haga ese matrimonio; no lo quiero.

En el mismo instante en que Le Prieux se repetía ese juramento, esta vez en alta voz, el coche rodaba por la estrecha y larga calle de Saints-Pères, una de las arterias de París que no ha cambiado desde hace treinta años, excepto la parte cortada por el boulevard de Saint-Germain. El recargo de trabajo del periodista, sólo le permitía las excursiones estrictamente útiles, y venía raramente á estos parajes, estrechamente asociados á los recuerdos de su éxodo de Chevagnes á París. En aquella época, se había alojado en un hotelito de la calle de Beaux-

Arts. ¡Oh! candidez de un adolescente provinciano en busca de la gloria! — precisamente por el nombre de la calle y el de la casa, que se llamaba: « Hotel Miguel Ángel »; ¿Por qué extraño cambio de su enfermiza sensibilidad el aspecto del barrio, por donde había paseado las destruidas ilusiones de su juventud, produjo en el escritor el irresistible deseo de volver á ver la calle de Beaux-Arts? — muy próxima, es cierto, — pero ¿qué relación había entre el asilo de sus veinte años, y el paso que se proponía dar para salvar de un detestable matrimonio los veinte años de su hija? ¿Quería, viendo repentinamente las extraordinarias dificultades de este paso, calcular por adelantado los detalles y tomar un poco de tiempo para reflexionar? ¿Ó bien, conociendo que al regresar á su casa tendría que sostener una temible lucha, iba á pedir, empujado por el instinto, un aumento de energía al fantasma de Le Prieux, al que fué en otro tiempo ferviente apasionado del Ideal y del arte, y profundamente absolutamente extraño á la miseria de los compromisos sociales? Más sencillamente todavía, ¿las emociones experimentadas, desde hacia cuarenta y ocho horas acerca de su hija, habían acabado por dar una forma aguda á ciertas ideas que se negaba á confesarse desde hacia mucho tiempo, y le dominaba el enfermizo deseo de comprobar de dónde había partido, para llegar á dónde y á causa de qué? Sea lo que fuere, lo cierto es que al llegar á la calle de Jacob, golpeó febrilmente los cristales de la portezuela, para hacer parar al coche y, en vez de continuar en la dirección de la calle de Assas, bajó del carruaje y se encaminó á pie hacia su antigua morada. Encontrábase en uno de esos singulares minutos, durante los cuales el parecido, más bien la identidad de nuestro destino y el de aquellos de los que procedemos ó que proceden de nosotros, despierta, en las profundidades de nuestro ser, un sentimiento intenso y casi obsesionante de la raza. Al acabar de sufrir una desgracia que también ha padecido nuestro padre en análogas circunstancias, ó viendo á nuestro hijo á punto de recibir un golpe que nosotros mismos hemos recibido, la profunda unidad de la sangre, se revela en nosotros,

y turba de un modo extraño nuestro corazón. Aplicada al pasado, á esos que nos han legado sus virtudes y sus debilidades, esta impresión produce una especie de melancolía, casi piadosa, que perdona todas las faltas y agradece todos los beneficios. Vuelta hacia el porvenir, hacia aquellos á quienes hemos transmitido el alma de la familia, de la que no somos más que un momento, esta impresión se transforma en un profundo y punzante deseo de atenuar, de ahorrarles, si podemos hacerlo, los sufrimientos hereditarios. Eso produce horas indefinibles en las que no sabemos si se trata de nosotros, de nuestro padre ó de nuestro hijo. De esta manera, evocando, á lo largo de las viejas aceras de las calles parisienses, y ante la fachada de su hotel de estudiante, que no había cambiado, los lejanos recuerdos de su juventud, Héctor no hubiese podido decir si pensaba en sí mismo ó en su hija, con tal evidencia se le presentaba la analogía de su suerte y la que amenazaba á Reina. ¿Qué le decía aquella fachada del hotel Miguel Ángel, ante la que se había quedado inmóvil, sino que allí, en otro tiempo, en una de las habitaciones de esa pobre casa — la segunda, en el tercer piso, contando por la derecha, — vivió un joven de sensibilidad parecida á la de Reina, capaz como Reina, de las más exaltadas y finas emociones, y que después, ese joven había sido incapaz de mantener contra la vida el Ideal de arte, que había sido la novela de su juventud, como Reina, desde el primer encuentro, era incapaz de mantener el Ideal de amor que había sido la novela de su juventud? ¿Qué elemento de debilidad se ocultaba en su naturaleza íntima, en la de su hija y la suya para que fuesen tan delicados en su manera de sentir y tan impotentes para modelar su existencia, según su corazón? ¿Pero esta debilidad estaba en ellos? ¿No era debida á que habían tenido que luchar contra una voluntad más firme que la suya? No, el joven que había venido de Chevagnes para conquistar la gloria escribiendo obras maestras, bajo el miserable tejado del hotel Miguel Ángel, no era un ser débil. Sin duda alguna era un ingenuo, que no medía la espantosa distancia que le separaba de su ensueño, pero Héctor se daba

cuenta á través de los años, de que también era un paciente, un encarnizado trabajador y que hubiese podido realizar, si no todo, al menos una parte de ese ensueño, si... Un rostro de mujer aparecía, cuyos ojos negros



El señor Le Prieux abrió la portezuela... (pág. 180.)

irradiaban el despotismo, cuya altiva boca poseía un implacable pliegue de dominación, cuya belleza de ídolo exigía el homenaje. ¿Verdaderamente era ella quien le había desviado de su verdadero destino? ¿Era ella, con su imperiosa autoridad, quien obligaba á Reina á plégarse ante su deseo? Esta doble visión fué tan penosa al decaído artista, al inquieto padre, que la rechazó con toda la fuerza de su viejo y siempre vivo amor por aque

lla mujer, tan apasionadamente obedecida y servida desde hacia tantos años, y, poniéndose nuevamente en marcha, se dirigió hacia la calle de Assas, razonando de este modo :

— La culpa no es de mi pobre Matilde. ¿Ha podido adivinar nunca que yo deseaba otro género de vida? ¿Le he hablado alguna vez de ello? ¡Es un alma tan recta y tan abnegada! Mi esposa ha creído que eso era lo mejor que podíamos hacer, como ahora cree que lo mejor es ese matrimonio con el joven Faucherot. La culpa de todo ello la debo atribuir á mi silencio, á esa timidez que me ha impedido siempre el mostrar, aun á ella misma, la completa verdad de mis aspiraciones... Reina se me parece también en eso, pues, aun á mi mismo, no me ha dicho que amaba á alguien... Cuando hemos hablado del proyecto Faucherot, la otra noche, su madre y yo ; si hubiera sabido lo que sé ahora! Pero yo no sabía nada; adivinaba... ¡ Ah! es preciso que tenga hechos positivos, una confesión... Entonces Matilde será la primera que rechace ese matrimonio, que me repugna por instinto... ¡ Dios mío! ¡ Con tal que Carlos esté en casa! ¿La ama Carlos? ¿Seguramente es él? De todos los jóvenes que recibimos es el único que la merece... ¡ Qué felices serian allá!...

Héctor entró en el jardín del Luxemburgo, cuando pronunciaba estas palabras. El escritor había subido por la calle de Beaux-Arts, por la del Sena y de Tournón, abismado en sus pensamientos, y dejando que sus pasos siguiesen maquinalmente el camino seguido otras veces con tanta frecuencia, cuando experimentando la inconsciente nostalgia de las encinas de Chevagnés, iba al jardín de Luxemburgo á buscar la sensación de la naturaleza, á mirar á los árboles y á soñar. El señor Le Prieux franqueó la verja que hay al lado del museo y se encontró en seguida en la extremidad de la avenida de viejos plátanos entre los que se ve el monumento del patético y poderoso Eugenio Delacroix, esos hermosos árboles, sus preferidos de otros tiempos, extendían sus enormes y despojadas ramas bajo el helado cielo de aquella tarde. Como si al contacto de esos mudos testigos de su juventud el

poeta muerto en sus primeros años, se despertase en él, el periodista comenzó á pensar con indecible enterneamiento, en la precipitada fuga del tiempo, en esa sucesión de veranos y de inviernos, de hojas y de hombres. Varios versos de Sainte-Beuve, desde hacia mucho olvidados y por los que había tenido pasión, le acudieron á la memoria y á los labios :

« Simonide l'a dit, après l'antique Homère :
Les générations, dans leur presse éphémère,
Sont pareilles hélas ! aux feuilles des forêts
Qui verdissent une heure et jaunissent après,
Qu'enlève l'Aquilon, et d'autres, toutes fraîches,
Les remplacent déjà, bientôt mortes et sèches... » (1)

El periodista había recitado en este sitio, cuando estaba en el verdor de sus años, esa divina elegía del menos conocido de nuestros grandes líricos, en esa edad de frescas esperanzas y de radiantes comienzos en que se encontraban al presente Reina y Carlos. ¡ Edad tan breve, esperanzas tan pronto pasadas, principios inmediatamente terminados! ¡ Que al menos esos jóvenes le debiesen el no perder, sin haberlo disfrutado, ese punto y ese momento de su juventud y de su amor! Por que Reina amaba á Carlos, ya no dudaba de ello, el escritor acababa de recordar, una vez más, la mirada del joven posada sobre su hija, la agitación de Reina cuando esperaba á su primo, esos ligeros signos que había resumido en dos palabras, cuando había dicho á su mujer, hablando de las relaciones de los dos primos : « Tengo impresiones. » Al recordar esto, toda su sangre circuló con más ligero movimiento, como si la idea del amor de los jóvenes le hubiese reanimado, comunicándole su ardor. Púsose nuevamente en marcha hacia la calle de Assas, con paso nuevamente vivo y juvenil, sintiendo estremecerse su corazón cuando

(1) Simónides lo dijo después del viejo Homero : las generaciones, en su efímera sucesión, se asemejan ¡ ay! á las hojas de los bosques que una hora verdean y después palidecen, Aquilón las arrastra y otras frescas ya las reemplazan, bien pronto á su vez muertas y secas...

estremecerse. Huguenin abrió con la loca y nueva esperanza de recibir un mensaje de Reina. Al encontrarse frente á Héctor Le Prieux, se le había escapado aquel « cuánto le agradezco que haya venido », incomprensible para el recién llegado; pero lo que era demasiado claro para el padre, después del discurso de la señorita Perrin y de sus propias reflexiones, era la causa de la turbación de Carlos. Esta evidencia del amor del joven por su hija, correspondía tan bien á su secreto deseo, que le hizo decir con la voz llena de indulgencia y de ternura :

— Vamos, Carlos, tranquilícese, recobre su valor. No tiene usted que darme las gracias, pues, no hago sino cumplir mi deber de padre, he aquí todo. ¡ Dios mio ! ¡ En qué estado le encuentro !... ¡ Ah ! ¡ Pobre hijo mio !...

En efecto, Carlos comenzó nuevamente á sollozar ante la inesperada actitud del señor Le Prieux, arrojándose en sus brazos, y repitiendo estas palabras : — « ¡ Oh ! ¡ sí ! ¡ cuánto le agradezco que haya venido, qué bueno es usted !... ¡ Qué bueno es usted !... » El mismo padre se sintió conmovido hasta el fondo de su alma por aquella explosión de pena. Pero el padre de Reina tenía demasiado interés en conocer toda la verdad de las relaciones de los dos jóvenes, para que no tratase de arrancar la verdad del fondo de aquel arrebato. El escritor condujo á Carlos fuera de la antecámara, al diminuto gabinete de trabajo, que también servía de salón al abogado sin pleitos, todavía incierto acerca del camino que emprendería, encantador asilo de ensueño en donde Le Prieux sólo había estado una vez; pero esta visita había sido suficiente para que el joven conquistase la simpatía del escritor; tal atmósfera de juventud recogida y romántica se desprendía de esta habitación, con sus viejos muebles de nogal de Provenza, con los grabados colocados en la pared y que representaban algún hermoso monumento de Arlés, de Nîmes ó de Aigues-Mortes, con el orden de sus libros, evidentemente leídos, con el panorama del Luxemburgo detrás del estrecho balcón. Allí se respiraba como un perfume de la poesía del terruño natal, conservado en París, á pesar de las contrarias tentaciones. Esta habitación era la fiel imagen del drama moral de que el

joven había sido víctima, vacilante entre la nostalgia de su Provenza y el atractivo de la vida de París y era este aspecto de las cosas que estaban á su alrededor lo que despertó en Héctor la idea de que Carlos sería para Reina el marido deseado. Tal vez recordase nuevamente esa impresión ya lejana, por la afectuosa insistencia con que se esforzaba en hacerle confesar el completo secreto de sus sentimientos.

— No, yo no soy bueno — dijo — y es preciso que no me dé usted las gracias. Le repito que sólo soy un padre que cumple con su deber; pero usted debe cumplir con el suyo, respondiendo á mi pregunta con entera sinceridad. Vamos, hábleme con el corazón en la mano, libremente, y dígame lo todo.

— Pero — respondió Carlos, — ¿ qué más puedo decirle de lo que le ha dicho la carta de mi madre? Sólo con verle entrar he comprendido que ha venido á repetirme lo que ya sé por mi prima, que ese matrimonio es imposible. Debía haberlo comprendido antes, puesto que usted no me ha llamado después de haber recibido la carta. No obstante, señor Le Prieux, le juro que hubiera hecho todo lo posible por ver feliz á Reina, y la hubiera consagrado mi vida. Soy muy poco, pero cuanto poseo lo habría dado sin vacilar, y mi madre también les ha dicho en la carta, estoy seguro de ello, que mi padre pensaba como yo...

Si la revelación del silencio guardado por la señora Le Prieux acerca del paso dado por la señora Huguenin trastornó á Reina, no obstante advertida de esa petición de matrimonio; qué emoción sentiría el padre al que nada había preparado para recibir esta noticia! Humillado repentinamente, entrevió la verdad. ¿ Era posible que su mujer hubiese sido tan poco franca con él que le hubiese respondido como lo había hecho la otra noche, si esa carta había sido realmente enviada y recibida? Seguramente, la nube de inquietud que había mostrado al preguntarle : « ¿ También te han prevenido? » ahora se la explicaba. Por lo demás, el acento del joven no dejaba duda alguna, y el padre de Reina lo comprendió tan bien, que volvió los ojos á otro lado, con objeto de

que su interlocutor no descubriese el dolor que le causaba esta inesperada noticia. No obstante, quiso interrogarle y le hizo varias preguntas secundarias, como se hace en ciertas conversaciones en que no se tiene la fuerza de formular con toda claridad su pensamiento :

— ¿Dice usted que ha sido advertido, por Reina, de un repentino obstáculo? Así pues ¿Reina estaba al corriente del paso dado por su madre?

— ¡ Ah ! señor Le Prieux — dijo el joven — le suplico que no la juzgue mal y que no me juzgue mal tampoco. Mi prima no tiene nada que reprocharse. Le doy mi palabra de que nunca le hablé de mi amor, hasta la semana pasada, en que le pregunté qué respondería si mi madre indicaba á ustedes lo que les ha escrito... Ya sé que he hecho mal, pues, primeramente debía dirigirme á usted y á la señora Le Prieux. No obstante, es muy natural que no haya querido, amándola como la amo, quedarme en la incertidumbre y que tratase de saber lo que ella pensaba.

— Vamos, ¿ella le ha autorizado á que nos escriba su madre? — preguntó el padre.

— He comprendido que no me lo prohibía.

Le Prieux se detuvo un minuto en este interrogatorio en el que cada palabra, proyectando una luz cruel sobre ciertos accidentes de los últimos días, aumentaba la sombra sobre otros. La actitud de su hija á su respecto, en el momento en que iba hablar con la señora Le Prieux, y que le era tan incomprensible hace un momento, ahora la veía con toda claridad. Evidentemente, había creído que la llamaba su madre para hablarla de la carta de la señora Huguenin. En cambio, hacíanse más enigmáticas las palabras cruzadas entre las dos mujeres, por la armonía entre Reina y su primo. ¿Por qué su hija había cambiado de opinión en estas condiciones? Seguramente Reina había visto á su primo en ese intervalo ó bien le había escrito. Al descubrir en su esposa tan absoluta falta de sinceridad, Héctor se estremeció ante la idea de que su hija podía dar citas, ó mantener una correspondencia clandestina. Fué tan

insuportable esta idea, que cogiendo con violencia el brazo del joven, le dijo :

— Carlos, usted no me confiesa completamente la verdad y eso no está bien... No, usted no me la confiesa, — insistió el periodista. — No me interrumpa. Usted afirma que estaba de acuerdo con Reina para el envío de la carta de su madre. Así, pues, es que Reina aceptaba ese proyecto de matrimonio con usted, ¿no es verdad? Usted conviene en que mi hija le ha advertido que ese proyecto no podía realizarse. Así pues, Reina le ha hablado ó le ha escrito. ¿La ha visto usted? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Y quiere usted obligarme á creer que no tiene nada que reprocharse ni ella tampoco?

— ¡ Se lo diré todo — respondió el joven haciendo un terrible esfuerzo — por ella y por mí ! Al menos no sospechará usted de ella — continuó con alterado acento en que vibraban los remordimientos por la injusticia que había cometido. — Si, he visto á mi prima, esta mañana á las once, en las Tullerías, acompañada por una tercera persona. Le doy mi palabra de honor de que es la primera vez que hemos tenido una cita. La prueba de que le digo la verdad, hela aquí — y sacó de su cartera el telegrama de Reina que entregó al señor Le Prieux. — Mi prima quiso hablarme... por lástima, ahora lo comprendo, para que no supiese brutalmente por alguna otra persona el desastre de mis más queridas esperanzas... Y lo que nos hemos dicho en esa entrevista, también puedo repetírselo, aun que no sea, repito, sino para impedir que á su vez sea usted injusto con ella... Y comenzó á contar desordenadamente los accidentes de la dolorosa cita matinal, la impresión que le había hecho la epístola de Reina, la llegada de esta última y cómo había adivinado en su palidez la gravedad del paso que daba; las palabras que había pronunciado la joven y las que había respondido él, su acceso de celos y lo demás. El padre oía el relato de esos sencillos y conmovedores episodios, con la carta de su hija en la mano. El escritor miraba la letra de Reina, en la que descubría la agitación, sintiendo tierna lástima por la dulce y delicada niña que había trazado aquellos caracteres y emborro-

nado aquel papel, en un instante de desesperación. Ahora se explicaba el febril brillo que mostraba en sus ojos al regreso de esa cruel entrevista y la decisión de su voz al negarse al plazo que le ofrecieron sus padres, y también el paso dado por la pobre Fanny Perrin, que seguramente había sido la tercera persona, indicada por Carlos, inocente testigo de la inocente cita entre ambos primos. Y á través de esos pensamientos un punto quedaba más envuelto en sombras que nunca: ¿qué motivo había tenido Reina para aceptar ese matrimonio con Faucherot, cuando la habían dejado libre para elegir? La solución de este enigma ¡ay! ya sabía el padre, demasiado bien de qué lado buscarla; pero el honor le ordenaba encontrarla él solo. El escritor no debía asociar á esta información, al fin de la cual adivinaba, á pesar suyo, maquinaciones poco escrupulosas y el equivoco papel de su mujer, al que consideraba, desde este instante, como su yerno. El escritor, una vez terminada la confesión del joven, se había levantado, poniéndose á pasear á través de la habitación, en medio de un silencio que Huguenin no se atrevió á turbar, aunque Carlos, al comprobar la favorable disposición del escritor á su respecto, encontraba más inexplicable que nunca la actitud de Reina, y comprendía, con su tacto natural, afinado por el amor, que era preciso respetar aquel silencio... Cuando el señor Le Prioux se paró repentinamente ante él, su corazón latía con fuerza. El periodista, habiéndole mirado durante un largo trecho, le dijo al fin, con la solemnidad en el rostro y en el gesto, de alguien que ha tomado un gran partido y que dicta á otro una decisión irrevocable:

— Acaba de responderme como hombre honrado, leal y valerosamente y yo le hablaré de la misma manera... Usted ama á Reina y usted la merece. Mi hija le ama, y no dependerá sino de ella, el que sea su esposa, ¿lo ha oído usted bien? *de ella*. Estos últimos días es verdad que se ha tratado de otro matrimonio; pero me cuesta trabajo creer sea ese el obstáculo á que hace alusión. Debe haber un error que no he llegado á descubrir, pero que descubriré... Le repito que será su esposa

el día que le plazca. Desde hoy usted tiene mi consentimiento. Hace un momento he dado fe á su palabra de honor y eso me da el derecho de que se la exija otra vez. Le ordeno que me prometa el no volverla á ver antes de que yo le autorice... El viejo prejuicio francés que afirma que los hijos sólo deben casarse por intermedio de los padres, encierra gran sabiduría. Si lo hubiese usted seguido al pie de la letra, si usted hubiera venido á buscarme antes de hablar á mi hija, se habría ahorrado emociones completamente inútiles y no la hubiera disgustado de una manera que puede sea irreparable. Posee una sensibilidad muy viva y muy profunda, y su duda acerca de ella ha debido hacerle un daño horrible. Déjeme el cuidado de sondear su herida y, todavía una vez más, puesto que hay que disipar un error, disíparlo... ¿Me da usted su palabra de honor de que no hará nada sino bajo mis indicaciones?

— ¡Se la doy! — respondió el joven que en un impulso de reconocimiento cogió entre sus manos las de su interlocutor.

— ¿Y que me obedecerá usted en todo?

— Y que le obedeceré en todo... ¡Ah! señor Le Prioux, le quería mucho, pero ahora...

— Ahora — interrumpió el padre que visiblemente temía su propia emoción — comenzará usted á cumplir su palabra, sentándose ante esa mesa y escribiendo una carta á Reina en la que le pedirá perdón por las palabras de esta mañana... ¿Le asombra eso? Tengo mi plan, tengo mi plan... vamos — agregó con esa tierna ironía que los hombres que envejecen tienen voluntariamente con los jóvenes, cuyos amores les hacen sonreír, enviándolos secretamente: — ¿Hará falta que le dicte esa carta? Escriba y ponga en ella todo cuanto desee. Se la daré á Reina sin leerla... ¿Está usted contenta?

VIII

EL PLAN DE HÉCTOR LE PRIEUX.

TENGO mi plan. Con estas palabras, repetidas por tercera vez, Héctor Le Prieux se alejó del enamorado de su hija, provisto de la carta, que le había hecho escribir, y del telegrama de Reina.

— Se lo devolveré mañana y al mismo tiempo le pondré al corriente de todo — había dicho. — Me hace falta...

Era preciso que este telegrama hubiera hecho vibrar las más profundas fibras del corazón del escritor, porque Carlos Huguenin, que se había puesto al balcón para verle alejarse, pudo advertir cómo desaparecía bajo los deshojados árboles del Luxemburgo, con la diminuta epístola en la mano. El señor Le Prieux andaba delectándose por una las palabras de esa escritura tan querida, abismado de tal manera con los pensamientos que esta contemplación producía en él, que no echó de ver el lugar en donde se encontraba en el momento en que pasó la verja, enfrente de la calle Soufflot. El periodista había atravesado todo el jardín como en un sueño. El señor Le Prieux reconoció la acera que tantas veces había seguido en otro tiempo, la estación de ómnibus y las tiendas, algunas de las cuales encontrábase cambiadas. Cuando comenzó su carrera literaria, tenía la costumbre de ir a leer los periódicos a uno de los cafés existentes en las proximidades del Odeón, y allí se dirigió, sin darse cuenta, como si, en los momentos en que el pensamiento interior es muy profundo, los movimientos se realizasen en nosotros casi mecánicamente. Por casualidad, ese lugar continuaba en idéntico estado. Decorado en otro tiempo por pintores que habían pagado de esa manera sus atrasos de copas de licor y de tazas de café, mostraba, en sus profundidades, cuatro

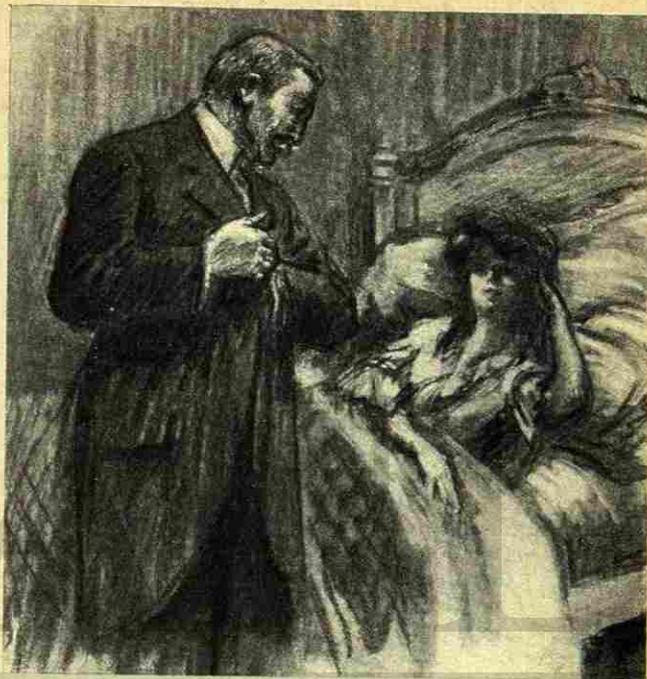
iconexos paineles que representaban : uno, una Venus saliendo del agua; el otro, la agonía de un ciervo en un matorral; un tercero a Pierrot mirando a la luna y, el cuarto, una entretenida del barrio Latino. La bohemia de este café renegrido, no contrastaba menos con la delicada novela de Reina y su primo que con el lujoso traje que « la hermosa señora Le Prieux » hacía que llevase continuamente su marido. Para Héctor, los rayos de su propia juventud iluminaban este sitio de cita de pintores y estudiantes. Sentóse en una de las mesas del rincón, libre en aquel momento, sin fijarse en la atención que excitaba, entre los parroquianos y parroquianas de este lugar, todos y todas bastante despechugados, la presencia de un hombre de más de cincuenta años, vestido como un presidente de Consejo de administración, con la cinta de caballero de la Legión de honor, en el ojal de la solapa, y que pedía recado de escribir. Redactó así, con mano rápida y suelta, sobre aquel papel una carta de dos páginas, que terminó con una firma de decisión casi agresiva. Era una misiva para Crucé, que hizo llevar inmediatamente por un recadero. ¿Hay necesidad de decir que aquellas breves líneas rechazaban por adelantado, en su nombre y en el de su mujer, las gestiones matrimoniales de los Faucherot? Terminada esta tarea, que había sido ejecutada sin duda con orgullo a su plan, miró a su reloj. El señor Le Prieux calculaba que si en este momento entraba en su casa, no encontraría ni a su mujer ni a su hija. Como le sucedía con frecuencia, pensó en pasar por el periódico para ocuparse con el redactor en jefe de su crónica para el día siguiente. Después, la sola idea del más ligero contacto con su vida cotidiana, antes de haber afrontado las dos escenas a las que se preparaba, le fué odiosa. El recuerdo de las costumbres de su juventud cruzó nuevamente por su espíritu : — ¿Por qué no he de trabajar aquí, como en otro tiempo? — se dijo. Rogó al mozo que le diese otro cuadernillo de papel de cartas, una pluma nueva, que llenase el tintero y, cogiendo uno de los manchados periódicos que rodaban sobre el mármol de una mesa próxima, buscó en la sección de no-

ticias algo que le sirviese de materia para su artículo. La vulgar aventura de una entretenida querellándose contra su costurera, atrajo su atención, á causa de las fantásticas cifras en que estaban tasadas las elegancias de la señorita ¡3.750 francos por un traje! El periodista comenzó á escribir con ágil pluma las reflexiones que ese precio del lujo le había inspirado. Cuando dieron las seis de la tarde todavía se encontraba allí, terminando su duodécima cuartilla. La crónica para el día siguiente se encontraba terminada. El periodista la leyó, con una singular mezcla de orgullo y de melancolía: por la primera vez, quizá, desde hacia varios años, acababa de escribir un artículo del que no estaba secretamente avergonzado. Lo había escrito para agradarse á sí mismo y no por deber, como en otro tiempo había soñado escribir sus versos y sus novelas cuando venía á charlar ó á emborronar papel á este modesto café, hacia ya más de treinta años. Esta impresión, tan en armonía con el resto de su jornada, hubiera prestado fuerzas á Le Prieux, y habría hecho que se aumentase el deseo de ahorrar á su hija las penas de un fracasado porvenir, si sus nervios no se encontrasen en ese estado de tensión en que el ser entero no es más que voluntad y energía. Esta misma sobreexcitación era lo que le había hecho el tiempo insoportable, y eso que casi lo engañó, con sus escritos, — por uno de esos fenómenos del mecanismo profesional, existentes en todos los oficios y que prueba, entre paréntesis, cómo nuestro oficio verdaderamente se convierte en una segunda naturaleza, que es en nosotros el instinto de una verdadera especie social. Esta diatriba contra el lujo y su esclavitud, no había producido otro resultado que el de hacer pasar dos horas al periodista, é iba á obrar en él de dos maneras, — primeramente por autosugestión, como sucede á los literatos, tan fácilmente intoxicados con sus propias frases, — en seguida por el recuerdo de los hechos y de las cifras en que acababa de pensar.

— Las seis — se dijo al cruzar el umbral del antiguo café. — Voy á buscar un coche frente al Odeón... Á las seis y veinte estaré en casa. Aproximadamente ese será

el momento en que vuelvan... Tendré tiempo de hablar con Reina antes de comer. Lo más importante, es que la pobrecita no pase la noche atormentada por sus penas. ¡Qué alegre se vá á poner cuando lea la carta de Carlos! Fanny Perrin tenía razón; si la casáramos con Faucherot, se moriría de pena... Pero ¿cómo se ha decidido á aceptarlo? He aquí lo que al fin voy á saber... El señor Le Prieux mandó parar un coche y montó en él. La pregunta que atormentaba casi continuamente á su espíritu desde la vispera, había vuelto á obsesionarle: — Si — continuó — ¿qué le ha dicho Matilde para vencer su resistencia y que no ha querido repetir á su primo? ¿Cuál es esa misteriosa razón y que evidentemente la intimida? ¿Por qué su misma madre parece tener tanto interés por ese matrimonio? Esos Francherot sólo cuentan con su dinero... ¡El dinero! ¡El dinero!... No, no, Matilde no ama el dinero. ¡Es tan generosa! Pero es verdad que en la absurda vida que llevamos, hace falta tanto, casi tanto como para la existencia de esa desgraciada acerca de la cual acabo de escribir un artículo... Tres mil setecientos cincuenta francos por un traje... Matilde nunca se ha permitido semejantes locuras, pero por más que sea una admirable ama de casa, y tan entendida, los grandes *modistos* son los grandes modistos, y desde que Reina se presenta en la alta sociedad, los gastos son dobles. Le Prieux, parecido en esto á todos los jefes de familia, sólo sabía aproximadamente el detalle de los gastos de tocado de su mujer y de su hija. Por una invencible asociación de ideas, se preguntó repentinamente: — ¿Cuál pueda ser su presupuesto exacto? Y de repente, he aquí que á través de ese cálculo mental, una inesperada hipótesis apareció ante su espíritu que trató de alejar, pero en vano. — ¡Dios mío! ¡Con tal de que no se haya visto obligada á contraer deudas, que no se atreva á confesarme! ¡Con tal que no le deba algún servicio á la señora de Faucherot, y no sea esa la razón, ni se funde en eso su deseo de casarla con el hijo de esa ricachona, sin el consentimiento de Reina!... No, sería demasiado espantoso... ¡No es posible! ¡No es posible!

Como ya se ve, el trabajo inconsciente que se realizaba en su espíritu bajo la influencia de sentimientos muy intensos y que constituían su vida secreta y profunda, había conducido á ese esposo, de carácter muy poco inquisitorial, hasta un punto muy cercano á la verdad. « Se quemaba » como dicen los niños cuando juegan al escondite. Esta adivinación iba á hacerle más dolorosa, la ejecución del plan del cual había hablado á Carlos y que se reducía á esto : entregar la carta del joven á Reina, y arrancar á la primera emoción que experimentase esta última, una confesión y un consentimiento. Le quedaria por vencer las objeciones de su esposa, mas para eso había guardado la epistola de su hija. Aun después de tantos signos acusadores, no dudaba, no quería dudar de Matilde : en presencia de una prueba, tan indiscutible, de la inclinación de su hija, no se obstinaria en un proyecto, cuya ferocidad seguramente no había sospechado. La misteriosa razón que Reina se había negado á revelar era sin duda un error de interpretación como él mismo le había dicho. Aunque se esforzaba en inculcarse esta idea en el pensamiento, con toda la fuerza del amor que sentia por su mujer, este hombre, perspicaz á pesar de su corazón, no podía rechazar la otra idea originada, según parece, por la más fortuita comparación, y cuando introdujo en la cerradura de la puerta de su vivienda la llavecita de seguridad, de oro, — un regalo, naturalmente, un regalo de su mujer — que llevaba en la cadena de su reloj como un elegante dije, le asaltó esta nueva idea de una manera singularmente dolorosa. Si no ¿cómo le hubiera pasado por las mientes, en estas circunstancias, en este instante, la figura de uno de los editores más importantes de París, al que había encontrado, no hacia mucho tiempo en un estreno y que le había dicho : — Voy á fundar una revista, *Le Prieux*. Si usted escribe para mí sus recuerdos, me dará en seguida el volumen. Daremos dos golpes á la vez, ¿quiere usted?... — ¿Mis recuerdos? — había respondido el periodista, — pero si no he tenido tiempo para vivir. ¿De dónde voy á sacar mis recuerdos?... ¿Por qué recordaba esta conversación en el descansillo de su cuarto, sino porque trataba de au-



— Lee esta carta, amada hija... (pág. 203.)

mentar los ingresos de aquel año? ¡ El escritor entreveía la posibilidad de un nuevo contrato después de tantos otros! ¿Qué atraso pensaba pagar? No obstante, inmediatamente que entró en la antecámara, un encuentro inesperado vino á distraer su espíritu. Sobre la mesa del recibimiento, vió el guardapolvo y el bastón de un visitante y el *groom*, que hacía las funciones de lacayo, respondió á su pregunta diciendo que el señor Crucé estaba en el salón con la señora.

— ¿La señorita también...? — preguntó Le Prieux.

— La señorita está en sus habitaciones — respondió el diminuto criado. — La señorita no ha salido esta tarde, se encuentra algo indispuesta...

Crucé allí á aquella hora — sin duda alguna, Matilde ya debía estar advertida del golpe de Estado doméstico, y de que Héctor había substituido su carta, que se había encargado de llevar, y en qué condiciones, con una epístola de ruptura. Esta suponía la inevitable é inmediata explicación entre los dos esposos. Le Prieux no vaciló. Primeramente era preciso que viese á Reina y que tuviese, de su parte, plenos poderes para proceder. El periodista dijo al muchacho : — No merece la pena de que se avise á la señora. No le diga que he vuelto. — El escritor fué á llamar á la puerta de su hija. El « ¿quién es? » pronunciado con voz tan débil que apenas lo oyó, le hizo casi llorar, pues adivinó en ella su cansancio, y más todavía la obscuridad total en que se encontró, una vez abierta la puerta. Con el pretexto de una incipiente neuralgia, Reina se había acostado, con las persianas cerradas, con los visillos echados, en esas tinieblas voluntarias en donde las mujeres sienten el instinto de acurrucarse, de sepultarse, cuando sufren cierta clase de penas, como si aún la luz fuese entonces para ellas una de las brutalidades de la vida. Y cuando la joven hubo dado la vuelta á la llave de la lámpara eléctrica, bajo esta dura claridad blanca que hace resaltar más los estigmas del rostro, la joven mostró á su padre una fisonomía tan alterada por el dolor, que el señor Le Prieux tuvo miedo, durante un instante, del sobresalto de alegría que iba á experimentar la joven. Pero ya Reina había apoyado los codos sobre los bordados almohadones de su camita, como en la época en que todavía contaba diez años, y su padre la sorprendía y la abrazaba antes de marcharse al teatro y, con una gracia infantil y esa despreocupación por los demás, rasgo delicioso, gesto innato de esta tierna y fina naturaleza, la joven le dijo :

— No se inquiete por mí, querido *papáito*. Al ir y al volver á las clases, he cogido un poco de frío... con el calor del lecho, eso pasará. Mañana por la mañana es el día

de su gran crónica, y podré levantarme para disponerle sus cosas como es debido...

— Sobre todo podrás descansar — respondió Héctor sacando de sus bolsillos las cuartillas emborronadas sobre la mesa del café. — Mi crónica está hecha. Tu *papáito* no tendrá necesidad de ti, *gorrioncillo* y por una vez, puede usted holgazanear cuanto guste... Además, — agregó después de un silencio y en tono que todavía trató de hacer burlón, pero cuya turbación interior palpitaba en su fingida alegría, — además, alguien me ha entregado una carta para usted... El señor Le Prieux abrió su cartera con objeto de sacar la carta de Carlos.

— ¿Alguien? — respondió Reina. Cuando tuvo entre sus manos el sobre y hubo reconocido la letra, una oleada de sangre enrojeció su rostro y comenzó á temblar, con movimiento casi convulsivo, mientras que su padre la animaba :

— Lee esa carta, amada hija, y no tengas miedo alguno. Recobra la confianza... Si me he encargado de ese mensaje, debes comprender que Carlos me lo ha dicho todo y que lo apruebo todo... Es preciso que se disipen todos los errores. Mi hermosa y dulce niña, lee tu carta... No me hables antes de haberla leído. Te amo tanto, mi querida hija... Y de nuevo, con ese esfuerzo de alegría en el mimo que quiere ahorrarse los excesos de enternecimiento á una sensibilidad demasiado joven y demasiado viva, añadió — Si no lees tu carta, voy á cogerla y voy á leerla en alta voz...

Mientras hablaba Le Prieux, una nueva oleada de sangre había invadido la frente y las mejillas de Reina, y coloreado hasta su cuello, que salía flexible y delgado, de la ligera batista de su camisa de dormir, casi envuelto por las trenzas de su cabello. Las largas y flotantes mangas, adornadas con puntillas, dejaban ver sus brazos, un poco delgados y muy blancos, con la red transparente de sus venas, de lindo color azulado. Apenas si el edredón estaba un poco levantado por su cuerpo, cuya fineza y esbeltez se adivinaban, cuerpo demasiado frágil para su edad. El hombre que la miraba abrir el sobre con temblorosas manos, se emocionaba aún más

por la visión de la gracilidad de su hija. El señor Le Prioux experimentaba ante ella esa especie de compasión, sin parecido, que hace de un padre y de una madre los apasionados esclavos de las menores voluntades de una criatura cuya delicadeza parecía tan expuesta, tan fácilmente lastimable. Entonces, querrian, aun á costa de su propia vida ahorrárlas el más insignificante sufrimiento, el menor disgusto. El espectáculo de una pena infligida á ese frágil organismo es, para ellos, un dolor casi físico, que les hiere en sus fibras más íntimas y sagradas. Así fué que al ver descomponerse y palidecer el rostro de Reina, á la lectura de la carta en que Carlos la pedía perdón, al ver cómo se cerraban sus ojos, y su cabeza caer medio desvanecida por una impresión demasiado fuerte, Le Prioux se sintió acometido por un espanto que le hizo lanzarse y coger á su hija entre sus brazos, estrecharle las manos y besarla en la frente mientras le decía :

— ¡Reina, vuelve en tí, Reina!... ¡Qué torpe y brutal soy!... ¡Yo que creía que te íbas á poner tan alegre, y que me íbas á sonreír!... ¡Hija mía! ¡Hija mía!... Sonríeme. La alegría te ha indispuerto... ¡Ah! abre los ojos, sonríeme... Gracias. ¿Cómo has podido guardar ese secreto en tu pobre corazón? La otra mañana, cuando tu madre te habló, ¿por qué no nos has dicho : « amo á Carlos y Carlos me ama? » En fin eso ha pasado... Sonríeme una vez más. Huguenin pide tu mano. Te casarás con él... ¿Por qué mueves la cabeza así?

— Porque no me casaré con él — respondió Reina. Y aun en el ahogo de su voz, quebrantada por la presente emoción, el padre volvió á encontrar aquel acento de singular firmeza que tanto le habia chocado cuando la joven rechazó el plazo que la otorgaban.

— ¿No te casarás con él? — repitió; — ¿pero por qué?

— Porque he reflexionado bien — continuó Reina en un tono todavía más firme, y porque creo que no seríamos felices...

— ¡No! ¡hija mía! — interrumpió dolorosamente Le Prioux poniéndole una mano en la boca, — no trates de

engañarme nuevamente... Ahora que lo sé todo, no es posible... Sí, conozco vuestra conversación del baile y lo que te ha dicho tu primo y lo que le has respondido... ¿Habrías hablado entonces de esa manera si no hubieras reflexionado y si no hubieses creído ser feliz con él y que tú le harías feliz?... Cuando me abrazastes antes de ir á ver á tu madre, ayer mañana, ya sé lo que pensabas. ¿Quieres que te lo repita? Pensabas que tu madre iba á hablarte de un proyecto de matrimonio con Carlos y estabas muy contenta, pero muy contenta de ello. No lo niegues, lo lei en tus ojos en el mismo momento, pero no lo habia comprendido todo; ahora lo comprendo. Y sin embargo habias reflexionado en aquel instante. Además sé que has escrito á tu primo, ayer, y que os habéis visto esta mañana. No enrojezcas, amor mío, no tiembles. Si pudieses leer en mi corazón, sólo encontrarías en él el remordimiento de no haber sabido adivinar lo que pasaba en el tuyo... Pero ahora, ese corazón me es completamente transparente. La razón que te impide casarte con el que amas, esa razón que Carlos ha implorado y que no has querido confesarle, también la conozco. Esta razón es nosotros, nuestra situación... Te has dicho : « Si me caso con Edgardo Faucherot seré rica y mi padre trabajará menos... » ¡Confiesa que has pensado eso! Eres como tu madre y te inquietas al verme escribir tanto; pero esa es mi vida, el escribir. Soy un caballo viejo que trotará hasta el fin, y si me reposase, moriría. Lo que me hace falta no es escribir menos, es el poder decirme sentado ante mi mesa : « Mi *Gorrioncillo* es feliz... » En cuanto á nuestras deudas, ni aun tendré necesidad de trabajar más para terminar con ellas. Hace poco tiempo, me han querido comprar mis dos granjas de Chevagnes... ¡Desde hace varios años estaban hipotecadas hasta donde lo permitía su valor! Ya no tendré necesidad de ellas pues, desde ahora, ya tendré donde retirarme en el campo cuando sea viejo, á tu lado, allá abajo, en Provenza. Así pues, vas á decirme que sí, que te casarás con tu primo... Vamos ¿sí te lo rogase tu madre?...

— ¡Ah! — gimió Reina. — Jamás consentiré mamá en ese matrimonio.

— ¿Pero y si ella misma te lo pide? ¿Dirás entonces que sí? responde.

— Diré que sí, — murmuró la joven, tan bajo, que la confesión del amor que experimentaba por su primo y la renuncia al inmenso sacrificio, más bien parecía un suspiro que una palabra; y pasando el brazo alrededor del cuello de su padre, la joven ocultó su rostro enrojecido, pero esta vez por el pudor y la alegría, en el hombro del envejecido escritor; aquel hombre que era un poco más alto que el otro á causa de las innumerables sesiones ante la mesa de trabajo, pluma en mano. ¡Qué poco se parecía este abrazo al helado beso de por la mañana, el que había sellado el consentimiento de Reina para el casamiento con el joven Faucherot, cuando el padre aun estaba muy lejos de creer en su hija el más triste cálculo de vanidad y la hija en la más triste ceguera de su padre si no en el más egoísta abandono! En este momento, el uno junto al otro, disfrutaban esa comunión absoluta de dos almas en la venturosa ternura, de esa absoluta fusión que el amor, con sus celos y las conmociones de sus sensualidades, conoce tan raramente, al igual de la amistad y que es como la santa poesía de la vida de familia, el rescate de sus penosos y burgueses deberes, de sus deprimentes monotonías, de sus estrecheces y mediocridades. Una aparición fácil de prever, — pero ¿cómo habrían de pensar en ella Reina y su padre? — iba á arrancar bruscamente á ambos de la inefable dulzura de esta perfecta armonía, despertando, en el padre, una energía y una presencia de espíritu que nunca había tenido antes, y que jamás debía tener después por su propia cuenta. La señora Le Prieux acababa de entrar en la alcoba. Héctor conocía demasiado bien todas las expresiones de ese hermoso y altanero rostro que tanto había amado y que amaba todavía, para equivocarse, sobre todo sabiendo que Matilde acababa de recibir la visita de Crucé. En efecto, su esposa llegaba indignada hasta la irritación, al ver que su marido se había atrevido á hacer lo que había hecho, interceptando una carta suya, una carta convenida entre ambos, para sustituirla con otra escrita por él en términos exactamente contrarios; esto era un

acto tan exorbitante, que apenas si podía creer en él. El estallido de esta indignación estaba como paralizado por el estupor. La señora Le Prieux ya no atribuía la responsabilidad de esta audacia á Héctor; y la mirada con que inmediatamente envolvió á su hija, demostraba que en su pensamiento consideraba á esta última como la verdadera culpable. Mas su imperiosa boca no tuvo ni aun tiempo para interrogar á sus dos victimas, siempre tan dóciles á la dictadura de su egoísmo. Apenas hubo dado dos pasos en la alcoba, cuando Le Prieux se había lanzado con una exaltación que jamás había conocido en este rostro generalmente tan plácido y le decía, con voz al mismo tiempo afectuosa y dominadora, en donde ella descubrió con una sorpresa todavía mayor, una autoridad que no admitía réplica:

— Iba á buscarte, Matilde, para traerte al lado de esta muchachota que no ha tenido confianza en nosotros, que no ha querido comprender que sólo deseamos su felicidad y que si la hemos hablado de ese proyecto de matrimonio con el hijo de Faucherot es por que creimos que su corazón estaba libre... ¡Acaba de confesarme que no lo está, que ama á su primo Carlos y que es amada por él!... Y ese otro muchachón, Carlos, que no se ha atrevido á hablarnos y á decirnos: ¡Amo á Reina! ¿Será alguien capaz de pensar en una tontería por el estilo?... Si no hubiese visto hoy á Carlos, si no le hubiera arrancado esa confesión, primeramente á él y después á ella, no habríamos sabido nada. ¿Comprendes? hubiéramos sido capaces de casarla contra los dictados de su corazón... Vamos, Reina, abraza á tu madre y pídenos perdón por haber dudado de nosotros, después de haberte rogado, esta mañana, que tomases algunos días más para reflexionar y para respondernos. Ya veías bien que deseábamos dejarte libre y que eras la dueña absoluta de tu elección... ¿No es verdad, Matilde?

— Reina siempre ha sido libre — respondió la madre literalmente sofocada por lo que oía, — y si verdaderamente ama á su primo, no comprendo...

— ¿Si le ama? — interrumpió el padre que agregó con una singular firmeza, con los ojos fijos en los de su mujer:

— Si, le ama y se casará con él... Después, cuando vió que Matilde iba á su vez á interrumpirle agregó : — Afortunadamente todavía no hemos respondido á nuestra prima Huguenin... Porque Reina no sabe que nos ha escrito para sondearnos. La pobre señora es una provinciana, se había creído en la obligación de tomar tantas precauciones, que jamás hubiéramos podido adivinar que nos escribía de acuerdo con su hijo. ¿No es verdad, Matilde? Hemos creído que seguía su propio impulso... ¡ Ah ! ¡ Qué razón tenías en insistir para hablar á Reina de ello, y qué tonto he sido impidiéndotelo ! Pero el mal está reparado...

Al oír la mención de la carta de la madre de Carlos, el desconcierto de la señora Le Prieux había sido tal que no encontraba fuerzas para responder. ¡ Héctor conocía la existencia de esa carta ¿Cómo? ¡ Y le perdonaba esta ocultación ! Hacía más, ¡ trataba de que su hija no lo adivinase jamás ! Y en su creciente estupor y confusión, la señora Le Prieux, tampoco tuvo fuerzas para resistir á la mano de su marido que la trajo hacia la cama de Reina, mientras continuaba :

— ¿ Y sabes por qué esta traviesa niña nos ocultaba su amor? ¿ Es que creía estar obligada á ser rica, por mí, para evitarme un aumento de trabajo. Eso es culpa tuya, amiga mía. Sí, culpa tuya. Tú le has dado el ejemplo. ¿ Por qué tú misma has tenido miedo de decirme lo que le has dicho, que estamos un poco atrasados? Tú también has tenido miedo de que no tuviera algunos artículos más para escribir... Confíesalo... ¿ Qué representa todo eso comparado con la pena de ver á nuestra hija desgraciada?... Jamás me lo habría perdonado...

¿ Verdaderamente pensaba lo que estaba diciendo el pobre destajista literario, ó bien era una segunda mentira más generosa que la primera, con objeto de salvar á los ojos de su hija el prestigio de su madre, al mismo tiempo que destruía la objeción más fuerte que esta última hubiese podido oponer al matrimonio con Carlos? El amor tiene esas ceguedades y también posee delicadezas en la lucidez y esas indulgencias en la certeza. Cualquiera que fuese

el motivo á que obedecía Héctor, sus palabras suponían una generosidad que habría hecho llorar á otra persona que no hubiera sido Matilde. Mas el orgullo de esta mujer todavía habíase hecho más implacable por la extraña depravación de conciencia que la hacía creer que siempre había trabajado y en todas circunstancias por el interés de su hija y el de su marido. Lo que la señora Le Prieux descubrió repentinamente, á través del discurso de su esposo, era que Reina había faltado á la palabra dada. ¿ Cómo hubiese adivinado, la mujer acostumbrada á ver en el escritor al más crédulo y bondadoso marido, el trabajo de inducción y de diplomacia que le había hecho descubrir la verdad? Su irritación de madre contra lo que creía ser la traición de su hija, tuvo esa ingenuidad en la violencia, que es la única excusa en las almas de presa. El exceso de su personalidad sería demasiado inhumano, si no fuera, hasta cierto punto, cándido é irresponsable. Además, « la hermosa señora Le Prieux » experimentaba una espantosa humillación al verse cogida en flagrante delito de impostura por un hombre al que siempre había conocido ante ella hipnotizado por la idolatría. Había un alivio á esta penosa impresión en la actitud de altivez indignada que tenía derecho á tomar ante otra persona, pero delante de él. Su instinto de feroz amor propio se apoderó inmediatamente de este arrebató. Apenas Héctor había terminado de hablar, cuando ella separó su mano y alejándose del lecho de su hija, exclamó :

— Y yo, no perdonaré nunca á Reina el haberte revelado lo que yo quería ocultarte... Pues bien, si — continuó la señora Le Prieux, — es verdad, quería ocultarte ciertas dificultades de nuestra situación. Tenía el derecho, y más que el derecho, el deber... Es verdad que había visto y que todavía veo — é insistió acerca de esta afirmación, — en ese matrimonio con Edgardo Faucherot el hogar más conforme á su posición y á la nuestra, más prudente... No obstante, si ella me hubiese hablado como te ha hablado, — y los secretos celos que siempre experimentó por la preferencia dada por Reina á su padre, vibraban en estas breves palabras, — la hubiese

dejado decidirse según lo que ella cree ser su inclinación... No había necesidad de esa doblez...

— ¡Mamá! — suplicó Reina juntando las manos.

— No merece que la hables así — dijo el padre á su vez. — Ella no me ha dicho nada; lo he adivinado todo...

— Ella se las ha arreglado de manera que pudieses adivinarlo todo — continuó la madre — y es peor... Te repito que no se lo perdonaré jamás... Por otra parte — terminó con una amargura reconcentrada, — tú eres su padre y el jefe de la familia y quieres que se case con su primo; pues se casará. Reina irá á vivir á provincias, lejos de París, pobremente, burguésmente, separada del mundo. Entonces es cuando será verdaderamente desgraciada; pero la única cosa que tengo el derecho de exigir es que nunca venga á quejarse de su desgracia... He hecho todo lo posible para impedirlo...

La señora Le Prieux se dirigió hacia la puerta, lanzando á su hija y á su marido esa maldición pronunciada en nombre de ese *struggle for high life* convertido para ella en una especie de dogma, en un culto. La señora Le Prieux, ni volvió la cabeza para responder á un segundo llamamiento de Reina que la imploraba de nuevo :

— Mamá, no se vaya usted así, déjeme explicarla... — Y cuando la señora Le Prieux hubo cerrado la puerta, la joven se arrojó en los brazos de su padre gimiendo : — ¡Ah! ¡mamá no me quiere!... ¡No me quiere!...

— No digas eso, hija mía — exclamó Le Prieux con un acento de verdadera tristeza, — no lo digas jamás, no lo pienses nunca... Al contrario, por que tu madre te ama mucho es por lo que acaba de tener ese apasionado movimiento á propósito de tu matrimonio; eso pasará, luego la veré, se lo explicaré todo y comprenderá lo hecho. Y si no lo comprende completamente, debes decirle que es culpa tuya... Si, mi pobre Reina, te pareces mucho á mí, y no sabes revelarte. Todo lo que tu madre ha hecho en estas circunstancias, como siempre, lo ha hecho por creer que era nuestro bien. Tiene por nosotros la ambición que hubiese querido que tuviésemos por ella. Á cualquier persona se la puede pedir cualquier cosa, excepto el que cambie su manera de comprender la vida. Tu madre ha

nacido gran señora, y nosotros, en el fondo, sólo somos unos pobres campesinos. No nos parecemos á la gente de aquí, pero ella no puede saber eso... Sobre todo, no la aborrezcas nunca á causa de mí, como algunas veces te he visto tentada de hacer, hija mía. Hace un momento te he dicho la entera verdad. Algunos artículos más ó menos que tenga que escribir, ¿qué representa eso?... ¿Ya lo sé, siempre sigues soñando con que publique libros, con que vuelva á componer versos, una novela... Es demasiado tarde, demasiado tarde. Si estuviera libre y pudiese disponer de todo mi tiempo, no podría hacerlo... He dejado ver demasiado que eso me apenaba, es verdad, frecuentemente he estado triste en estos últimos años. Tenía la apariencia de un hombre fracasado. Reina, has dado demasiado importancia á mis quejas, ¿qué significa eso? eso no significa nada y algunas veces, has estado tentada de culpar á tu madre. No digas que no... pero mírame, — y cogiendo las dos manos de su hija, la obligó á que le mirase, frente á frente, mientras que todo el orgullo de un alma generosa iluminaba el rostro de este gran corazón : — Puedes leer hasta el fondo de mis fibras más íntimas, hija mía. Soy sincero contigo, como lo sería ante la muerte. No, no he malogrado mi vida. Cuando á los veinte años deseaba ser poeta, ¿qué comprendía yo por eso? El tener hermosos sueños y realizarlos. ¡Y bien! he tenido el más hermoso de esos sueños y lo he realizado, puesto que me he casado con la mujer á quien amaba, que ha sido feliz por mí y porque te tengo, hija mía... La felicidad de tu madre, he aquí *mi obra*... Después, como si tuviese miedo de su propia emoción y de las cosas que había comenzado á decir acerca de sí mismo, movió la cabeza, y agregó con una temblorosa sonrisa y con el tono familiar de la ironía profesional : — Una parte de mi obra... Sólo es el primer volumen. Hay una segunda parte; tu felicidad... Ayúdame á dar la orden de tirada... Además, ¿conoces muchos libros, entre todas las literaturas, que valgan lo que esos dos?...

IX

EPILOGO

HE aquí cerca de tres años que ese segundo libro de las *Obras completas* de Héctor Le Prieux, — para continuar la inocente y técnica broma del viejo obrero literario, — ha sido publicada bajo la forma de las amonestaciones de matrimonio entre la señorita Reina María Teresa Le Prieux con el señor Carlos Photius Huguenin, y he aquí casi dos años que el nacimiento de una nieta, bautizada bajo la invocación de Santa Matilde, ha venido á proporcionar la ocasión con la madre de Reina para que se reconcilie con este encantador hogar de enamorados, establecidos allá abajo, al borde del mar color de zafiro, bajo el claro cielo del Mediodía, entre los olivos y los pinos de Alepo, entre la pobre Fanny Perrin, elevada al puesto de ama de llaves, y los padres de Huguenin, en la *casa de labor* hereditaria, defendida del mistral, por una cortina negra de antiguos cipreses en medio de los cuales agitanse las rosas. Es preciso creer, — esta es la excusa de « la hermosa señora Le Prieux », — que esta incomprendibilidad del sentimiento ajeno, por la que tanto han sufrido su marido y su hija, realmente constituye en ciertas naturalezas una enfermedad rebelde á toda experiencia. También es preciso creer, — y es la condenación de esa brillante y ficticia sociedad parisiense de la que esta mujer es viviente encarnación, — que esta existencia, con esa exaltación de la vanidad, con esa obsesión del lujo del vecino, no solo es fecunda en ridiculez. Esta existencia termina por ser un vicio del corazón, que se seca y marchita, como sucede al más aterciopelado cutis siguiendo el cotidiano régimen de las comidas fuera de casa y de las salidas por la noche. La prueba de esto es que la madre de Reina ha mantenido su palabra. Por una de esas anomalías de conciencia que se pueden com-

probar, renunciando á explicarlas, la señora Le Prieux no había perdonado á su hija una felicidad que continuaba considerando como la más abominable ingratitud. En esta especie de lucha social, emprendida con objeto de conquistar y mantener lo que siempre llama una « posición social », pensaba en su hija con el sentimiento que pudo experimentar Napoleón cuando vió huir á los sajones en el campo de batalla de Leipzig. Pero, como el Emperador, no es de esas voluntades que se rinden, y la verán ustedes continuar sola, si es que ustedes son también esclavos de esas mortales fatigas que impone el Todo París, sufrir las menores exigencias y seguir sus menores ritos, sin objeto alguno, pues ya no se trata de colocar á su hija; lo hace, ¡por el honor! Su nombre figuraba esta mañana en los *Ecos* de sociedad de diversos periódicos mundanos, entre las personas que habían hecho un regalo á un matrimonio como el que hubiese deseado para Reina : « *Señor y Señora Le Prieux, caja de cristal y oro...* » También figuraba ayer, bajo la misma rúbrica y en el mismo lugar de los mismos periódicos, entre los invitados á una : « *Muy elegante comida en casa de la Señora de Bonnavet, en su hermoso hotel de la calle de Artois. La escalera de madera tallada (una maravilla) el salón y el comedor (otra maravilla), estaban llenos de flores y de plantas verdes, los criados llevaban los cabellos empolvados y librea á la francesa...* » Han encontrado ustedes este mismo nombre, anteayer, siempre en el mismo sitio de los mismos periódicos, en la sección teatral en suelto á propósito de un concierto dado á beneficio de una obra de beneficencia en que se interesa la excelente duquesa de Contay, y después de la fórmula sacramental : « Entre los asistentes, tuvimos el gusto de ver... » Y la otra noche si han asistido á la primera representación del drama en verso de Renato Vincé, en el Teatro Francés, de ese *Annibal* tan apasionadamente diseutido, habrán visto pavonearse á la señora Le Prieux en un palco platea, de la derecha, que, desde hace varios años pertenece al « servicio » del célebre cronista. La señora Le Prieux estaba colocada al lado de la barandilla del palco, con la joven condesa de Bec-Crespin, y estaba más emperre-

gilada y más ceñida, más compuesta y más rizada, — en fin, más « hermosa señora Le Prieux » que nunca. Y si la casualidad les hubiese permitido escuchar las palabras cruzadas por los Molan y los Fauriel, colocados en una platea que se encontraba precisamente enfrente, y que también habían venido para mantener su puesto entre las « personalidades parisienses » habrían oído juzgar á ese mundo artificioso y bambollesco, por la boca de tres lindas mujeres y de dos astutos artistas, sus maridos, la heroica labor de esa *veterana* del batallón sagrado :

— La señora Le Prieux es asombrosa — decía Lorenza Fauriel, — jamás la he visto más hermosa que esta noche. La señora de Bec-Crespin, parece su hermana mayor... Hay maridos que tienen una suerte loca. ¡He aquí á Le Prieux, que es vulgar hasta más no poder, pesado y sin talento alguno!... Se casa con la Venus de Milo y tiene la suerte de encontrarse con una mujer honrada que nunca ha dado que hablar...

— Y que á pesar de eso encontrará el medio de hacerle llegar á la Academia... dijo María Molan : ¿No es verdad, Santiago?...

— Naturalmente — respondió el novelista dramaturgo. — El otro día me ha sondeado acerca de mis intenciones, con triquiñuelas que significan que piensa en ello. Por eso es por lo que acaba de publicar esa miseria que llama sus *Recuerdos*. Por lo menos le hacia falta un volumen para que el trabajo de su enérgica esposa tuviese la sombra de la sombra de un pretexto. Ella es capaz de reunirle quince votos ¡y no es poco!... Qué mujer tan buena y que lástima de que esté *handicapée* de esta manera.

— No obstante es verdad que sigue tan pistonudamente guapa — dijo á su vez Fauriel, que á pesar de su traje de *gentleman*, vestido en Londres, nunca ha podido curarse de la jerga del taller, — al menos que eso no sea un género destinado á agradar á sus clientes de gran mundo. Y, con sus ojos de pintor, analizaba á la señora Le Prieux á través de sus lentes : — ¡Qué forma de cabeza! — exclamaba — ¡qué arco orbitario! ¡qué cuello! ¡Qué construcción!... Á los sesenta años, á los

setenta años, si no engruesa, todavía estará magnífica... Eso está en la sangre : ¡Qué bonita era su hija! ¿qué es de ella?...

— Sigue casada en el Mediodía — continuó Lorenza Fauriel, — con el primo segundo que algunas veces veíamos en su casa, — un matrimonio absurdo y que ha producido mucha pena á su madre. Una tontería que ahora debe sentir mucho. El otoño último, ha pasado algunos días en Paris. Me la encontré y pude observar que sigue siendo tan bonita como siempre, aunque se ve bien que no es la señora Le Prieux quien la viste...

— ¿Reina ha pasado algunos días en Paris? ¡Y no me habías dicho nada! — exclamó la señora de Molan. — ¡Y no ha venido á verme! ¡Qué poca amabilidad!...

— Ni á mi tampoco — dijo la señora Fauriel. — ¡Oh! no la ahoga el corazón. Estoy segura de que no ama á su madre, pues si la amase, ¿cómo habria dejado de casarse aquí, con una persona de esta sociedad? ¡Y teniendo una madre de tanto mérito!

— Sin duda alguna la hija la tenia envidia — dijo para terminar Santiago Molan en tono indiferente y despreciativo. Ese escritor plagiarlo, ese tipo perfecto del ambicioso sin escrúpulo y del aprovechador que es sucesivamente, en sus novelas y en sus comedias, naturalista, después psicólogo, preocupado con la vida mundana, después con el erotismo, después con las cuestiones sociales, adoptando definitivamente ese tono de ironista superior que ve con tranquilidad el cieno de la naturaleza humana. Este personaje no insistió en su observación, como si fuese cosa corriente; después, habiendo nuevamente mirado á la platea de los Le Prieux, agregó: por lo demás, la chica tenía á quien parecersele. — Sigamos la pieza, señoras, debe ser muy interesante en este momento, porque ese rocín de Le Prieux finge estar distraído y no escucha.

En efecto, estaba distraído el marido de « la hermosa señora Le Prieux », tan equitativamente calificado de « rocín » por uno de los maestros de la escuela de observación ¡tan magnánimo, tan delicado, tan indulgente con el talento de los demás! El escritor se encuentra á

varios centenares de kilómetros de la platea en donde triunfa su mujer y de aquella en donde se cruzan esas palabras entre dos tristes *mercaderes* del arte y sus esposas. — Á muchas leguas de la escena y de los actores que recitaban sin alma, ante ese público tan hastiado, los versos sabiamente compuestos por uno de los más famosos carpinteros poéticos de hoy día. El cronista dramático se encuentra sentado con el pensamiento en el diminuto salón de la *casa de labor*, mirando sonreír á Reina á la que entrevé á través del espacio, tan amable, tan cariñosa, un poco melancólica á causa de su separación, ¡pero tan agradecida! Esta visión fué suficiente para que una inexplicable felicidad circulase por las venas del antiguo periodista, tanto más cuanto que ha echado de ver hace un momento, al entrar su mujer en la sala de espectáculos, que todavía ha obtenido uno de esos éxitos de belleza de los que aun le llegan al alma. Con los ojos medio cerrados, el escritor olvida las innumerables crónicas que ha sido preciso hacer para pagar las deudas — ¡todavía quedan por pagar diez y ocho mil francos! — Le Prieux olvidó el revuelo de malévolos artículos con los que había sido acogido su modesto volumen de *Recuerdos*. El escritor olvidó el sillón de la Academia y el recuento de votos académicos al que Matilde se había entregado de nuevo en el coche que les llevaba al teatro. Le Prieux olvidó sus cansancios ante la página inútil y la incurable nostalgia del arte traicionado. Olvidó todo para saborear la profunda voluptuosidad de ver felices, cada uno á su manera, á las dos únicas criaturas á las que había amado durante su vida, y darse cuenta de que lo eran por él. No ha malogrado su vida, no, y tenía razón al decir á su hija que había realizado su ideal. Había venido á París, como él decía, para ser poeta. Y ¿quién podría decir que lo era con más títulos que él?

EL TALISMÁN

LA historia que van ustedes á leer, me fué relatada por uno de los artistas célebres de nuestra época y también uno de los mayores enemigos de todo reclamo, de toda ostentación personal, de toda confidencia íntima. No revelaré su nombre, pues no quiero pedirle el permiso, que sin duda alguna me negaría, de contar esta anécdota, aunque pertenece á su más lejana juventud. También callaré la naturaleza de su talento. ¿Es escultor ó pintor, músico ó arquitecto, poeta ó dramaturgo? El silencio absoluto que guardaré acerca de ese punto, me parece autorizar un relato que lleva consigo una enseñanza de orden muy humano, porque interesa á la psicología de la infancia y, por consiguiente, á la educación. Recuerdo que ese fué el motivo que me indujo á transcribir inmediatamente esta confidencia, algunas veces pueril, otras veces sobrado minuciosa, como de un hombre que generalmente no confiesa toda la verdad. En ello he creído ver una palpable prueba de esas dos verdades, igualmente desconocidas: una, que las malas pasiones de la edad madura ya se encuentran en germen y fácilmente dispuestas á despertarse en la inocencia del niño; la otra, que la más segura curación de esos precoces vicios, se encuentra en la magnanimidad del educador anciano... Agregaré, para colocar este relato en su exacto cuadro, que el artista que nos lo hizo, acababa de obtener uno de sus más brillantes éxitos. En esta ocasión, uno de los compañeros de sus primeros años, le había bajamente difamado en un periódico. El artista fué

varios centenares de kilómetros de la platea en donde triunfa su mujer y de aquella en donde se cruzan esas palabras entre dos tristes *mercaderes* del arte y sus esposas. — Á muchas leguas de la escena y de los actores que recitaban sin alma, ante ese público tan hastiado, los versos sabiamente compuestos por uno de los más famosos carpinteros poéticos de hoy día. El cronista dramático se encuentra sentado con el pensamiento en el diminuto salón de la *casa de labor*, mirando sonreír á Reina á la que entrevé á través del espacio, tan amable, tan cariñosa, un poco melancólica á causa de su separación, ¡pero tan agradecida! Esta visión fué suficiente para que una inexplicable felicidad circulase por las venas del antiguo periodista, tanto más cuanto que ha echado de ver hace un momento, al entrar su mujer en la sala de espectáculos, que todavía ha obtenido uno de esos éxitos de belleza de los que aun le llegan al alma. Con los ojos medio cerrados, el escritor olvida las innumerables crónicas que ha sido preciso hacer para pagar las deudas — ¡todavía quedan por pagar diez y ocho mil francos! — Le Prieux olvidó el revuelo de malévolos artículos con los que había sido acogido su modesto volumen de *Recuerdos*. El escritor olvidó el sillón de la Academia y el recuento de votos académicos al que Matilde se había entregado de nuevo en el coche que les llevaba al teatro. Le Prieux olvidó sus cansancios ante la página inútil y la incurable nostalgia del arte traicionado. Olvidó todo para saborear la profunda voluptuosidad de ver felices, cada uno á su manera, á las dos únicas criaturas á las que había amado durante su vida, y darse cuenta de que lo eran por él. No ha malogrado su vida, no, y tenía razón al decir á su hija que había realizado su ideal. Había venido á París, como él decía, para ser poeta. Y ¿quién podría decir que lo era con más títulos que él?

EL TALISMÁN

LA historia que van ustedes á leer, me fué relatada por uno de los artistas célebres de nuestra época y también uno de los mayores enemigos de todo reclamo, de toda ostentación personal, de toda confidencia íntima. No revelaré su nombre, pues no quiero pedirle el permiso, que sin duda alguna me negaría, de contar esta anécdota, aunque pertenece á su más lejana juventud. También callaré la naturaleza de su talento. ¿Es escultor ó pintor, músico ó arquitecto, poeta ó dramaturgo? El silencio absoluto que guardaré acerca de ese punto, me parece autorizar un relato que lleva consigo una enseñanza de orden muy humano, porque interesa á la psicología de la infancia y, por consiguiente, á la educación. Recuerdo que ese fué el motivo que me indujo á transcribir inmediatamente esta confidencia, algunas veces pueril, otras veces sobrado minuciosa, como de un hombre que generalmente no confiesa toda la verdad. En ello he creído ver una palpable prueba de esas dos verdades, igualmente desconocidas: una, que las malas pasiones de la edad madura ya se encuentran en germen y fácilmente dispuestas á despertarse en la inocencia del niño; la otra, que la más segura curación de esos precoces vicios, se encuentra en la magnanimidad del educador anciano... Agregaré, para colocar este relato en su exacto cuadro, que el artista que nos lo hizo, acababa de obtener uno de sus más brillantes éxitos. En esta ocasión, uno de los compañeros de sus primeros años, le había bajamente difamado en un periódico. El artista fué

el primero que nos habló de ese artículo; después, la conversación había continuado acerca de la envidia, de esa odiosa pasión que es el estigma profesional de los amantes de la gloria. Todos negábamos, más ó menos sinceramente, haberla experimentado, cuando con gran asombro, nuestro camarada, que sabíamos era tan generoso en medio de su fama, tan entusiasta por el talento de los demás y tan extraño á las mezquindades de la rivalidad entre los de la misma profesión, nos interrumpió para decirnos: « ¡Pues bien, yo había nacido envidioso, debo confesarlo, y eso es lo que me hace indulgente con los desgraciados como X! » — y nombró á su difamador. « Cuando leo un párrafo de ese género y estoy á punto de indignarme, me acuerdo de haber cometido yo mismo, por envidia, una abominable acción, y si entonces no hubiese encontrado para avergonzarme á uno de esos justos, cuya imagen se tiene presente toda la vida, ¿quién sabe? tal vez ese repugnante instinto de odio contra la felicidad del prójimo, sin duda alguna hubiese aumentado... No quiero pasar por lo que no soy, así pues, declaro que en algunos momentos desagradables le vuelvo á encontrar en los más ocultos rincones de mi corazón y entonces me vuelvo á casa y miro un talismán que ese justo me ha dejado... Hele aquí, agregó dirigiendo sus ojos hacia la mesa de despacho en donde había una estatuita de bronce, colocada sobre varios papeles. « Como ustedes ven, es un Hermes, de los llamados *psicagogos*, ó conductores de almas. Su actitud y su caduceo lo indican. Ustedes verán cómo, por lo que á mi respecta, ha sido bien calificada. Debe ser una reproducción romana de una hermosa estatua griega... Desde hace treinta y nueve años, esa chuchería no se ha apartado de mí, y tengo cincuenta, lo que les prueba que la villanía, de que tengo ahí el inolvidable testigo, remonta á mi undécimo año... » Al oír esto, lanzamos gran número de exclamaciones, pues esa cifra contrastaba demasiado con la severidad de las palabras empleadas por nuestro camarada, que nos respondió con una confesión que transcribo textualmente, vuelvo á repetir, sin cambiar nada, sino dos ó tres detalles que

indicarían, demasiado claramente, el lugar y el héroe de esta tragedia infantil. ¡ Y que perdone esta indiscreción á su oyente y amigo !... »

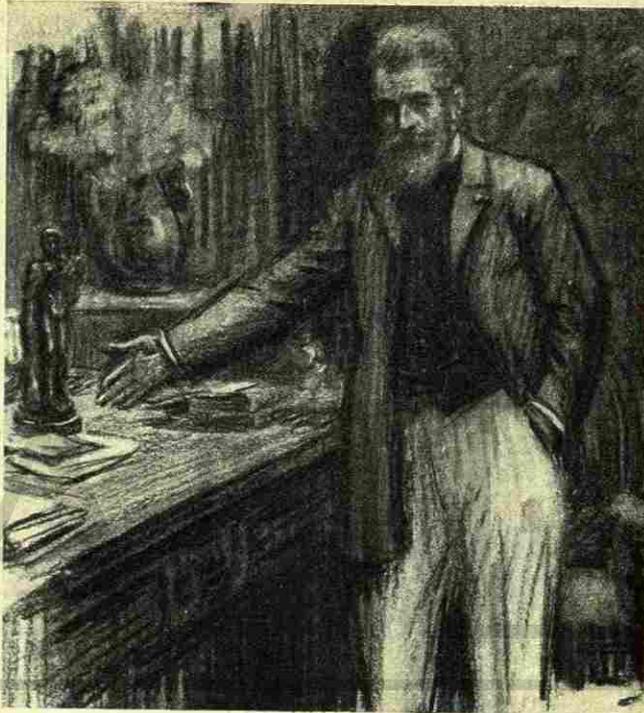
I

Como decía hace un momento, los recuerdos que evoca en mi esta diminuta estatua de bronce, están relacionados con mi lejana infancia y, por consecuencia, con los primeros años que siguieron al advenimiento del Imperio. Entonces habitaba yo en una pequeña población del centro de Francia que se había significado en 1848, por su fervor republicano. En 1855 significábase por su fervor bonapartista, con indignación de algunas personas entre las cuales se encontraba un mío tío encargado de educarme. Este hermano de mi madre enseñaba las matemáticas en la Facultad de la población. No estaba casado, y mis padres, instalados en el campo, me habían confiado á él, con el pretexto de que vigilase mis estudios, pero en realidad, con el secreto deseo de que después me nombrase su heredero. Este digno hombre, que, como suele decirse, no hubiese hecho daño á una mosca, era un jacobino apasionado, en el cual la revolución de febrero había producido una verdadera locura de desesperanza y después, el golpe de Estado del 2 de diciembre le había herido como una desgracia personal. Siempre sonrió cuando me acuerdo de las asombrosas charlas á que asistí, muy pequeño, entre ese querido tío y sus amigos, la mayoría honrados profesores como él y casi todos cargados de familia ó simplemente enamorados de su profesión; habían tenido que prestar juramento de fidelidad al nuevo régimen y al tirano! Tratando clásicamente de Tiberio y de Nerón al benévolo César que entonces soñaba en las Tullerías, se vengaban de aquella inofensiva formalidad. Con extraña confusión, celebraban como profetas á todos los peligrosos ó grotescos utopistas del socialismo

revolucionario : — los Fauriel, los Saint-Simón, los Proudhon, los Luis Blanc. Estos hombres de estudio, estos funcionarios, estos burgueses, deploraban que el gobierno de febrero no hubiesen tenido la energía terrorista — todo esto en medio de dos plácidas correcciones de composiciones escolares, si enseñaban en un liceo, ó entre dos exámenes del bachillerato, si era en la Facultad. En esa época, mi imaginación de niño, nutrida con el *De Viris*, hacía que encontrase sublimes esas palabras y esos grandiosos caracteres. El recuerdo de su cómico enternecimiento todavía me divierte; y veo, uno después de otro : — al auxiliar de Historia, el señor André, llamado el *Bárbaro* á causa de la tesis que preparaba acerca de Teodora; su homónimo, el señor André, el físico, llamado *André fi*, para diferenciarlo del otro, — el señor Martín, el helenista irreverentemente llamado el *Papanatas*. — Sobre todo veo al *alter ego* de mi anciano tío, el doctor León Pacotte, profesor de partos de la Facultad de medicina, — el que me regaló ese talismán contra la envidia, ese diminuto Hermes Salvador.

El tal doctor, que en esa época era muy anciano (ya tenía setenta años), me ha quedado en la memoria como una aparición fantástica, tan largo y delgado era, con un rostro afilado como la hoja de un cuchillo, y unas narices interminables cabalgadas por unas gafas redondas; hubiera parecido caricaturesco, sin la mirada de sus ojos, muy negros, en medio de un rostro muy pálido, casi exangüe. Irradiaba de ellos tal voluntad, y también tal bondad é inteligencia, que sólo el encuentro de estas brillantes pupilas, hacia extinguirse en mis labios la burlona sonrisa del chicuelo. Su descolorido cutis, sus estrechos y delgados hombros, la delgadez de su tronco y de sus miembros, denunciaban en este sexagenario un temperamento débil, conservado por un milagro de régimen, del que complacientemente se alababa; algunas veces le había oído decir :

— Dupuytren, mi profesor, me dijo que estaba yo condenado á morir tísico cuando me tomó como interno, á los veintiún años, pero lo enterré en 1835... Broussais,



— Como ustedes ven, es un Hermes... (pág. 218.)

el gran Broussais, confirmó este diagnóstico, y lo enterré en 1838... También era la opinión de Orfila y lo enterré en 1853...

Y mi tío reía silenciosamente, con la irónica risa de un viejo médico que triunfa con las excelencias de su propio método. ¿Cómo este hombre, tan bueno, conciliaba su ternura de corazón, sus cualidades de abnegación, de fiel amistad, con esa extraña y macabra ale-

gría de supervivencia? Quien quiera, que resuelva este problema. A pesar de los años transcurridos, todavía siento el ligero estremecimiento que experimentaba cuando su gran mano de ginecólogo se posaba sobre mi rapada cabeza de escolar. De sus huesosos dedos se exhalaba ese olor quirúrgico que ningún lavado disipa enteramente: ese tufo de hospital en que se mezclan los olores de yodo y de vino aromático, de fenol y de cloroformo, y su vieja experiencia comenzaba á adoctrinar mi juvenil atolondramiento.

— Te pareces á tu abuelo... — decía — le he conocido mucho. Estaba hecho para vivir cien años; pero nunca quiso escucharme... Yo le repetía: el estómago es la plaza de armas del cuerpo. Comer á horas regulares. No leer después de haber comido. Hacer ejercicio... se burlaba de mí, pero lo enterré en 1847. Toma ejemplo... Mirame. Sólo tengo un pulmón, me creían perdido sin remedio y verdaderamente lo estaba; si vivo es porque me he empeñado en ello y por que razoné... Medi la capacidad de mi tórax y he aquí que hace cincuenta y cinco años, ¿me oyes bien? que tomo á cada comida el peso justo de alimento que es preciso para que la digestión no haga trabajar á mis músculos con exceso... Y así sucesivamente...

Y era verdad que esta asombrosa regularidad de costumbres hacía de él una figura de la más pintoresca originalidad. Todavía veo el soleado comedor, en donde íbamos mi tío y yo á sorprenderle después de su almuerzo y de su comida. En el trincherero había colocadas siete botellitas, tapadas con un tapón esmerilado, en donde guardaba, todos los lunes, el Burdeos añejo para cada día, exactamente dosificado y que debía ser suficiente para el consumo de la semana. Aun lo vuelvo á ver, con sus interminables piernas cruzadas, y, bajo la parte inferior de su subido pantalón, las desigualdades del grueso cuero de sus botas altas, que nunca se quitaba por temor á la humedad. En invierno llevaba, por encima, una especie de zuecos cuya suela de madera golpeaba contra los peldaños de piedra de nuestra escalera cuando venía á visitarnos. Aún al cabo de tantos años, todavía oigo

el automático paso del anciano médico. Vuelvo á ver su larga levita color castaña, con cuello de terciopelo, cuya forma y color no varió durante toda mi infancia, su eterna corbata blanca, rodeada dos veces alrededor de su largo cuello, y que sobresalía por encima del de su camisa, su sombrero de copa, de paño mate, con anchas alas, y los mitones de punto que llevaba por encima de sus guantes de piel. Y sobre todo veo el salón en que, el domingo por la tarde, celebrábase una verdadera reunión de libre pensadores y de jacobinos, constituida por mi tío, los profesores enemigos del Imperio y por algunos abogados, propietarios ó rentistas que compartían el radicalismo del dueño de la casa. ¿Por qué extraño misterio, ese juicioso higienista, todo observación y realismo, profesaba en política las doctrinas más contrarias á la experiencia? He comprobado tantas veces ese fenómeno en otros médicos, que no debía asombrarme, y sin embargo, siempre me sorprende. Esta anomalía era tanto más notable en el doctor Pacotte, cuanto que ese irreconciliable enemigo de los reyes y los clérigos, ese loco admirador de los energúmenos de la Convención y que hablaba con idolatría de Dantón, de Saint Just y de Robespierre, ese triunvirato de sanguinarios bandidos, era, al mismo tiempo, un apasionado de la vieja Francia, un aficionado y un coleccionista infatigable de todos los preciosos restos de la antigüedad esparcidos por nuestra provincia. Su salón rebosaba de tesoros que ha legado á la población y que hacen del museo de esta pobre ciudad de provincias, uno de los más ricos de nuestro país. Allí es donde mis ojos de adolescente fueron acariciados por primera vez por los vivos y cálidos colores de los azulejos de Limoges. El doctor tenía quince azulejos, de la mejor época, de la del maestro Grandmont, con sus hermosos fondos color de lapislázuli, con esos ropajes de un suave verde de agua, ese rojo oscuro de las cabelleras y de las barbas, formando marco al delicioso rosado de los rostros. ¿Dónde había descubierto ese tesoro? Nadie lo sabía. ¿Dónde se encontraban esos magníficos púlpitos esculpidos por algún genial artista de Borgoña del siglo xv? ¿De dónde

un discurso ante sus alumnos. Esta algarada le habría valido la prisión, de haber sido el gobierno imperial tan tirano como mi tío y sus amigos aseguraban todos los domingos, entre las chucherías del médico radical. En lugar de eso, se había contentado con dejarlo cesante. Montescot había nacido en nuestra ciudad, en donde conservaba algunos lejanos parientes, del mismo nombre que él. Así, pues, era muy natural que se retirase allí; mas para los monomaniacos del salón Pacotte, la llegada del filósofo dimisionario, se había convertido en seguida en una tenebrosa maquinación de los opresores del país.

— Le han impedido que se gane su vida en París, — había dicho solemnemente el señor André, el Bárbaro. — ¡Ah! ¡qué bandidos! agregó después en tono misterioso : « Afortunadamente ya ha nacido Tácito en el Imperio... — Esta cita que pasaba continuamente á través de los discursos del buen hombre, significaba que el profesor de historia preparaba un trabajo acerca de los doce Césares, lleno de las más crueles alusiones al presente régimen.

— Han tenido miedo de su elocuencia — había respondido André Fi, antiguo camarada de Montescot en la escuela Normal. Esta confraternidad con el mártir, le daba mucha importancia : « ¡ Si le hubiesen oído ustedes hablar!... En la escuela, los científicos como nosotros no sentíamos gran inclinación por los literatos, y en particular por los filósofos, á los que llamábamos charlatanes; ¡pero lo que es ése!... ¡Ah! ¡Lo que es ése!... — y buscando un término de comparación, el físico, que de toda la historia sólo conocía la Revolución, había agregado, creyendo otorgar una corona á su amigo : « Es un Vergniaud...

Serán castigados — había interrumpido mi tío, en el que las convicciones republicanas iban unidas á un espiritualismo exaltado, que los constantes estudios astronómicos, fundaban en la asombrosa concepción de una emigración de las almas á través de los astros. Cada cual habitará las estrellas inferiores ó superiores, según

sus virtudes y, concienzudamente, el dulce sabio poblaba de virtuosos jacobinos, las llanuras de *Júpiter*, en donde reina una eterna primavera y de infames reaccionarios las tórridas ó heladas regiones de *Venus* que no poseen zona templada. — Si — continuó — serán castigados en este planeta y en el otro, y Montescot será recompensado... El Absoluto no puede equivocarse.

— Mientras tanto — había dicho el doctor Pacotte, que aunque buen republicano, todavía era mejor materialista — como no estamos en *Júpiter* ni en *Saturno* y el Absoluto no se ocupará de alimentar á Montescot, desde mañana voy á buscarle lecciones entre mi clientela... ¿Está casado su amigo? — Y á la respuesta negativa del señor André Fi agregó : — entonces haremos que viva con holgura, á pesar del prefecto, del rector y de la policía... En cuanto llegue, me lo llevará usted, ¿no es verdad, André?... Si han creído dominarle por medio de la persecución ¡poco que van á rabiarse!...

Después de tales discursos ¿tengo necesidad de explicar qué lugar ocupó inmediatamente en mis sueños de niño ese Catón moderno, ese Tráseas contemporáneo, ese Séneca de Luis el Grande, perseguido por los misteriosos atormentadores que me figuraba presididos por el verdugo en jefe, por ese pobre Napoleón III, cuya benévola fisonomía, contemplada en las monedas, me desorientaba un poco aunque fuese muy niño. Pero sentía por mi tío y por sus amigos un respeto locamente crédulo, más fuerte que la evidencia. Además, por muy extraña que parezca tal aberración, esas honradas personas, obraban de buena fe, y se creían aplastadas por un régimen que les dejaba esa libertad de opinión y de palabra. Como la buena fe de los grandes personajes obra de la manera más contagiosa en los adolescentes, cuando fué anunciada para el próximo domingo la llegada de Montescot, pasé la semana en un verdadero estado febril. Es preciso creer que ese es un profundo rasgo de mi naturaleza, porque he vuelto á sentir esa fiebre, tan ardiente, y casi tan impaciente, después, cada vez que he debido conocer á alguien cuyo talento admiraba, y, casi siempre he vuelto á sentir la repentina decepción que sufrí al ver entrar en casa del

doctor Pacotte al personaje en cuya frente había visto con completa claridad, una aureola de martirio.

El señor Montescot era un hombre de treinta y cinco años, que aparentaba cuarenta y cinco, con un rostro pensativo y raquítico, en que se leía la miseria de una consumida salud. Era bajito, cargado de espaldas y ya calvo; y, cuando sonreía, dejaba al descubierto un gran agujero negro, su boca, á la que faltaban casi todos los dientes de la mandíbula superior. Una invencible timidez daba, á sus menores movimientos, una torpeza todavía aumentada por una gran miopía. Llevaba unos lentes continuamente instalados sobre una nariz demasiado pequeña. Después he sabido que por sus venas corría algo de sangre rusa, y en efecto, poseía ese rostro medio asiático, ancho y como aplastado, que se encuentra entre los eslavos; pero el físico, que le sirvió de introductor, después de haberle servido de anunciador, no había mentado : aquella fisonomía casi miserable, se transformaba al hablar. La naturaleza, tan caprichosa en el reparto de sus dones, le había dado un órgano de gran orador, una de esas encantadoras voces que son como una música para el oído, y cuya persuasiva seducción es irresistible. Esta era la superioridad absoluta de este hombre incompleto y también debía ser la razón de su ineficacia. Desterrado en provincias, pasó allí muchos años, que podrían haber sido fecundos, si en lugar de hablar, hubiese escrito, si en vez de explayarse en interminables discursos, en casa de mi tío, en casa del doctor Pacotte, en todos los lados en que el auditorio vibraba de acuerdo con él, se hubiera preparado, por medio de profundos estudios, al regreso demasiado cierto, de su partido al poder. Pero, todavía una vez más, la personalidad de Montescot, solo se ha dibujado así más tarde en mi pensamiento, pues, por el momento, sólo sentí una confusa impresión de desencanto, inmediatamente dominada y rechazada por otra de asombro, de interés y de curiosidad : el recién venido traía de la mano á un jovencito, que debía tener exactamente mi edad, y cuya existencia no había sido nunca mencionada en las palabras cruzadas á mi alrededor durante aquellos últimos días.

— Me he permitido traer á mi pupilo — dijo simplemente al señor Pacotte — para no dejarle solo en la casa.

— Y ha hecho usted muy bien — respondió el doctor — tendrá un pequeño camarada. ¿Cómo se llama?

— Me llamo Octavio — dijo el mismo niño.

— Bueno, Octavio — continuó el dueño de la casa poniendo el brazo del diminuto visitante bajo el mío, — he aquí un jovencito con el que hará usted un par de amigos. Id á jugar al jardín...

III

QUÉ relación de parentesco unía al encantador niño, con el que inmediatamente bajé hacia el gran jardín del doctor, y al catedrático dimisionario que lo había presentado como su pupilo? El recuerdo de algunos detalles que hoy acuden á mi imaginación, me induce á creer que el llamado padrino ocultaba una verdadera paternidad. Aunque Octavio fuese tan elegante y flexible como el señor Montescot era tosco y torpe, evidentemente había semejanza entre los dos : el color de los ojos, que en ambos era azul, de un azul muy claro, casi gris; los cabellos, de un rubio tirando á rojo; la forma un poco aplastada del rostro y sobre todo la voz, que era muy parecida, casi de entonación idéntica. Únicamente, si el joven Octavio era, como creo, hijo del filósofo, era un hijo del amor, y una vez más la pasión había hecho el milagro de una herencia transfigurada. Toda la gracia de la madre había debido pasar al niño. ¿Quién era esta madre? ¿Cómo este hombre superior, pero tan poco seductor, había encontrado una querida capaz de darle un hijo tan hermoso? ¿Qué era de su vida y por qué ese discípulo de Kant no se había casado con ella? Nunca he llegado á saber la verdad acerca de todos esos enigmas, y es probable que la muerte de esta mujer hubiese coincidido con su regreso á provincias, atribuido con complacencia por

mi tío y sus amigos á la tiranía imperial. Debo hacer justicia á esas honradas personas en las que el fanatismo político era una de las formas de la candidez : si sospecharon que el señor Montescot no les decia la verdad, presentando á su pupilo como huérfano, unido á él por un lejano parentesco, nunca se permitieron hablar de eso ni aun entre ellos mismos. Si, esas personas eran muy buenas, y al acordarme de ellas comprendo qué fuerte y sólida Francia haría aún esa vieja burguesía provinciana, si, al cabo de cien años, el error revolucionario no hubiera minado la obra de tantas virtudes.

Peró vuelvo á esa tarde del mes de octubre en el jardín del doctor. Era una especie de parque, medio silvestre, y rodeado de tapia. En otro tiempo habia pertenecido, como la casa, á un convento de capuchinos, suprimido á últimos del pasado siglo. El anciano médico guardaba ese terreno, como hacía con todo, por higiene, á causa de la exposición al sol, y de los grandes árboles, cuyo marchito follaje mostraba ese domingo los encantadores matices de la púrpura y del oro. En esa época, estaba yo bastante ágil y pasablemente orgulloso de mi agilidad. En el momento en que llegamos á la escalinata, Octavio y yo, tuve un ligero movimiento de ostentación vanidosa, y le dije : — ¿Quiere ver usted cuántos peldaños salto?... Después, bajé tres ó cuatro, y franqué de un salto los que quedaban. Me volví hacia mi nuevo camarada, que se habia quedado en lo alto de la escalinata. Esperaba de su parte alguna frase de asombro, porque no me habia arriesgado á este salto sin un ligero estremecimiento de miedo y me consideraba muy valeroso por haberlo intentado. No obstante, Octavio no tradujo su admiración por gesto alguno, con ninguna palabra, pero vi con estupor que juntaba los pies, colocando los brazos hacia delante, en la clásica postura que nos recomendaba nuestro profesor de gimnasia, tomar impulso, doblar dos veces las piernas y á la tercera, saltar todos los peldaños de la escalera. Mi nuevo amigo no habia disminuido como yo la distancia bajando los tres ó cuatro primeros escalones. Cuando hubo realizado esa proeza, que verdaderamente lo era para un niño de su talla y de su edad, su orgullo sólo se mani-

festó con una mirada. Yo respondí á ella con el irresistible grito del amor propio resentido : « Haré lo mismo. » Subí á la parte superior de la escalinata. ¡ Ah ! ¡ Qué larga me pareció la escalera ! Mas encontré nuevamente la mirada de mi compañero y salté á mi vez... ¿Fué torpeza originada por el temor de un fracaso? Ó bien ¿era superior á mis fuerzas la gran distancia? Lo cierto es, que mis pies tocaron los últimos peldaños, y en lugar de caer á plomo, fui á rodar sobre la arena del paseo, con las rodillas ensangrentadas, el pantalón roto y el hombro magullado; en fin, una de esas caídas para romperse ambas piernas, y de la que los niños se levantan, como los borrachos, contusionados pero intactos. Octavio habia acudido á mi lado pálido de terror. Su voz temblaba al preguntarme :

— ¿Se ha hecho usted daño?...

— Ninguno — respondí poniéndome de pie y para demostrar la veracidad de este heroico embuste, eché á correr por el jardín, aunque mis miembros estuviesen cruelmente doloridos... Pero la humillación habia sido demasiado grande, y un estremecimiento de verdadero odio palpaba en mí contra mi joven compañero, cuya bondad manifestó con el silencio que tuvo la delicadeza de guardar acerca de la naturaleza de mi caída, cuando volvimos al salón después de haber jugado en el jardín, y cuando dije para explicar mis desolladuras y el estado de mi ropa :

— He dado un mal paso en la escalera.

— ¿Cómo encuentras á tu nuevo camarada? — me preguntó mi tío cuando nos quedamos solos, él, el doctor Pacotte y yo. Los dos viejos solterones, según costumbre del domingo, el matemático y el médico, comían, ó para emplear la expresión del país, cenaban á solas, á las cinco y media, y me sentaban en la mesa entre ellos, como un animalito domesticado, cuya presencia ni siquiera sospechasen. ¡ Qué charlas oí así á esos dos hombres que sólo vivían para las ideas, — admirables cuando no hablaban de política. No tenía edad para comprender su elevación; pero la sentía, la respiraba como una atmósfera y esa fué la mejor y más eficaz enseñanza. Cuando uno

de mis grandes amigos me dirigía la palabra, generalmente respondía yo con toda confianza, con toda la franqueza, tan natural en un niño bien educado. Es preciso creer que el vil germen de la antipatía, depositado en mi corazón de escolar por ese primer contratiempo con el pupilo del señor Montescot, ya germinaba en mi alma y que vagamente me daba cuenta de ello, porque, por primera vez, experimenté una instintiva turbación al decir lo que pensaba. Balbuceé una frase evasiva, criticando á Octavio, mientras el calor me subía á las mejillas, me pareció — ¿era una ilusión? — que la mirada del médico, aquella extraña mirada acostumbrada á diagnosticar, tan aguda, tan reflexiva, se posaba sobre mí, con una penetración que me molestó... Esto no fué más que un relámpago y en seguida, cuando mi tío volvió á interrogarme de nuevo :

— ¿Serás bueno con él en el colegio; me lo prometes?...

— ¡Oh! ¡Si! respondí espontánea y sinceramente.

¡Qué compleja y contradictoria es la sensibilidad del niño á la que el prejuicio cree tan sencilla! Experimentaba una necesidad casi física de no volver á ver aquella expresión, que no hubiera sabido definir, en las pupilas del doctor Pacotte. Era como si hubiese leído claramente en mí alguna cosa vergonzosa que yo mismo no leía.

IV

Si he insistido acerca de ese primer episodio de mi encuentro con Octavio, es porque encierra el tipo completo de su carácter y del mío en esa época de nuestra existencia. El dramita que se había desarrollado en la escalinata, era la pueril imagen — entre ambos sólo contábamos veinticuatro años — de las relaciones de rivalidad que inmediatamente se establecieron entre nosotros. ¿Se desarrolla, entre los niños que se sienten en una situación excepcional, y que tienen orgullo, energías también

excepcionales? Frecuentemente lo he pensado al comprobar los esfuerzos de que son capaces ciertos adolescentes muy pobres. En ninguno de ellos, esta tensión del ser hacia la primacia, me ha parecido más fuerte, más constante que en él. Octavio era un niño de inteligencia bastante vulgar y de mediano vigor; pero desde esta tierna edad, poseía tal poder para aplicar su voluntad á la acción presente y una especie de fría obstinación, que debía hacerle triunfar de toda competencia, tanto en los estudios, como en los juegos. Desde esa época, era una *criatura hecha*, en lugar que los otros *camaradas* y yo mismo sólo éramos bos-



— Me he permitido traer á mi pupilo...
(pág. 229.)

quejos, de individuo. Si hubiese vivido, no sé á lo que habria llegado. Por lo demás, ¿es discutible esta hipótesis? No podía vivir pues toda madurez es un fin, y Octavio era á los once años un alma madura. Cuando entró en nuestra clase, nos dimos cuenta de ello á las primeras respuestas que dió al profesor. Sin duda alguna, sus conocimientos en griego y latín no eran superiores á los nuestros, pero habia una claridad en su espíritu y en su palabra una precisión, y, por decirlo así, una certeza que inmediatamente le puso á parte. Lo mismo sucedió desde la primera composición. Habiannos dado á traducir, del latín al francés, una página de Tito-Livio, bastante difícil para los alumnos del quinto año. El año precedente habia yo obtenido el premio de versión latina y consideraba el primer puesto en esta materia, como una especie de derecho adquirido. Todavía lo recuerdo. Cuando salimos del liceo, después de haber hecho la composición, un martes por la mañana, pedí á Octavio que me dejase leer su trabajo con objeto de compararlo con el mio. El joven me alargó un cuaderno que le servía para hacer los borradores, cuyo solo aspecto, revelaba esa virilidad precoz del jovenzuelo. ¡Era tan firme la escritura, tan clara, tan acabada! La ausencia de enmiendas, atestiguaba una capacidad de trabajador intelectual, muy diferente de nuestro procedimiento, en que todo se volvía toques y más retoques. Con solo ver esta página, comprendí que su versión debia ser mejor que la mia, lo cual me hizo leer lo que habia escrito, y si no hubiese estado allí, de fijo rompo á llorar de despecho, al comprobar que su versión era muy superior á la que yo acababa de hacer. Este despecho me crispó el corazón hasta el sábado. Ese era el día en que el provisor entraba en las clases para proclamar el resultado de las composiciones. Generalmente, esperaba la entrada de ese temible magistrado con una singular ansiedad. Esa tarde, mi angustia casi llegó al dolor, y cuando desplegó la lista y comenzó á leer, hubiese deseado huir de la vasta habitación en donde escuchamos de pie, Octavio su triunfo, por que era el primero; yo, mi derrota, porque sólo habia

obtenido el tercer puesto y signo evidente de que ya era Octavio quien excitaba mi antipatia, *personalmente*, es que no experimenté la menor sensación de odio contra el condiscípulo que, clasificado el segundo, también me habia vencido. ¿Qué pensaría, cuando al día siguiente de esa funesta jornada, el domingo, volví á encontrarme con mi afortunado rival en el salón del doctor Pacotte? Todavía oigo la voz de mi tío dando la enhorabuena al señor Montescot, por el brillante comienzo de su pupilo, y diciendo :

— Según parece, mi sobrino se va ver obligado á luchar con un buen atleta.

— Eso es lo que hace falta — respondió el señor André, el *Físico*, — los colegios de Paris, sólo son lo que son á causa de esa competencia entre los buenos alumnos...

— Serán Niso y Euryales — continuó el señor André, el Bárbaro, que no desdeñaba las citas latinas.

His amor unus erat, pariterque in bella ruebant...

Sabia bastante latin para traducir esos versos relativos á la amistad de los jóvenes héroes de Virgilio y acerca de su fraternidad en la lucha. Pero los sentimientos que me inspiraba el Euryales escolar, del que el profesor me hacia el Niso, era de un orden muy diferente. Apenas si podía soportar el concierto de elogios de que era objeto, y he aquí que de nuevo encontré, posada sobre mí, la mirada del doctor Pacotte. En los ojos del médico habia la misma agudeza quirúrgica que me penetró hasta el fondo de la conciencia y me avergonzó una vez más. Después, como si verdaderamente hubiese poseído el don de descifrar mi joven sensibilidad, á libro abierto, me dijo :

— Vas á ir á enseñar mis mariposas á tu amigo; estoy seguro de que no ha aprendido á conocerlas en Paris... Y, á la respuesta negativa del joven Octavio : « Explícaselas » agregó el excelente hombre volviéndose hacia mí, « puedes hacerlo porque en esa materia sabes tanto como yo... » El doctor habia comprendido que en este momento me era precisa una prueba de mi superioridad

para que no cayese en una verdadera crisis de rabia envidiosa, y me ofrecia la ocasión para ello.

V

Ay!! la ligera satisfacción dada por la inteligente bondad del anciano médico, debía ser muy pasajera y la desgracia quiso que mi tío, en su calidad de matemático, juntase, á un corazón muy noble, el más completo desconocimiento de las realidades humanas. Cuando me acuerdo de ese invierno de 1855 á 1856, en donde esa indigna pasión desarrolló tan extrañamente en mí su vegetación funesta, reconozco siempre que la poca habilidad de mi tío fué, sin él saberlo, su más poderoso auxiliar. Las ciencias abstractas le habían dado en educación el mismo defecto que en política: razonaba en lugar de observar. Jamás llegó á pensar en que era mi verdugo con sus cotidianos elogios de las perfecciones de Octavio, opuestas á mis defectos. De esa manera creía corregirme y no advertía que, poniéndome por modelo precisamente, al niño cuya firme y metódica voluntad era más opuesta á la mía, desarrollaba en mí esos defectos. Nunca he sido más desordenado, más desigual y menos cuidadoso que en esa época, por una instintiva reacción contra estas frases continuamente repetidas: « Mira á Octavio... ¿Por qué tus cuadernos no están tan bien escritos como los suyos?... ¿Por qué no eres tan exacto como él?... Mira qué limpio lleva el traje... » Mi tío aumentaba el efecto desastroso de esta constante comparación, demostrando á mi joven camarada un afecto que acabó de exasperar mis celos. Había entablado gran amistad con el señor Montescot. Un filósofo y un geómetra, están hechos naturalmente para vivir juntos, y los dos soñadores terminaron muy pronto por no poder pasar el uno sin el otro. Ambos trabajaban por la mañana y se paseaban después de almorzar. También era este el momento en que mi tío me llevaba consigo para que

hiciese un poco de ejercicio. Estos paseos en su compañía habían sido para mí una delicia; pero se transformaron en una dolorosa carga, cuando fué preciso compartirlos con el señor Montescot y su pupilo. Generalmente íbamos á buscarlos á su casa, porque habitaban más cerca que nosotros del Jardín Botánico, el acostumbrado teatro de esos paseos antes de la clase de la tarde. El profesor dimisionario había escogido para alojarse, una diminuta vivienda, tristemente amueblada con los restos de una instalación parisiense ya muy pobre. Las sillas eran poco numerosas en las cuatro habitaciones, cuyos ladrillos, en otro tiempo encarnados, encuadraban una alfombra de fieltro, usado y lleno de piezas. No obstante, el orden y la limpieza de este reducido cuadro, contrastaban con el voluntario descuido del metafísico. Mi tío fué quien me hizo observar esta limpieza, descubriéndome el secreto de ella; se debía á nuestra criada, unida á la sirvienta de los Montescot.

— El joven Octavio — me había dicho — es un niño maravilloso... ¿Has visto qué limpio está el cuarto? ¡Pues bien! todas las mañanas, cuando viene la criada, él mismo le ayuda á arreglarlo todo, antes de ir al colegio. El joven todavía encuentra el medio de acabar sus ejercicios y de aprender sus lecciones por adelantado... ¿No te da vergüenza de que te cueste tanto trabajo levantarte y que ni siquiera puedas arreglar tu mesa? — Entramos en aquel cuartito que detestaba tanto. Sólo el orden de los muebles era un reproche unido á mi desorden, y el complaciente movimiento con que mi tío acariciaba los oscuros y finos bucles de su « amiguito » como le llamaba, me era tanto más intolerable cuanto que contrastaba con la completa frialdad que mostraba á mi respecto el señor Montescot. El filósofo había concentrado toda su ternura en su pretendido pupilo, por lo que era muy natural que yo no existiese para él. Una conversación comenzada entre los dos hombres, en la que el llamado tutor no dejaba nunca de deslizar para Octavio un elogio, al que mi tío hacía eco, y veía que un cándido agradecimiento iluminaba el lindo rostro de mi camarada, á quien envidiaba el elogio y el cuartito.

No obstante, ¡cuánta pobreza respiraba todo! Á pesar de las gestiones del doctor Pacotte, el señor Montescot no había encontrado lecciones. El metafísico vivía con unas insignificantes rentas, seiscientos ó setecientos francos al año, no tengo noticias de más, con algunos trabajos mal pagados y con algunas de esas vastas empresas de librería que abundaban por aquellos años. De eso era preciso sacar para comer dos, para vestirse y para pagar la lección del liceo. El único lujo de este hogar, era una diminuta biblioteca con cristales, en cuyos estantes se veían algunos libros raros, y cinco ó seis objetos que el dueño de la casa había traído de una misión en Italia, en la época en que disfrutaba del favor universitario. Allí había dos cabezas de mármol, una de Juno y otra de Baco, un hermoso vaso etrusco con figuras negras sobre un fondo rojo, representando la Esfinge entre dos tebanos, este bronce y este Hermes al que verdaderamente llego por el camino más largo. Estas chucherías antiguas eran el único adorno de la casa y la gran alegría de su dueño. El señor Montescot estaba muy orgulloso de ellas y algunas veces le sucedía el decir durante las interminables discusiones que entablaba con mi tío, acerca del principio de la estética: «Si usted ha mirado *mi Esfinge*... Puede comprobarse eso en *mi Juno*... Usted puede ver eso en *mi Baco*... Esto sucede en *mi Hermes*... » Y sonreía casi con tanto orgullo, como el domingo cuando llegaba á casa del doctor Pacotte y se le preguntaba:

— ¿Y bien? ¿Ha obtenido Octavio un nuevo premio?...

— Sí — respondía.

— ¿Y cuántas veces los ha obtenido ya?...

Y el radiante tutor respondía con una cifra que fué aumentando cada semana, hasta que llegaron las vacaciones de Pascua y con ellas la proclamación de los premios llamados de excelencia. Siempre había obtenido yo el primero, durante los cuatro años que seguía los cursos del colegio. Este año sólo podía contar con el segundo y ¡á que distancia, después de los continuos éxitos que Octavio había obtenido en las composiciones! Sólo había dejado de obtener una vez el primer puesto.

Aunque ese resultado, que no era sino una adición de puntos, fuese matemático y que, por consecuencia, lo esperase con tanta seguridad como mi tío aguardaba un eclipse de luna anunciado por el Observatorio, no podía acostumbrarme ni aceptar esa constante derrota. Ese mal movimiento de protesta, fué tan fuerte en mí que fingí una enfermedad, con objeto de no ir á la clase del Sábado Santo, en la que el provisor debía leer la lista de los laureados.

Comprendí que no tendría fuerzas para contenerme. Pasé toda la mañana en la cama, quejándome de dolores de cabeza, que se curaron como por encanto, cuando mi tío habló de ir á buscar al doctor Pacotte. Temí la penetración de aquel anciano que, á medida que aumentaba en mí la odiosa pasión, mostrábame un rostro casi severo... Recuerdo esta escena como si pasara ahora mismo, porque iba á dar lugar á la indignación de que les he hablado y que en el cándido dominio de las sensaciones infantiles, equivale á un verdadero crimen. En cuanto mi tío hubo pronunciado el nombre del doctor, me voy diciendo que no valía la pena y que me encontraba mejor. El poco perspicaz matemático no tuvo tiempo para asombrarse de esta súbita curación, porque en el momento en que iba á levantarme, oyóse un campanillazo alegre y precipitado.

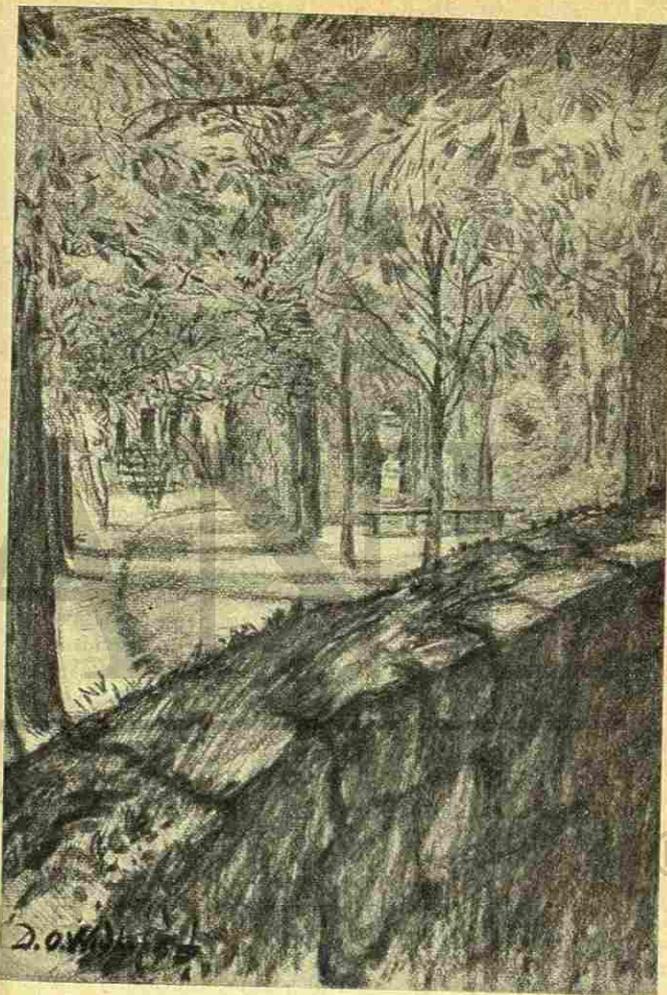
— ¿Quién puede ser? — dijo mi tío. — Son las diez y media. Estoy seguro de que al salir de clase Octavio se dirige aquí para saber noticias tuyas. ¡Tiene tanto corazón y te ama tanto! Si, él es, y te trae tu premio... No es posible ser más bueno...

En efecto, Octavio entró en la alcoba con un libro en la mano, — el escuálido volumen que representaba el segundo premio de excelencia, y del cual se había encargado. El joven sólo se había tomado el tiempo de pasar por su casa para anunciar su triunfo al señor Montescot. Octavio llevaba bajo el brazo los dos gruesos libros de canto dorado que representaban su primer premio, y de los que su muy excusable vanidad no había querido separarse; pero no fué esa antítesis lo que sobre-

excitó mi envidia hasta el paroxismo, sino el ver que pendía de su chaleco una cadena que no le había visto nunca y de su bolsillo una alhaja que tampoco conocía, un reloj de oro con sus iniciales y una cadena que me puso en la mano al mismo tiempo que decía :

— Mira el regalo que por mi premio me ha hecho mi padrino.

Para hacer comprender á ustedes los sentimientos que me agitaban en aquel instante, es preciso decirles que no poseía yo sino una antigua cebolla de plata. Uño de mis más apasionados deseos, uno de esos caprichos secretos en los que una imaginación de once años envuelve por adelantado infinitas felicidades, era el de poseer un reloj como aquel, cuyo reluciente metal brilló un minuto entre mis dedos. Mi tío, á quien algunas veces di cuenta de mi deseo, siempre me había dicho : — Te regalaré un reloj de oro el día en que seas bachiller... Sólo lo tuve yo después que sali de la Escuela Normal... Es un gran lujo y es preciso ganárselo... — El modesto profesor, tenía en sus costumbres ese fondo de jansenismo, tan frecuente en nuestros burgueses de provincias. Cuando había pronunciado la palabra *lujo*, su decisión era irrevocable, ya se sabía... ¡Y esa joya, prometida para cuando tuviese diez y ocho años, y como recompensa de un examen que consideraba como terrible, mi afortunado camarada lo poseía desde aquel momento ! Me fué imposible darle las gracias por el libro que había tenido la amabilidad de traerme, y también el felicitarle por su éxito. Le devolví el reloj con un rostro tan profundamente alterado, que el pobre muchacho olvidó su propia alegría. Octavio no se paró en volver á meter el reloj en su bolsillo, sino, colocándolo encima de la mesa de noche, con objeto de estrecharme más pronto la mano, me preguntó : — ¿Sufres? ¿qué tienes? — con un acento que hubiese debido cambiar en afecto mi miserable y vergonzoso odio. ¡ Ay ! Después, entre los demás, frecuentemente he comprobado que el noble proceder de un enemigo, casi siempre da por resultado el exasperar el odio que inspira. Yo he podido comprobarlo en mí, en esa crisis pueril y trágica. El evidente cariño de Octavio



Era una especie de parque... (pág. 230.)

me fué insoportable, y arrojándome de nuevo sobre las almohadas, dije :

— Me creía bien; pero no... todavía me siento un poco cansado.

— ¿Quieres ver si puedes quedarte dormido? me preguntó mi tío, y como hice un signo afirmativo, el amado hombre y Octavio se despidieron de mí. Alejáronse teniendo cuidado de no hacer ruido con los pies, después de haber cerrado las persianas y bajar los visillos, para que la obscuridad me ayudase á encontrar el sueño reparador.

Así, pues, me encontré solo, acostado en medio de aquella noche ficticia, que un solo rayo de sol hendía por los intersticios de los visillos. ¡ Ah ! ¡ qué malo estaba ! La envenenada mordedura de la envidia me destrozaba el alma, y todos los episodios en que mi rival me había humillado, sin saberlo, acudieron en tropel á mi imaginación. Veíale, con la mirada de mi impotente cólera, sentado en clase en el pupitre de honor en donde los primeros de la clase tenían su puesto, y que el joven ya no abandonaba nunca, corriendo por la sala de recreo del Instituto, con una velocidad siempre mayor á la mía, saludando á mi tío con una gracia de modales que contrastaba con mi torpeza, lanzando su peón con una habilidad que jamás llegué á igualar, y en fin, sacando de su bolsillo aquel reloj de oro que acabó de exasperar mi furor de celos... Y he aquí, que en el silencio de la cerrada habitación, un ruido, al principio casi imperceptible, tanto se confundía con otro, me hizo levantar la cabeza. Escuché. El ruido procedía del mármol de mi mesilla de noche, en donde generalmente colocaba mi vieja patata de plata, cuyo tic-tac conocía, un poco fuerte, pero como redoblado por un tic-tac más sonoro, más claro y también más agudo. Hubiérase dicho que dos invisibles insectos de metal corrían al lado de mi oído, cada uno con su paso característico. Encendi una cerilla, y miré : el reloj de oro de Octavio y su cadena estaban allí. En su turbación al verme enfermo, y aunque generalmente fuese tan ordenado, el amable niño se lo había dejado por olvido. Sí, el reloj estaba allí. Con un movimiento instintivo le cogí con una de mis manos;

sintiendo que palpitaba entre mis dedos como un animal vivo, lo que me produjo un acceso de cólera, como si verdaderamente estuviera vivo, y que en su existencia estuviesen reunidas todas las superioridades de su dueño. Brutalmente, instintivamente, locamente, con el más extraño odio, lancé el reloj con todas mis fuerzas contra el mármol de la mesilla de noche y escuché. Desde el suelo, en donde había caído, el mismo tic-tac subía hacia mí, esta vez irónicamente y como un desafío. El choque no había roto el resorte. Me levanté, corré los visillos para ver claro, y recogí la pobre joya cuyo cristal había saltado en mil pedazos. Lo puse sobre la piedra de la chimenea, y cogiendo la pala del hogar, comencé á golpear frenéticamente el frágil objeto, viendo con infernal alegría cómo saltaban las agujas, el esmalte de la esfera y cómo se abollaban y rompían las tapas. Me encarnicé en este salvaje vandalismo hasta que sólo quedó en la extremidad de la cadena un informe despojo. Después, apresuradamente, febrilmente, como un malhechor que teme ser sorprendido, envolví aquellos restos y la cadena en un trozo de papel... Escuché de nuevo... pues temblaba al pensar que podía oír los pasos de mi tío ó de la criada... Me puse apresuradamente el pantalón y la chaqueta. Mi ventana daba á una diminuta terraza, en cuya extremidad se encontraba la abertura de un grueso tubo de cinc que recogía las aguas de lluvia y las vertía en una cisterna construida según la moda de los países sin río, bajo los mismos cimientos de la casa. Me deslicé hasta ese orificio y arrojé allí el diminuto paquete que hubiera podido denunciarme. Al cabo de tanto tiempo, todavía oigo el chapoteo que me anunció la caída del destrozado reloj y de la cadena. Volví apresuradamente á mi alcoba, y todavía tuve la presencia de espíritu de recoger los fragmentos de cristal que habían saltado alrededor de la mesa de noche, arrojándolos simplemente á la terraza. Volví á cerrar la ventana, las persianas interiores, á echar los visillos, y me deslicé en mi lecho... ¡ Estaba salvado !

VI

SIN duda alguna, en el mal hay una especie de fuerza que sostiene todo nuestro ser íntimo y nos proporciona energías que no sospechábamos. Cada acción indigna, nos hace capaces de otra peor. Casi todos los crímenes se explican por esa siniestra ley de progresión en la falta, en la que los cristianos ven la obra del espíritu maligno, y los filósofos, partidarios de la teoría mecánica de hoy día, comparan con la aceleración de la caída de los cuerpos pesados. Por mi parte, ignoro su principio, pero siempre lo he experimentado durante los momentos de flaqueza de mi debilidad de hombre, y, por primera vez, de una manera muy poderosa, en ese desfallecimiento de mi moralidad de niño. Por naturaleza, era un niño verídico. Mis menores embustes se descubrían inmediatamente, sólo en la torpeza con que los declaraba. ¡Pues bien! no creo que actor alguno haya representado mejor su papel de inocencia y de asombro, como yo lo representé, veinte minutos después que la envidia me hizo cometer el bárbaro acto que acabo de relatarles. La preocupación de mi salud, que había impedido á Octavio que se acordase de guardar el reloj en el bolsillo de su chaleco, le impidió ver que no lo llevaba, mientras se despedía de mi tío y bajaba la escalera. La casualidad quiso que encontrase en la puerta al señor André el Bárbaro, y que le acompañase un poco. Cuando el historiador y el niño se separaron, este último, temiendo llegar tarde á casa de su tutor, quiso ver qué hora era. Únicamente entonces advirtió que su bolsillo estaba vacío y ese descubrimiento le aterró. Febrilmente, y examinando una por una todas las piedras de la acera, volvió por el camino que acababa de andar con el señor André. Cuando llegó ante nuestra puerta, recordó que había sacado el reloj para enseñármelo. El joven subió los escalones de nuestra escalera, cuatro á cuatro, con la esperanza, casi con la certeza de encontrar su pre-

ciosa joya. Los remordimientos comenzaron á agitarse en mí, al ver descomponerse aquel encantador rostro, cuando mi tío y él entraron en mi habitación. Fingí despertarme, y una vez abierta la ventana, apareció el mármol de la mesilla de noche con solo el reloj de plata, el mío. Hace un momento les hablé de la fuerza del mal. ¿Creerán ustedes que tuve la hipocresía de levantarme, de sacudir las mantas, la almohada, y de decir después de estas investigaciones:

— Me parece que volvistes á guardártelo en el bolsillo del chaleco. Puede ser que hayas sujetado mal la cadena. De todos modos, no está aquí.

— Sí, eso es — respondió Octavio — habré sujetado mal la cadena; — después, con acento que estuvo á punto de arrancarme la confesión de mi indignidad: — ¿Qué voy á decirle á mi tutor? ¡Tan contento como estaba esta mañana cuando me hizo esa sorpresa!... Jamás me atreveré á volver ante su presencia... No hace dos horas que tenía en mi poder ese reloj y ya lo he perdido... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

El joven rompió á llorar, y cada lágrima caía sobre mi corazón como una gota de plomo derretido. Les he dicho bastante acerca de mis malos sentimientos para tener el derecho de afirmarles que ante este dolor no conocí la odiosa satisfacción de la envidia triunfante, que mira sufrir á su víctima. Saciando mi cólera la había desvanecido y ahora me quedé aterrado ante mi obra. No obstante, la vergüenza, todavía una vez más, fué más fuerte que el arrepentimiento, y no había confesado nada cuando Octavio partió acompañado de mi tío.

— Es preciso que nos demos prisa en presentarnos á la Comisaría — había dicho el buen hombre — es preciso que hagas tu declaración... En seguida te llevaré á casa del señor Montescot y te prometo que no te amonestaré... Tu eres el primer castigado por tu aturdimiento... Pero es increíble. La calle está enlosada y si el reloj se hubiese caído, al chocar contra el suelo hubiera hecho ruido... En fin, sabes donde le has perdido, puesto que lo tenías al entrar en nuestra casa. Así, pues, eso ha ocurrido entre

nuestra vivienda y la del señor André... ¡Al menos que te lo hayan robado! ¿Pero quién?...

— Sin duda alguna se lo han robado — decía al día siguiente el doctor Pacotte cuando hablaban en su casa de esa aventura que se había convertido en un acontecimiento para el grupito de amigos del señor Montescot. Era la reunión del domingo, pero el filósofo y su pupilo no estaban allí, pues habían debido ausentarse por ocho días, durante la semana de Pascuas, con objeto de ir á la montaña á casa de sus padres. Tutor y pupilo habían ejecutado su proyecto, á pesar de la pérdida del reloj, confiando á mi tío el cuidado de tenerles al corriente de cuantas gestiones hiciera. Este alejamiento me había aliviado de una dolorosa opresión, pues éramé demasiado cruel el encontrarme frente á frente de mi camarada en presencia del doctor. Sabía que era tan perspicaz que siempre me turbaba ante su mirada, que me hacía temblar hasta cuando era inocente. ¿Qué me sucedería siendo culpable? Mientras que repetía esas palabras: « se lo han robado » estaba seguro de que sus penetrantes pupilas estaban posadas sobre mí, y aunque absorbo en apariencia en un libro con grabados, volví la cabeza. Le escuché que continuaba: « Robar á esas pobres personas es doblemente abominable. Para dar á Octavio ese reloj de oro, ¡de cuántas cosas ha debido privarse Montescot! Y ya saben ustedes que no hay nada superfluo en su existencia... El que ha robado el reloj sólo tiene una excusa, el ignorar eso, pues si no lo ignorase sería un monstruo... »

No, era imposible que el anciano médico pensase en mí al pronunciar esas palabras. No obstante, ¿por qué iban á buscar en el fondo de mi conciencia, precisamente el lugar dolorido, para duplicar los remordimientos que cada vez aumentaban más en mi alma? ¿Por qué su rostro expresaba, cuando su mirada se cruzaba con la mía, mayor severidad que de costumbre? ¿Había bastado á ese observador el verme entrar en su salón aquel domingo, para adivinar que llevaba sobre mi corazón el peso de un secreto? ¿Me había examinado disimuladamente, mientras mi tío contaba la desaparición de reloj, y había echado de ver que mis dedos pasaban febrilmente las páginas

del álbum á medida que avanzaba en su relato? ¿El mismo relato de mi tío, al mencionar el hecho de que Octavio había sacado el reloj de su bolsillo para que pudiese yo examinarlo, inmediatamente había sugerido á su juicioso discernimiento la verdadera explicación? Sea lo que fuere, el hecho es que en el sólo acento de la voz del anciano, comprendí que sospechaba de mí. Todavía le oigo insistir:

— Por lo demás, ese granuja no es solamente un monstruo, sino un imbécil, como todos los granujas. Sin duda alguna, ignora que en todas las tapas de reloj hay un número, y que por tanto, el día en que quiera venderlo, será cogido... » ¡Así, pues, el mejor amigo de mi tío me cree un ladrón! Explique quien quiera la extraña complicación del orgullo humano, siempre parecido, aún en un niño de once años. Verdaderamente, era muy criminal, habiendo destrozado por envidia, como lo había hecho, el precioso reloj en que el profesor dimisionario debía haber consumido sus pobres economías de un año. No era capaz de eso y no había robado el reloj para venderlo, y el ver que el doctor me creía capaz de esa infamia, me hizo erguir la cabeza con indignación y mirarlo. Un grito de protesta estuvo á punto de brotar de mis labios, pero como en el salón se encontraban todos los íntimos, ¿cómo me hubiese atrevido á hablar ante ellos? No, debía de haberme equivocado, porque el señor Pacotte ya había cambiado de conversación, y en toda la tarde, ni durante la cena, en la que estuve sentado á su lado, aludíó una sola vez á la desaparición del reloj de Octavio. Por el contrario, estuvo particularmente afectuoso conmigo, como si realmente me hubiese calumniado y me debiese una especie de reparación. Una vez más explíquense eso. Desde hacía varios meses, su severidad me era muy penosa, y la injuriosa sospecha que había adivinado en sus palabras, me sublevó, y sus agasajos me eran casi insoportables, pues sentía que no era merecedor de ellos. Al salir, la vergüenza me ahogaba...

¿Cuánto tiempo hubiese durado este estado con sus alternativas de deseo de confesión y de silencio? ¿Habría terminado por confesar yo mismo mi falta á mi tío?

¿Ó hubiera soportado el peso — en el pensamiento, indefinidamente — hasta mi próxima confesión, que Dios sabe cuándo la habría hecho? Mi tío era un librepensador, y yo sólo practicaba el *minimum* de mis deberes religiosos. ¿Quién sabe? ¿No habría mentido en esa confesión á fuerza de haberme endurecido con ese silencio, y puede ser que con una recrudescencia de mi envidia?... Afortunadamente tenía á mi lado al anciano médico, uno de esos grandes conocedores de las miserias del corazón que tratan de hacer bien á los que les rodean, menos por caridad que por gusto intelectual de la ley, por amor á la salud en ellos y alrededor de ellos. Este fanático por la higiene, tenía algo para sus enfermos del sentimiento que el poeta antiguo atribuye á la diosa de la Sabiduría : « Amo á los hombres, como los jardineros aman á sus plantas... » El médico iba á tratarme como á uno de los arbustos de su jardín, podando en el lugar preciso para que la naturaleza moral, un instante desviada de mí, recobrase su norma y curase. ¿Para qué comentar esa hermosa é inteligente benevolencia? Me agrada más mostrarla simplemente.

... Era el miércoles después del almuerzo y por tanto hacia más de cuatro días que había cometido mi indigna acción, en la que pensaba desde entonces, con esa locura de hipótesis que obsesiona al criminal. Si al barrer la terraza, recogiesen algunos de los trozos que hubiesen escapado á mis investigaciones y descubrieran que habían pertenecido al reloj... Si se veían obligados á limpiar la cisterna y descubrieran el mismo reloj... Si ... ¿Cómo habría podido adivinar entre todas esas probabilidades aquella que iba á realizarse, borrando las huellas de mi detestable perversidad. Llovía un poco, y mi tío y yo nos habíamos quedado en casa : mi tío, trabajando, de pie, ante un encerado, en el que trazaba innumerables *x* y numerosas *y* mientras yo leía ó trataba de leer. Un campanillazo anunció una visita, y como la criada había salido, mi tío me dijo que fuese á abrir. En efecto, fui á abrir con el corazón palpitante. Uno de mis terrores era el de que el doctor hubiese ido á la Comisaría para comunicar sus sospechas... Era él, pero solo, con una sonrisa bondadosa exenta de malicia. Se quitó

sus chanclos de madera, su bufanda, sus mitones, cuidadosamente, meticulosamente, como de costumbre. Limpió sus gafas que la lluvia había empañado.

— He aquí un pésimo tiempo para los reumáticos... Andrés *Pi* me ha hecho llamar esta mañana, pues le ha dado un ataque en la *pala*. No tiene usted ninguna enfermedad — le he repetido, — usted tiene una bodega... suprima el vino, suprima el alcohol y se acabaron los dolores... Mas es como ese pobre Darian, el provisor... un coloso que me hubiera matado de un puñetazo. Habíamos nacido en el mismo día, mas lo enterré en 1845. Sin su excelente vino, no habría tenido la gota, y, sin la gota, aun viviría... ¡Je, je, je ! Luego, después de una silenciosa sonrisa, y cuando mi tío le invitó á tomar plaza al lado de la lumbré, sacó con sus largos dedos del bolsillo de su eterna levita color castaña, un objeto envuelto en papel, y mientras le desenvolvía, dijo : — ¿Adivinen qué es esto? Es el Hermes de nuestro amigo Montescot. Y adivinen dónde lo he encontrado... Porque ustedes se habrán preguntado con qué dinero el pobre hombre había adquirido ese reloj de oro que regaló á su pupilo... Yo también me he hecho la misma pregunta, pero he tratado de averiguar y he ido á casa de dos ó tres relojeros... ¿Parece que estás malo? — me preguntó interrumpiéndose, y era verdad, ese comienzo de discurso casi había paralizado mi corazón. Después, ante mi respuesta negativa, continuó : — En fin, á lo último di con Courault, el relojero de la calle de los Notarios... Este último ni aun ha oído mi pregunta... « ¡ Ah ! señor doctor ! » me dijo en cuanto me vió, « tengo algo para usted, un bronce antiguo ¡ pero una obra maestra ! » y sacó esto de un cajón... — Y el anciano coleccionista nos alargó la estatuíta de bronce, ese Hermes que reconocí inmediatamente. — Hice hablar á Courault — continuó, — y por fin comprendí cómo Montescot había podido regalar esa alhaja á su pupilo... Ya sabe usted cómo ama los objetos que tiene en su vitrina, á su Juno, á su Apolo, á su vaso griego, á este Hermes... También sabe usted cómo ama á Octavio y cuánto mérito tiene ese niño y qué admirable existencia lleva desde que están aquí. Diríase que comprende lo que debe devolver

á su protector en recompensa de todo lo que ese mártir ha sacrificado para obedecer á su fe, y Montescot ha querido recompensar tanto trabajo, tanto celo y perfección. Sin duda alguna, el niño, que nunca pide nada, al pasar un día delante de la tienda de Courault, habrá mirado el escaparate, y habrá dicho : « ¡ Cuánto desearía tener uno de esos relojes !... » Y ese honrado Montescot en lugar de ir á mi, que le hubiera pagado su Hermes en lo que vale, ha ido á cambiarle por esa alhaja, para hacer á Octavio un regalo de su gusto... ¡ Y bien ! es el placer de ese niño tan abnegado, la felicidad de ese pobre hombre tan digno de lástima, lo que ha robado el ladrón con el reloj... ¿ Qué te pasa ?...

— Sí, repitió mi tío volviéndose hacia mí, — ¿ pero qué te sucede ?

En efecto, convulsivos sollozos estremecian todo mi cuerpo, á través de los cuales grité :

— No, doctor, no lo he robado... No lo he robado...

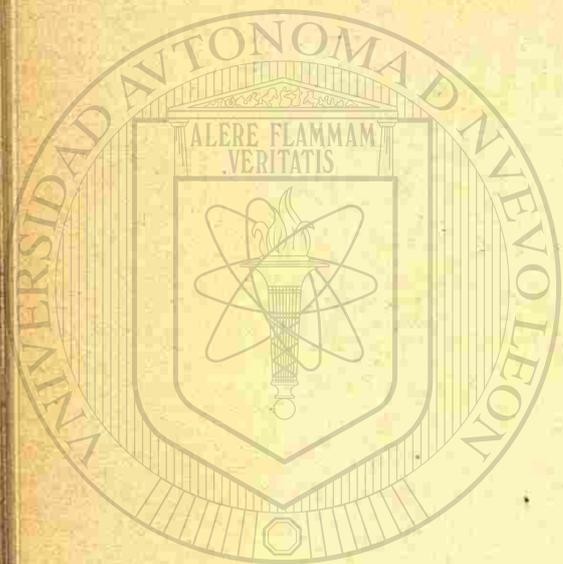
— ¿ No lo has robado ? — dijo el médico á mi tío para que no me interrogase : — ¿ qué es lo que has hecho entonces ? Veamos, dínos toda la verdad...

— ¡ Á sus años ! ¡ Qué perversidad ! ¿ Es posible ? ¿ Es posible ?... — gimió mi tío mientras que confesaba á través de mis sollozos toda mi locura, por lo menos todo lo que sabía, y cómo había tenido envidia de Octavio, y por qué no había podido soportar el ir á oír la proclamación del premio de excelencia, y mi crisis cuando había visto la alhaja de oro, y lo demás...

— No le regañe — dijo dulcemente el médico cuando hube acabado el relato de mis venganzas y de mis remordimientos... — acaba de ser bastante castigado y además ha tenido el valor de confesar. Eso está bien, muy bien... Por lo demás todo está reparado. Sí — agregó sacando un paquetito del otro bolsillo, — he encontrado el reloj y mañana será enviado á su legítimo propietario que jamás sabrá quién lo ha cogido ni quién lo ha devuelto. — El doctor nos hizo ver una alhaja completamente igual á la otra, que había comprado en casa del relojero : — Courault no nos traicionará... No hablemos más de ello... Mas exijo de tí una promesa — dijo po-

niendo su ancha mano sobre mi cabeza y con una extraña solemnidad : — vas á coger este diminuto bronce y á jurarme que nunca te separarás de él... Ocúltale en un cajón de tu mesa, que no lo vea Octavio, y durante tu existencia, cada vez que te sientas tentado de envidiar la felicidad ó los triunfos de otro, mirale. No temo que vuelvas á caer... — Y el doctor Pacotte me dió este Hermes, que, en efecto, nunca ha vuelto á separarse de mí. En mi dura existencia de artista, frecuentemente muy discutido, ha sido para mí un talismán infalible contra la más horrorosa de las más terribles pasiones. El anciano me había curado, como creo que se puede curar á los niños, haciéndome sentir toda la villanía de mi acción y perdonándomela.

Abril de 1898.



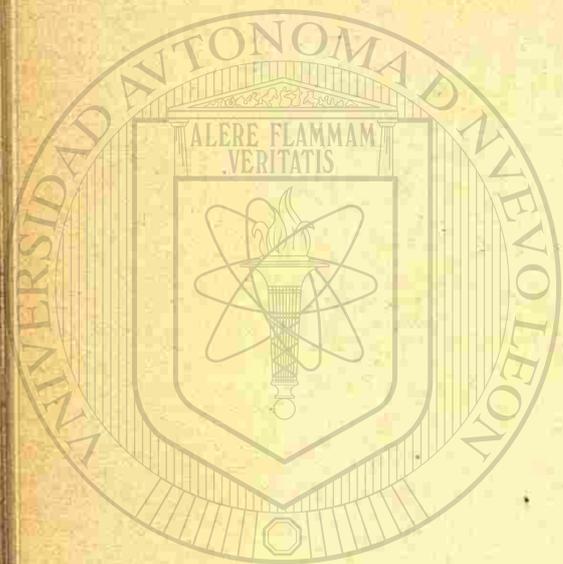
SENTIMIENTOS PRECOCES

Las siguientes páginas las he encontrado entre las que me ha legado mi difunto amigo Claudio Larcher. Sin duda alguna, estas cuartillas formaban parte de las notas utilizables para la gran obra acerca del amor en la que trabajaba Claudio cuando le sorprendió la muerte, porque las había colocado, juntamente con otras varias, en una carpeta que llevaba esta inscripción: « Sentimientos precoces ». He conservado ese título, cambiando únicamente el nombre de los personajes, habiendo sabido después de una información, que la historia era estrictamente verdadera. De haber vivido, el mismo Claudio, hubiera ejecutado esta corrección y algunas otras; pero no me he creído con el derecho de permitirselas. Excusad, pues, las faltas de estas páginas íntimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

ENTRE mis infantiles recuerdos, ese era el más perturbador de todos. Mi experiencia de la vida lo ilumina hoy con una claridad conmovedora, y el drama de corazón a que asistí en aquella época, sin comprenderlo completamente, desprende para mí, a través de los años, una poesía misteriosa, conmovedora y trágica. No obstante, en esa lejana época, mi imaginación ya estaba bastante desarrollada, puesto que me permitió conocer que allí había un misterio. ¿Pero, cómo el inocente des-



SENTIMIENTOS PRECOCES

Las siguientes páginas las he encontrado entre las que me ha legado mi difunto amigo Claudio Larcher. Sin duda alguna, estas cuartillas formaban parte de las notas utilizables para la gran obra acerca del amor en la que trabajaba Claudio cuando le sorprendió la muerte, porque las había colocado, juntamente con otras varias, en una carpeta que llevaba esta inscripción: « Sentimientos precoces ». He conservado ese título, cambiando únicamente el nombre de los personajes, habiendo sabido después de una información, que la historia era estrictamente verdadera. De haber vivido, el mismo Claudio, hubiera ejecutado esta corrección y algunas otras; pero no me he creído con el derecho de permitirme las. Excusad, pues, las faltas de estas páginas íntimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

ENTRE mis infantiles recuerdos, ese era el más perturbador de todos. Mi experiencia de la vida lo ilumina hoy con una claridad conmovedora, y el drama de corazón a que asistí en aquella época, sin comprenderlo completamente, desprende para mí, a través de los años, una poesía misteriosa, conmovedora y trágica. No obstante, en esa lejana época, mi imaginación ya estaba bastante desarrollada, puesto que me permitió conocer que allí había un misterio. ¿Pero, cómo el inocente des-

vario de un escolar de trece años hubiese podido profundizar hasta la verdad de ciertas emociones? Yo mismo me asombro, al ver que, á pesar de mi inocencia, adiviné lo que he adivinado. Además, pensando en el singular niño que yo era entonces, algunas veces me he dicho que la naturaleza da á aquellos á quienes destina á ser pintores de pasiones, como un prematuro poder de intuición, como un instinto del dolor, superior á su edad y á su propio pensamiento.

Contaba yo trece años en aquella época y habitaba con mi abuelo, el antiguo abogado, y con mi abuela, que se habían encargado de mi educación de huérfano, en una pequeña ciudad del centro de Francia. Todavía veo esa población como si aún fuera el jovenzuelo de rapados cabellos que, cuatro veces por día, con sus cartapacios á la espalda, recorría con su abuelo el camino que conducía de la casa al colegio y del colegio á la casa. Ésta se hallaba edificada sobre una pequeña altura, última estribación de una cadena de montañas más altas, de manera que todas las calles formaban cuesta más ó menos acentuada. Las calles estaban empedradas con menudos y puntiagudos guijarros, sobre los que las suelas de madera de mis zuecos tenían que luchar desesperadamente para no resbalar durante los rigurosos meses de invierno. Estas calles eran estrechas y tortuosas, útil precaución contra el cierzo que llegaba directamente de las montañas y cortaba el rostro como con un cuchillo. Por ese mismo motivo, las elevadas casas de piedra negra se estrechaban, se amontonaban las unas contra las otras. ¡Dios mío! ¡qué melancólica y fría ciudad! Y no obstante, esa es mi *ciudad natal*, la única en donde no soy un extraño, un viajero que puede no volver. Mi ciudad forma parte de mí, como yo formo parte de ella. No hay una esquina de esas sombrías callejuelas en que no pueda evocar un fantasma, de hombre ó de mujer, más ó menos mezclados con la historia de mi alma y que, generalmente, no lo han sospechado.

Al escribir estas líneas, pienso en el personaje masculino que cuando yo tenía trece años, representó el primer papel, en mis preocupaciones imaginativas y que,

sin duda alguna, no podía sospecharlo. Era un hombre de unos treinta años, que había venido de París el año precedente, con objeto de ejercer en nuestro país una función muy poco romántica, según parece, y poco á propósito para exaltar la entusiasta fantasía de un adolescente: ¡el señor de Norry, que tal era su nombre, era consejero de la prefectura! Es verdad que en esa época, en los comienzos del segundo Imperio, los empleados administrativos se reclutaban entre lo más selecto. El régimen veía en ellos su fuerza y atraía á los jóvenes distinguidos de las mejores familias. Hoy día comprendo que mi cándida preocupación por el elegante consejero, fué en realidad una adivinación. Acabo de decir que llegaba de París, y por él recibí mi primera impresión de la gran ciudad, sin darme cuenta de ello. Era bastante alto y delgado, con hermosos ojos negros, muy dulces y como aterciopelados, destacándose sobre una tez demasiado pálida. ¿Fué esta palidez lo que me chocó cuando hizo su primera visita á mi abuelo, y el contraste de esa marchita tez de hombre fatigado por los placeres, con los subidos colores de los provincianos rostros que me rodeaban? ¿Fueron otras particularidades de orden más sencillo? Mas nada hay sencillo para la complicada observación de ciertos niños. Por ejemplo, desde este primer encuentro, había observado que el señor Norry llevaba, en el dedo meñique de la mano izquierda, una sortija como nunca la había visto, compuesta de dos diminutas serpientes enlazadas, con dos zafiros por cabezas. Había notado la finura de su calzado y la frescura de su ropa blanca. Después de un cuarto de siglo, todavía respiro el sutil aroma de su pañuelo y oigo la voz de mi abuelo, que decía á mi abuela, con risa burlona, cuando el consejero de la prefectura imperial se hubo marchado:

— Los bandidos nos han enviado lo mejorcito; pero entre nosotros, ese gallardo joven perderá su tiempo... Eso debe ser una idea de R... Pero nuestras damas no caerán en el lazo...

Todavía era incapaz de traducir en su verdadera brutalidad la frase del viejo abogado orleanés y aun dudo

de que el ministro de Estado de 1856 tuviese el maquiavélico y cándido proyecto de enviar á nuestro departamento á un seductor profesional, para inclinar la opinión femenina hacia el nuevo régimen. Una buena distribución de estancos y de cruces de la Legión de Honor hubiera bastado. El enigmático comentario de mi abuelo hacía resaltar más el carácter de excepción que envolvía al señor Norry para que el recién venido no fuese objeto en nuestra ciudad de una curiosidad apasionada. Hasta el inusitado nombre que le había puesto mi abuelo, « Flor de Guisante », irritaba esa curiosidad. ¿Qué relación podía haber entre esa flor, que tanto conocía por haberla visto blanquear en las verdes líneas de nuestra huerta, y ese joven de hermosas manos y de sonrisa encantadora? ¿Quiénes eran esos « bandidos » de que hablaba mi abuelo con tan visible odio, que le habían enviado á nuestra población y para qué?... ¿Cómo R... se encontraba mezclado en ello, un antiguo abogado de aquí, en otra época partidario de la monarquía de Julio, como mi tío, hoy día disgustado con él y ministro? Si no hubiese « cristalizado » alrededor de esas primeras sensaciones con todo el ardor imaginativo de mis trece años, es probable que la pequeña tragedia, á la que me voy acercando, hubiese pasado inadvertida para mí, y si hubiera sido un niño más tranquilo, menos arrastrado por « la loca de la casa » por caminos demasiado peligrosos para mi edad, también es muy probable que mi vida de hombre hubiese sido más feliz y menos afflictiva. Pero estaba escrito que muy joven y en ese apacible rincón de provincias, la poesía de las pasiones culpables me sería revelada antes de tiempo. Ahora van á ver cómo.

II

DIRECCIÓN GENERAL DE

HABITÁBAMOS, en la ciudad vieja, el segundo piso de una antigua casa edificada, no sabré decir en qué época, y sin ningún estilo determinado. Las habitaciones eran de techo muy alto, y por la parte posterior del



...Pasearse con un libro en la mano... (pág. 259.)

edificio extendiase un jardín muy hermoso, cuyo goce compartíamos con el propietario que habitaba en el primer piso. El dueño era un tal Francisco Real, uno de los tres ó cuatro propietarios del país, uno de esos á propósito de los cuales, los modestos rentistas de nuestra sociedad pronunciaban con respeto la palabra « millonario » y él mismo poseía esa gran anchura de espaldas, esa manera de andar, de saludar, de reír y de hablar que revela al hombre importante. Cuando me lo represento, con su grueso rostro, cuyos abultados rasgos estaban encerrados por el marco de sus rojizas y cortas patillas, con sus lucientes y socarrones ojos, con el insolente gesto de sus gruesos labios, me doy cuenta de haber conocido el perfecto tipo del provinciano necio, que sólo tiene tres apasionados gustos: la caza, la mesa y el dinero. ¿Cómo ese detestable rústico estaba casado con una mujer, tan delicada como él ordinario, tan bonita y fina como él era tosco? Esto era la vulgar historia del matrimonio de un ricacho, hijo y nieto de usureros, compradores de bienes nacionales, con una señorita noble y arruinada. La señora Real era, por su padre, una Visigniers — de esos Visigniers cuyo derruido castillo es una de las curiosidades del país. — De esa unión, que el grosero Real había evidentemente deseado por brutal orgullo plebeyo, había nacido una hija, que tenía cuatro años más que yo, una adorable niña muy parecida á su madre y mi natural compañera de juegos durante toda mi infancia. Pero, al cabo de algunos años, no la veía. La joven acababa su educación en un convento, reputado como aristocrático, lo que hacía decir á mi abuelo que tenía los prejuicios volterrianos de un gran burgués, admirador de Luis Felipe, esta otra frase, todavía más enigmática para mí que la de Flor de Guisante: »

— Si ese presumido de Real quiere que su mujer dé un mal paso, sólo tiene que seguir ese camino... Tuyo la suerte de tener una hija... y la ha metido en el Sagrado Corazón, ¡por vanidad!... Ya verá usted lo que sucede. Sola y desgraciada, acabará el hombre por ser de la cofradía, es inevitable... ¡Y esa encantadora criatura! ¡Qué desgracia!...

¡Cuántas veces estas inexplicables palabras pasaron por mi espíritu, mientras en lugar de hacer mi composición miraba, oculto por los visillos, desde el balcón, á la encantadora señora de Real — de nombre Margarita — pasearse con un libro en la mano por la arena de las avenidas! Veía su silueta de mujer de treinta y cinco años, pero que se había conservado muy flexible y joven. Su delicado perfil se destacaba sobre un fondo de flores, si era el verano, y en otoño, entre el amarillento y marchito follaje. La seda de oro de sus cabellos lucía bajo su sombrero de jardín. Sus manos, muy blancas, á través de la puntilla de sus mitones negros, abrían ó cerraban el libro. Sus diminutos pies sobresalían, al ritmo de su marcha, de la parte inferior de su vestido, y sus ojos abandonaban la lectura para perderse en el horizonte de montañas que dentellaba el cielo, por encima de los muros del jardín recubiertos de hiedra, que el viento estremecía. Repetíame la frase de mi abuelo, sin comprender nada, si no que amenazaba un peligro á esa ideal y dulce cabeza y las inexplicables palabras, unas cómicas y vulgares, otras tiernas, me hacían soñar sin tregua: — *¿Dar un mal paso?* había oído decir de uno de mis primos, que había dado un mal paso. ¡Había sentado plaza en el regimiento de dragones como simple soldado!... — *¿Cofradía?* Yo conocía una cofradía, la del Escapulario, de la que formaba parte mi abuela, tan piadosa como irreligioso era mi abuelo... ¡Qué desgracia! Esa exclamación me conmovía con una piedad que se extendía, con una emoción incomprensible para mí mismo, de la madre de mi amiguita á la encantadora Isabel con la que había corrido tanto por la arena de esos mismos paseos antes de que la vanidad paternal, criticada por el viejo abogado librepensador, la hubiese encerrado en el convento, y cuando me ponía á trabajar, la angustia de ese misterioso peligro, suspendido sobre aquellos dos seres, algunas veces me preocupaba tan fuertemente que sentía deseos de llorar...

III

CUAL fué el día exacto en que mi espíritu de niño observador comenzó á asociar la imagen del hombre que me había producido tan fuerte impresión, en su primera visita y la de la madre, mal casada, de mi ausente amiga? No puedo decirlo. Era muy natural que el señor de Norry, en su calidad de funcionario, estuviese en relación con los notables de la ciudad, y su presencia, más ó menos frecuente, en la casa habitada por dos de esos personajes, mi abuelo, el abogado Gaspar Larcher, y el señor Francisco Real, seguramente no hubiese llamado la atención, si, de nuevo, mi honrado pariente, que decididamente no desconfiaba bastante de mi precoz sagacidad, no hubiese pronunciado ante mi otra palabra imprudente. Á eso de las cuatro de la tarde volvimos del paseo, pues ese día no había habido caza; lo que quiere decir que era un domingo ó jueves del otoño de 1859. Ante la puerta de nuestra casa encontrábase estacionado un coche que inmediatamente reconocí. Era una especie de tilburi de dos ruedas, el único de la ciudad, y que precisamente pertenecía al personaje objeto de mi admiración. Estaba tirado por un *poney* muy sólido, de un modelo único en nuestro país de caballitos de montaña, recortados como las cabras. El caballo del consejero de la prefectura tenía una cruz enorme, el pecho ancho y una grupa de *cob*. Su cola era muy larga y las patas cortas y negras, el cuerpo de un color gris tordo, las crines estaban cortadas al rape, y en sus arneses de cuero charolado se destacaba, en los lugares de costumbre, una corona condal de plata. Aquel animal me maravillaba tanto como su dueño, ó más bien estas dos admiraciones se confundían en una, cuando el joven pasaba en este ligero coche, al trote largo de su ágil *poney*. Le contemplaba como hubiera hecho ante el Faeton de las *Melamorfosis* de Ovidio, que entonces traducía, si hubiese paseado el carro del Sol, sobre el puntiagudo empedrado de

nuestra ciudad. En cuanto vi el carruaje desde la extremidad de la plaza, grité con viveza:

— ¡ El coche del señor Norry !

— ¿Dónde? — me preguntó mi abuelo, cuya vista comenzaba á debilitarse desde esa época.

— Ante la puerta de nuestra casa.

— ¡ Ah ! — exclamó mi abuelo — ! Todavía ha venido á verla hoy !

Mi abuelo no agregó una palabra á esta exclamación que había lanzado, como si hablase consigo mismo, con un acento tan particular que me emocionó. No tuve necesidad de preguntarle á quién venía á ver el dueño del caballo milagroso « todavía hoy ». La víspera, á la misma hora, cuando volvía del colegio, encontré al señor Norry, pero esta vez á pie, y dirigiéndose á nuestra casa, en la que le había visto entrar. Seguramente, sólo había podido visitar á la señora Real, puesto que no había subido á casa de mi abuela. ¿Por qué esas dos visitas sucesivas preocupaban tanto á mi abuelo? Su voz había cambiado, su rostro se había puesto sombrío, é hizo un movimiento casi brusco para impedirme que me parase, fascinado ante el *poney*, que debía encontrarse allí desde hacía bastante tiempo porque, con su impaciente casco, había abierto un ancho hoyo en la tierra, y el cochero, de pie ante él, pateaba contra el suelo, como un hombre que se siente helado por la inmovilidad de la espera. Todo ese cuadro, iluminado por el triste fulgor de un crepúsculo del mes de noviembre, está presente ante mis ojos, lo mismo que las rositas que se estremecían al lado de las orejas del caballo á cada sacudida de su gruesa cabeza, y la elevada estatura de mi abuelo desapareciendo en la alta puerta cochera, arrastrándome consigo, y también recuerdo con igual exactitud la sensación que experimenté de que, entre la señora Real y el señor Norry, pasaba ó iba á pasar algo que le contrariaba extraordinariamente.

IV

PERO qué, tratando de reconstituir con mi inteligencia de hombre hecho, las sombras de mi conciencia de niño, no llego á conciliar dos hechos absolutamente ciertos y contradictorios; por una parte, la ignorancia completa en que me encontraba acerca de las realidades de la vida; de otra parte, la profunda turbación en que me sumieron estas sospechosas palabras, que para mí no debían tener ningún sentido. Mi abuelo no me había dicho que el señor de Norry cortejaba á la señora Real; ni que el joven estuviera enamorado. No obstante, eso es lo que había comprendido. ¿Cómo lo había comprendido? ¿De qué prestigios estaba revestido, para mi imaginación, ese sentimiento del amor que sólo me representaba la más quimérica y la más indeterminada de las exaltaciones? No lo sé; pero de lo que estoy seguro es de que no había conocido una turbación parecida á la despertada en mí — á la devoradora fiebre de curiosidad, por la que fui consumido repentinamente, — á mi ansiedad por saber lo que el señor Norry y la señora Real experimentaban á su mutuo respecto. — Turbación, fiebre y ansiedad que dieron por resultado — no era más que un niño — el hacerme obtener en el colegio numerosas malas notas, porque, en lugar de trabajar como antes, mi principal ocupación consistió, durante varias semanas, en practicar el más infantil é ineficaz espionaje. Tan pronto era un pretexto para bajar á la calle en medio de una versión latina, y precipitarme por la gran escalera de piedra, saltando cuatro á cuatro los peldaños, para ver si el tilburi, tirado por el poney tordo de patas negras, se encontraba estacionado ante nuestra puerta. Tan pronto pegaba mi frente, infatigablemente, á los cristales de mi ventana, para seguir con los ojos á la señora Real mientras se paseaba por el jardín; y estos paseos se multiplicaban, se prolongaban aunque la avanzada estación los hiciera cada vez menos agradables. Ahora, la joven no llevaba libro alguno. Sus delgados hombros cubiertos

con un chal de casimir, sin nada en la cabeza, con los brazos cruzados, pisando las hojas secas que algunas veces el viento levantaba á su alrededor, y algunas veces, en las horas de sol, una de esas amarillentas hojas, al caer de un árbol, daba vueltas en medio de la luz, para terminar posándose sobre sus rubios cabellos, todavía más dorados. La joven ni aun advertía, abismada en pensamientos que yo tenía una especie de apetito físico de conocer. ¡Qué claro me es hoy día el enigma de esos paseos! La romántica provinciana encontrábase, durante la corte que le hacía el espiritual parisiense, en el periodo de los combates íntimos, de las secretas revoluciones, de los deseos ya dejados en libertad, ya comprimidos. Mis pobres trece años no habían conocido nunca esa dolorosa invasión del alma por un deseo criminal. ¿Cómo adiviné la silenciosa tragedia de que era víctima la soñadora de ese jardín de otoño? Y la adiviné... Si, adiviné que aunque sola á lo largo de las avenidas, no se hallaba sola con el pensamiento. Adivinaba qué imagen la acompañaba durante esas largas horas de meditación, ora evocada, ora rechazada, y la prueba de ello se encuentra en el poco asombro que experimenté, cuando una tarde, habiéndome puesto, como de costumbre, en mi observatorio, vi que esta vez iba acompañada, en su visita por el tranquilo jardín, por el señor Norry en persona.

¡Dios mío! qué presente tengo todavía esta escena. ¡Es preciso que ese misterio excitase profundamente mi imaginación para que ningún detalle de ese episodio tan simple haya escapado á mi memoria!... He aquí que el cielo natal se me aparece nuevamente cubierto de un velo, enguatado, ese día, con una dulce niebla, y las extremidades de los bojes de las avenidas, y las encinas con su ramaje de color de herrumbre, y los plátanos con sus grandes hojas de color de cobre, y el enamorado y la enamorada, y el cristal del balcón que mi aliento empañaba por instantes, y he aquí que de nuevo experimento un sobresalto de terror, el de un ladrón cogido infraganti. La mano de mi abuelo se posó sobre mi hombro y oí que me decía:

— ¿Qué haces ahí?... Puesto que no trabajas ve á jugar al jardín... ¡Ve á jugar! — repitió. ¿Por qué me

lanzó esa imperiosa mirada al darme una orden contraria á toda disciplina? ¿Por qué, repentinamente libre de mi trabajo, en lugar de bajar la escalera con la alegría que era natural, temblaba como un azogado? ¿Por qué experimentaba gran timidez en mezclar mis juegos de niño al paseo de la señora Real y del señor Norry?... Y ya estaba en el jardín, seguro de que detrás del cristal desde donde espiaba hacia un momento, mi terrible abuelo se había quedado de pie para vigilarme. Para ocultar mi turbación, eché á correr por una avenida, sin objeto alguno, después por otra. De esta manera llegué á la extremidad del jardín á la puerta de una especie de pabellón — más bien un cenador rústico, en donde algunas veces íbamos á tomar el fresco durante el verano, — en donde vi, ante la puerta á los dos paseantes, á cuya persecución evidentemente me había enviado mi abuelo. Su actitud dejaba ver demasiado claramente, aun á tan inocentes miradas como las mías, la lucha que tenía lugar entre ellos. Él, teniendo sujeta á la joven por la mano y atrayéndola hacia el pabellón, ella trataba de retirar su mano y se negaba á seguirle... Los jóvenes me vieron. El señor Norry se puso muy pálido y dejó caer la mano de la señora Real... ¡Ah! toda mi vida recordaré la temblorosa sonrisa de la joven, sus hermosos ojos, por donde pasó un relámpago de terror y de alegría y su voz hará vibrar en mi oído este ahogado é implorante llamamiento :

— ¡Eres tú, Claudio... qué felicidad!... ¡Qué felicidad! No te marches. Vamos á pasearnos y nos ayudarás á coger un ramillete de acebos... — Y la joven repetía :
— ¡Ah! ¡Carlitos! ¡Ah! ¡Qué felicidad!...

V DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Aquí mis recuerdos se obscurecen, sin duda alguna porque, á consecuencia de esta escena, como es probable, la señora Real y el señor Norry me consideraron, por razones diferentes, como un testigo peligroso.



...Teniendo á la joven sujeta por la mano... (pág. 264.)

También puede ser que esta escena les hiciese más prudentes, ó que pensamientos más conformes con mi edad, absorbieran mi atención. Nos aproximábamos á las navidades y al primero de año y la curiosidad de los regalos que me harían, según pienso, hizo que lo olvidase todo. Lo único de que me acuerdo muy bien, antes de la escena á la que me voy aproximando, es que mi abuelo me interrogó detalladamente acerca del empleo de mi tiempo en el jardín, al regreso de mi paseo con el señor Norry y la señora Real. ¡Relaté, no con menos detalles, nuestra cogida de flores, pero ni mencioné la escena del pabellón!... Un invencible pudor, no encuentro otra palabra, me cerró la boca. También recuerdo que mi abuelo se ausentó, hacia esa época, durante cuatro ó cinco días. Hizo un viaje á París, cuyo motivo hoy día me es comprensible por el nombre del ministro del Emperador de que ya he hablado. El señor Larcher había criticado de masiado la infamia de R..., pasado al partido bonapartista, para no quedarme muy asombrado cuando, á su regreso, dijo á su mujer, después de haberle nombrado al personaje :

— ¡Y bien! Lo he visto y eso será hecho en la próxima combinación... Me lo ha prometido. Cuando nos hemos vuelto á ver, hemos llorado como dos viejos. De todas maneras es un amigo íntimo. Además es el único medio... ¿Será tiempo todavía? Eso me ha costado mucho trabajo; si supieras...

¡El buen hombre, había ido á pedir á su antiguo amigo el traslado del consejero de la prefectura!... Ningún instinto romántico pudo hacerme adivinar esa gestión. Conocí muy bien, por el acento de los dos ancianos, que debía tratarse del señor Norry, pero de una manera harto vaga para que recuerde las reflexiones que debió sugerirme ese viaje á París, mientras que todas las tinieblas del pasado se disipan y vuelvo á ver con una agudeza, casi dolorosa, los sentimientos que experimenté por ese señor Norry, unas dos semanas después del regreso de mi abuelo... Era la noche del 6 de enero de 1860. Tengo una razón para saber la fecha con exactitud, puesto que estábamos reunidos en casa de la señora Real en

a cena del día de Reyes... En el provinciano comedor había un gran tumulto al fin de la larga comida. La vasta mesa estaba iluminada por una antigua lámpara Cárcel suspendida en el centro de una araña, en medio de veinte bujías. Todavía veo el orificio cuadrado por donde introducían la llave que servía para subirla. Presidía el señor Francisco Real, de rostro apoplético, caldeado por los vinos, teniendo á su derecha á mi abuela. Mi padre estaba á la derecha de la señora Real, que tenía á su izquierda al señor Norry. La fisonomía de la joven, alterada por la lucha que sostenía contra ella misma desde hacía varios meses, aquella noche infundía compasión. Algo doloroso se desprendía de su persona, que contrastaba enormemente con la singular alegría que brillaba en los ojos y en el rostro de su vecino. El consejero de prefectura nunca se me había aparecido con tan radiante hermosura viril y con tal prestigio de superioridad. La certeza del triunfo estaba como difundida por todo su ser, y sus movimientos, sus gestos, su mirada y sus sonrisas, rebosaban de esa gracia conquistadora que el hombre puede tener en ciertos momentos, lo mismo que la mujer. No era yo la única persona que advertía esta transformación del enamorado que se creía en visperas de convertirse en el amante (porque estoy seguro de que todavía no lo era. Si la señora Real hubiese cedido, no dejaría ver ese extravío de sufrimiento alrededor de su boca y en sus pupilas). La visible preocupación del señor Larcher, demostraba que el traslado prometido por su amigo le parecía que tardaba mucho, pero más que la preocupación de mi abuelo, más que la fiebre de la señora Real, lo que me chocó en esta comida, al punto de hacerme odiar por la primera vez la gallardía del señor Norry, esa elegancia, esa superioridad, todo lo que le separaba de los provincianos reunidos allí, era que otra persona fuese hipnotizada por él y esta persona era mi vecina de mesa, la encantadora Isabel Real, que había salido del convento para pasar las fiestas entre su familia. Yo la había encontrado más bonita que nunca, más parecida á su madre, por la aristocrática belleza de sus rasgos y de sus maneras, ¡pero tan alta,

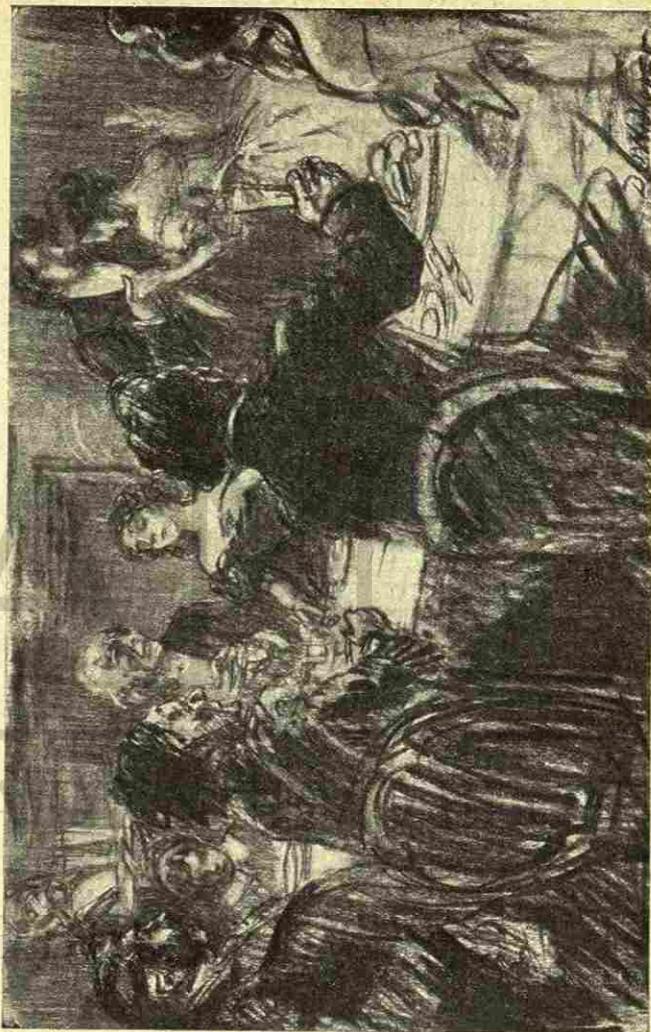
tan cambiada, tan perdida para mí! Los cuatro años que nos separaban, parecían diez. Mientras que yo no era sino un niño, mi amiga ya era casi una mujer. Sus rubios cabellos ya no caían sobre los hombros en largos bucles, como en otro tiempo, pues iba peinada con moño. Su vestido largo estiraba su talle. Sus movimientos, en otro tiempo un poco bruscos y masculinos, se habían hecho más flexibles, se habían afinado. Al darnos los buenos días, cuando nos volvimos á ver, empleó una familiaridad á la vez afectuosa y despegada que me había apenado tanto más cuanto que me sentía muy intimidado ante ella. He aquí, que durante la comida, la sensación del abismo que nos separaba no hizo sino aumentarse. Al mismo tiempo otro dolor nacía en mí, unos repentinos celos respecto del joven sentado al lado de la señora Real, y hacia quien iban dirigidas todas las miradas, todas las atenciones y todos los pensamientos de mi vecina. Pura como era y con un alma tan transparente como su mirada, Isabel no trataba de ocultar la cándida admiración que le inspiraba el vecino de su madre.

— ¿No encuentras que el señor Norry es muy gallardo?... — me había dicho en el momento en que nos instalábamos ante la mesa, y yo le había respondido, por mi instinto de contradicción, que prueba que el hombre se encuentra completamente en el adolescente :

— No le encuentro nada de notable. Primeramente, está demasiado pálido.

— ¡ Ah ! — me había respondido : — ¡ qué color tan distinguido !

Mientras la joven pronunciaba esa infantil frase de pensionista, había podido contemplar mi imagen en uno de los espejos que adornaban el muro, y las coloradotas y curtidas mejillas de pilluelo que vive al aire libre. No respondí, pero comencé á padecer, é inmediatamente una idea se apoderó de mi espíritu : — Van á sacar la torta de Reyes. ¡ Con tal de que Isabel no sea la reina !... Estoy cierto de que ella le escogería. Apenas hube concebido esa posibilidad, cuando se convirtió en certeza en mi pensamiento. Mi garganta se estrechó, y la insoportable



— ¡ Escojo al señor Norry por rey !... (pág. 270.)

angustia de la espera, desgarraba mi corazón, cada vez, á través de los innumerables platos de un succulento festín de provincias, hasta el momento en que depositaron delante de la señora Real la enorme torta dorada, ya dividida en tantas partes como comensales... Los criados pasaban alrededor de la mesa entregando á cada persona un trozo. Las cuchillos y los tenedores cortaban alegremente la hojaldrada pasta que exhalaba su cordial olor [de manteca fresca y especias... Un grito de alegría estalló á mi lado. Mi presentimiento se realizó: Isabel había sacado el haba de la torta de Reyes.

— Soy la reina — dijo y durante un momento, la candida niña de hacía algunos años, apareció bajo la señorita de hoy día. La joven palmoteaba mientras repetía: « ¡ Soy la reina ! » é inmediatamente una voz le respondió que la hizo ponerse muy grave y encarnada; la de su padre que le gritó :

— Como eres la reina, es preciso que elijas un rey...

La joven miró á su alrededor, como vacilante, y todos los rostros de los hombres estaban vueltos hacia su lado, los unos con malicia, los otros con curiosidad. El rostro del señor Norry también se volvió hacia ella, con esa expresión de condescendencia que debía tener con una muchacha. La joven era para él lo que yo era para la joven, un ser que no existe. Yo advertía eso lo mismo que esa alegre indiferencia que todavía me irritaba más. Isabel continuaba vacilando y por un instante sus azules pupilas se fijaron en mí, lo que me hizo creer que iba á elegirme, pero sus claras miradas se dirigieron de nuevo hacia el lado en que estaba la persona que yo había previsto y, todavía más encendida, balbuceó más bien que dijo :

— Escojo al señor Norry por rey...

— Entonces — continuó el señor Real — llena tu copa de champagne y ve á brindar con tu rey...

Isabel cogió su copa de champagne, en donde el criado vertió el espumoso vino, y la joven se levantó para dirigirse hacia el señor Norry. Allí, cuando la joven le tendió su copa con una emocionada sonrisa para chocarla con la suya, el joven, por un movimiento de cariñosa afección

que probaba que la consideraba como á una niña, le cogió la mano, y atrayéndola hacia sí, posó los labios sobre su frente... Apenas tuve tiempo de sentir la mordedura de los celos por ese inocente beso, cuando oí la voz de mi abuelo que esta vez preguntaba :

— ¿ Pero, señora Real, que le ocurre? ¿ Qué le ocurre?... ¿ Se ha puesto usted mala?... Un poco de aire en seguida...

— No será nada — respondió la madre de Isabel. — Sin duda alguna es el calor... Señores, les pido perdón... La joven intentó sonreír y levantarse, después cayó hacia atrás, desvanecida.

VI

Y bien ! — decía mi abuelo á su esposa, tendiéndole el periódico una semana después de esa comida de Reyes tan extrañamente interrumpida : « R... ha cumplido su palabra, nuestro pájaro ha volado. El ministro le nombró para Marsella, lo que le quiere decir que le ha ascendido. »

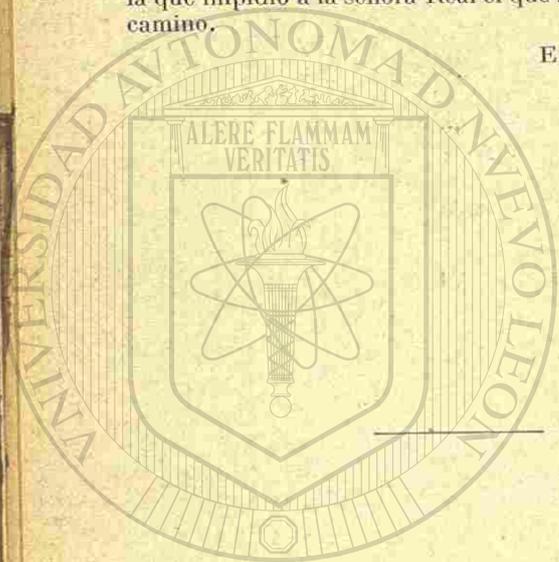
— ¡ Lo sabe la señora Real? — preguntó mi abuela.

— Supongo que se lo habrá dicho Real — respondió mi abuelo. — La joven no ha vuelto á levantarse desde su desvanecimiento. He aquí un Real que me deberá un gran favor — dijo para terminar después de un silencio — pero nunca sabrá nada. Por lo demás lo que he hecho, no ha sido por él... En fin, está salvada...

En efecto, el señor Norry abandonó la ciudad para ir á ocupar su nuevo puesto, sin haber vuelto á ver á la señora Real que estuvo muchos días en cama por lo que los médicos calificaron de fiebre nerviosa. La joven se salvó del seductor. — ¿ Por esa fiebre, ó por mi abuelo? — El digno abogado ha muerto persuadido de que era el autor de esa salvación. Hoy día que el niño que escuchaba, agazapado en un rincón, las palabras de los dos ancianos sin que recelasen nada, se ha convertido en un hombre, no opina completamente como su abuelo, y tampoco cree

en esa fiebre. Recuerda á la madre mirando á su hija, muy temblorosa, casi enamorada y ofreciendo su frente al que ella iba á escoger como amante. — Y cree que esa visión es la que impidió á la señora Real el que siguiese su peligroso camino.

Enero de 1900.



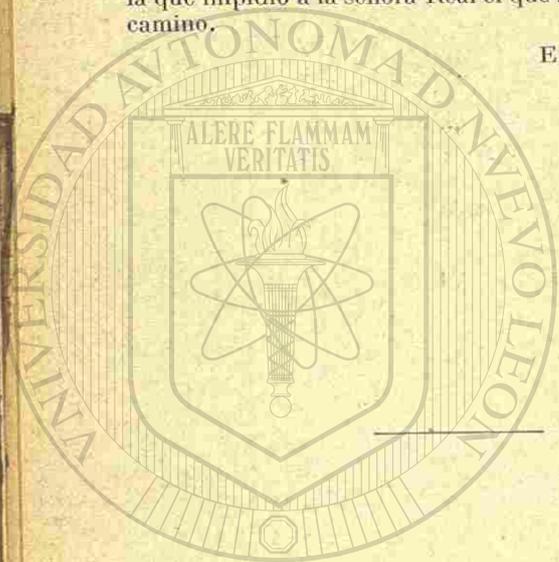
RESURRECCIÓN

I

LENTA, tristemente, Isabel de Fresne había subido la cuesta de la colina, cubierta de árboles y rodeada de un muro que servía de parque á su villa. La joven se había sentado en la misma roca, en la terraza, edificada allí en días más felices y desde donde podía ver uno de los más vastos panoramas del mar y de las montañas que hay en Provenza, tan hermosos, que ha valido á esa parte de los alrededores de Hyeres, el nombre de Costabella. Á sus pies, las desiguales copas de los pinos de Aleppo, verdeaban, se estremecían á impulsos de la brisa del golfo, cuyo color azulado se veía á lo lejos, limitado, de una parte, por los dos estrechos y largos istmos de la península de Giens, del otro por el cabo fortificado del Breganzon. La isla de Porquerolles y sus agudas rocas, la de Port-Cros y su Vigía, la de Servante y sus desnudas landas, interceptando allá abajo el horizonte. Á la izquierda de la joven extendíase la sombría cadena de montañas de los Maures, á cuyo pie el mismo Hyeres escalonaba sus blancas casas. El radiante sol envolvía en una especie de aureola, esas islas, esas olas, esas colinas, esas lejanas fachadas, — el divino sol de los últimos días del mes del marzo, acariciaba la villa pintada de color de rosa y las avenidas del jardín que llegaban hasta el parque, con sus florecidas mimosas, los acirates poblados de iris violeta y blancos y rojos claveles, con macizos de pálidas rosas y anchas anémonas. En el diminuto bosque de pinos y de brezos tan altos como los árbo-

en esa fiebre. Recuerda á la madre mirando á su hija, muy temblorosa, casi enamorada y ofreciendo su frente al que ella iba á escoger como amante. — Y cree que esa visión es la que impidió á la señora Real el que siguiese su peligroso camino.

Enero de 1900.



RESURRECCIÓN

I

LENTA, tristemente, Isabel de Fresne había subido la cuesta de la colina, cubierta de árboles y rodeada de un muro que servía de parque á su villa. La joven se había sentado en la misma roca, en la terraza, edificada allí en días más felices y desde donde podía ver uno de los más vastos panoramas del mar y de las montañas que hay en Provenza, tan hermosos, que ha valido á esa parte de los alrededores de Hyeres, el nombre de Costabella. Á sus pies, las desiguales copas de los pinos de Aleppo, verdeaban, se estremecían á impulsos de la brisa del golfo, cuyo color azulado se veía á lo lejos, limitado, de una parte, por los dos estrechos y largos istmos de la península de Giens, del otro por el cabo fortificado del Breganzon. La isla de Porquerolles y sus agudas rocas, la de Port-Cros y su Vigía, la de Servante y sus desnudas landas, interceptando allá abajo el horizonte. Á la izquierda de la joven extendiase la sombría cadena de montañas de los Maures, á cuyo pie el mismo Hyeres escalonaba sus blancas casas. El radiante sol envolvía en una especie de aureola, esas islas, esas olas, esas colinas, esas lejanas fachadas, — el divino sol de los últimos días del mes del marzo, acariciaba la villa pintada de color de rosa y las avenidas del jardín que llegaban hasta el parque, con sus florecidas mimosas, los acirates poblados de iris violeta y blancos y rojos claveles, con macizos de pálidas rosas y anchas anémonas. En el diminuto bosque de pinos y de brezos tan altos como los árbo-

les, la brisa del mar agitaba las flores de los tomillos. Esta brisa transportaba, con ese aroma marino, el perfume de esas resinas y de esas corolas de las plantas silvestres. Aquí y allá veíanse confusamente las formas de exóticos vegetales: las espléndidas palmeras, las punzantes y torcidas hojas de la pita, las agudas barbas de la yuca. Esta adorable visión de una primavera casi oriental, terminaba, se ennoblecía con un encanto todavía más puro por la piadosa vibración de la campana de una ermita. La voz de la diminuta iglesia que domina toda la región y es calificada con el hermoso nombre de *Nuestra Señora del Consuelo*, se difunde por ese aire luminoso, balsámico y tibio con sus vibraciones argentinas. Esa campana anunciaba que la gloriosa mañana de primavera, también era la de Pascuas, y esa fiesta de resurrección se armonizaba tanto con la universal alegría de vivir, esparcida por todos lados, que esa maravillosa naturaleza parecía, también, con su sol, el mar y esas flores, proclamar el triunfo del Amor que ha vencido á la Muerte.

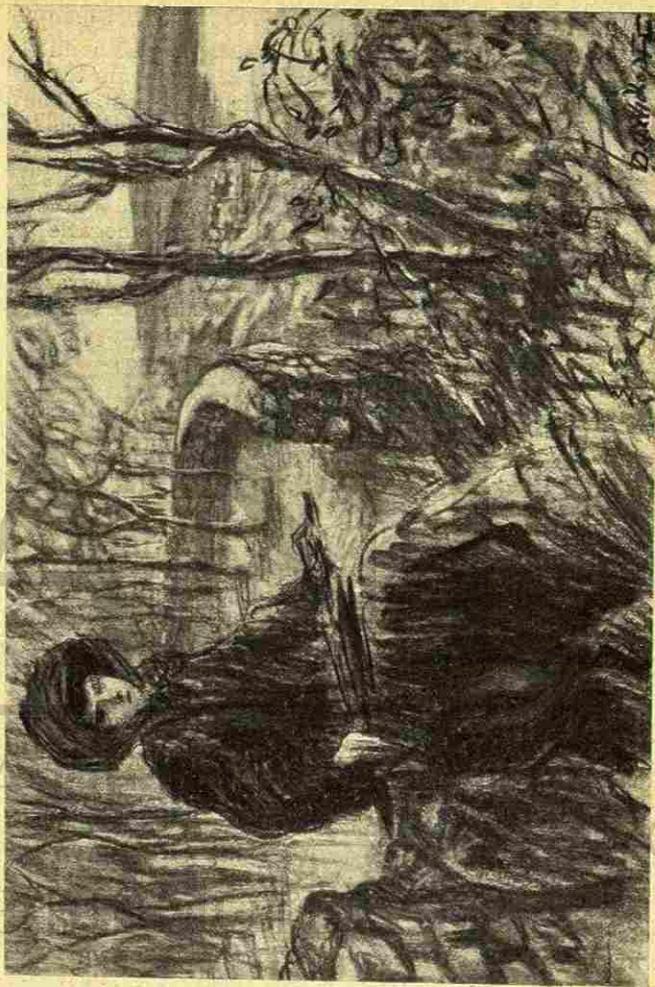
II

Ay! precisamente era esta fiesta de la Vida, en la naturaleza y en la Iglesia, en el cielo visible y en el invisible, lo que abrumaba á la joven con una melancolía más cruel, en aquella milagrosa mañana de Pascua. El sombrío crepón de que estaba vestida, y que adornaba, con una enternecedora gracia, su belleza rubia, mostraba su luto, todavía más desesperado en su corazón. Sus ojos azules, casi empañados en fuerza de llorar, parecían heridos por la brillante claridad del hermoso día. Su pálida frente velábase con un pensamiento cada vez más doloroso, á medida que sonaba la campana. La joven había perdido un hijo, su único hijo, cuatro meses antes, y, en esta alma de madre, la abierta herida sangraba más y más al contemplar la encantadora primavera que su querido Andrés no volvería á ver, ni á escuchar ese llamamiento hacia un Dios al cual

ya no rogaba, al que no podía rezar desde que le había arrebatado su hijo. Sentada en la cálida terraza, la joven miraba con ese movimiento maquinal é indiferente de la desesperación. Desde todos los puntos del admirable horizonte, elevábanse para ella innumerables imágenes, seguidas de cortejos que le hacían más precisos, más intolerables, los menores detalles de su desgracia. La muerte casi repentina de un niño de seis años, fallecido en algunos días á causa de una meningitis, ya era una prueba muy dura. Circunstancias personales la habían agravado, y la joven las volvía á contemplar, una por una, ante aquel paisaje tan lleno de recuerdos... Esa resplandeciente agua del apacible golfo, era el mar, el infranqueable mar, sobre el que Federico de Fresne, su marido, había tenido que partir para el Oriente, hacia diez años. La joven había acompañado á Tolón al teniente de navío, herida en su amor de esposa, pero feliz como madre. Ahora que tenía tanta necesidad de su marido para soportar la horrible desdicha, cientos y más cientos de leguas, la separaban de él. ¿Cuándo volvería á oír las palabras que le devolviesen el valor de vivir para cumplir con su deber?... ¿Qué deber? El sonido de la campana que anunciaba la misa, á la que su protesta interior la impedía asistir, se lo repetía con demasiada claridad. Si la señora de Fresne se hubiese puesto de pie, habría podido ver, en la carretera, que desde la puerta de la villa serpenteaba á través de los bosques hasta la ermita, un coche tirado por un poney y, en este coche, dos niños vestidos de negro como ella, un muchacho de nueve años, y una niña de ocho. Estos dos jovencuelos, Guy y Alicia, eran los hijos de su marido, habidos en su primer matrimonio. La joven recordó que cuando se casó con el oficial de marina, que al mismo tiempo era su primo, qué sincera había sido la piedad que sintió por los dos huérfanos. Toda su conciencia se había esforzado por reemplazar á la muerta, á tal punto, que cuando los niños llegaron á nueve y diez años, ignoraban que ella no fuese su madre. ¡Cuando ella misma tuvo un hijo, qué escrupulo tan grande había puesto en no mostrar diferencia alguna en favor de este último! La joven no había tenido necesidad de esforzarse, pues, mientras las tres rubias

cabecitas corrían, jugaban y reían á su alrededor, su corazón se había compartido naturalmente entre los tres... ¿Por qué ahora no sucedía lo mismo?

¿Por qué?... La joven sólo tenía que volverse hacia la izquierda, hacia un punto que conocía muy bien, para tener la respuesta de esta pregunta. Allá abajo, detrás de las últimas casas de la ciudad, una depresión señalaba el hueco de un valle; allí estaba el cementerio. Después del día en que sus ojos habían visto — su valor había llegado hasta eso — el pequeño féretro de su pobre Andrés deslizarse á lo largo de las cuerdas hasta la tumba recientemente abierta, habíase apoderado de ella una atroz impresión que en vano trataba de combatir, que siempre combatía y en vano siempre; aquella mañana de fiesta aun la había sentido más fuerte que nunca en el fondo de su corazón. No podía perdonar á los dos hijos de su esposo, que estuvieran alegres, que fueran jóvenes, que marchasen, que hablaran, que respirasen, que existieran en fin, mientras el otro, el pequeño, *su pequeño*, yacía inmóvil en la tumba. No sólo había dejado de amarles, sino que á veces le parecía, y todo su ser vibraba á impulsos del remordimiento que les odiaba, como si hubiesen robado al ausente su parte de alegría, de salud y de luz. Al oírles decir : « mamá » sentía un cruel y enfermizo deseo de gritarles : — ¡ Callaos, no soy vuestra madre !... — con objeto de que estas dos sílabas no le fuesen dirigidas por nadie, puesto que la querida y fina boca, que verdaderamente tenía derecho á pronunciarlas, no volvería á hacerlo. Aquella mañana, ese apasionado odio contra sus hijastros la había turbado más que de costumbre. La joven, como los demás años, les había entregado, por su propia mano, los huevos de Pascua. En efecto, la desgraciada podía hacerse esa justicia : cuanto más aumentaba su infundado odio, más se esforzaba en no dejarlo traslucir en sus actos. Así, pues, los niños habían venido á su habitación, y la joven pudo ver sus ojos iluminados por la fiebre de la impaciencia, y cómo sus manos temblorosas abrían el grueso huevo de madera pintada, y cómo sus rostros se extasiaban ante los objetos que ella



A la izquierda de la joven extendíase la sombría cadena de montañas... (pag. 273.)

les había escogido : un bonito alfiler para el muchacho, una cadena con una cruz para la niña... ¡Dios mío! Los inocentes, pero duros verdugos, con sólo mostrarle su cándida alegría, ese placer de vivir y de existir, que alegraba hasta sus mismos vestidos negros, ¡qué cruelmente habían apuñalado su corazón! El otro había aparecido en su imaginación, llevando en sus ojos sin calor, un reproche de ser olvidado. Un sollozo había subido hasta su garganta, pero tuvo la fuerza de ahogarle y para engañar un poco esa sorpresa aguda de su dolor, había vuelto sola para sentarse en la desierta terraza, mientras que Guy y Alicia iban á misa. No obstante, ¿no debería haber adivinado que su herida íntima se avivaría en esa felicidad de toda la naturaleza en lugar de adormecerse en ella?

III

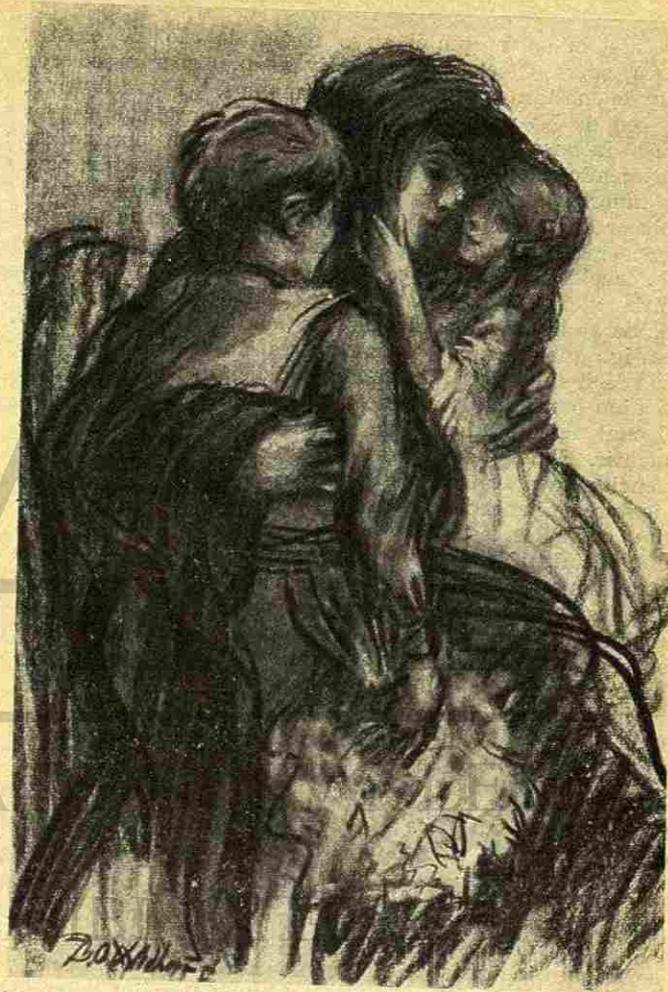
EL agua del golfo continuaba brillando y azuándose, las islas levantando sus violáceos acantilados hacia el horizonte sin nubes, las montañas desarrollando sus moles, sus voluptuosas líneas, las flores exhalando sus perfumes, los pinos de Alepo, tamizando, filtrando la luz en impalpable polvo de oro, los exóticos arbustos palpitando bajo ese cielo, como al recuerdo de los lejanos climas, patria de sus potentes esencias. Únicamente la campana había enmudecido en la calada torre de la ermita. Y en este silencio venturoso las voces del pesar y de la desesperación murmuraban, seguían murmurando en el fondo del alma de la madre, ¡y también la voz de la rebelión y del odio! Una vez más, las impresiones demasiado penosas que le producía el contraste entre esta fiesta de la vida que se desplegaba alrededor de ella y su irreparable duelo, reuníanse en el extraño sentimiento de una irresistible antipatía contra la felicidad de sus hijastros. En las profundidades de su ser íntimo, elevábase una cólera que la avergonzaba, pero que no podía do-

minar. Sí, la joven envidiaba á ese medio hermano y á esa media hermana de Andrés, esa primavera que el muertecito ya no podía gozar, todo ese ilimitado porvenir que su adolescencia colocaba ante ellos. La misma joven asombrábase de odiarlos con ese frenesí de aversión, y sin que pudiese dar otra razón de ello, si no que á la sola idea de su rostro, sentía entrañas de madrastra y, contra esos hijos del primer matrimonio, un instintivo, un furioso horror, del que no se creía capaz... Sin duda alguna, era muy injusta; ¿pero en este mundo hay justicia? No, los dos niños no merecían que la segunda mujer de su padre, aquella á quien el ausente los había confiado, los envolviese en ese odio. ¿Pero acaso ella merecía que su ángel le hubiese sido arrebatado tan terrible y repentinamente?... Esta mujer, que había sido cariñosa y dulce, indulgente y abnegada, como todavía lo era en sus acciones, por la fuerza adquirida de sus primeras virtudes, sufría esa depravación del dolor constantemente agudo y demasiado intenso : un demonio de maldad, casi de ferocidad, agitábase en ella, y le arrancó repentinamente, ante aquel panorama en que todo era armonía, tranquilidad y belleza, esta monstruosa frase que dijo en alta voz : ¿á quién? ¿á la naturaleza? ¿á Dios? ¿á la primavera?

— ¡Ah! ¡Si también hubiese muerto uno de ellos!...

La joven se oyó pronunciar estas palabras, en las que se desprendía el frenesí del sufrimiento, con una especie, de estupor que la hizo levantarse del banco de piedra en donde estaba sentada. La joven pasó las manos por sus ojos, como para exorcisar la tentación de ese abominable deseo y comenzó á andar á través del bosque, con paso rápido, como si hubiese querido huir de aquél paisaje demasiado luminoso, apartarse del camino por donde debían volver sus hijastros, huir de ella misma, huir de sus pensamientos. La joven andaba, escogiendo, en ese inmenso parque medio silvestre, los senderos más estrechos, casi impracticables, en donde las secas enramadas se enganchaban en sus vestidos, en donde las piñas crujían y se deslizaban bajo su paso, en donde sus manos separaban continuamente algún arbusto es-

pinoso, alguna rama de brezo demasiado alta. Al mismo tiempo que corría de esta manera, magullando sus pies con salvaje delirio en las desigualdades del camino, y sus dedos con las asperezas del follaje, su pensamiento también volaba. El violento sobresalto de odio que nuevamente acababa de sentir contra sus hijastros, habiase apaciguado; pero en el corazón quedábale un mayor cansancio, y ese invencible fondo de repulsión que ahora se confesaba, que juzgaba casi legítimo, como la represalia permitida á su desgracia. La joven andaba, y una resolución se precisaba en ella, que frecuentemente la había atormentado, pero nunca con esta claridad hipnotizadora. ¿Para qué continuar, con esos dos seres cuya sola presencia le era un suplicio, esta penosa tarea, mas bien una comedia de una fingida maternidad? ¿Por qué no desembarazarse del uno y del otro, tratándoles, como después de todo hacen muchos padres con sus verdaderos hijos? En lugar de tenerlos en la casa, los enviaría á un colegio, á un convento, con objeto de quedarse sola con su difunto hijo, para no oír jamás alrededor suyo esas voces, esas risas, esos juegos y esos movimientos que insultaban su dolor. Los niños no serian felices en la promiscuidad de un internado; ¿pero cuántos niños y niñas de su edad sufrían en este mismo instante este destierro fuera de la familia? Además, si los jóvenes no eran felices, tanto mejor. Isabel también sabía que en su lecho de muerte su madre había suplicado á su marido que abandonase la carrera para no separarse de ellos, que los amase por los dos, puesto que sólo contarían con él. Con qué cariño había aceptado ese testamento la madrastra y cómo había cumplido ese supremo deseo: — ¡Puesto que continúa en el servicio, yo no los abandonaré nunca, para ser lo que ella hubiese sido! — ¿Cumplía el sagrado deseo de la muerta la que había ocupado su puesto, y á la que había jurado reemplazar alejando á los huérfanos? La conciencia de Isabel le respondía claramente que no; pero una vez despierta la madrastra, no vuelve á dormirse tan aprisa. El extraño sentimiento de una sensibilidad enfermiza, hacía que la joven experimentase por la muerta, cuyos hijos



...La joven cogió á los dos niños... (pág. 286.)

vivían, mientras que el suyo había dejado de existir, esos acerbos celos retrospectivos que corrompen con su veneno tantos segundos matrimonios, y algunas veces, hacen de las mejores criaturas los más implacables, los más inconscientes verdugos. Precisamente porque ese internado en el colegio había debido ser una pesadilla para la muerta, la madrastra experimentaba en ello un extraño placer de venganza... Y la joven también sentía que eso sólo era un comienzo, un primer paso hacia un camino de crueldad en el que ya no se volvería á parar... ¿Qué diría cuando volviese el padre? Aquí la tentación todavía se hacía más culpable. La madrastra era el único testigo que los niños podían citar al ausente padre. ¡Era tan fácil el escribir á ese hombre diciéndole que no había podido continuar teniéndolos en la casa á causa de tal ó cual defecto! La joven ni aun tendría necesidad de mentir. El muchachito era naturalmente colérico, la jovencita naturalmente respondona. Hasta ese día, Isabel siempre se había interpuesto, como hubiese hecho su madre, entre las faltas de los huérfanos y las severidades del oficial. ¿No estaría en su derecho procediendo de otra manera? y el envío al colegio y al convento parecería tan sencillo, tan útil, tan indispensable... ¡La joven trataría de apoderarse del cariño que el padre tenía por sus hijos! ¿Qué poco se parecía eso á sus pasadas resoluciones!... ¿Por qué no habría de hacerlo, si de esa manera sufriría menos?...

IV

PARA cada alma, hay una atmósfera de ideas propias fuera de las cuales no podría respirar mucho tiempo. Una noble sensibilidad puede dejarse arrastrar á resoluciones indignas de ella, comenzando á ejecutarlas en un momento de extravío; pero no puede continuar indefinidamente en este estado. Cuando se hubo dicho: — Mi decisión está tomada; antes de ocho días no los tendré

en casa — trató de no pensar más en los niños con quienes iba á ser tan dura, ni en la villanía del papel que tendría que representar con su padre. Instintivamente, la joven se esforzó en aletargar los escrúpulos que ya se elevaban en las profundidades tan puras de su conciencia, absorbiéndose en el recuerdo de su Andrés. La joven evocó al diminuto fantasma con tal ardor, que hizo que de nuevo se le apareciese, como si no lo hubiese visto rígido en el féretro, con su pobre boquita abierta y sin el menor hálito, con los ojos cerrados y con sus manos color de cera cruzadas sobre el crucifijo, como si los hombres vestidos de negro no hubiesen venido á clavar la tapa del ataúd, sobre ese frágil é inmóvil cuerpecito que era ayer el de un alegre, un despreocupado niño... Todavía estaba allí, á su lado, con el reflejo de ese claro sol sobre sus dorados bucles... La visión se hizo tan precisa, tan obsesionante, que la madre experimentó el irresistible deseo de dar una prueba palpable de su real ternura, la necesidad de realizar un acto en el que su idolatrado hijo estuviese mezclado, sentía un apasionado deseo de servirle. La joven comenzó á coger las flores más hermosas, entre los hacecillos de brezos blancos, para llevárselas y adornar su alcoba. Desde el día en que los despojos del niño habían abandonado la villa por el cementerio — esta villa irónicamente llamada « la Villa Rosa », — la madre no había permitido que se cambiase un solo mueble de aquella alcoba y ya había obtenido de su marido que inmediatamente que volviese, compraría la casa primeramente alquilada por su proximidad á Tolón, cuando el teniente de navío estaba de servicio en ese puerto. ¿Cuántas madres, esposas ó hijas han tratado de prolongar la existencia de un ser adorado, conservando todos los objetos que les rodeaban en vida? Después, la misma sacerdotisa de ese culto doméstico ha desaparecido y las reliquias que fueron su tesoro, no son más que los vulgares restos de un mobiliario usado y pasado de moda. ¿Quién criticará que un fiel corazón defienda un poco, contra la inevitable destrucción, ese cuadro de humildes y preciosas cosas, tan personales que son casi personas? En esos cuatro meses,

la madre no había dejado de entrar todas las mañanas y todas las tardes, en esa alcobita en donde había exhalado el último suspiro su hijo. Ella misma abría las persianas, limpiaba el polvo de los muebles y desplegaba las ropitas que guardaban las formas del diminuto cuerpo... La joven iba á cumplir ese rito inútil y apasionado de su apenada piedad. El haz de brezos había ido aumentando de modo que llegó á ser harto pesado para sus manos. Ahora, la joven lo sujetaba con ambos brazos, y, al mismo tiempo, muy feliz y desesperada con esta inútil cosecha, volvía á bajar hacia la villa, que aparecía á través de los pinos de Alepo, de las palmeras y de las yucas, con su color rosado, con el color de la alegría y de la esperanza. ¡Qué trágica y emocionante aparición la de esta joven rubia, completamente vestida de negro, con su oloroso haz de brezos blancos, dirigiéndose hacia la casa de color claro, bajo un cielo azul, en ese verde jardín, como nos encaminamos hacia la lápida de una tumba para cubrirla de flores y llorar sobre ella!

LA madre había entrado en la villa por la puerta posterior de la casa, tan abismada en sus pensamientos, que ni aun había visto al cochero que estaba lavando las ruedas de la *charrette* inglesa, lo que significaba que su melancólico paseo había durado más que la misa. Guy y Alicia habían vuelto desde hacía bastante tiempo. Cuando Isabel entró en el pasillo que daba á la alcoba del muerto, sintió un sobresalto casi fantástico al ver la puerta entreabierta y al oír voces, las de los dos niños cuya imagen había atormentado su mañana con una obsesión de odio y de injusticia... ¿Qué hacían allí, en esa habitación á la que había prohibido que entrase nadie y que hubiese estado completamente obscura si un rayo de sol no la hubiera cortado con una franja de luz, que pasaba entre el intersticio de la ventana y el

claro dejado por la entreabierta puerta? Con su haz de brezos estrechado contra su corazón, cuyos latidos aumentaron, la joven se detuvo á escuchar lo que decían los dos visitantes, cuyos movimientos no veía muy bien, y, con una emoción que no habría sabido si era deliciosa ó desgarradora, la joven comprendió que ese medio hermano y esa medio hermana del pobre Andrés, se le habían adelantado en aquella peregrinación de fernura que venía á cumplir. En esta radiante mañana, los dos cariñosos niños habían recordado al compañero de sus juegos, que ya no estaba allí. Habían recogido flores para él en el jardín, como su madre en el parque, y, por un pueril enternecimiento, habían querido asociar al ausente á la fiesta del día, llevándole un regalo de Pascua, huevos comprados á la puerta de la capilla:

— Ese ramillete es preciso ponerle aquí — decía la voz de Alicia. — ¿Recuerdas los hermosos insectos dorados que cogíamos para él entre las rosas?...

— Y aquí los huevos de Pascua — decía la voz de Guy — como hicimos el año pasado. ¡Estaba tan contento! ¡Qué feliz sería si pudiera verlo y abrazarlo!

— Es imposible puesto que está muerto. Pero le volveremos á encontrar en el cielo — agregó la jovencita.

— No obstante, ¿si resucitase? — respondió el joven. — Lázaro resucitó y Nuestro Señor... Todas las noches y todas las mañanas se lo pido á Dios. También mamá, estoy seguro de ello... Eso sería un milagro, he aquí todo. ¿Y por qué la Providencia no nos lo concedería? *Porque, en fin, hay milagros...*

El cándido creyente de nueve años, que pronunciaba estas palabras, no sospechaba que, en efecto, un milagro se realizaba con su voz, muy cerca de él, — también una resurrección, la de la justicia y la de la piedad, la del cariño y del deber, de las generosas y altas virtudes en el alma de la que había estado á punto de convertirse, para su hermana y para él, en la más implacable de las mardrastras. El sorprender así la infantil prueba del recuerdo que los dos huérfanos guardaban de su fallecido hermano, acababa de conmoverla hasta la carne de su carne. Guy y Alicia vieron abrirse la puerta de par en par, y entrar

á su madre, que les alargó las flores al mismo tiempo que decía : — Dadle también esas con las vuestras... — y la joven cogió á los dos niños á la vez, estrechándolos contra su pecho apasionadamente, locamente, como hubiese hecho con el otro. ¿No volvía á encontrar también á ellos después de haberlos perdido? Y lloraba con lágrimas igualmente dolorosas, pero endulzadas por la ternura, como si el espíritu del ángel que había volado hubiese suspirado muy bajito : — ¡ Ámalos tanto como me amas !... — El repugnante odio, las indignas resoluciones, la cruel envidia, todos los fermentos de las pasiones bajas, se fundían, se disolvían, desaparecían en esos besos. Una vez más el gran misterio de la primavera celebrado por la Iglesia, y visible en aquel paisaje, se realizaba en un corazón humano : — la Vida acababa de rechazar á la Muerte, el Amor acababa de vencer al Odio.

Abril de 1897.

FIN

ÍNDICE

LA EXPIACIÓN	7
EL LUJO DE LOS DEMÁS	69
I. Un matrimonio parisiense : el marido	69
II. Un hogar parisiense : la mujer	81
III. Un hogar parisiense : la hija	94
IV. El precio del decorado	110
V. El día de la señora Le Prieux	132
VI. Carlos Huguenin	150
VII. Revelaciones	167
VIII. El plan de Héctor Le Prieux	196
IX. Epílogo	212
EL TALISMÁN	217
SENTIMIENTOS PRECOCES	254
RESURRECCIÓN	273

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. PAUL DUPONT, 4, rue du Bouloi. — Paris. — 525.4.1910 (Cl.).

á su madre, que les alargó las flores al mismo tiempo que decía : — Dadle también esas con las vuestras... — y la joven cogió á los dos niños á la vez, estrechándolos contra su pecho apasionadamente, locamente, como hubiese hecho con el otro. ¿No volvía á encontrar también á ellos después de haberlos perdido? Y lloraba con lágrimas igualmente dolorosas, pero endulzadas por la ternura, como si el espíritu del ángel que había volado hubiese suspirado muy bajito : — ¡ Ámalos tanto como me amas !... — El repugnante odio, las indignas resoluciones, la cruel envidia, todos los fermentos de las pasiones bajas, se fundían, se disolvían, desaparecían en esos besos. Una vez más el gran misterio de la primavera celebrado por la Iglesia, y visible en aquel paisaje, se realizaba en un corazón humano : — la Vida acababa de rechazar á la Muerte, el Amor acababa de vencer al Odio.

Abril de 1897.

FIN

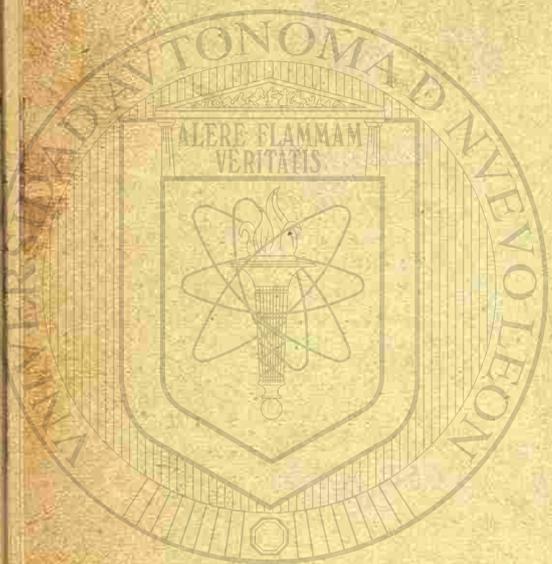
ÍNDICE

LA EXPIACIÓN	7
EL LUJO DE LOS DEMÁS	69
I. Un matrimonio parisiense : el marido	69
II. Un hogar parisiense : la mujer	81
III. Un hogar parisiense : la hija	94
IV. El precio del decorado	110
V. El día de la señora Le Prieux	132
VI. Carlos Huguenin	150
VII. Revelaciones	167
VIII. El plan de Héctor Le Prieux	196
IX. Epílogo	212
EL TALISMÁN	217
SENTIMIENTOS PRECOCES	254
RESURRECCIÓN	273

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. PAUL DUPONT, 4, rue du Bouloi. — Paris. — 525.4.1910 (Cl.).



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS. ®

TEC